

2A

210

NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**

62539

1961



73

355.4

1961

M. DE BARRIO FOLGADO.

HISTORIA

DEL

TERCIO DE ZAMORA,

Y

Regimiento Infantería del mismo nombre

EL FIEL



ZAMORA.

Establecimiento Tipográfico de SAN JOSÉ,

SAN ANDRES, 40, BAJO, DERECHA.

1903.

Maximino de Barrio Folgado

M. DE BARRIO FOLGADO.

1961

HISTORIA

DEL

TERCIO DE ZAMORA,

Y

Regimiento Infanteria del mismo nombre

EL FIEL.



ZAMORA.

Establecimiento Tipográfico de SAN JOSÉ,

SAN ANDRES, 40, BAJO, DERECHA.

1903.



1961

Al Excmo. Sr.

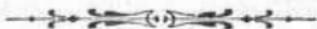
Don Cesáreo Fernández Duro,

dedica este modestísimo trabajo, su
más entusiasta admirador,

M. Barrio



PRÓLOGO.



El estrépito del batallar parece ya encalmado; pero cuando nos asomamos á los dilatados horizontes de la historia, apenas contemplamos sino el rudo tumulto del combatir; unas veces la contradicción de las creencias religiosas, otras el movimiento de extensión de las naciones, la ambición personal ó la soberbia algunas, muchas los bandos de la nobleza ó las reclamaciones populares, hicieron, en el transcurso de repetidas centurias, de las naciones campamentos, de las ciudades fortalezas, de las familias mesnadas y de los hombres soldados.

El espíritu ardiente de la guerra y el hábito del continuado pelear, hicieron del vestido atavío para el combate y de la espada adminículo inseparable de la persona, y brotó en la literatura de los tiempos, la silueta del carácter de aquellas edades, el andante

II

caballero que haciendo de la caballería una religión, perfilaba su cotidiano ejercicio, haciendo hablar á su época por boca de uno de los héroes de la leyenda:

Mis arreos son las armas,
Mi descanso el pelear,
Mi cama las duras piedras,
Mi dormir siempre velar.

Y cuando ya el español ardimiento no halló tierra española donde batallar porque llegó hasta el Estrecho haciendo repasarle al enemigo moro, encerrándole más allá de Gibraltar, un desconocido genovés le mostró tierras nuevas donde derramarse muy allende del abismoso Atlántico, brindando tesoros á la codicia; querellas hereditarias de los soberanos, entreveradas de contradicción religiosa, le llevaron á Flándes, al Rosellón, á Túnez, á Argel, á Francia, Alemania, Italia y Portugal: y aunque este nuevo y diferente ejercicio del guerrear precisó ya el régimen de la gente, la saca de las levas, el nombramiento de los capitanes, engendrando las milicias por las que con tanto tesón trabajó siempre D. Felipe el segundo, aspirante tenaz de la permanente organización militar, siguió todavía por siglos el choque del combatir en más ó menos cercanos territorios y

III

no dejó el genio español de tener por atavío las armas, el pelear por reposo, el duro suelo por lecho y por sueño la vigilia.

El reciente descubrimiento de la pólvora juntó á la pica el arcabúz; el mosquete y la ancha tizona sustituyeron al mandoble y á la lanza, el capacete y la coraza trocaronse en chambergo y en colete; y los Concejos, conminados por las Cédulas reales, que incesantemente les exigian levas y reclutas de gentes con largos cuentos de maravedís para su armamento y sosten, no podían dar paz á la mano en allegar hombres y dineros, manteniéndose como antaño el estado permanente del luchar llevando nuestras banderas á pasearse con varia fortuna, pero siempre con ardor, patriotismo y lealtad, por todo lo descubierto de la tierra.

Y allá fueron los Tercios zamoranos que inauguró Francisco de Bobadilla en 1580 con 3.000 hombres repartidos en 12 compañías señalándose en los más arriesgados empeños. Forjábanse las conscripciones de sus soldados bajo los pliegues de la *Seña Bermeja* en las gradas del Consistorio y no pocas veces sirviéronles de capitanes los mismos Regidores por nombres sacados á la suerte del cántaro concejal, tosco abuelo de las cristalinas urnas

IV

electorales de *ogaño; allá fueron, á todas partes, precedidos de sus pífanos y atambores, ataviados con los matices de la bandera municipal, siendo espejo de fidelidad y fortaleza, dirigidos por caudillos zamoranos que eran *caballeros y gente sin necesidad que no tenían otro fin sino hacer lo que debían*, como lo representó el Concejo de Zamora en Memorial de agravios formulado á las Cortes de Madrid en 1571. Así se alistaba y se movía sin cesar la gente para las armas que aprontaba con desdichada frecuencia la comarca zamorana, escasa ya de habitantes, para las interminables campañas, y así se formaba un Tercio tras otro Tercio, no haciéndoselo muy bueno á la empobrecida población, porque tras los hombres iban los ducados que se la exigían para costa de armamento y manutención, lo que no impedía que se les despidiese siempre á toque suelto de reloj y de campana.

Siempre, siempre la guerra con sus insaciables reclamaciones haciendo escribir con sangre gloriosas epopeyas y forjando la brillante historia de los Tercios y Regimientos zamoranos en mil porfiadas empresas de tierra y de mar, como la había hecho escribir ya en los añejos anales á través del periodo

antecedente á la toma de Granada la gente de Zamora, en los recios encuentros con las legiones romanas, con los escuadrones godos, con los ejércitos sarracenos.

Y no se nutrían con menos sacrificio estas nuevas, regulares milicias que aquellos bandos, huestes y mesnadas, arrebatando casi toda la gente de la tierra con reata de muy buenos doblones que cargaban sobre los anonadados propios, sino que, aun la poca gente que no marchaba á la guerra, quedaba supliendo á los que iban á guerrear. De 18 á 60 años, casi de continuo, comprendían los alardes para la recluta, y luego de recibir asiento de voluntarios, se había de sacar un hombre por cada diez en toda la jurisdicción haciendo reparto de lo que tocara á cada lugar de ella; luego de colmado el cupo y despedido el Tercio ó Regimiento, aun había de permanecer el resto de la población armado para dar las guardias que precisaba la ciudad ya en los cuarteles de Arriba y de Abajo para custodia de prisioneros, ya en la Tesorería, en la Cárcel, Galera y Consistorio.

A través de tan incesantes sacrificios, brotaron durante tantos años de la tierra zamorana, incluyendo en ella la de Benavente y Toro, aquellos valerosos soldados de nues-

VI

tros Tercios y Regimientos que ganaron el sobrenombre de *Fiel* para este cuerpo y bordaron en su bandera el honroso mote «*La patria es mi norte, la fidelidad mi divisa*», así se formaron con tan penosos sacrificios en pró de la patria, aquellos Tercios y Regimientos de Zamora que mostraron su grande abnegación en los reveses, como en la desastrosa jornada de Rocroy en que el príncipe de Condé barrió con su metralla casi toda la infantería española de que formaba el centro nuestro Regimiento, muriendo gloriosamente el sucesor en el título del famoso zamorano Conde de Fuentes que, aunque aquejado de la gota, se había hecho conducir en una silla para dirigir sus tropas, las que antes perdieron la vida que sus posiciones en la batalla; como señalaron su valor en los triunfos de aquellas increíbles hazañas que siguieron á la evacuación de Finlandia valiéndoles aquel glorioso lema.

Guerras de conquista ó de religión, de sucesión á la corona, de aumento de los dominios, luchas por la independendencia ó por los derechos políticos, batallas, acciones, sitios y pronunciamientos, partidas y barricadas, campañas exteriores ó civiles solo exigían producir ejércitos y tener al hombre con las

VII

armas en la mano ya que hasta en las calles las contiendas del amor ó de los odios personales hacían sonar de continuo las cuchilladas, atendiéndose tanto á reñir como poco se podía atender á estudiar, que hasta los mismos pintados papagayos importados de las lejanas latitudes no aprendieron en mucho tiempo á decir mas que *no quiero ir á la escuela*.

Pero ya aquel estrépito de las armas que llenó tantos siglos, casi por entero ha cesado; aquellas épocas se derrumbaron en el abismo del ayer, aquellas figuras se desdibujan y desvanecen entre las brumas de lo pretérito, no es ya la espada la compañera continua de la persona, nuevos aspectos colorean el presente; lo que el hombre lleva consigo es el lápiz ó la pluma ya preparada con su tinta en aparejo de escribir, ó la maquina de retratar en un instante, que se puede adquirir por cuatro pesetas; ya no es guerrillero, legionario, mesnadero, ni soldado, no pasea armado sino que anda empapelado con el periódico, con el plano, con el libro, con el billete de Banco, con la acción de sociedad mercantil, con el título de la Deuda; no es el hombre reñidor con espada al cinto, que es ingeniero, es periodista, es abogado, médico, rentista, cate-

VIII

drático, electricista, viajante de comercio.

Lo que llega, en fin, borra lo que huyó; la metamorfosis se opera á más andar, y la Regimiento de Zamorá podrá vérsese en cualquier parte menos en Zamora; así es que la aparición de un libro en que se condensan y recuerdan glorias locales de aquellos siglos que ya van siendo oscuros, que deja fijado el carácter de edades que huyeron para siempre monografiando una de las cotidianas actividades de la humanidad, es rayo luminoso que alumbra aquellas tinieblas, que en las oscuridades de la cámara fotográfica es donde más primores borda la luz; es obra que fragua esfuerzo inestimable en servicio de la historia y anales zamoranos. Y cuando los amistosos requerimientos del autor me han empujado á *echar este cuartel á espadas* pidiéndome algunas palabras por prefacio, contemplé y recordé entre las páginas de su labor ecos queridos del pasado de nuestro país natal, aplaudí con entusiasmo este cinematógrafo de las milicias zamoranas que ondearon nuestros pendones en medio de un continuo batallar; y cuando al separar de ellas mi vista, volví á la contemplación del aspecto actual de los sucesos, advertí cuanta es la oportunidad y conveniencia de la publicación de esta obra

IX

que perpetúa la memoria de los hechos y proezas de nuestro Tercio y Regimiento de Zamora, ya que el antiguo romance antes inserto, en que el andante caballero relataba su incesante ejercicio de las armas trovando aquella época, se puede hoy rectificar para fotograbado de la presente, con este que imagino y pongo por pie:

Hoy se ha trocado el fusil
Por la industria y el comercio
Y ya no queda más Tercio
Que el de la Guardia civil.

V. Alvarez Martinez.





Tercio de Zamora.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I.

La infantería española.

No es nuestro objeto ni lo consiente la índole de este trabajo, hacer una historia detallada de lo que fué, lo que es y lo que puede ser la Infantería española; pero como vamos á tratar de exponer, siquiera sea á grandes rasgos, la Historia de uno de los cuerpos que más gloria han alcanzado en los campos de batalla y más laureles supieron arrancar á la corona de la tornadiza diosa que se llama Victoria, no estará demás que, por vía de introducción, adelantemos algunos detalles que después nos evitarán incurrir en repeticiones enojosas.

Dejemos á un lado controversias acerca del nacimiento de la Infantería española, controversias que aparte de su inutilidad, no esclarecen la cuestión,



porque los tratadistas la examinan más bien atendiendo á las respectivas fases de la organización que á la fecha de su natalicio. A pié peleaban los primitivos pobladores de la Iberia engañados por los arteiros fenicios; á pié descargaban sus hondas los baleares que en pocos momentos destruían ejércitos; á pié defendían los indomables cántabros su virgen territorio; á pié.....

Los mesnaderos que á sueldo seguían la bandera de su señor, constituyen el embrión de los cuerpos de Infantería.

Los reyes católicos comunican una organización rudimentaria á estos cuerpos con la creación de la Santa Hermandad, y, por último, el Gran Capitán en sus campañas de Italia, sienta las bases para hacer de los peones el más temido cuerpo en las batallas y el auxiliar más poderoso de la victoria.

Con la creación de los tercios puede decirse que verdaderamente nace aquella infantería española que los mismos escritores extranjeros califican de «formidable, sólida, terrible, impetuosa y excelente».

Difícil era en aquella época dar uniformidad á los diferentes tercios que se iban creando. Las necesidades de las guerras apremiaban y no siempre se completaba el número de los que habían de constituir el tercio.

Habíase tomado por modelo la legión romana, pero fijóse en 3.000 el número de soldados y de esta cifra provino el nombre de *Tercio*.

El año 1534 se crearon los primeros tercios. Constanaban estos de doce compañías divididas en tres coronelías.

Las compañías eran, unas de piqueros y otras de

arcabuceros. En las guerras de Italia los arcabuceros formaban solo dos compañías.

El estado mayor del Tercio se componía del Maestre de Campo, que tenía las atribuciones de los antiguos mariscales de Castilla y las consideraciones de un capitán general, el sargento mayor, el furriel mayor, el municionero, el tambor general, un capitán, un teniente, un médico, un cirujano, un boticario, un capellán y ocho alabarderos alemanes que constituían la escolta especial del Maestre de Campo.

Las compañías constaban de un capitán, un paje, un alférez, un sargento, un furriel, un tambor, un pí-fano, un capellán, diez cabos de escuadra y 240 soldados. Cada uno de estos últimos, fueran arcabuceros ó piqueros, recibían tres escudos mensuales; los arcabuceros recibían además uno de ventaja «con un tostón por celada».

Cada tres compañías componían una coronelía y estaban mandadas por un coronel.

X «Los trajes militares—dice el ilustrado autor del *Museo Militar*—eran muy variados.... El piquero llevaba coselete con escarcelas, bacinete, calzas acuchilladas, espada y alabarda ó pica; el arcabucero gola de malla, capacete, calzas y jubón acuchillados, espada y arcabuz, frasco, polvorín y un saquillo para balas. El traje de los oficiales carece de uniformidad; el sargento mayor vestía colete de ante, mangas de malla, morrión, espada y gineta.»

No siempre eran conocidos los tercios por el mismo nombre. Tomaban á veces el de su Maestre de Campo, otras el de su nacionalidad, como los de guardias walonas y tudescas, otras se distinguían por alguna prenda de vestir como la Guardia Chamber-

ga, otras por el color del vestido, como la Guardia Amarilla. ✕

Nueva organización sufrió la infantería casi á mediados del siglo XVI (1530).

Además de la creación de los cancilleres se disponía que en el ejército hubiera un verdugo y un carcelero.

La recluta se dejaba á cargo de personas á quienes se otorgaba una conducta ó real despacho y una instrucción, concediéndoles el grado correspondiente al número de individuos que hubiesen reclutado, pero esto dió lugar á tantos abusos «que más de una vez contribuyeron á empañar el buen nombre de nuestras armas y á relajar la disciplina» como dice un erudito historiador militar, porque tenía este sistema el grave inconveniente de convertir en una especie de comercio la honrosa profesión militar.

Apesar de todo no siempre era fácil sostener el número de 3000 soldados, de que había de constar el Tercio, así que muy pronto se rebajó la cifra á mil hombres.

Ni este número era igual tampoco para todos los Tercios. Si el reclutamiento aumentaba, aumentaban las compañías, reduciéndose á medida que escaseaban los soldados. Marcos de Ysaba, escritor del siglo XVI, dice que aunque el tercio puede constar de más ó menos compañías y de 3 á 4.000 soldados, su verdadera composición es de 15 compañías de á 200 hombres y que las cinco mandadas por un coronel es lo que en Suiza y Alemania se llama regimiento.

✕ Las continuas guerras que sosteníamos llegaron á debilitar de tal modo el país que el siglo XVII, cuando D. Juan de Austria se encargó de reconquis-

tar á Portugal, pudo ver que catorce tercios que se le habían entregado no componían más que un total de 1553 soldados. No es extraño que tanto se redujera la cifra cuando sabemos por las declaraciones juradas de los Maestres de Campo, en 1664, que había tercios, como el de D. Baltasar de Urbina, que constaba tan solo de *cuatro hombres*.

La táctica militar cambió también merced á los nuevos descubrimientos y al sucesivo perfeccionamiento de las armas de combate.

La aglomeración en grandes masas, copia de la falange macedónica, se imponía para resistir el ímpetu de la caballería, cuando las armas de fuego no eran aun suficientes á detenerla. Cuéntase, como cosa extraordinaria, que en la batalla de Kinzingen, 1636, hubo mosqueteros suecos que en ocho horas hicieron diez disparos.

Los piqueros formaban en 12, 14 y aun 16 filas llevando á los lados las compañías de arcabuceros ó mosqueteros, que se llamaban mangas.

A medida que se perfeccionan las armas de fuego, la formación se adelgaza hasta venir á parar en tres filas. Al arcabuz sucede el mosquete y estas armas son reemplazadas por el fusil, primero de chispa, después de pistón y ultimamente de tiro rápido. X

En el siglo XVIII el duque de Anhalt arma al fusil con la bayoneta.

Poco después Federico de Prusia abre nuevos horizontes á la infantería sustituyendo la antigua y grave parsimonia por la movilidad y el ímpetu hasta venir á crear el combate en guerrillas.

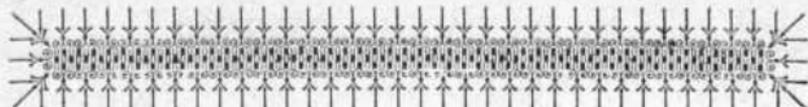
El último siglo ha puesto el sello con sus adelantos en el modo de hacer más sangrientas y decisivas

las batallas. En 1856 es reemplazado el fusil de chispa por el de pistón; diez años mas tarde se adopta el cañón rayado; en 1866 el fusil de retrocarga y ultimamente el Maüsser y como consecuencia de estos adelantos los grupos se aclaran y las filas se adelgazan hasta venir á parar en solo dos, «las columnas disminuyen en frente y fondo; se alteran los intervalos entre unas fracciones y otras; se aumentan las distancias entre las líneas, y viene por fin la táctica de dispersión que hoy vemos aplicar en los campos de maniobras y de batallas». (1)

× Felipe V disolvió los antiguos Tercios para crear los regimientos; hoy los regimientos van siendo sustituidos por batallones; los batallones lo serán por compañías y, últimamente, «como las nuevas armas hacen indispensable el orden abierto, para que sus efectos no sean tan mortíferos, llegaremos insensiblemente á la lucha de hombre á hombre, que es el modo mas primitivo de pelear que la historia militar registra.» (2) ×



(1) J. Lapoulide.
(2) M. Díaz Rodriguez.



CAPITULO II.



Preliminares.—Fundación del Tercio.

La desastrosa expedición del rey D. Sebastián de Portugal á Africa, y su honrosa muerte en la batalla de Alcazarquivir, el día 4 de Agosto de 1578, ha sido el tema de muchas y poéticas leyendas, en las que se inmortalizó el nombre del héroe que momentos antes de morir confesaba que «la libertad real había de perderse con la vida» y, que tenía en más, muchísimo más, su honra que su corona y la brillante perspectiva que en el camino de la vida le ofrecían sus veinticinco años de edad y el trono de la entonces poderosa y creciente nación portuguesa.

Pero si muchas fueron las leyendas á que su muerte diera origen, fueron más y más positivos los trastornos que ocasionó en el pueblo, que apenas había tenido tiempo de empezar á gobernar.

Muerto D. Sebastián sin sucesión, las Cortes portuguesas llamaron, para ocupar el trono al cardenal D. Enrique, tío de aquel, á quien juraron por rey en 28 de Agosto del año dicho.

Era D. Enrique anciano y achacoso, inhábil para dar sucesión al trono, no solo por su avanzada edad, sino por sus achaques y por la tisis que le consumía y de la cual vino á morir.

Fácil es suponer, dados estos antecedentes que, cuantos se creyeran con derecho á la herencia del anciano D. Enrique, habían de hacer valer este por cuantos medios les fuera posible, y sobre todo, procurarían alcanzar partidarios entre los magnates lusitanos para contar con su apoyo, cuando llegara el día en que la corona hubiera de pasar á ceñir otra cabeza.

X X Eran pretendientes á la corona de Portugal, el rey de España D. Felipe II; la duquesa de Braganza; D. Antonio, Prior de Crato; el duque de Saboya; Ranucio Farnesio, hijo del príncipe de Parma; la reina viuda de Francia, Doña Catalina y el Sumo Pontífice Gregorio XIII.

Apoyaba el rey D. Enrique la candidatura de la duquesa de Braganza; pero, intimidado por el inmenso poderío del monarca español ó convencido del mejor derecho que este poseía sobre los demás aspirantes al trono portugués, quiso, antes de morir, declararle su sucesor á la corona, y, al efecto, convocó las cortes del reino en Almeirim para el mes de Enero de 1580, en las que nada se acordó en definitiva, ya por los manejos del revoltoso Prior de Crato, á quien apoyaban los diputados del pueblo, en el interior, y los monarcas de Francia é Inglaterra, en

el exterior, ya también y más principalmente, por la muerte del rey D. Enrique, mientras las cortes continuaban sus deliberaciones.

La divergencia de opiniones entre los representantes de la Nación, trajo, como consecuencia, la guerra civil en la que, eliminados los demás aspirantes al trono de Portugal, tomaron parte, para defender, cada cual sus derechos, D. Felipe II, rey de España y el ya citado D. Antonio, Prior de Crato.

Era este D. Antonio hijo del Infante D. Luis, duque de Beja y de una judía, á quien llamaban la *Pellicana*. El origen bastardo de este Infante era razón harto poderosa para alejarle para siempre del trono. Pero las pasiones populares excitadas y enardecidas con la esperanza de sentar á un portugués en el trono de su Nación dieron á este una preponderancia tal que facilmente hubiera dado al traste con todos los cálculos del rey D. Felipe, si este, llamado con razón el *Prudente*, no hubiera estado prevenido á todo evento y no hubiera tomado ya eficaces disposiciones que le asegurasen el éxito de su empresa.

Ya en vida del rey y cardenal D. Enrique, don Cristóbal de Mora, habil y diestro agente del monarca español en Lisboa, había aconsejado á este que tuviera preparados sus ejércitos para apoyar, en todo caso, con la fuerza de las armas, los argumentos de la diplomacia.

Atento el rey D. Felipe á los consejos de la prudencia, mientras enviada á Lisboa embajadores y comisionados que de acuerdo con el de Mora defendieran sus derechos ante el rey y ante las cortes, dió las órdenes oportunas para la inmediata formación de un cuerpo de ejército á cuyo efecto nombró cua-

tro Maestres de Campo y setenta y dos capitanes, escribiendo al mismo tiempo á las ciudades y á los grandes de su reino para que le ayudaran con tropas que habían de tener prevenidas para el momento oportuno.

XXX La ciudad de Zamora, como plaza fronteriza, fué una de las más apremiadas por el rey para que levantara en armas cuantos hombres tuviera disponibles, lo mismo de á pié que de á caballo.

Estaban la ciudad y la provincia entera esquiladas por las continuas levadas de hombres que era necesario hacer para el sostenimiento de las interminables guerras que por entonces afligían á España, al mismo tiempo que aumentaban considerablemente su extensísimo territorio. Las compañías zamoranas habían tomado parte, cubriéndose siempre de gloria, en las campañas de Africa, en los Gelbes, Orán y la Gomera, en las guerras de Flandes, de Italia y de Francia, en la campaña contra los revoltosos moriscos de Granada. En donde quiera que fuera necesario defender con las armas la bandera de la Patria, lo mismo en el Viejo que en el Nuevo Continente, igual en tierra que en mar, allí estaban los zamoranos prontos á dar su vida para mantener inmarcesibles los laureles de gloria con que ornaba su frente la vieja ciudad de Doña Urraca. Si un zamorano, Francisco Díaz, de Toro, tiene la honra de prender en el asalto de San Quintin, al Almirante Coligny, gobernador de la plaza, otro zamorano, Diego Castilla, acompañado de unos cuantos paisanos suyos, cierran con sus pechos las brechas de San Telmo en la memorable defensa de Malta, que arrancó entusiásticas frases de admiración á los mismos sectarios

del Coram apesar de su enconada rabia contra los defensores de la Cruz. Las hazañas de los zamoranos en Flandes, responden á los heroismos de sus paisanos en Italia y repercuten con vibrantes ecos en las selvas vírgenes de América y donde quiera que ondea la noble enseña bermeja tremolada por el brazo de un zamorano.

Los títulos de Marqués de la Mota, Conde de Fuentes de Val de Opero y otros mil con que la munificencia real honró á personajes zamoranos son buena prueba de lo ilustre de sus hechos, de la brillantez de su vida, de la nobleza de sus actos.

Decíamos, pues, que la provincia de Zamora estaba esquilmada por las continuas levás de hombres que era necesario hacer, para sostener las guerras que por todas partes nos amenazaban; sin embargo obediente siempre á las órdenes de su rey señor y pronta, como ninguna, al sacrificio, se dispuso á consumir el más grande que podía pedírsele, disponiendo el alistamiento de todos los hombres que se encontrasen útiles para el servicio de las armas y formando con ellos compañías de infantería y caballería que envió á la frontera y despues al reino de Portugal, donde á las órdenes del ilustre Duque de Alba tomaron parte en todas las acciones, en todas las batallas, en todos los asaltos que dieron por resultado asegurar la posesión del reino de Portugal para D. Felipe II y aniquilar, por completo, la rebelión que acaudillaba el turbulento Prior de Crato.

El rey D. Felipe pidió soldados á Zamora y la leal, la nobilísima ciudad de Doña Urraca le dió tres mil que fueron constituidos en Tercio y puestos á

llas órdenes del Maestre de Campo, D. Francisc Bobadilla, el día 30 de Abril de 1580.

Tal es la fecha de la creación de este gloriosísimo cuerpo.

Muerto el rey D. Enrique, el Infante D. Antonio comenzó á mover á sus partidarios y á ponerles en armas, pidiendo, además, el auxilio de Venecia, París, Londres y aun de la misma Roma. El dia 18 de Junio de 1580 hízose proclamar rey de Portugal en Santarem y consagrar por el Obispo de la Guardia, pasando de esta ciudad á Lisboa, donde entró y fué recibido como rey y proclamado solemnemente.

Entretanto, Felipe II había juntado en Badajoz el ejército expedicionario, del que formaban parte los famosos *Tercios castellanos*, y entre ellos el *Tercio de Zamora* en el que estaban comprendidos todos los formados por los diferentes Regimientos ó Ayuntamientos de la provincia.

Todos ellos eran guiados por la enseña bermeja con las armas de la ciudad, consistentes en el brazo de Viriato y el puente de Mérida que en la actualidad son las armas del Regimiento.

El renombre que adquirió el bravo é inteligente Maestre de Campo, D. Francisco Bobadilla, que mandaba el Tercio fué tan grande, que su Tercio era indistintamente conocido por el nombre de la ciudad que lo creó ó por el apellido del Jefe que lo mandaba.

Lo mismo se le llamaba el *Tercio de Zamora* que el *Tercio de Bobadilla*.

El Tercio de Zamora, por el orden de prelación con relación á la época en que fué creado es el sétimo. Anteriores á el solo hay los del *Rey* llamado

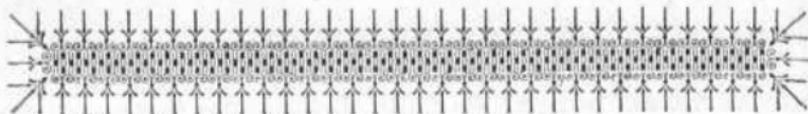
Inmemorial porque no se le fija época de su creación; los de la *Reina, Príncipe, Saboya y Corona* creados en 1537, el de *Africa* que lo fueron en 1559.

El uniforme de los soldados del *Tercio de Zamora* se componía de casaca, chaleco, calzón, cuello y botón blancos y vuelta, so'apa y vivo negros.

Aparte de los zamoranos que formaban el *Tercio* de la ciudad, quedaban en la provincia, para defensa de la frontera y tomando parte directa ó indirecta en la campaña, las compañías que á sus expensas habían levantado los condes de Benavente y Alba de Liste y el Marqués de Alcañices, pero estas, como no afectaban ni formaban parte del *Tercio*, no han de ocupar nuestra atención.

Quedó, pues, este año 1580 constituido el *Tercio de Zamora*, bajo el mando del ya nombrado Maestro de Campo D. Francisco de Bobadilla, y como en la historia hallamos mención de otras compañías y otros *Tercios de Zamora*, conviene hacer desde luego, la advertencia de que nada hay de común entre aquel y estos, mas que el nombre y la procedencia. Estas *Compañías*, como que solo se levantaban cuando así lo exigían las circunstancias, eran disueltas al desaparecer las causas que motivaron su caeación.

Aquel no, porque desde el principio tuvo vida propia y permanente y hasta nosotros ha llegado después de sufrir las trasformaciones que la diferencia de armamentos, las nuevas tácticas y otras mil circunstancias han hecho precisas, convertido en el *Regimiento de Zamora*, núm. 8, uno de los más, ó el más brillante de la Infantería española. X X X



CAPITULO III.



Guerras de Portugal.

Rotas las hostilidades entre las tropas del Rey Católico y los revoltosos portugueses que acaudillaba el Prior de Crato, dió orden el Duque de Alba de avanzar y en Junio de 1580 entró el ejército en Portugal, dirigiéndose á la bien fortalecida plaza de Yelves.

Constituian el ejército español los tercios de Sicilia, Milán, Nápoles y los castellanos, que en junto componían un total de cerca de 25.000 infantes y más de 1.600 caballos, 57 piezas de batir y 50 barcas, que mientras llegaba el momento de utilizarlas, eran conducidas en carros.

La plaza de Yelves se entregó sin resistencia y este ejemplo fué imitado por Olivenza, donde como en Yelves, la causa de Felipe II tenía grandes simpatías.

Escasa resistencia opusieron á las armas españolas las plazas de Villaviciosa, Estremoz, Montemayor, Evora, Alcazar de Sal y Setubal, pudiendo decirse que la marcha de las tropas españolas por las riberas del Tajo, había sido un paseo de triunfo, porque ninguna ciudad dejaron á sus espaldas que no hubiera abierto de par en par sus puertas.

Mientras tanto, la escuadra, al mando del invicto Marqués de Santa Cruz se apoderaba de Lagos y otras ciudades de los Algarbes y Alentejo y se aprestaba á combatir á Lisboa en combinación con el Duque de Alba que ya encaminaba sus Tercios á la hermosa capital lusitana.

Un alarde de valor, aunque ficticio, del soberbio Prior de Crato, vino á facilitar en gran parte la empresa que había acometido el Duque.

Resuelto á vencer ó morir, aunque ni lo uno ni lo otro consiguió, el infante D. Antonio juntó cuanta gente pudo para salir al encuentro de los victoriosos Tercios españoles. Llegado á Belen, escogió y atrincheró excelentes posiciones, donde se proponía esperar al de Alba, pero sus soldados, gente mercenaria y cobarde, que no sentían los belicosos ardores del Prior, comenzaron á dispersarse y á huir para ponerse al abrigo de los muros de Lisboa, por lo que este se vió obligado á retroceder hasta llegar á un lugar próximo á la confluencia de los rios Alcántara y Tajo á la vista de la capital.

Allí le fué á buscar el Duque de Alba y decidido á poner término á la campaña de una vez, lanzó contra el rebelde los Tercios españoles.

Dividía los dos campos el rio Alcántara que en aquellos lugares unía sus riberas por medio de un

puente. Los portugueses se aprestaron á defenderle poniendo en grave aprieto á Próspero Colonna que con los tercios italianos quería forzar el paso, pero el veterano Sancho Dávila, arremetió y tomó las primeras y segundas trincheras enemigas, facilitando la empresa de Colonna, y, por último, la caballería al mando de D. Fernando de Toledo acabó de decidir la victoria.

Esta batalla costó á los portugueses más de 3.000 muertos, de los cuales mil fueron hechos durante su huida.

Sin detenerse el Duque de Alba se encaminó á Lisboa, que ya no pudo cerrarle sus puertas y aquel mismo día 25 de Agosto de 1580, entró en la capital, pudiendo darse por terminada una campaña que con tan felices auspicios había comenzado dos meses antes.

Entre tanto, el Prior de Crato, herido, aunque no de gravedad, cuando entraba huyendo en Lisboa, pudo escapar á Santarem y de allí á Coimbra, desde donde, después de saquear á Aveiro; se trasladó á Oporto.

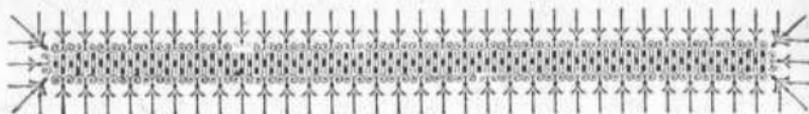
El poco celo, ó mejor dicho, el poco caso que el Duque de Alba hizo de perseguir al vencido Prior, dió á este tiempo para que levantara en armas á gran número de habitantes de Oporto y de la provincia con los que, y después de fortificado el rio Duero, pudo creerse, por algunos días seguro de la victoria; pero el duque de Alba comisionó al valeroso Sancho Dávila, para que al frente de los tercios castellanos batiera al Prior hasta arrojarle del Reino.

Sin inconveniente alguno realizó su marcha el valiente Sancho Dávila, hasta llegar al rio Duero,

que, por tener fortificado el paso los rebeldes, presentaba insuperable obstáculo al buen éxito de la empresa, pero un capitán llamado Antonio Serrano halló trazas para vadear el río sin grandes dificultades, y cuando menos lo esperaban los rebeldes, se vieron atacados cerca de Oporto por los tercios de Castilla y derrotados completamente.

A partir de este día, falto de apoyo el infante D. Antonio y puesta á precio su cabeza, anduvo vagando seis meses por la provincia de Entre Duero y Miño, hasta que, al fin tuvo ocasión de pasar á Francia, donde se refugió, quedando con su partida pacificado el reino de Portugal y sometido totalmente á la autoridad de Felipe II.





CAPITULO IV.



Campañas marítimas del Tercio

Hasta ahora el *Tercio de Zamora* no había tenido ocasión de demostrar su bravura más que en tierra y los azares de la guerra le iban á dar ocasiones propicias para que continuara en el mar las proezas con que iba escribiendo su brillante historia.

Con la conquista de Portugal pasaron á formar parte del imperio español la extensas posesiones que aquel reino tenía lo mismo en Africa, que en el Asia y América.

Pero los partidarios de D. Antonio, que habitaban en las islas Azores se negaron á reconocer la autoridad del rey Católico y enarbolaron el estandarte de la rebelión en Angra, capital de la Isla Tercera que era la que más se distinguía por su afecto al pretendiente D. Antonio.

Para castigar á estos rebeldes envió el rey una

expedición compuesta de cuatro navíos y gente de desembarco, al mando de D. Pedro Valdés, capitán de nombradía, pero los rebeldes fueron afortunados y Valdés derrotado. No tuvo mejor suerte otra expedición mandada por D. Lope de Figueroa, con lo que los rebeldes se envalentónaron en extremo y Felipe II tuvo que tomar por lo serio este asunto.

Al mismo tiempo que á España, llegaron las noticias de estos sucesos á París donde se hallaba refugiado el Prior de Crato, quien tomó de ello pretexto para volver á importunar á las Cortes de Francia é Inglaterra en demando de auxilios.

Estaban estas harto deseosas de vengar la enemiga que abrigaban contra el poderoso monarca castellano, así es que no vacilaron en acceder á las pretensiones del Infante D. Antonio, poniendo á disposición de este una armada compuesta de sesenta navés bien pertrechadas y en las que se embarcaron considerable número de caballeros franceses y los portugueses que habían acompañado al Prior en su destierro, que en junto componían un total de 6000 hombres de desembarco.

Con esta escuadra salió el pretendiente del puerto de Nantes y se dirigió á la isla de San Miguel, única del grupo de las Azores que acataba la soberanía de Felipe II.

Decidido á posesionarse de esta Isla el Prior de Crato, mandó atacarla y mal lo hubieran pasado sus valerosos defensores sin la oportuna llegada de la escuadra española al mando del Marqués de Santa Cruz.

Componíase esta escuadra, bastante inferior á la franco-lusitana de las flotas reunidas del Marqués y

del Almirante Recalde, que para esta campaña había venido de Vizcaya, y en ellas habían embarcado el maestro de campo D. Lope de Figueroa y los capitanes D. Pedro de Toledo, D. Cristobal de Eraso y D. Francisco de Bobadilla que mandaba el *Tercio de Zamora*.

Avistadas las dos escuadras, en aguas de la Isla de San Miguel, el día 22 de Junio de 1582, trabóse la lucha, que, si bien fué de corta duración, nada le faltó, en cambio, para ser de las más sangrientas y encarnizadas que registra la Historia.

Una vez más demostró el gran marino español, Marqués de Santa Cruz, cuan digno era de la fama de que gozaba, pues en solas cinco horas que duró el combate, y apesar de su inmensa superioridad los enemigos perdieron 42 naves con 3.500 hombres de los 6.000 que llevaban, quedando además, prisioneros unos ochenta caballeros, entre ellos, los generales Felipe Strozzi y el conde de Vimioso.

Apenas saltaron en tierra los vencedores con los prisioneros, D. Francisco de Bobadilla mandó levantar un cadalso, donde en presencia de su Tercio «hizo degollar unos nobles y ahorcar otros», como dice el erudito historiador Sr. Lafuente.

Había, no obstante, logrado escapar con vida D. Antonio, quien desembarcó en la isla Tercera, donde fué recibido como rey, pero falto de naves y dinero, ó, quizás, no creyéndose seguro en ella, tomó la vuelta de Francia, con los pocos barcos que le quedaban, dando en el camino á su soldadesca la satisfacción de saquear las islas Canarias y Madera.

Con esto podía darse por terminada la pacificación de las Azores y así debió entenderlo el Marqués

de Santa Cruz que, al poco tiempo, volvió á Lisboa con sus naves, donde, al año siguiente, le sorprendió la noticia de que el Prior de Crato había operado en dichas islas un desembarco de 10.000 franceses.

En efecto; no perdía D. Antonio las esperanzas de dominar en Portugal, y estas esperanzas eran alimentadas por la Corte de Francia, celosa siempre de suscitar, contra el monarca castellano, cuantos obstáculos pudiera, para mermar su poderío, ó para vengarse de las derrotas sufridas.

Así que, apenas se halló ocasión oportuna, por encontrarse la escuadra española anclada en el puerto de Lisboa, salió el Prior para las islas Azores, desembarcando un cuerpo de ejército de 10.000 franceses.

XXV Apenas tuvo el de Santa Cruz noticias de estos sucesos volvió á embarcar sus tropas, entre las que se contaba el *Tercio de Zamora*.

El día 23 de Junio de 1583 se dió á la vela y el día 3 de Julio del mismo año, se colocó la armada frente á la isla de San Miguel. Al día siguiente dió vista á la isla Tercera é inmediatamente se dispuso el ataque y el desembarco.

Hallábase esta isla defendida por 6.000 hombres y 300 piezas de artillería, lo que hacía muy difícil la empresa de desembarcar en ella. Pero nuestros soldados, que no acostumbraban á mirar el peligro sino después que lo habían vencido, no se arredraron ante las dificultades.

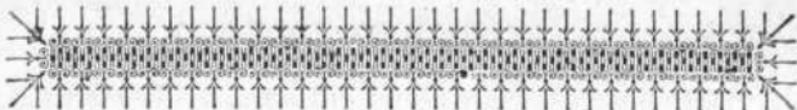
Apesar de la ruda resistencia de los contrarios, el Marqués mandó enderezar la proa á tierra y, forzando la entrada, ancló toda la escuadra en el puerto de la Muela.

Cuatro mil hombres, entre ellos 300 arcabuceros del *Tercio de Zamora*, desembarcaron bajo los fuegos cruzados de amigos y enemigos; sin permitirse un momento de reposo, atacan la ciudad próxima al puerto de desembarco, rinden el castillo y de victoria en victoria y después de haber hecho capitular á las tropas francesas que guarnecian este castillo de San Sebastián, llegan hasta la capital, Angra, que el enemigo se ve precisado á abandonar, refugiándose en los montes.

Posesionados los españoles de esta Isla pasan á las demás que también estaban insurreccionadas, y al terminar el año se terminó la campaña, pues sólo unos 1.200 hombres quedaban en armas y estos tuvieron que entregarse á discrección, faltos de víveres, de municiones y aun de vestuario, pues á tanto llegaba su escasez.

Concluida esta campaña y pacificadas por completo las islas Azores, el *Tercio de Zamora* continuó prestando sus servicios en la Armada, contra los piratas ingleses que se dedicaban á la captura de los galeones que conducían á España los tesoros de las Indias, y á la presa de los buques mercantes y aun de guerra que enarbolaban el pabellón español.

Esta situación duró hasta el año 1585, en que el *Tercio de Bobadilla* pasó á Italia y de allí á Flandes donde el honor de nuestras armas era sostenido por el insigne Príncipe de Parma. X X X



CAPITULO V.



Pasa el Tercio á Italia.—Guerras de Flandes.

Terminada ya la pacificación completa de Portugal y de las Azores, quedaba sin ocupación un regular contingente de tropas, que, por aquel entonces, estaban haciendo grande falta en Flandes, donde Alejandro Farnesio, Duque de Parma, sostenía con gloria y provecho, pero con hartos trabajos, los derechos del rey Felipe II sobre aquella tierra á quien el protestantismo había levantado en armas é insurreccionado contra su legítimo señor.

Noticioso el de Parma del feliz éxito de la campaña de Portugal, envió á pedir á S. M. Católica los viejos tercios que tanta honra habían conquistado en Portugal y tanta podían conquistar en Flandes.

Atento y solícito el rey á remediar y prevenir las necesidades de la campaña, dispuso el inmediato envío de algunos Tercios, entre ellos el *de Zamora*.

Hallábase este por aquel entonces en la Armada, segun ya hemos dicho, y esto le impidió acudir inmediatamente á donde las necesidades de la guerra le llamaban, pero obediente á las ordenes reales dirigióse á Italia, y en Setiembre de 1585 desembarcó en Voltri, junto á la Volua de Génova.

Como la Armada no podía distraer su atención de perseguir á los corsarios ingleses, vióse precisada á darse á la mar inmediatamente, obligando, con esto, al *Tercio de Zamora* á dirigirse por tierra á los Países Bajos.

Sin concederse, apenas, más descanso que el necesario, Bobadilla atravesó con su Tercio la Saboya, Borgoña y la Lorena, para llegar á Flandes, cuando nuestro ejército acababa de rendir la importante plaza de Amberes.

No dejó de causar disgusto á Bobadilla el no haberse encontrado en tan gigantesca empresa, pero de tal naturaleza era aquella campaña que ocasiones sobran donde demostrar ánimo esforzado y el valor que anidaba en los corazones españoles.

El otoño de aquel año tocaba á su fin cuando el *Tercio de Zamora* pisaba el suelo flamenco, por lo cual fué enviado á invernar á Bomel, isla formada por los rios Mosa y Vaal en la provincia de Güeldres.

Habíanse destinado á aquella Isla otros dos Tercios fuerza relativamente pequeña, pero que el enemigo creyó suficiente para vengar en ella las derrotas que de las armas españolas habían sufrido.

Confiados estaban los Tercios españoles, no esperando agresión alguna de los enemigos, por lo avanzado de la estación invernal que en aquellas regiones

es rigurosísima, pero viéronse, de pronto sorprendidos por una imponente inundación, cuyos peligros aumentaba la presencia de la escuadra enemiga en aquellas aguas.

El conde de Holak, uno de los más prestigiosos jefes rebeldes, había mandado romper los diques que defendían á la Isla de Bomel contra las corrientes del Mosa, y las aguas, libres ya de los muros que las contenían, invadieron la parte baja de la Isla dando apenas tiempo á los españoles á poner en salvo sus personas refugiándose en los parajes más altos á donde no alcanzaban aquellas.

Bobadilla refugióse en Empleu con tres mil soldados y cuanta artillería y vituallas pudo recojer.

Pero también aquí le alcanzó la corriente, así que los españoles que en junto componían un total de 5.000 hombres con sesenta y una banderas, se vieron divididos como en tres islas distintas que cercaban las naves enemigas, en número de ciento.

Inmediatamente dió Bobadilla orden de atrincherar sus posiciones y defender los diques, pero no por esto había desaparecido el peligro, porque en la inundación habíanse perdido casi todos los víveres y el hambre amenazaba rendir á los españoles tan pronto, que Holak tuvo la presunción de creer que ya los tenía prisioneros y rendidos á discreción.

Sin embargo, envióles parlamentarios que, por varias veces, les ofrecieron capitulaciones honrosas; pero Holak no había contado con la arrogancia del Tercio zamorano y con la indomable energía de Bobadilla y por eso le sorprendió tan extraordinariamente el desprecio con que los españoles contestaron á sus proposiciones.

Enfurecido Holak al ver que tan difícil se le hacía alcanzar una presa que ya creía tener entre las manos, ordenó establecer el más riguroso bloqueo, á fin de conseguir que los tenaces soldados se rindieran por hambre, sin descuidar por esto, molestarles con continuos ataques y escaramuzas á que los españoles contestaban siempre bizarramente.

Pero el hambre empezaba á sentirse ya de un modo alarmante y, por otra parte, el convencimiento de que no habían de ser socorridos, empezaban á hacer decaer de ánimo á los, hasta entonces, invictos soldados; Mansfeld, por una parte, y el Maestre de Campo Aguila por otra, habían querido prestar auxilio á los sitiados, pero fueron rechazados por las tropas de Holak.

Los despachos enviados al príncipe de Parma habían caído en poder del enemigo.

Llevaban ya cinco días los españoles sitiados, y parecía que no habría para ellos salvación posible, cuando un suceso, que se reputó por milagroso, vino á cambiar la faz de las cosas y á infundir nuevos bríos á los ya desalentados zamoranos.

Infatigable Bobadilla en buscar medios de defensa que contrarrestaran á los ataques del enemigo, había hecho fortificar el templo de Empleu que guarnecían algunas compañías del *Tercio de Zamora*.

Un soldado que delante de su tienda, que estaba inmediata á la iglesia de Empleu, cababa la tierra para la fortificación, á los primeros golpes descubrió algo que brillaba entre el polvo y la tierra que arrancaba con su pico.

Codicioso de que fuera algun tesoro, redobló sus afanes, para descubrirlo, y... ¡milagro! ¡milagro!

exclamó. Aquel objeto brillante, era un cuadro que representaba la Purísima Concepción.

Atraídos por estas voces los demás soldados que se hallaban en el templo, cayeron de rodillas ante la imagen de la Virgen, convencidos de que ella era un presente que el Cielo les enviaba en prendas de que no había de faltarles su auxilio poderoso.

La noticia de este hallazgo corrió con la velocidad del rayo por las filas españolas y todos y, el primero, el afortunado D. Francisco de Bobadilla, corrieron á dar gracias á su celestial Patrona, jurando ante ella vencer ó morir, aunque bien convencidos estabande la victoria, cuando la Virgen les mostraba de modo tan ostensible su decidida protección.

Desde entonces no hubo fatiga que les fuera insoportable, ni trabajo que no fuera fácil y llevadero.

Pero no pararon aquí los favores del cielo. Un frío espantoso heló las aguas del rio, viéndose la armada enemiga en la precisión de retirarse, so pena de ser cogida entre los hielos, bramando de despecho por la brillante presa que de las manos se les escapaba.

El *Tercio de Zamora* miró esta circunstancia como favor especialísimo del cielo que atribuyó á la Santa Virgen en el misterio de su Inmaculada Concepción, y para demostrarla su reconocimiento, pocos días después se formó una cofradía, inscribiéndose el primero Bobadilla y después todos los de su Tercio que quisieron llamarse *Soldados de la Virgen concebida sin mancha*.

En memoria de este suceso se fundó esta cofradía en otros muchos Tercios, pasando esta institución de Flandes á España, como refiere Alonso Vazquez, que

entonces militaba en Flandes y que al volver á España, la fundó en su Tercio «en memoria de haber sido librado en Bomel el Ejército español.»

Estrada, (1) que refiere minuciosamente este hecho, dice que ocurrió el día 7 de Diciembre de 1585, víspera de la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Bobadilla mandó levantar el campo tres días después y en los barcones que le envió Mansfeld, se retiró á terminar la internada á Bolduc, cuyos habitantes le acogieron con singulares muestras de adhesión y respeto y le proporcionaron cuanto necesitaba para reponerse de las fatigas pasadas.

Sin embargo, los padecimientos sufridos habían sido tan espantosos que muchos soldados murieron en el camino, o'ros al llegar á Bois le duc, y otros, como dice el ya citado historiador Estrada, al tiempo mismo de tomar las medicinas.

Esto movía más á compasión á los leales habitantes le Bois de duc, ó Bolduc, quienes á porfía se excitaban mutuamente para prestar toda clase de socorros á los estenuados soldados de Bobadilla.

No dejó de recompensar Alejandro Farnesio el heroísmo de los españoles. Hallábase este en Bruselas celebrando las fiestas que llamaban del Introito Alegre, cuando tuvo noticia de la apurada situación en que se hallaban los Tercios españoles.

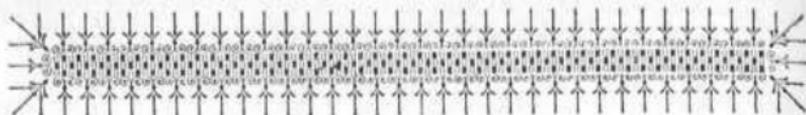
Inmediatamente y sin más compañía que sus guardias, salió de Bruselas dirigiéndose á marchas forzadas á Bomel, resuelto á perder la vida, sino conseguía librar á sus soldados.

(1) Décadas de las Guerras de Flandes.

Al llegar á Herental, el Sr. de Basigni le dió la grata nueva de haber sido libertados y hallarse ya en Bolduc y Alejandro envió á Diego de Escobar para que en su nombre felicitase á aquellos valientes soldados.

Vuelto á Bruselas escribió afectuosísimas cartas á Bobadilla y á la ciudad de Bolduc, dándoles las gracias en nombre del rey y en el suyo por su admirable comportamiento, el primero, y por el amor verdaderamente fraternal con que había socorrido á los soldados, la segunda.





CAPITULO VI.



Prosigue el mismo asunto.

Dura y penosa prometía ser la campaña del siguiente año de 1586.

Los rebeldes flamencos habían conseguido inclinar á su favor á la reina Isabel de Inglaterra, quien les envió un ejército de 6.000 hombres, al mando del Duque de Leicester, con cuyo auxilio se proponían añadir más fuego á la guerra que ardía sin tregua ni descanso.

Por su parte, el Príncipe de Parma más animoso cuanto más obstáculos encontraba, decidió obrar con más energía, é imprimir más actividad á las operaciones.

Conservaban aun los rebeldes la ciudad de Grave, plaza fuerte sobre el Mosa, y el de Parma quiso empezar la campaña de este año con la toma de dicha

plaza, para lo cual comisionó á Mansfeld, veterano y entendido general tudesco.

Después de la penosa y brillante jornada de Bomel, habíase unido el *Tercio de Zamora* al ejército del príncipe que á la sazón se hallaba en Brabante, y este fué uno de los escogidos para que acompañaran á Mansfeld en su expedición á Grave.

Establecido el cerco, cúpole al *Tercio de Zamora* la suerte de ocupar el camino de Ravenstein, con el encargo de interceptar la comunicación con la plaza sitiada.

Como este camino era el más expedito para que por él recibieran auxilio los de Grave, el *Tercio de Zamora* había de sufrir más que otro cualquiera las fatigas del cerco tanto por parte de los sitiados, como por parte de sus auxiliares.

Las operaciones continuaban con varia fortuna, y ocasiones hubo en que solo un desesperado esfuerzo del *Tercio zamorano* pudo evitar al ejército sitiador un serio descalabro, como después se dirá.

Noticioso el duque de Leicester del cerco de Grave y del éxito vario de la lucha, se preparó para acudir con sus ingleses en socorro de los sitiados, y como, á la vez, el Príncipe Alejandro, acudiera con nuevos refuerzos en auxilio de los sitiadores, la lucha tomó mayores proporciones, arreciando los ataques y la defensa, hasta que, al fin, el día 7 de Junio de dicho año, el barón de Hemert, gobernador de la plaza, capituló, entregándola á Alejandro, acto que le costó la cabeza, pues fué degollado por orden de Leicester.

No hemos de pasar adelante sin dar cuenta de un

hecho heroico llevado á cabo por el *Tercio de Zamora* durante el cerco de Grave.

Para socorrer á Grave, habia Holak ocupado el dique de Batemburg, sobre el Mosa, levantando un trincheron para su defensa. Mansfeld mandó á Aguila que con gente de su tercio y del de Mondragon atacase aquel punto, pero una inoportuna y heroica rivalidad entre los soldados de ambos tercios hubo de frustrar la empresa, porque ansiosos los de Mondragon y los de Aguila de ser los primeros en acometer, se cansaron en balde en recorrer el camino para ir á chocar contra enemigos descansados. Asi y todo, tomaron el trincheron, pero ayudados los enemigos por fuerzas de refresco, pudieron rechazar á los españoles, llevándoles de vencida.

Afortunadamente, Bobadilla pudo apercebirse á tiempo de este accidente y destacó de su *Tercio* diez companias al mando de Acacio de Ierra que detuvieron á los enemigos, y sostuvieron por espacio de hora y media la lucha, aunque con grandes desventajas. La obscuridad de la noche y la incesante lluvia, puso fin á esta lucha desigual, en la que si los soldados zamoranos no pudieron conseguir la victoria, cúpoles, no obstante, la gloria de haber evitado la destruccion de los tercios de Mondragon y Lombardia y sobre todo asegurar la posesion del trincheron.

Hubo también en esta accion un hecho que merece no quedar en silencio.

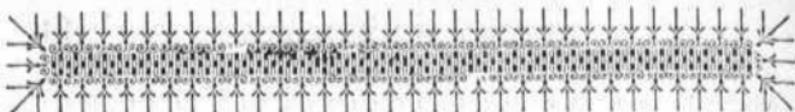
Entre las diez companias de nuestro Tercio que habian venido en socorro de Mondragon y Lombardia, hallábase la primera sobre el campo de batalla la del capitán D. Baltasar de Hortigosa. Rodeado el

Alférez de esta compañía de considerable número de enemigos, peleaba recia y valerosamente por defender la bandera que trataban de arrebatarle. Al fin, los continuos golpes que de todas partes llovían sobre su cuerpo, le derribaron en tierra y estaba ya próximo á exhalar el último aliento, cuando acudió en su auxilio un Sargento de la propia compañía, llamado Jerónimo de Vega, el cual no pudo hacer más que perder la vida al mismo tiempo que terminaba la suya el Alférez. Retirábanse ufanos los ingleses con la bandera cogida, cuando otro Sargento de la misma compañía, llamado Alfonso Vazquez, se precipitó furioso, espada en mano, contra el grupo enemigo, y esparciendo, primero el terror y después la muerte entre los contrarios, no sin oponer estos á sus golpes otros golpes tan terribles, les atemorizó de tal modo que se dieron á la fuga los que pudieron escapar á su venganza, que fueron los menos. El Sargento Vazquez tuvo la honra de volver al capitán Hortigosa, la bandera de su compañía, rota y empapada en la sangre de amigos y contrarios, incluso la propia.

Por este y por otros memorables hechos, Alfonso Vazquez llegó á ser Sargento mayor del Tercio.

Rendida la plaza de Grave, pasó el Tercio á Venlío con el grueso del ejército, cuya plaza también fué tomada, apesar de la desesperada resistencia que opusieron sus defensores animados y ayudados heroicamente por sus valerosas mujeres.





CAPITULO VII.



Continúa el anterior.—Guerras en Colonia.

Al mismo tiempo que en los Países Bajos, agitábase los Protestantes en Alemania, cuna de la Reforma.

El conde de Meurs, ayudado por los herejes holandeses, había ocupado algunas ciudades del Rin, que pertenecían al elector católico de Colonia, Ernesto, hijo del duque de Baviera, quien considerándose impotente para recuperarlas, se vió precisado á pedir el auxilio de Alejandro Farnesio. No estaba este en disposición de desatender la campaña de Flandes, pero en virtud de las reiteradas instancias del Elector, paso á Alemania llevando consigo un respetable cuerpo de ejército del que formaba parte el *Tercio de Zamora*.

La ciudad de Nuis ó Novesia, tan fuerte que Carlos el Temerario con 60 000 hombres no había podi-

do tomarla despues de un año de asedio, fué la elegida por el de Parma para principiari las operaciones.

Púsola cerco, encomendando al *Tercio de Zamora* la guarda de la primera puerta de la ciudad que mira al Rhin.

Hay en este rio, inmediata á la ciudad, una isleta en la que se habían construido dos castillos, los que bien defendidos, hacían inexpugnable á Nuis por aquella parte; sin embargo, los rebeldes cometieron el error inexplicable de desatenderlos, por reconcentrar en la plaza la mayor suma posible de fuerzas.

No escapó á la fina penetración de Bobadilla esta circunstancia y decidió apoderarse de este excelente punto extratéxico. No le costó gran trabajo conseguirlo, pues para ello le bastó encomendar este asunto al capitán del *Tercio* Juan Chacón, quien lo llevó á cabo con feliz éxito, ayudado por cien hombres escogidos, ayudándole también el capitán del mismo Tercio Antonio de Paz con algunos soldados.

Resistíanse los rebeldes dentro de la ciudad, y el asedio iba haciéndose sangriento y porfiado en demasía. Los castillos de la isleta que presidiaba el capitán Chacón les mortificaban de tal modo que, al fin, reconocieron el error que habían cometido al dejarlos sin defensa.

Dispuestos á recuperarla, una noche salieron en considerable número de la ciudad, y atacando con fiera violencia á los soldados zamoranos, lograron arrollarlos, sin que fuera obstáculo para ello el pequeño refuerzo, que en auxilio de sus compañeros llevó el capitán del mismo Tercio Antonio de Paz.

De la bravura con que se batieron nuestros soldados, es buena prueba el número de bajas sufridas.

Solo trece quedaron con vida y en libertad; todos los demás fueron muertos ó hechos prisioneros. De los primeros en morir fué el capitán Antonio de Paz y entre los prisioneros el capitán Chacón. La falta de jefes pudo á nuestros soldados quitarles la victoria, pero no les quitó el ánimo para morir en el puesto que se les había confiado, probando así de brillante manera como sabían cumplir la consigna que se les había dado de «victoria ó muerte.»

Sin embargo, la victoria fué tan cara para los vencedores que se contentaron con llevarse á Nuis los trece prisioneros, sin atreverse á permanecer en la Isla, que fué inmediatamente recuperada por las tropas de Farnesio.

Este y otros sucesos afortunados, para los rebeldes no impidieron que después de pocas semanas de asedio, la ciudad cayera en poder de nuestras tropas quienes vengaron de una manera demasiado violenta, las penalidades que habían sufrido durante el cerco y la traición de los sitiados, que estando en tratos para entregar la ciudad, dispararon contra el cuartel de los españoles y contra el mismo Alejandro, dando por disculpa de esta alevosía el Gobernador de la plaza «que estaba durmiendo.»

Apesar de los buenos deseos de Farnesio, la soldadesca penetró en la población saqueando é incendiándola, á excepción de los templos, donde se habían refugiado las mujeres, vengando de esta manera el suplicio de dos zamoranos que habían sido inhumanamente quemados en la plaza por la soldadesca protestante.

Después de la conquista de Nuis (agosto de 1586,) dirigióse el de Parma á Rhinberg, otra ciudad de

Electorado de Colonia que tenían en su poder los rebeldes, con ánimo de ponerla sitio, pero las noticias que llegaron al campo desde los Países Bajos, le obligaron á cambiar de opinión, ordenando la vuelta á Zutphen, ciudad que gobernaba el español Bautista Tassis, y que había cercado el general inglés conde de Leicester.

Llegado el ejército español á las cercanías de Zutphen, estableció su campo en Borcheló, á unas cinco horas de distancia de aquella ciudad.

Uno de los primeros cuidados de Alejandro, fué enviar víveres y municiones, de que estaban bastante necesitados los sitiados.

No era esta empresa tan facil como parecía, por la superioridad numérica del ejército sitiador y porque había necesidad de romper las filas enemigas para entrar en la ciudad. Teniendo en cuenta estas dificultades Farnesio y conociendo también cuanto urgía el inmediato envío de socorros á los sitiados, escogió 20 soldados de cada compañía de las que componían todos los Tercios de Infantería española que militaban en su campo.

Después de haber recibido estos el convoy que habían de depositar en la plaza, se dirigen á Zutphen y á una legua de esta ciudad, se encuentran con el grueso del ejército sitiador que les cerraba el paso.

El choque fué terrible, pero los soldados españoles, no solo resistieron el ímpetu del ataque enemigo, sino que atacando, á su vez, con indomable bravura rompen las filas enemigas y depositan en la plaza el convoy que habían venido custodiando.

Sería injusto hacer excepciones entre los soldados que mejor comportamiento habían tenido en es-

ta jornada; todos, lo mismo los del *Tercio de Zamora*, que los de los restantes, cumplieron, no como buenos, sino como mejores, y esto sea dicho en honor de aquellos heróicos y animosos soldados.

Desde entonces, el *Tercio de Zamora* concurrió á todas las acciones de guerra que en el cerco de Zutphen tuvieron lugar, la mismo para la introducción de convoyes en lo plaza, que para atacar á los sitiadores, hasta que juzgando el de Parma, que la plaza estaba ya suficientemente abastecida, levantó el campo y se retiró con su ejército á invernar á Bruselas.

La marcha del duque de Leicester á Inglaterra á fines de este año y la conducta incomprensible de los capitanes ingleses York y Stanley, que entregaron á Farnesio las fortalezas cercanas á Zutphen, acabaron de irritar á los flamencos ya bastante descontentos por la tiránica y arbitraria conducta del generalísimo inglés. En su consecuencia, pensaron elegirle sucesor, nombrando para este cargo á Mauricio de Nassau, joven pero entendido capitán.

No era el de Parma hombre capaz de dormirse en los laureles, asi es que, apenas la primavera presentó ocasión favorable para ello emprendió la conquista de Orange y la Esclusa, únicas plazas fuertes que le faltaban de reducir en la provincia de Flandes.

Para atacar á la segunda de estas ciudades, tenida por inexpugnable, envió el de Parma al Barón de Altapenne y al Marqués del Vasto con un cuerpo de tropas, en el que estaba comprendido el *Tercio de Zamora*.

No pudo el *Tercio* asistir á las operaciones de este memorable y portentoso sitio, digno de los

tiempos heróicos, porque habiendo tenido noticia Farnesio de que los rebeldes intentaban un golpe de mano contra Amberes, envió á ella al *Tercio* para que no se perdiera ciudad que tanto trabajo había costado conquistar.

Por aquel entonces fué nombrado en comisión, para mandar el *Tercio* el Maestre de Campo, D. Manuel de Vega Cabeza de Vaca, quien se hizo cargo del gobierno de la ciudad y plaza de Amberes, por haber pasado á España D. Francisco de Bobadilla.

El conde de Holak, á quien ya hemos nombrado algunas veces en el decurso de esta historia, tenía por entonces, pretensiones de privar de la plaza de Bois le duc á las armas de Felipe, y, al efecto, se dirigió á ella con un cuerpo de ejército de 4.000 infantes y 800 caballos. Situada esta plaza en el Estado de Brabante, no podía contar, para su socorro, mas que con las tropas que, á la sazón, operaban en la provincia de Güeldres, de cuya capital acababan de apoderarse, y, con efecto, acudían á marchas forzadas; pero su número era tan escaso, que nada absolutamente hubieran podido hacer en favor de Bois le duc, sin la concurrencia del *Tercio de Zamora*, que, con otras fuerzas de walones, hasta componer 3.500 hombres, salió de Amberes, yendo al frente de estas tropas el ya citado Vega Cabeza de Vaca.

Cerca de Venl6o y después de pasado el rio Mosa, se reunieron con los vencedores de Güeldres, á cuyo frente venía el Marqués de Altapenne, quien se hizo cargo del mando superior de este cuerpo de ejército.

Cuando los enemigos tuvieron noticia de que las tropas reales estaban tan inmediatas, reconcentraron

su campo sobre Engel, fuerte cercano á Bois le duc, con el doble objeto de apoyarse en buena disposición contra los protectores de la plaza sitiada, y no abandonar, al mismo tiempo, la empresa acometida, disponiéndose, al mismo tiempo para la batalla que Altapenne les presentó, y en la que la victoria mostróse tan esquiva, que, después de muy recio y empeñado ataque, ninguno de los dos ejércitos la consiguió con lo que ambos quedaron sin alcanzar, por lo pronto, el fin que se proponían.

Sin embargo las tropas reales consiguieron introducir socorros abundantes en el castillo de Engel con lo que este pudo defenderse contra el enemigo.

En esta batalla cayó herido Altapenne tan gravemente que falleció á los cuatro días.

Vega, al ver caer á Altapenne, le cubrió con su capa para que la noticia de su herida no desalentase á las tropas.

Después reuniéndose en consejo los jefes, acordaron un plan de batalla que consistía en mantenerse á la defensiva, puesto que ya habían conseguido aprovisionar á Engel.

A Vega tocó ocupar con su tercio la vanguardia, defendiendo la retirada de las tropas reales y tan bien supieron cumplir su cometido los zamoranos, que el enemigo, temeroso de caer en una celada, no se atrevió á continuar el ataque y levantó el cerco de Engel.

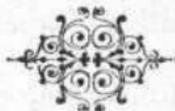
Nombrado el marqués del Vasto para sustituir á Altapenne, propúsose socorrer á Bois le duc, á quien ya apretaba el hambre, y conseguido este objeto quiso poner sitio á Loón, pero Farnesio le envió orden urgente de marchar al sitio de Esclusa con el

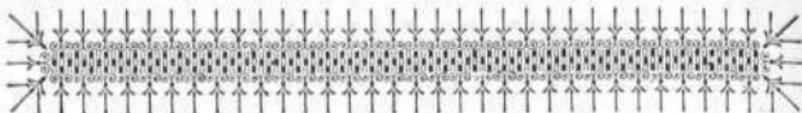
Tercio de Zamora, en vista de que los enemigos habían aumentado sus fuerzas para socorrer la ciudad.

Pero poco paró aquí el Tercio porque sabedor Farnesio que el de Leicester atacaba á Blanchenberg y la tenía en grande aprieto, se decidió á ir en persona á levantar el cerco, enviando delante una tropa ligera de 300 walones y siguiéndoles él con el Tercio zamorano.

El de Leicester, apenas tuvo noticia de la llegada de Alejandro, levantó el cerco huyendo á Ostende.

Vuelto Farnesio al sitio de Esclusa á los pocos dias se rindió la ciudad, sin que fueran bastantes á socorrerle las grandes fuerzas que Inglaterra había llevado á aquellas provincias.





CAPITULO VIII.



La armada invencible.

Corría el año 1588.

Felipe II había ido amontonando los grandes y continuados motivos que para un serio rompimiento le daba cada día la orgullosa Isabel, reina de Inglaterra.

No podía el rey Católico consentir que quedaran impunes las depredaciones del Drake, ni el manifiesto favor que los protestantes holandeses recibían de Inglaterra, ni el asesinato de María Estuard, reina de Escocia, ni la odiosa persecución de los católicos de las Islas Británicas, ni otras mil arbitrariedades que por sí misma cometía Isabel, ó, por lo menos, las consentía.

Decidido Felipe II á vengar de una vez tantos agravios, dispuso el alistamiento de la armada llamada *Invencible*, al mismo tiempo que encargaba al de

Parma reuniese el mayor número posible de fuerzas, para invadir con ellas á Inglaterra.

No era del agrado de Farnesio el modo de hacer esta campaña y así se lo había hecho saber á Felipe II, pero, obediente siempre á las órdenes de su rey y señor, revistó su ejército y le organizó llegando á reunir un cuerpo de 4.000 infantes y 2.000 caballos.

En la idea de Alejandro Farnesio entraba el formar cuerpos ó Tercios aparte con los que pertenecían á una misma Nación y, aun con los que eran naturales de una misma provincia.

Así es que dividió su ejército en tantos cuerpos como Naciones estaban en él representadas, y estos cuerpos se dividían en Tercios, más ó menos, según era mayor ó menor el número de individuos que los componían.

Entre las fuerzas disponibles que halló Farnesio para incorporarlas al ejército expedicionario, estaba, el *Tercio de Zamora*, que seguía mandando, en comisión, Vega Cabeza de Vaca.

Componíase entonces el *Tercio* de 1.900 soldados distribuidos en 21 compañías lo cual le hacía fuerte y temible en demasía por sí solo, y fue uno de los cuatro en que dividió Farnesio las fuerzas españolas.

La magnitud de la empresa que España iba á acometer, hizo que nobles, ávidos de gloria y de combate, se alistaran como voluntarios ya en la armada, ya en el ejército de Farnesio.

Entre estos últimos se contaba el duque de Pastrana, quien se unió á los de Mondragón, cuyo Tercio como mas antiguo se consideraba como escuela y

que fué causa de algunos disturbios en el *Tercio de Zamora*, como veremos más adelante

No es nuestro propósito referir la desastrosa expedición de la Armada *Invencible* cuya historia es de todos demasiado conocida; solo diremos que no pudiendo concurrir Alejandro á la empresa con su ejército, se vió en la precisión de licenciarlo, en sus dos terceras partes, quedándose solo con la restante, compuesta de los tercios españoles.

Nada tenía Alejandro que hacer mas que atender al cuidado de sus provincias y al sostenimiento de la guerra con los protestantes flamencos y holandeses.

Dividió, pues, su ejército en tres cuerpos, entregando el primero al conde de Mansfeld para que tomara á Warthendonck, en Güeldres; el segundo, al elector de Colonia, para que recobrará á Bona y con el tercero, del que formaba parte el *Tercio de Zamora*, pasó, en persona, á poner sitio á la ciudad de Bergh-op-Zoom, en lo último de Brabante.

La victoria acompañaba á Farnesio donde quiera que fuese; así Bergh-op-Zoom abrió sus puertas á las armas reales, apesar de su obstinada resistencia y de la traición de un inglés, que, habiendo prometido entregar la ciudad, condujo á nuestros soldados á una emboscada, donde perecieron, entre otros muchos, el conde de Oñate y el marqués de Hinojosa.

Posesionado Alejandro de Bergh-op-Zoom, dirigió sus armas contra Geertruidenberg, cuya guarnición redujo, no sin que antes tuviera que tomar serias providencias contra algunos soldados del *Tercio de Zamora*.

Componíase la guarnición de Geertruidemberg de ingleses y holandeses, gente indómita y soberbia que se jactaba de no obedecer ni á Holanda ni á Inglaterra y que nunca España les pondría la ley. Estas bravatas herían el amor propio de nuestros soldados, que ansiaban llegara la ocasión de poder demostrarles la vanidad de su orgullo y lo presuntuoso de su soberbia.

Como generalmente acontece, el que más dice menos hace, y así sucedió en Geertruidemberg, cuya guarnición inmediatamente entabló las negociaciones para la rendición.

Acogió Farnesio con benevolencia estas pretensiones y dispuso que no entraran en la ciudad españoles, excepto los nobles, y estos pocos en número.

El duque de Pastrana quiso entrar en la ciudad con algunos de sus paisanos. El capitán italiano Odoardo, encargado de custodiar aquella puerta, dejóle franca la entrada, pero negó el paso á los que le acompañaban. Indignado el duque, después de hacer entrar á los zamoranos de su séquito, embistió espada en mano á Odoardo. Los italianos tomaron el partido de su jefe, los españoles el de su compañero, y la refriega se iba haciendo cada vez más empeñada por la intervención de los ingleses que aun estaban dentro de la ciudad, cuando la llegada del duque de Parma pudo cortar la refriega apaciguando los ánimos.

Gran pesadumbre causó á Farnesio esta inoportuna acción, pero les perdonó en gracia á la calidad del duque y teniendo en cuenta que era aquella la primera ciudad de Holanda en que entraban los españoles, después de doce años que de allí habían sido

arrojados, pero antes envió al de Pastrana y á Odoardo detenidos á Breda, para que la disciplina militar se conservase incólume.

No usó de tanta prudencia el duque Parma, al tener noticia de la rebelión del Tercio viejo de Mondragón.

Molestado Farnesio por la hidropesía, había tenido necesidad de descansar y para ello trasladóse á los célebres baños de Spá, encomendando el mando supremo del ejército de Brabante á Carlos de Mansfeld, quien cumpliendo las órdenes de aquel, había continuado la campaña sitiando y tomando algunas de las plazas que le habían sido indicadas, como Brachel, Rossem y Heél.

Pero todo el fruto de la campaña fué perdido por la insurrección del Tercio de Mondragón.

Hallábanse este y el *de Zamora* en la isla de Bomel.

El descontento de algunos soldados, hizo que desobedecieran á Mansfeld; pedían que no se les obligara á invernar en una isla donde años antes había estado á punto de perecer la flor del ejército español. La carencia de dinero era otra de las causas que les incitaban á la rebelión, á la que llegaron muy pronto; de esta al motín no hay mas que un paso, que pronto fué salvado por aquellos tan valientes, como mal aconsejados guerreros.

Comprometidísima era la situación de los zamoranos. Por una parte, la disciplina les obligaba á obedecer á Mansfeld y hacer armas contra los revoltosos; por otra, el espíritu de compañerismo les vedaba hacer armas contra sus camaradas, pero urgía el remedio.

Diez y ocho compañías del Tercio se declararon en abierta rebelión, saliendo de arrebató y apoderándose de la plaza de Armas.

Al oír el tumulto, y creyendo que era el enemigo, acude Diego de Avila con su Tercio, por un lado por otro el mismo Mansfeld con una escuadra de walones y, por último, Vega con parte de los suyos quedando completamente cercados los de Mondragón.

Al fin, por la mediación de unos y otros, los sublevados depusieron su actitud y con el nuevo día volvieron cada uno á sus respectivas compañías y banderas, sin que por entonces llegase á más el conflicto.

En esta alternativa se hallaban cuando la enérgica actitud de Farnesio vino á imponer el condigno castigo al sedicioso Tercio que tanta gloria había conquistado.

Apesar de los ruegos y súplicas de los generales y jefes del *Tercio* y sin tener en cuenta que este era el más aguerrido y el que más triunfos le había proporcionado, Alejandro se mantuvo inflexible. Mandó ahorcar á los más culpables y disolver el *Tercio* que tan brillante historia tenía, refundiendo sus compañías en los demás cuerpos.

Gran pesadumbre causó esta dura medida lo mismo á los zamoranos que á los de Mondragón, y era de ver á aquellos hombres acribillados de heridas y encanecidos en el fragor de los combates, llorar como niños, ó rasgar, enfurecidos, aquellas sus gloriosas banderas, antes que entregarlas á otros cuerpos, por otra parte bien dignos de custodiarlas.

A los jefes y oficiales del Tercio se les dió á es-

coger el punto de su destino. De la tropa casi todos los piqueros, fueron incorporados á los Tercios de Manriquez y Vega y á estos se incorporaron también personajes principalísimos que formaban en las filas del Tercio suprimido

Vuelto Alejandro de los baños, dió nueva organización al Ejército español que entonces solo constaba de dos Tercios, por haber sido suprimido el de Mondragón.

Con las compañías sueltas, que eran catorce y los soldados procedentes de la Armada Invencible, llegó á reunir dos mil hombres, formando con él un Tercio y disponiendo que los otros Tercios tuviesen también dos mil plazas en vez de las tres mil que antes tenían.

Al mismo tiempo, como los Tercios de Manrique y Bobadilla hacía mucho tiempo eran mandados en comisión confirmó en sus empleos á los interinos, pasando á ser Maestre de Campo del de Zamora don Manuel de Vega Cabeza de Vaca.

Mas al tiempo que se verificaba la distribución de dicho *Tercio viejo* disuelto, Mansfeld había dejado una compañía correspondiente al *de Zamora* en Tilemont para custodia y defensa de los cuarteles y vestuario suyo.

Una fuerza enemiga de más de 4.000 infantes y algunos caballos que pertenecía á la antigua guarnición de Bergh-op-Zoom, la espiaba.

Valiéndose de la oscuridad de la noche, colocaron escalas en el muro, penetraron hasta el centro de la población y, con estremado silencio, llegaron hasta la plaza, con ánimo, ante todo, de rendir un retén de 40 hombres.

Los zamoranos, al verse sorprendidos, se precipitaron sobre los enemigos, sin saber su número, y tan enérgica fué su acometida, que consiguieron rechazarlos, hasta dar tiempo á que llegase el resto de la compañía con su capitán Cristobal Marcó.

Desgraciadamente, este fué muerto en el primer encuentro de un arcabuzazo, y aunque con doblado esfuerzo, le sustituyó en el mando el cabo de escuadra Juan de Morales, envalentonados los enemigos con la muerte del jefe español, se rehicieron y obligaron á los nuestros á refugiarse en la casa que les servía de cuerpo de guardia.

Allí seguían defendiéndose y haciendo prodigios de valor, pero el segundo jefe de los enemigos (el primero había muerto en la refriega) mandó poner fuego á la casa, con tan buen éxito que, al poco rato las llamas se enseñorearon de todo el edificio.

En tal situación, algunos zamoranos prefirieron quemarse, antes que rendirse; otros, más animosos, ó más desesperados, pero conservando aun el valor suficiente para vender caras sus vidas, se precipitaron espada en mano, en medio de los enemigos, hiriendo y matando y recibiendo la muerte.

En poco tiempo, quedaron peleando solo seis, entre ellos el esforzado Morales, bien que acribillado de heridas.

Entonces los enemigos, subyugados por el valor desgraciado, respetaron las vidas de aquellos héroes contentándose con hacerlos prisioneros; después acomodaron á Morales en una casa de la población, dejándole cantidad crecida de dinero, para que atendiese á la curación de sus heridas.

Los protestantes abandonaron la población al

amanecer, llevándose los cinco prisioneros restantes y cuantos efectos pertenecían al Tercio.

A poca distancia de la ciudad encontráronse los rebeldes con el capitán Torralba, del Tercio de Lombardía, quien los batió y dispersó, apoderándose de la mayor parte del botín que habían sacado de Tilemont.

De aquí nació la competencia entre el dicho capitán Torralba y el Maestre de Campo Manuel de Vega sobre la posesión de los efectos recuperados, y á los que ambos creían tenían derecho; Torralba como botín de guerra y Vega como que habían pertenecido al *Tercio de Zamora*.

Vega escribió á Farnesio dándole cuenta de estos sucesos, pero éste remitió este negocio al Auditor General, quien viéndose apremiado de ambas partes litigantes, prefirió ir dando largas al asunto sin resolverlo y, al fin, Torralba se quedó con su presa.

Mejor suerte tuvo Vega con los enemigos, porque habiéndose llevado estos á Berg-op-Zoom veinticuatro banderas envueltas y guardadas en un arca que ellos ostentaban como si hubiesen sido presa de guerra en el asalto de Tillemont, Vega escribió al gobernador de Berg-op-Zoom, rogándole le devolviese aquellas banderas que no eran del Tercio y, por consiguiente, mal podían haber sido ganadas en el campo de batalla.

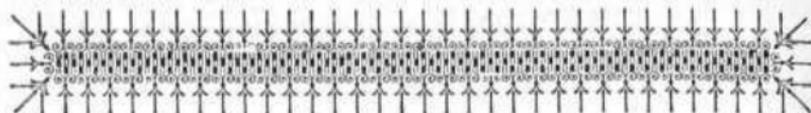
Aquellas banderas habían sido destinadas para la guerra con Inglaterra, pero como esta fracasó, las banderas no tuvieron ocasión de estrenarse.

El holandés devolvió á Vega las banderas con el arca en que estaban guardadas y aun de los despojos añadió una taza grande, un aguamanil y una concha

de plata que resultaron ser de la misma vajilla de Vega.

Con este magnífico proceder quedaron ambos más honrados; el holandés, porque voluntariamente se despojaba de prendas que pudieran haberle servido para su vanagloria, y Vega, porque como militar valiente y pundonoroso, no podía sufrir tranquilamente que en poder de su enemigo estuvieran aquellas prendas tan queridas para el soldado, aunque en realidad las banderas no fueran del *Tercio*, pero hay ocasiones en que una circunstancia que induzca á duda ó á sospecha, aunque sea infundada, es más dolorosa y sensible que la misma realidad.





CAPITULO IX.



Guerras de Francia.—Insurrección del *Tercio de Zamora.*

El dictado de *Defensor del catolicismo*, que se había merecido Felipe II, le obligó á intervenir en los asuntos interiores de Francia donde el hugonote Enrique IV quería sentarse en un trono que no le pertenecía, mientras no abjurase sus heréticos errores.

Era Alejandro Farnesio en aquella época el primer general, no solo de España, sino de toda Europa y á él encomendó Felipe II la empresa de combatir á Enrique IV que no hubiera tenido rival á no haber existido Alejandro Farnesio.

Obediente siempre á los mandatos de su rey salió de Flandes al frente de un lucido ejército, pero no queriendo dejar desprovistas de guarnición ciudades que tantos sacrificios le había costado conquis-

tar, eligió al *Tercio de Zamora* como base y sostén de la defensa de aquellos Estados y lo destinó al de Brabante á las órdenes de Mansfeld, al cual solía Alejandro dejar siempre como sustituto.

El ejército de Francia se lo absorbía todo; el de Flandes tenía solo la indispensable. Este tenía que trabajar mucho para distraer sus necesidades, y había de pelear y vencer para coger á los contrarios el botín de que estaba tan necesitado.

El malestar se notaba menos en el *Tercio de Zamora*, porque el carácter natural de Vega era aficionado al orden y no toleraba ofensas á la subordinación ni aun de los más licenciosos.

Sin embargo, y apesar de la carencia de todo, aun lo indispensable para la vida, nuestros soldados con una constancia indomable y un valor rayano en heroísmo y que les ha hecho dignos de la leyenda, no descansaban un momento en sus guerreras empresas.

Apenábales, sin embargo, la absoluta carencia de recursos. Farnesio que había querido llevar el Tercio á Francia, tuvo que enviarlo á la Frisia, vencido por las instancias de Verdugo que sin cesar le pedía recursos.

Despachó, pues, al Tercio Alejandro después de haberles dado un tercio de la paga, llegando á su destino en el invierno de 1589 90 y en diez meses que estuvo en aquella lejana provincia, ya no volvió á percibir ni un solo maravedí. Poco después Farnesio envió un socorro de 7.000 ducados al que acompañaba una carta en la que decía «que ya había encomendado á Su Magestad el valiente proceder del Tercio fidelísimo, y que esperaba no dejaría

de tener su seguro galardón», pero este cortísimo socorro cayó en poder del enemigo, con lo que las necesidades del Tercio se aumentaron de manera extraordinaria.

No quedaba otro recurso que ir á buscar al campo enemigo lo que faltaba en el propio, y como el general holandés no se atrevía, por temor ó por desconfianza á aceptar la batalla que le ofrecían los españoles, fuerza les fué á estos ir á buscarle á las plazas que guarnecía.

Una de las más importantes empresas que acometieron los españoles, fué el cerco de Emitel, castillo cercano al grueso del ejército enemigo, y que, no obstante la superioridad numérica de su guarnición sobre los sitiadores, fué, en poco tiempo ganado.

Había pasado en esto el invierno y el enemigo, al mando de Luis Guillermo de Nasau, tuvo tiempo de sobra para allegar recursos con que batir á los españoles, pero desconfiando de sus tropas ó harto temeroso de las nuestras, se mantenía á la defensiva sin aceptar la batalla que con reiteradas instancias le proponía Verdugo.

Luis Guillermo tomó posiciones en la aldea de Colmer, esperando la llegada de Verdugo; allí le fué este á buscar, pero comprendiendo la magnitud de la empresa, trató de hacerle abandonar sus posiciones, batiendo y tomando un fuerte inmediato, pero ni aun así pudo atraerle á buen terreno, dirigiéndose los españoles al fuerte de Lopeslague, construido poco antes por el mismo Verdugo, frente al de Niezijl, que enseñoreaba el enemigo, en la cortadura del mismo nombre.

Verdugo mandó construir otro dique desde sus

posiciones hasta Groninga, con lo que esta ciudad quedaba altamente beneficiada, pero no supo agradecer el beneficio, como tendremos ocasión de ver.

Porque habiendo los temporales impedido á Verdugo que continuara en sus posiciones, tuvo que retirarse á la abadía de Grotwer, sin poder aposentarse en Groninga, en vista de que los de esta Ciudad consideraban á los españoles como malos vecinos.

En efecto, la penuria que sufrían nuestros soldados era tan grande, que se veían obligados á sacar lo más preciso para la vida ó de la tierra que pisaban, ó de las ciudades que guarnecían, cuando no había enemigos á quienes combatir.

Verdugo, en vista del egoísmo de los de Groninga, se vió precisado á distribuir sus tropas y las de Vega en varios presidios, dándose así por terminadas aquellas poco importantes operaciones.

Los dos ejércitos, siu embargo, se observaban mutuamente, y un momento hubo en que se creyó que los dos llegarían á las manos.

Guillermo de Nassau, al fin, se decidió á abandonar sus posiciones para presentar batalla á los españoles, pero ni la batalla llegó á darse, ni este movimiento tuvo otra consecuencia que la famosa rebelión del Tercio zamorano.

Es preciso advertir antes que el Maestre Vega se había llegado á hacer tan odioso á sus soldados, que estos para murmurar de él no se recataban de nadie porque todos, jefes y Oficiales, incluso el sargento mayor del Tercio, Cristóbal Lechuga, (1) abundaban

(1) De este Cristóbal Lechuga tan bravo soldado, como ilustrado historiador puede verse la biografía, entre los apéndices.

hacia su Maestro de Campo en los mismos sentimientos que los soldados.

Este odio vino á avivarse con la siguiente circunstancia.

El jefe holandés Nassau se decidió, al fin, como decíamos, á buscar á los españoles.

Casualmente se hallaban dos ó tres soldados del *Tercio de Zamora* lavando sus vestidos en un arroyo, entre ellos el esforzado Lucas de Linares, de la compañía de Portocarrero, cuando los enemigos se acercaban á los Reales, y habiendo tratado de explorar aquellos el número y calidad de la gente con que en breve tendrían que luchar, hallaron que, si bien la cantidad era crecida, sus ánimos, eran, en extremo, escasos á juzgar por el aspecto de decaimiento que se observaba en su marcha, así en infantes, como en ginetes.

Bien pudieran ser exactas las observaciones de aquellos hijos de la guerra, que con ella se estaban alimentando, hacía tantos años y por eso no temían sus percances, mas esto no sirve de regla para que pocos acometan á muchos.

Esta observación hizo Vega á Verdugo, cuando este le manifestó la opinión de los soldados exploradores, que se reducía á lo siguiente: «que era tal el apocamiento de los enemigos, que con 200 infantes y 50 caballos se les podía destrozarse completamente».

Vega rechazó esta opinión y procuró evitar que la formasen los soldados por las consecuencias que podían sobrevenir alarmando el campo.

Verdugo se adhirió á Vega; no hubo batalla, mas

ya mencionaremos luego los peligros á que Vega se expuso.

Al día siguiente esperaban los españoles acometer. Algunos ginetes salieron á explorar el campo y se convencieron de que el enemigo no aceptaba la batalla, no sin gran sentimiento de Verdugo que no pudo menos de expresar sus pensamientos al valiente Lucas de Linares con estas honrosas palabras. «Fuerte varón, si tu parecer hubiera valido, quebrantado hubiéramos los espíritos á Nassao, de suerte que nunca de hoy más se atreviese á provocar á los españoles.»

Pero a mismo tiempo supieron los españoles que Vega no quería tampoco la batalla y esta circunstancia puso en grave peligro su vida.

Algunos de sus soldados minaron su tienda de campaña y si la mina no estalló, debido fué á una verdadera casualidad

La poca precaución del encargado de darla fuego hizo que al llevar á cabo esta operación, se abrasara la cara.

Acudieron los asistentes á los gritos que daba el soldado, vencido por el dolor de las quemaduras, y al mismo tiempo que apagaban el fuego de la mina, le hicieron prisionero y al día siguiente le ahorcaron por orden de Vega.

Crimen fué este, que, por muy justificado que estuviera, nunca podría perdonar la disciplina.

«Manuel Vega, dice Vazquez, era un soldado muy prudente, honrado y valeroso y no creo hubiera causa legítima para quererle quitar la vida, y más por camino tan extraño »

Sus soldados sin embargo, encontraron esta causa

en el excesivo rigor con que les trataba y en la misma penuria y calamidades sin cuento que venían padeciendo y aun en el mismo castigo impuesto al asesino.

Porque muchos que se veían culpados pusieron tierra por medio, lo mismo que otros que se creían notados por el Maestre, así que la culpa de algunos, vino á hacerse, por esta causa de todos.

Sin embargo, los rumores que, contra Vega hacían circular por el campo los subalternos descontentos, se apaciguaron con el castigo impuesto pero vino á darles nuevo pábulo un fenómeno de la naturaleza.

Desencadenadas tormentas y furiosos terremotos submarinos, agitaron el mar de tal suerte que este llegó á entrar tierra adelante hasta tres leguas distante de la playa, inundando el lugar donde nuestras tropas tenían establecido su campamento.

Fué preciso retirarse al paso que las olas avanzaban, contra la opinión de Vega que no esperaba tal fenómeno.

Cuando las tropas llegaron á la Frisia alta, habían perdido ya algun bagaje y no pocos codiciosos que por querer salvar sus botines no pudieron salvar sus vidas.

Todo esto contribuía, aunque infundadamente, á aumentar el odio que los soldados abrigaban contra Vega.

Quisieron los españoles pasar el invierno de aquel año (1591) en Groninga, pero los habitantes de aquella ciudad les recibieron muy desconsideradamente. Aprestábanse ya las tropas á tomar por fuerza lo que de grado se les negaba cuando noti-

cioso Mansfeld de lo que ocurría, tuvo la debilidad de condescender con los deseos de la ciudad y ordenó que salieran de ella las tropas y pasaran al Brabante. Siete compañías á las inmediatas órdenes de Vega, se alojaron en Drist; otras siete en Herental, al mando del capitán Diego de Lerma, en Lierre cinco mandadas por el de la misma clase, Hernando Tello Portocarrero, y el resto en otras partes, mandadas por sus cabos respectivos.

Era esta una nueva humillación que á duras penas podía tolerar el Tercio y solo una chispa bastaba para provocar el incendio, que no tardó mucho en estallar.

Con el pretexto de que se les pagaran los atrasos, los soldados se manifestaron, á poco, en rebelión.

Cincuenta mosqueteros de los de Vega se lanzaron contra el cuerpo de guardia, que no opuso resistencia. Al punto todos tomaron las armas y formando causa común con los amotinados, se parapetaron en las calles principales de Drist.

Llegado el caso á oídos de Vega, vistióse inmediatamente sus armas de combate, pero, sin olvidar las de la prudencia, reunió su guardia, que se componía de veinte soldados, y les preguntó si voluntariamente estaban dispuestos á defender la ley.

Si, contestaron y lo juraron todos á una voz. Con esta seguridad y á favor de las tinieblas de la noche, salió Vega de su alojamiento con su guardia, resuelto á restablecer el orden ó á perecer.

Al llegar al primer destacamento, fué abandonado y preso.

Quisieron entonces los amotinados arrancarle la

orden para que vinieran á Drist, con el fin de que se unieran al motín, las compañías del *Tercio* que faltaban, pero él, despreciando la muerte, que ya creía próxima, se negó con indignación, increpándoles duramente, como si hablara á tropa subordinada.

No insistieron, convencidos de que nada habían de conseguir del tenaz Maestre, y se contentaron con hacerle salir de la ciudad, acompañado de todos los oficiales que no se habían unido á la insurrección.

Quiso Vega diferir su salida hasta el día siguiente pero no lo consiguió y una escolta le acompañó hasta Lovaina.

Aprovechándose de tan críticas circunstancias y merced al auxilio de Inglaterra, Mauricio de Nassau puso sitio y tomó las plazas de Zutphen y Deventer, y se dispuso á marchar en seguida contra la más importante capital de Groninga.

Cuando se estaba en este sitio de Zutphen, Alejandro Farnesio, que ya había vuelto de Francia, dióse prisa para juntar un ejército con que ir á socorrerla.

Reunidas en Ruremunda todas las tropas disponibles, halló que tenía 7.000 hombres entre tudescos, walones, irlandeses é italianos.

No le parecía bien al insigne caudillo que, cuando se iba á operar en pró de las armas españolas, faltaran en su campo tropas de la Nación por cuyos intereses se disputaba; por lo tanto envió mensajeros á los amotinados Zamoranos, invitándoles por medio de Pedro de Castro, uno de sus íntimos, á que se unieran al ejército, con lo cual se harían dignos de ver perdonado su extravío, y ofreciéndoles abonarles todos los atrasos.

Al recibir el mensaje, fueron varios los pareceres, pero, al fin, prevaleció el de continuar en rebelión, porque, como decían los sublevados, Alejandro debió enviarles como embajador persona de más valía, teniendo en cuenta que cuando se sublevó el Tercio de Mondragón, el embajador de Alejandro había sido el príncipe de Asculi y no estaba bien que ahora se rebajaran ellos á tratar con un Pedro de Castro; sin embargo, ofrecieron, como cumplía á su nobleza é hidalguía, conservar para el rey, á todo trance, las guarniciones de Brabante; con lo cual Alejandro tuvo que contentarse y disimular el nuevo agravio, para no aventurarse á mayores inconvenientes.

Sin embargo, logró la satisfacción de ver incorporados á su ejército hasta unos 200 hombres de los amotinados, los cuales, con el capitán Antonio Mosquera, no pudieron tolerar la pertinacia de sus compañeros, en los críticos momentos en que la causa común, personificada en el noble Duque, necesitaba y hasta suplicaba su cooperación.

Con estos 200 hombres y los que al principio permanecieron fieles, regimentó Farnesio un Tercio español que apenas constaba de 300 hombres bajo las órdenes del propio Vega, y así consiguió, aunque á medias, el objeto de que donde tan diversas naciones iban á pelear en favor de España, no faltasen soldados españoles.

Marchando ya á la defensa de Zutphen, se tuvo noticia de su entrega á los protestantes, por cuya razón el de Parma torció su camino para llegar á Deventer, que se hallaba en el mismo caso; pero los defensores de esta plaza, abrumados por la obstinación violenta de los sitiadores y faltos de pólvora,

tampoco pudieron sostenerse; por manera que el ejército real se vió burlado dos veces en el objeto de sus afanes.

Contemplando los habitantes de Nimega la inacción del ejército, cuando habían fracasado sus proyectos, y viéndose constantemente abrumados por el fuerte de Knodseberg que los Holandeses ocupaban á muy corta distancia de la ciudad, sobre el rio Vahal, suplicaron al sobrino de Felipe II tomara á su cargo la expugnación de tan durísimo padrasto, encargo que Farnesio aceptó gustosísimo yendo á dicha ciudad con todo su ejército.

Para dar á los españoles la gloria que en la empresa les tocaba, les colocó en la vanguardia, y entonces el pequeño tercio zamorano tuvo la honra de contar en el número de sus piqueros al joven Príncipe Ranucio, hijo del duque Alejandro, que, anhelando compartir las glorias de su padre, acababa de llegar de Italia, ni más altivo, ni menos valiente que el generoso Duque, cuya sangre era.

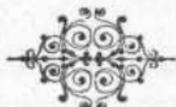
Nuevas órdenes de Felipe II mandando á Alejandro Farnesio que continuase la campaña de Francia, le obligaron á retirarse de Nimega, pero antes de salir de Flandes tuvo la satisfacción de conseguir que mil de los amotinados del *Tercio de Zamora*, se sometiesen al gobernador de Amberes, como también de presenciar una ruidosa hazaña del *pequeño Tercio* que mandaba Vega.

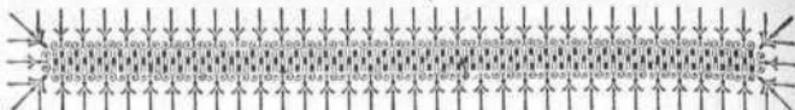
Porque habiendo Farnesio mandado levantar el campo en cumplimiento de las órdenes recibidas de Felipe II encargó á los zamoranos la defensa y custodia de la artillería y como una pieza se hubiese hundido en una laguna, los jóvenes del *Tercio*, antes

que dejar aquel despojo al enemigo, entraron en el cieno y haciendo fuerza con brazos y hombros, sacaron la pieza, llevándola en alto al campamento que les recibió con grandes aclamaciones de los soldados y alabanzas de los cabos.

El *Tercio de Zamora*, en vez de ser castigado, logró, además de que se le abonasen sus atrasos, la Real satisfacción de ver separado á su Maestre Vega, como perjudicial por su firmeza, dándole el Gobierno de Puerto Hércules, en la Toscana, y siendo nombrado para sustituirle D. Alonso de Mendoza.

A tanto se había hecho acreedor este Tercio por sus brillantes actos, y tan alto aprecio hacían de él, no solo el Duque de Parma, sino el mismo rey Felipe II.





CAPITULO X.



Guerras de Francia.— Muerte de Alejandro Farnesio.

Ya hemos indicado en el capítulo anterior que Felipe II, para proteger á los católicos franceses contra la dominación de un rey protestante, como Enrique IV, y, al mismo tiempo, para defender los derechos de su hija Isabel, como sobrina de Enrique III, á la corona de los Valois, había llevado sus armas victoriosas al mismo terreno de Francia donde disputaba el trono al hugonote Enrique IV, proclamado rey, al abjurar la herejía.

Incorporado el *Tercio de Zamora* al ejército de Farnesio, después que abandonó su actitud revoltosa y perdonado por el rey en gracia á sus excepcionales méritos y esclarecida historia, pasó con este á

Francia, donde hizo toda la campaña, que, por cierto, fué más bien, diplomática, que guerrera.

Esto, no obstante, no faltaron ocasiones donde el *Tercio de Zamora* pudiera distinguirse, segun en él era ya tradicional.

La primera acción de guerra á que asistió, fué á la del 5 de Febrero de 1592 en los llanos de Aumale, en la que nuestras tropas vieron coronados sus esfuerzos por la victoria más completa, pudiendo á duras penas, escapar el *Bearnés*, por haber quedado malamente herido.

La guerra seguía con éxito brillante para las armas españolas, que eran invencibles cuando las guiaba Alejandro Farnesio, pero la muerte de este insigne general hizo cambiar, por completo, la faz de las cosas.

Al mismo tiempo, la reunión de los estados generales en Francia, para la elección de soberano, obligó á las dos partes beligerantes á suspender por un momento las hostilidades, dando motivo á que nuestro *Tercio* volviera á Flandes, donde se puso á las órdenes inmediatas del general conde de Mansfeld y después á las del archiduque Ernesto, elegido Gobernador general de los Países Bajos en sustitución del veterano conde.

En este tiempo, el *Tercio* asistió á la defensa de Gertruidenberg, que fué uno de los sitios más memorables por los importantes trabajos de fortificación á que dió lugar.

Tomada esta ciudad por el enemigo, Mansfeld quiso atacar el fuerte de Crevecœur pero en vano, porque el enemigo pudo aproximarse antes de ser atacado.

El ejército católico se dividió entonces en dos partes, pasando una á la Frisia al mando de D. Felipe de Robles y quedando otra en la Campiña al mando del marqués de Barambon.

El Tercio asistió en el año de 1593 á la reconquista de Waes.

Mientras tanto los estados generales habían reconocido como rey de Francia á Enrique IV, quien hizo su entrada triunfal en París á las cuatro de la mañana del 22 de Marzo de 1594, pero gran número de plazas francesas que estaban ocupadas por españoles no reconocían la autoridad del nuevo rey.

La guerra volvió á encenderse entre Enrique IV y Felipe II y el conde de Mansfeld, por mandato del archiduque Ernesto, entra en Francia, llevando á sus órdenes al *Tercio de Zamora*.

Poco tiempo pudo gozar del mando el archiduque Ernesto, pues la muerte le arrebató en edad temprana, siendo nombrado para sucederle el zamorano Conde de Fuentes, (1) general experto y entendido, pero á quien su rectitud y severidad le hizo ser mal recibido por los revoltosos flamencos.

Apenas posesionado del supremo mando, pasó á Francia poniéndose al frente del ejército de Mansfeld para continuar la campaña que apenas había iniciado el archiduque Ernesto.

El nuevo rey de Francia presenta batalla á los españoles en las inmediaciones de Doullens, en Picardía y es derrotado.

(1) Aunque este ilustre caudillo no perteneciera al *Tercio de Zamora*, sin embargo, por la circunstancia de ser zamorano, bien merece que insertemos en esta obra su biografía, como lo hacemos al final.

En esta batalla perdieron los franceses más de 2000 soldados muertos y más de cien señores principales, entre ellos el Almirante Villars, Mr. de Sesseval y el mariscal Sisenay.

Unos cincuenta nobles y ciento treinta y cuatro soldados de caballería fueron hechos prisioneros.

La ciudad fué entrada á saco y destruida por el fuego.

El conde nombró Gobernador de la ciudad al capitán del Tercio, Hernan Tello de Portocarrero.

Las tropas españolas, sin detener su marcha triunfal, ponen sitio á Cambray y, después de un rudo asedio, se apoderan de ella así como de la de Catelet, pero la tornadiza fortuna les vuelve la espalda en la batalla de Fontaine-Francaise, donde son derrotados, no sin que los franceses sufrieran considerables pérdidas y sin que su rey se viera en gran aprieto, como lo demuestran las siguientes palabras, que escribió á su hermana, después de la batalla; *Poco ha faltado para que hayais sido mi heredera.*

Seguía la campaña de Francia con varia fortuna y sin que se realizara un hecho de armas de importancia, cuando fué relevado el conde de Fuentes por el cardenal archiduque Alberto.

Este príncipe, en quien se unían las virtudes del sacerdote, con el valor del guerrero y la experiencia del general, dió nuevo impulso á la campaña, conduciendo á las tropas españolas á los asaltos y tomas de Calais, Ardres, Guines y otras plazas fuertes francesas.

La fortuna iba abandonando al monarca francés, pero los rebeldes flamencos que, en ausencia del Gobernador general, habían recrudecido la rebelión,

obligaron á este á volver á los Países Bajos, como lo verificó en el mismo año de 1596, llevando consigo al *Tercio de Zamora*.

El archiduque Alberto pone sitio á la ciudad de Hulst, y apesar de la vigorosa defensa que de ella hizo el general de los rebeldes, Mauricio de Nassau, cae en poder de nuestras tropas.

El *Tercio de Zamora*, que á ningun otro cede el primer lugar, marcha el primero al ataque y ve caer muertos y heridos á muchos de sus individuos, entre los últimos, al capitán Bernardo Huerta, de quien más adelante tendremos ocasión de hablar con elogio.

Los sucesos de la guerra de Francia llamaban poderosamente la atención del archiduque, quien por esta causa se vió precisado á dar de mano á la campaña de Flandes, pudiendo, por tanto, el *Tercio de Zamora* gozar de algun descanso relativo.

No fué este de mucha duración, pues el enemigo puso sitio á la inmedita ciudad de Resa y un fuerte destacamento del *Tercio de Zamora*, pasó á dicha ciudad para sostener á su guarnición.

Los zamoranos supieron hacer estériles cuantos esfuerzos hizo el enemigo por apoderarse de la plaza hasta que, al fin, convencido este de la imposibilidad de vencer á nuestras tropas, tuvo que abandonar la empresa, levantando el sitio.

La defensa que los zamoranos hicieron de Resa, se hizo célebre en aquella época, por los innumerables actos de valor y heroismo que llevaron á cabo, entre los cuales merece consignarse el siguiente:

Uno de los capitanes que mandaban las compa-

ñas del *Tercio de Zamora*, era el ya nombrado Bernardo de Huerta.

Introducido en la plaza desde los primeros días del sitio, ardía en deseos de dar á conocer su valor al orgulloso enemigo y así lo había manifestado varias veces.

Un día que el Gobernador dispuso una salida que había de hacer el capitán Ortiz del mismo *Tercio*, con 30 hombres de su compañía, solicitó Huerta, y obtuvo, el permiso para concurrir á la expedición confundido entre los soldados y armado, como ellos, de una pica.

Embestido el puesto enemigo que se trataba de sorprender, no tardó mucho Huerta en hallarse desarmado, porque los expedicionarios, no solo tuvieron la desgracia de encontrar á sus enemigos bien preparados contra ellos, sino que, á su vez, se vieron atacados por dobles fuerzas contrarias, que pronto pusieron á los animosos zamoranos en gravísimo apuro.

Ya no quedaba al capitán Ortiz más recurso que el de procurarse una retirada honrosa, la cual empezó á practicar con el mejor orden; pero esto no entraba en el plan del capitán Huerta, que creía deshonroso para él volver á la plaza sin llevar algún trofeo.

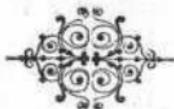
Pensarlo y ejecutarlo, fué obra de un momento. Se abalanza á un soldado enemigo, le quita la pica porque la suya se había hecho pedazos en la refriega y arremete furioso contra una bateria que defendían buen número de artilleros.

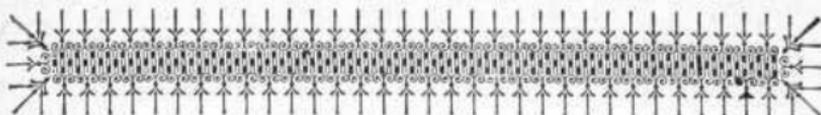
Sin reparar en lo difícil y peligroso de la empresa, ase de un cañón y arrastrándolo con la mano iz-

quiera, por sus enormes fuerzas dignas de pertenecer á Hércules, con la derecha se defiende y ataca, derribando á cuantos se le acercan y recibiendo también numerosas heridas que en nada amenguan su indomable valor y su heroica constancia.

Apercibidos los zamoranos del peligroso trance en que se encuentra su capitán, vuelven atrás, y ciegos de coraje, arremeten contra los enemigos con tan irresistible empuje, que estos se ven obligados á retroceder, sin poder impedir que el capitán Huerta, ayudado por sus compañeros, se llevara á la plaza el cañón que no había soltado ni un momento.

Conmovido el Gobernador de la plaza al tener noticia de aquel heroico suceso, mandó tasar la pieza entregando el importe, de su bolsillo particular, á aquellos bravos, que, con esto, vieron recompensado con usura su heroico comportamiento.





CAPITULO XI.



Tomá de Amiens.—Sitio de Ostende.

Las continuas guerras que sostenía Felipe II y los enormes gastos que estas producían habían empobrecido grandemente á la Nación española, hasta el punto de tener que pagar los tributos con tanto recargo que, á veces, se hacían poco menos que intolerables.

La pobreza de la Nación hacíase notar más claramente en los ejércitos que sostenía en Francia, Flandes, Italia, Portugal y Alemania, cuyos heroicos tercios sufrían con paciencia la penuria que les proporcionaba la falta de pagas.

Esto fué causa de que algunos tercios se amotinaron y ya hemos referido, en anteriores capítulos, la rebelión del *Tercio de Zamora*, que, si principalmente buscaba la destitución de su Maestre de Campo, D. Manuel de Vega Cabeza de Vaca, tomó pre-

texto para su agresiva actitud en la falta de pago de los atrasos que se le adeudaban.

Esta falta no afectaba solo al *Tercio de Zamora* sino que se extendía á todos los Tercios.

El descontento era general y esto produjo no pocos conflictos á los Gobernadores de los Países Bajos dando también motivo para que los soldados españoles escribieran, con su generosidad y desprendimiento, la página más gloriosa que en su historia encierra el ejército español.

Es de todos demasiado conocido este hecho, para que nos detengamos en reseñarlo.

Aquellos heroicos *Tercios* que, poco há pedían, si bien tumultuariamente, con la energía y la nobleza que les era propia, las pagas que les adeudaba la Madre Patria, enmudecen en su justa petición, cuando los Tercios walones y tudescos les imitan, y, saliendo por el honor de su España tan querida, no solo no piden más, sino que rebuscan los escondrijos de sus exhaustos bolsillos, por si encuentran alguna moneda con que saciar la avaricia justa de la extranjera soldadesca y acallar las quejas que estos lanzaban, á veces, bien inconsideradamente, contra la Nación á quien servían.

El generoso desprendimiento de los soldados españoles merecía su correspondencia y á no quedarles sin ella encaminaron sus esfuerzos los Gobernadores generales conde de Fuentes y Archiduque Alberto.

Imponíase, además, esta medida, porque las continuas sediciones habían relajado de tal modo la disciplina militar, que difícil era encontrar un jefe que

tuviera confianza en los soldados que mandaba, como estos no fueran españoles.

Mucho trabajó el conde de Fuentes por restablecer la disciplina militar y no fueron infructuosos sus esfuerzos, pero sin tanto trabajo, obtuvo mejores resultados el Archiduque con las grandes sumas de dineros que de España llevó á Flandes.

Abonados, en gran parte, los atrasos que tenía el ejército, pudo desde luego contar con él y emprender con fruto la simultánea campaña de Francia y Flandes que dieron principio, la primera, con la toma de Calais y Ardres, y la segunda con la de Hulst, ciudad y fuerte de gran importancia estratégica, de cuyos hechos ya hemos dado cuenta en el capítulo anterior.

En el sitio de esta última ciudad, merece triste consignación el hecho de que los sitiados, en una salida atacaron los cuarteles de Mendoza degollando á sesenta soldados del Tercio y enclavando dos piezas de artillería.

La guerra de Francia terminó con la paz de Verbins (2 de Mayo de 1598,) y desde aquel momento toda la atención se reconcentró en la campaña de Flandes.

Pero antes de esto el Tercio había asistido en 1597 á la sorpresa de Amiens y en el 98 á la toma de Orsois.

La toma de Amiens es tan célebre en la Historia que no podemos pasar en silencio tan importante hecho de armas.

Era gobernador de Doullens el capitán del Tercio, Hernan ó Hernando Tello de Portocarrero, que ya antes de ahora hemos nombrado.

Doullens dista solo diez leguas de Amiens y Portocarrero procuraba informarse de las defensas de esta plaza que Enrique IV había elegido como almacén militar, por ser la ciudad más principal de las riberas del Soma y cabeza de la Picardia.

Por un desterrado de Abbeville supo Portocarrero que la guarnición de Amiens vivía descuidada como si no tuviera enemigos tan cerca y se propuso dar un golpe de mano sobre esta ciudad.

Inutil era pretender cercarla porque á su guarnición de mas de 10.000 hombres entre ciudadanos y soldados, á sus fuertes murallas y á sus bien repletos almacenes de víveres y municiones, Portocarrero no podía oponer más que aproximadamente unos 3000 hombres.

Decidió, pues, apoderarse de ella por sorpresa, y al efecto, ideó el siguiente ardid.

Después de que la guarnición de la plaza hiciera por la mañana la descubierta, unos cuantos soldados disfrazados de villanos entrarían en la ciudad conduciendo un carro cargado de heno y en el interior nueces y fuertes tablones que impidieran pudiese bajarse el rastrillo.

Los fingidos villanos se apoderarían del cuerpo de guardia y una vez conseguido este objeto entraría en la ciudad el resto de las fuerzas.

Como lo pensó así lo hizo Portocarrero.

Salió de Doullens de noche con 2.200 infantes y 500 caballos.

Estas tropas se componían de 550 soldados españoles, 600 walones y alemanes, 400 irlandeses y seis compañías levantadas en Flandes.

Cerca ya de Amiens explicó su intento á los jefes

de las tropas, pero estos creyeron tan ardua la empresa que estuvo á punto de desistirse de ella.

Los soldados, sin embargo, al enterarse de los propósitos de su jefe, pidieron seguir adelante, comprometiéndose á llegar á las puertas de la ciudad antes de que rayara el alba.

Ya no fué posible retroceder. A las cuatro de la mañana estaban los españoles en la abadía de San José distante un tiro de cañón de Amiens, adelantándose 300 de ellos á ocupar una ermita cercana á la puerta que mira á Doullens.

Desde allí vieron como la guarnición de Amiens hacía la descubierta y como al poco rato se abrían las puertas de la ciudad y comenzaban á entrar aldeanos que asistían al mercado.

Salieron, pues, los españoles al mando del Sargento mayor Francisco del Arco, quien tenía orden de entretener á la guarnición, hacer que el carro se detuviera entre los dos rastrillos, para que no pudieran cerrarse y disparar un pistoletazo como señal para que acudieran á la ciudad las restantes tropas de Portocarrero.

Los españoles disfrazados de villanos y armados solo de pistolas, salieron de la ermita, dirigiéndose á Amiens. Adelantáronse al carro y arrojándose al fuego del cuerpo de guardia trabaron conversación con los franceses hasta que aquel se halló bajo los rastrillos.

Entonces los fingidos villanos sacaron las pistolas disparando contra los confiados soldados, se apoderaron de las armas de estos y, después de matar á veintidós, acudieron á la puerta para dar entrada franca á sus compañeros. Al toque de alarma del

centinela cayó el primer rastrillo, pero fué detenido por el carro y así pudieron entrar todas las tropas de Portocarrero en Amiens.

La sorpresa no permitió á los habitantes de esta ciudad defenderse, y aunque algunos quisieron cortar las calles con cadenas y barreras, este alarde solo sirvió para excitar más el valor de los españoles que hacían pagar con la vida la temeridad de los que se atrevían á oponérseles.

Al fin, los franceses se declararon en retirada, el Gobernador, conde de Saint Paul, huyó por una de las puertas que miran á Francia, y la ciudad quedó por los españoles.

Inmediatamente Portocarrero ordenó á todos los vecinos que entregaran las armas, y estos, vencidos por el temor fueron tan obedientes, que, según dice Villalobos, «si el día de la entrada no efectuaran otra cosa los vecinos que ir á depositarlas en la puerta por donde se entró, en tres días no pudieran quitarlas los nuestros».

La ciudad fué entregada á saco y fué tanto el botín que se recogió que, como dice un autor coetáneo, «para cada soldado había tres ó cuatro casas que reconocer y que gozar... Halláronse en la muralla y en las casas de munición hasta ochenta piezas de artillería muy bien encabalgadas, cañones, medios cañones y culebrinas, y de allí á algunos días, en cierta mina de una casamata, hasta novecientos quintales de pólvora, que fué después para alargar el sitio del servicio que se puede considerar.»

La sorpresa de Amiens ha dado origen á uno de nuestros más conocidos adagios ó refranes. Dícese que al caer el primer rastrillo sobre el carro que

conducían los españoles disfrazados, se rompieron los sacos que contenían las nueces y el ruido que estas hacían al rodar por el suelo, vino á sembrar mayor espanto en el ánimo de los sorprendidos franceses.

Y teniendo en cuenta que causa tan pequeña pudiera contribuir á un éxito tan sorprendente, se dijo desde entonces, tratándose de hechos análogos: «Es más el ruido que las nueces».

En la Biblioteca Nacional de París hay un grabado que representa la sorpresa de Amiens. La puerta por donde entran los españoles, tiene la siguiente inscripción: *Porte monstre est tu.*

Dada la importancia de esta ciudad era de esperar que Enrique IV intentase recuperarla, y, en efecto, antes de un mes, ya había colocado entre Amiens y Doullens más de 5.000 hombres al mando de Biron.

No se descuidó tampoco el Archiduque Alberto en mandar socorros á los sitiados. Primero llegaron Cristobal Lechuga, Sargento mayor del *Tercio de Zamora* y Paccioto ingeniero italiano; después el conde de Bucquoi con 3.000 walones que quedaron en el Artois y Juan de Guzmán con cinco compañías de caballos. Hernan Tello hizo salir de la ciudad á mas de 6.000 ciudadanos y se dispuso á resistir el largo y porfiado sitio conque amenazaba Enrique.

Después de muchas dilaciones, llegó el ejército español á las cercanías de Amiens.

Ocupaba la vanguardia del ejército libertador D. Luis del Villar, que por entonces había sido nombrado Maestre de Campo del *Tercio*, en sustitución de D. Alonso de Mendoza, á quien el Archiduque había llevado á formar parte de su consejo, y conducía

un batallón en auxilio de sus hermanos sitiados en Amiens.

Honra grandísima era para el *Tercio* que á su frente marchase el Archiduque con sus guardias de á caballo, el guión y toda su corte.

Todo aquel aparato se desvaneció, porque el Archiduque no atreviéndose á socorrer la plaza, ordenó la retirada.

Desde entonces, los soldados no pensaron más que en vender caras sus vidas, pero habiendo afirmado el Archiduque que su honor militar quedaba á salvo, capituló la guarnición, saliendo de la plaza con armas y bagajes, ondeando las banderas, las mechas de los arcabuces encendidas, las balas en la boca y batiendo marcha los pífanos y tambores.

En las capitulaciones se hizo constar que los franceses respetarían el monumento funerario que se levantó en la catedral sobre el sepulcro del Gobernador y capitán del Tercio, Hernan Tello Portocarrero que había muerto durante el sitio, herido por una bala de arcabuz.

Felipe II llegaba ya al término de sus días y desconfiando de las dotes de su heredero para regir en paz los extensos estados que había de poseer en plazo más ó menos lejano, no quiso dejarle pendiente el peligro que para España representaba la insurrección de los Países Bajos, y la guerra con Francia, y á este fin, pensó y llevó á cabo la paz de Vervins con Francia y el matrimonio de su hija Isabel Clara Eugenia con el Archiduque Alberto, renunciando en ellos la soberanía de los revoltosos y levantiscos estados flamencos.

No obstante, las condiciones en que Felipe II hizo

la abdicación de estos estados, disgustó á los rebeldes que querían á todo trance la independenciam y que, bajo esta base, hubieran aceptado, de buen grado al mismo archiduque Alberto por príncipe y Señor. Pero ellos vieron en el acto de Felipe II la intención de constituir un estado independiente en la apariencia, pero, en realidad, feudatario de España, y la guerra continuó con más encarnizamiento, si cabe, que antes.

Felipe II tuvo el desconsuelo de morir (13 de Setiembre de 1598) sin haber pacificado aquellas provincias y sin evitar á su hijo el cuidado de sostener la guerra, pues el protectorado que le legó, fué tanto ó más costoso que la soberanía.

Obligado el archiduque Alberto á continuar la guerra para sostener su soberanía en los Países Bajos reclutó un ejército, en el que la energía de su esposa Isabel hizo entrar á los Tercios que, como siempre, se habían amotinado por falta de pagas, y después de algunos reveses y victorias decide poner sitio á la fuerte plaza de Ostende.

Pero antes tenemos que hablar de un desgraciadísimo suceso de nuestras armas, y en el que fué uno de los más castigados por la suerte, el *Tercio de Zamora*.

La rebelión del *Tercio* había sido tan notable que, apesar de los años transcurridos, todavía seguía nombrándose á sus soldados por «los de Diest» por haber sido en esta población donde se amotinaron.

Habíase propuesto el Archiduque tomar la importante plaza de Ostende y con una actitud verdaderamente febril, hizo los preparativos para tan importantísima obra.

Esta actitud desconcertó por un momento los planes de Mauricio de Nassau, y aun llegó á ponerle en grave aprieto, pero este, adoptando una resolución extrema, se parapetó en las Dunas, entre Ostende y Newport y allí aguardó la llegada del Archiduque.

Componíase el ejército de este de 6.000 infantes y la caballería. Entre los primeros, iban 800 *infantes de Diest*, mandados por su Maestre de Campo, don Luis del Villar.

Con excelentes auspicios comenzó aquella campaña porque habiéndose encontrado el ejército del Archiduque con un cuerpo de 2.000 escoceses e irlandeses que Nassau mandaba á Ostende, fueron estos batidos y pasados á cuchillo.

Pero no fué tan fácil empresa batir al ejército de Mauricio que se hallaba parapetado en lo alto de siete dunas. Comenzada la batalla, la infantería atacó y tomó una duna, degollando á los que la defendían, pero la caballería no solo no supo ó no pudo resistir el ataque de los enemigos, sinó que además, desbandándose, se metió por las filas de los infantes desordenándolas, é imposibilitando su movimiento de ataque.

La derrota fué inevitable y el desastre no fué completo gracias á la retaguardia, fuerte de 4 000 infantes que pudieron contener el ímpetu del enva-lentonado enemigo.

Apesar de esto, el ejército del Archiduque tuvo 2.500 muertos y centenares de prisioneros, y se perdieron 120 banderas y estandartes y gran parte del bagaje.

Uno de los prisioneros fué el Maestre de Campo

del *Tercio* D. Luis del Villar, que en 1602 fué rescatado con los demás por el rey de España quien dió la suma de 100.000 ducados.

Sin embargo de esta victoria, el ejército holandés quedó tan quebrantado que tuvo necesidad de embarcarse á los pocos días y marchar á Flessinga, despues de haber aumentado la guarnición de algunos fuertes, único fruto que sacó de aquella campaña.

Pasado el invierno de 1600-1, Mauricio de Nassau decidió sitiar á Rhinberg y el Archiduque á Ostende.

En 1601 dió principio este memorable cerco, que las tropas españolas llevaron á feliz término después de tres años de porfiada lucha y de peligros sin cuento.

Al establecerse el cerco, cúpole al *Tercio* defender el fuerte de San Andrés, uno de los que se habían levantado por orden del Archiduque.

El mundo entero tenía fijas sus miradas en este famoso sitio, por lo que el archiduque se vió compelido á sostenerlo á pesar de las pocas probabilidades de éxito.

Mandaba la plaza por los rebeldes, el holandés Carlos Vander Hoot, quien al finalizar el año, se vió tan estrechado por los nuestros, que propuso la capitulación y aun llegó á entregar rehenes, pero habiendo recibido socorros de Zelanda, retiró su palabra, retractándose de lo ofrecido.

Indignó tal proceder al archiduque y para vengarse de esta felonía, ordenó un asalto general á la plaza, (Enero de 1602,) empresa tan desgraciada que en ella perecieron gran número de sitiadores, entre

ellos el Maestre de Campo del *Tercio de Zamora*, D. Luis del Villar.

Nombrado, para sucederle, D. Diego Durango que durante el cautiverio de Villar había estado al frente del *Tercio*, como Sargento Mayor del mismo, bajo sus órdenes continuó este en el porfiado sitio de Ostende.

Poco tiempo gozó Durango del mando del *Tercio*, pues el mismo año pereció en uno de los asaltos, siendo sustituido por el maestre D. Iñigo de Borja.

Continuaba el cerco sin adelantar gran cosa en él, más que perder hombres y dinero, cuando el archiduque tuvo la feliz idea de encomendar el mando del ejército sitiador al marqués de Espínola.

Difícil era la empresa, pero este hombre, nacido para la guerra y que en la guerra inmortalizó su nombre, no dudó un momento en aceptar esta misión, (Octubre de 1603.)

Pronto notaron los sitiados la energía, la constancia y el superior talento que poseía el hombre que mandaba el ejército sitiador y pronto llegaron también á convencerse las provincias rebeldes de la inevitable pérdida de Ostende, sino se lograba distraer la atención de Espínola á otra parte.

Mauricio de Nassau se encarga de poner sitio á Esclusa, plaza que tantos sacrificios había costado á Farnesio conquistar y después de un asedio de cuatro meses y apesar del auxilio de Espínola, la guarnición española se vió obligada á capitular, vencida mas por el hambre que por el valor de los enemigos.

Este contratiempo encendió más y más los deseos de Espínola de apoderarse de Ostende buscando

en la toma de esta ciudad la compensación á la pérdida de Esclusa.

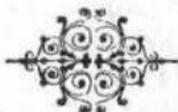
Arenga á sus tropas, las infunde su mismo valor y adelantando, adelantando siempre, llega á privar á los contrarios de terreno en que defenderse.

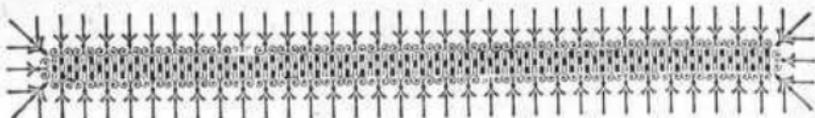
Tantos esfuerzos, tantas penalidades, tanta sangre vertida, no podían quedar sin recompensa y, al fin, la consiguieron.

El día 20 de Septiembre de 1604 entran los españoles en Ostende después de una lucha de más de tres años, en la que perecieron de ambas partes más de cien mil hombres.

Segun Vivanco, esta victoria costó á los españoles la pérdida de más de 40.000 soldados. Los contrarios perdieron 70.000.

El *Tercio de Zamora* vió morir á dos de sus Maestros de Campo, que como héroes sucumbieron al pié de las murallas de la ciudad sitiada en los asaltos infructuosos que se dieron.





CAPITULO XII.



El Marqués de Espínola.

El primer cuidado del célebre Marqués al hacerse cargo del mando del ejército, fué reunir fondos con que satisfacer á este sus atrasos.

Continuaban los motines en los Tercios por falta de pagas y harto comprendía Espínola la dificultad de emprender campaña alguna de importancia con soldados tan díscolos é indisciplinados.

En su consecuencia, vino á España luego que terminó tan felizmente el sitio de Ostende.

Los reyes y la corte le hicieron un suntuoso recibimiento; S. M. le nombró general y Gobernador de todas las armas en los Países Bajos, y, lo que era más importante, le entregó una fuerte suma de dinero con destino al ejército de aquellas provincias.

Esto era lo que buscaba Espínola, y, por tanto, una vez cumplidos sus deseos, dió la vuelta, sin dete-

nerse, á Flandes, decidido á llevar la campaña al centro mismo de las provincias rebeldes.

Incorporados al ejército de Flandes algunos Tercios que llegaron de Alemania, Italia y España, Espínola se dispuso á pasar el Rhin é invadir el terreno enemigo.

No estaba desprevenido Mauricio de Nassau que ya á principios de Mayo de este año (1605) rondaba, con un ejército de cerca de diez y ocho mil hombres, las márgenes del Escalda, sin perder de vista la importante plaza de Amberes, sobre la que intentaba un golpe de mano.

El marqués de Espínola acudió, llevando entre sus *Tercios* al *de Zamora*, á la defensa de Amberes, y de allí á la liberación del Sasso de Gante.

Nassau levantó el campo al aproximarse el marqués de Espínola, dejando el camino expedito para que este realizara su plan, que era pasar el Rhin, estableciendo en Maestricht su plaza de armas.

El *Tercio de Zamora* acompañó á Espínola en la invasión de las provincias de Cleves y Juliers; entró con él en la Frisia y tomó parte principal en la ocupación de Osdenzaal y Lingem.

Espínola manda fortificarlas, construyendo, al mismo tiempo, algunos fuertes y destruyendo otros de los enemigos, y repasa el Rhin.

Los españoles siguen su victoriosa campaña. La plaza de Wachtendork, en Güeldres, cae en nuestro poder; en Mullein, el ejército enemigo es completamente derrotado, gracias al valor y al arrojo del *Tercio de Zamora*, pero las lluvias de otoño interrumpen las operaciones y obligan á nuestras tropas

á buscar los cuarteles de invierno, donde prepararse para la campaña de otro año

Espínola, merced á los socorros que le proporcionaron los comerciantes de Cadiz, reanuda la campaña de 1606, no menos gloriosa que la del año anterior.

El *Tercio de Zamora* cambia en este año de Jefe siendo sustituido D. Iñigo de Borja por D. Iñigo de Brizuela, á cuyas órdenes entra con el marqués de Espínola en la provincia de Over-Issel. Las continuadas lluvias impiden á nuestros Tercios proseguir su marcha, pues los caminos se hallaban intransitables y el marqués de Espínola se ve precisado á dirigirse á la provincia de Zutphen.

Lugares eran estos harto conocidos del *Tercio de Zamora* y teatro de sus heroicos hechos que se dispuso á reproducir, añadiendo gloria á la inmarcesible que ya se había conquistado.

Casi sin ataque se entrega á nuestras tropas la ciudad de Locken; no así las de Groll y Rhinberg, á las que tuvo que cercar Espínola tomándolas por asalto.

El sitio de Rhinberg fué penosísimo, habiendo visto en peligro su persona el mismo Espínola, que no desdeñaba de ocupar un puesto en primera fila, cuando la necesidad lo exigía.

El ejemplo del general excitó el amor propio de jefes y soldados y todos, sin excepción, rivalizaron en actos de valor y heroismo, que dieron por resultado la rendición de Rhinberg, apesar del refuerzo que el de Nassau quiso llevar á su guarnición.

Desesperado el general rebelde, quiso recobrar á Groll, pero el marqués de Espínola seguido del *Ter-*

cio de Zamora y algunos otros italianos y alemanes le hizo levantar el campo, cuando apenas había tenido tiempo de sentar sus reales.

Esta campaña acabó de consolidar la fama que de general experto y entendido gozaba el marqués de Espínola, y que desde este momento fue universalmente reconocida.

Medio siglo de lucha sin tregua había acabado por cansar á las dos partes beligerantes, y lo mismo España que las provincias unidas estaban ya harto necesitadas de paz.

El P. Fr. Juan Ney, comisario general de los Franciscanos, residente en Bruselas, fué encargado de iniciar las negociaciones de paz que fueron con júbilo aceptadas por todos.

No hemos de seguir paso á paso los incidentes de estas negociaciones en las que, como siempre, quedó demostrado que España tiene tan buenos soldados como torpes diplomáticos é ineptos políticos.

Mientras los asuntos exteriores de nuestra nación se han ventilado por medio de las armas, la victoria ha sido nuestra, ó, por lo menos, hemos caido con tanta honra como en Rocroy y Trafalgar.

Pero cuando las armas han cedido su puesto á la política, entonces todo se ha perdido y no nos ha quedado ni victoria, ni provecho, ni honra.

Bien reciente está la desastrosa campaña de los Estados Unidos, para que más lejos vayamos á buscar otros ejemplos.

Pues esto fué lo que ocurrió con la paz de la Haya.

Las provincias rebeldes alcanzaron cuanto exi-

jieron, y á cambio de ello los españoles no lograron más que lo que tenían en su poder.

Por el tratado de la Haya se reconoció la independencia de las provincias rebeldes y se pactaba una tregua de doce años, durante la cual cada uno retendría las plazas y ciudades en que al presente dominaba y se establecía el libre comercio entre ambos países y sus respectivas posesiones, exceptuando las que España poseía en las Indias.

Para esto, para venir á declarar independientes á los rebeldes estuvo España luchando y venciendo por espacio de cerca de medio siglo.

Firmado el tratado de paz, hubo necesidad de licenciar las tropas asalariadas que figuraban en el ejército de Flandes; otros tercios fueron sacados de estas provincias, donde ya no eran necesarios.

Otros, en cambio, fueron destinados á la guerra de Alemania, y uno de ellos, fué el *de Zamora* que el año 1614 asistió á las batallas de Aquisgran, Duren y Wessel.

Poco después, y como aun duraba la tregua con los holandeses, fué destinado el *Tercio* á Italia, á donde marchó conducido por el Maestre de campo D. Juan Clarós de Guzmán, marqués de Fuentes, que en este año se había encargado del mando del Tercio.

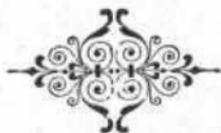
Antes de terminar este capítulo, hemos de hacer una aclaración para resolver las dudas que existen acerca del verdadero nombre de este Maestre de Campo.

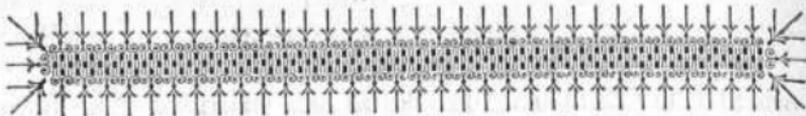
En los últimos años del siglo XVII, que estamos historiando, figura como Maestre de Campo del *Tercio de Zamora* otro D. Juan Clarós de Guzmán, y sin duda para distinguirles, en los Anales del Regi-

miento de Zamora, se llama al primero D. Juan *Carlos*.

No hay duda que se llamaba *Clarós* y no *Carlos*, porque en todos los documentos del archivo de Simancas que tratan de él por cualquier concepto, tales como partes de acciones, muestras ó revistas, hojas de servicio, incluso la suya, se le nombra *Clarós*.

Hacemos esta salvedad para explicar la diferencia de nombre con que conocemos á este Maestre y con el que le conocen los Anales del Regimiento que, como ya hemos dicho, sin duda alteró el nombre de este para distinguirlo del otro D. Juan Clarós que después resultará ser el penúltimo Maestre de Campo que tuvo el Tercio, por haber este ascendido á Regimiento.





CAPITULO XIII.



Guerras de Italia.

Reinaba en Saboya el duque Carlos Manuel, hombre de caracter bullicioso y emprendedor, soberbio y altivo cuando creía disponer de la fuerza, pero rebajándose punto menos que hasta la degradación cuando se consideraba impotente para realizar sus deseos.

Este espíritu turbulento no podía presenciar en calma, el inmenso poderío de los primeros Estados de Europa por aquel entonces, España y Francia, mientras que él estaba reducido á los estrechos límites de su ducado de Saboya, y espiaba la ocasión oportuna para ensancharlos.

La paz entre las dos potencias rivales, con solida da con el doble matrimonio de un príncipe y una princesa españoles con una princesa francesa y con el rey de esta nación Luis XIII, había hecho abando-

nar las armas por tan largo tiempo empuñadas á los ejércitos de ambas potencias, y esta fué la ocasión que eligió Carlos Manuel para satisfacer sus ambiciosos deseos, aunque por otra parte, viera desconcertados sus planes al faltarle la protección de una de estas dos naciones contra la otra.

Sin embargo, y apesar de su aparente sumisión á España, no tardó en encontrar pretexto para sacudir el yugo.

Muerto el duque de Mantua, Carlos Manuel, incapaz de reposo, y devorado por la ambición, quiso hacer valer sus derechos á la sucesión del Monferrato con las armas y al efecto, aprestó un ejército, con el que invadió y tomó todas las plazas de aquel Estado á excepción de Casal, en cuya empresa fué ayudado por la república de Venecia.

Felicísima fué aquella campaña para el duque de Saboya, porque, lo mismo España que Francia tenían, á la sazón, desarmados sus ejércitos y no podían oponerle por el momento un obstaculo serio. Pero cuando estas potencias quisieron castigar tal atrevimiento, la política artera y astuta del saboyano consiguió un triunfo mayor logrando indisponer al gobernador de Milán, marqués de Hinojosa y al duque de Mantua con la corte española.

Estos fáciles triunfos conseguidos por medio de la astucia y el engaño juntamente con las más fáciles aun, que había conseguido con las armas, le envalentonaron de tal suerte, que ya pensó en arriesgarse á empresas mayores.

En 1614 reúne un ejército é invade el Milanésado llevándolo todo á sangre y fuego, y concluida su correría, se retira cargado con el botin del pillaje.

El Marqués de Hinojosa se ve en la precisión de oponerse á los desmanes del de Saboya y reúne un ejército, fuerte de 30.000 soldados del que formaban parte no pocos de los antiguos Tercios de Flandes, entre ellos el *de Zamora*, y con él se dirige al encuentro de Carlos Manuel, que le esperaba con diez y siete mil soldados.

Dada la batalla, los Tercios españoles derrotan al saboyano, quien á duras penas, consigue refugiarse en Astí con los restos de su ejército, pero el marqués de Hinojosa, en vez de perseguirle y estrecharle, para aprovecharse del triunfo, mantiene á su ejército en una inacción indisculpable, dando lugar á que el de Saboya negocie un tratado de paz, por mediación de Francia.

Destituido, por inepto, el marqués de Hinojosa, es nombrado gobernador de Milán D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, general de talento y de valor probado, quien, desde luego, emprendió la campaña contra el de Saboya, invadiendo, con sus 20.000 soldados, el Piamonte.

El primer hecho de armas notable de esta campaña fué el sitio de Vercelli, en 1617, cuya plaza se rindió á los pocos días de cercada.

Desde este momento entra el *Tercio de Zamora* en la sedentaria vida de guarnición, de que se hallaba bastante necesitado, después de tantos años de lucha continua.

El marqués de Villafranca dispuso que el *Tercio de Zamora* quedara en Vercelli, para su defensa, y en esta situación estuvo por espacio de tres años.

Durante este tiempo fué nombrado gobernador de Milán, en sustitución del marqués de Villafranca,

D. Gomez Suárez de Figueroa, duque de Feria, á quien una diputación de católicos habitantes de la Valtelina, país que antes había formado parte del principado de Milán, fué á pedir auxilio contra los calvinistas que habían ocupado el territorio y les oprimían y vejaban.

No fué tarde el duque de Feria en acudir en auxilio de los católicos valtelinos, reuniendo en 1620 al efecto, un ejército, al que incorporó el *Tercio de Zamora*, con el que, ayudado por los naturales, le fué empresa facilísima arrojar á los calvinistas de la Valtelina.

El duque de Feria mandó levantar fortificaciones en las que dejó guarnición española para la defensa del territorio, siendo el *Tercio de Zamora* uno de los que, por el momento, quedaron en aquel insignificante y risueño valle.

No veía con buenos ojos el rey de Francia la preponderancia que las armas españolas iban tomando en Italia, y para evitarlo, se declaró protector de los grisonos arrojados de la Valtelina y concertó una alianza ofensiva contra España con algunas repúblicas italianas y la de Suiza.

La mediación del papa Gregorio XV pudo evitar la guerra haciendo que entre España y Francia se firmara un tratado por el que España se comprometía á no tener en la Valtelina más tropas que las acostumbradas antes de los últimos movimientos y lo mismo harían los grisonos.

Este tratado equivalía á abrir de par en par las puertas del valle á los protestantes, por lo que los católicos valtelinos protestaron contra él, fundándose

en que así se pretendía sujetarles otra vez al yugo de los grisones protestantes.

El tratado quedó sin cumplir, y no por culpa de Francia cuyo rey apremiaba para que se cumpliera.

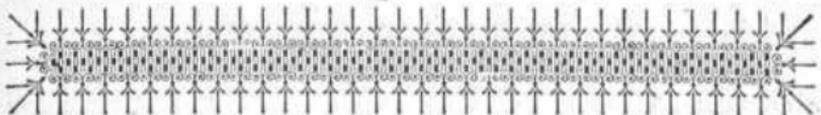
Ocurría esto en 1621.

Enemigo Luis XIII del engrandecimiento de la casa de Austria, no podía to'lerar con calma que el tratado sobre la Valtelina quedase sin cumplir solo por conveniencias de la corte de Madrid, pero no pareciéndole aquella ocasión á propósito para romper las hostilidades, mientras esta se presentaba, ajustó en Aranjuez otro tratado (1622) por el cual se convino en entregar las fortalezas de la Valtelina á un príncipe católico, mientras se arreglaban las diferencias entre los dos monarcas más poderosos de la cristiandad.

En su consecuencia, las tropas españolas y el *Tercio de Zamora* con ellas evacuaron la Valtelina, cuyas fortalezas fueron ocupadas por las huestes del Papa, según así se convino en el asiento de Roma del día 4 de Febrero de 1623.

Entretanto, terminada la tregua con los holandeses, la guerra volvió á encenderse en las provincias unidas, y el *Tercio de Zamora* recibió orden del rey de pasar inmediatamente á Flandes.





CAPITULO XIV.



Guerras de Flandes, Italia y Alemania.

Terminada la tregua de los doce años, el archiduque había presentado á los Estados generales una proposición para que las diez y siete provincias rebeldes volvieran á su obediencia.

Fácil es suponer el desprecio con que acojerían esta proposición las provincias, no solo por hallarse encariñadas con la independendia de que habían gozado durante doce años, sinó también porque esperaban eficaces resultados del apoyo que Francia les había ofrecido, al cual había que añadir el auxilio material que las prestaba Inglaterra.

En aquel mismo año había fallecido Felipe II y su sucesor se mostró desde luego dispuesto á continuar las guerras que poco á poco iban agotando á España la poca savia que le quedaba.

El marqués de Espínola abandonó los campos

alemanes, atravesó el Rhin y dió otra vez principio á la lucha en los Países Bajos con la toma de Gennepe y Mœurs.

Unido el *Tercio* al ejército de Espínola, concurrió á la toma de Juliers, importantísima operación que el general español llevó á cabo felizmente dando una vez más evidentes muestras de sus excepcionales dotes militares.

De poca importancia fueron las operaciones de los dos años siguientes, puesto que ambos ejércitos no hacían más que expiarse manteniéndose á la defensiva.

En 1624, el rey Felipe IV envió á Espínola este tan lacónico como expresivo mensaje: *Marqués de Valdespina, tomad á Breda.*

Difícilmente podría haberse dado la orden con menos palabras, pero el ilustre marqués no necesitó más para comenzar los preparativos necesarios á esta empresa.

Acababa, como hemos dicho, de llegar á Flandes el *Tercio de Zamora*, y su llegada fué objeto de grandes manifestaciones de júbilo no solo por los refuerzos que aportaba al ejército de Valdespina, sino también por su brillante historia y por la envidiable fama de que tan merecidamente gozaba.

Dicho queda con esto que este *Tercio* había de ser uno de los primeramente escojidos para concurrir al sitio de Breda.

Era esta ciudad plaza fuerte y bien provista, con numerosa guarnición; todo lo cual hacía confiar á los rebeldes en la inutilidad de los esfuerzos de los españoles, pero todo lo venció el genio de Espínola y el indomable valor de sus soldados.

Diez meses duró el cerco, en el que las proezas se repitieron tan á menudo y las penalidades fueron tan heroicamente soportadas que la fama de este sitio llegó á competir con el memorable de Ostende, que en otro lugar hemos mencionado.

Al fin Breda se rindió y Valdespina pudo disponer de su ejército para continuar la guerra más activamente contra los holandeses.

La primera operación que intentó después de este memorable hecho de armas, fué la sorpresa de Esclusa, para lo cual comisionó al conde de Horn.

Llevaba este un considerable cuerpo de ejército al que había unido parte del *Tercio de Zamora*.

Puesto el sitio á esta importante ciudad, los zamoranos penetraron en la isla Vehia, pero esta expedición no tuvo el éxito feliz que se esperaba, por estar ya prevenidos los enemigos, y los españoles tuvieron que retirarse á la provincia de Brabante.

El *Tercio* concurrió también al sitio del puerto Filippine, en el que murió el bravo capitán D. Gaspar de Borja, cuando iba al asalto al frente de sus soldados.

No era Flandes el teatro principal de las luchas que traían revuelta á toda Europa. La guerra se presentaba más imponente y amenazadora en Italia.

Los considerables aprestos que para esta campaña hacía Francia, llamaron poderosamente la atención de la corte de Madrid, quien cometió la torpeza de ordenar al marqués de Valdespina que abandonara á Flandes.

En virtud de estas órdenes, el marqués pasó á Italia llevándose consigo el *Tercio de Zamora*, de quien siempre hizo alto aprecio.

Hacía tiempo que Gonzalo de Córdoba, nieto del Gran Capitán, sitiaba, aunque flojamente á Casal, en el Monferrato, plaza tenida entonces por la más fuerte de Europa.

El marqués de Valdespina tomó la dirección del sitio y la ciudad hubo de rendirse.

El ilustre general dejó para defenderla, al *Tercio de Zamora*, quien la dió guarnición hasta el mes de Octubre de 1630, en que, en virtud de un armisticio la entregó á un comisario imperial, volviéndose al Milanésado.

Gran disgusto causó este acuerdo en las tropas y no se recelaba nadie de acusar al marqués de Santa Cruz, que había sucedido al de Valdespina en el mando, pero el tratado de Casal fué ratificado al año siguiente en un congreso de plenipotenciarios reunidos en Querarco, y los soldados españoles hubieron de sufrir en silencio esta penosa humillación.

Estos tratados dejaron, por entonces, en sosiego á Italia, pero las guerras para España no habían terminado.

Gustavo Adolfo, rey de Suecia, invadió el territorio alemán, á cuyo emperador Fernando II, había declarado la guerra, con el pretexto de libertar á los protestantes del yugo que les habían impuesto los católicos.

No tardó mucho el *Tercio de Zamora* en ser llamado para pasar á Alemania, á donde fué el año de 1631.

Escasa era la fortuna de nuestras armas en esta campaña, porque Gustavo Adolfo, aquel hijo de la guerra, parecía haber amarrado la victoria á su carro de combate.

Pero si nuestros soldados no podían vencer, sabían morir sin abandonar sus puestos, hasta el punto de que admirado Gustavo Adolfo de la bizarría y heroica constancia de los españoles, mandó erigir una columna en el lugar donde alcanzó una victoria, para recuerdo de estas brillantes cualidades militares.

Al fin, la estrella de los suecos se eclipsó con la batalla que alcanzaron ante los muros de Lutzen, porque costó la vida á su rey Gustavo Adolfo, quien tan cara compró la victoria, que fué la última.

El año anterior había estado el *Tercio de Zamora* de guarnición en la importante plaza de Strasburgo, de la que salió para tomar parte en las operaciones que dieron por resultado la evacuación de Alemania por los suecos.

Terminada esta campaña con la rendición de Norlinga, á cuyo sitio concurrió el *Tercio de Zamora*, volvió á Flandes acompañando al cardenal infante, D. Fernando, que había sido nombrado Gobernador de los Países Bajos por muerte de la Archiduquesa Gobernadora.

En el año de 1635 fué nombrado Maestre de Campo del *Tercio*, D. Luis de Benavides, quien pronto tuvo ocasión de guiar á la victoria á sus aguerridos soldados.

El cardenal Richelieu, primer ministro de Luis XIII, rey de Francia, no desperdiciaba ocasión de hacer cuanto daño le fuera posible á la casa de Austria; así es que sabiendo que el conde-duque de Olivares había iniciado los tratos con la república holandesa para concertar una tregua, se propuso desbaratarlos y, al efecto, firmó un tratado con esta

por el que Francia se comprometía á ayudarla con hombres y dinero en la guerra contra España.

Con este poderoso auxilio, los holandeses no vacilaron en arreciar las hostilidades, pero la prudencia y sagacidad del cardenal infante frustró por completo todos sus planes.

Después de la sangrienta batalla de Avenne, en que la suerte nos fué contraria y de la toma de Tirlemont, en que los vencedores mas parecían salvajes que hombres civilizados, el ejército franco-holandés ensoberbecido con estas victorias, dirigióse á poner sitio á la importante plaza de Lovaina.

La guarnición se resistió denodadamente, hasta que llegaron los auxilios que envió el infante don Fernando á la ciudad sitiada.

El *Tercio de Zamora* fué uno de los encargados de socorrer á Lovaina y cumplieron todos su misión con tanto éxito que después de abastecer convenientemente la ciudad, atacaron á los sitiadores, haciéndoles levantar el cerco, después de haberles duramente escarmentado, pasando después el *Tercio* á ocupar á Diest.

Desde este día, la suerte de los franceses en Flandes fué decayendo de tal manera, que el infante don Fernando creyó llegado el momento de tomar el desquite.

Los franceses, al mando del marqués de Chatillón, habían abandonado los Países Bajos é internándose en Francia y D. Fernando se propuso llevar la guerra al corazón mismo de este orgulloso reino.

Puesto al frente de un fuerte ejército en el que figuraba el *Tercio de Zamora*, traspasó las fronteras dirigiéndose á París, á cuya ciudad pretendía poner sitio.

Apenas tuvo noticia de estos aprestos el carde-

nal Richelieu, ordenó á toda prisa reunir el mayor número posible de tropas, ya regulares, ya de voluntarios, obligando á todos los cocheros y lacayos á que se hicieran soldados, tomándoles un caballo de cada tiro de coche, con otras medidas no menos radicales, que demuestran hasta que punto creía grave el peligro que le amenazaba.

La consternación entre el pueblo era tal que nadie protestaba de estas órdenes; por el contrario, las obedecían sin replicar y, aunque sin gran confianza, se aprestaban á la defensa.

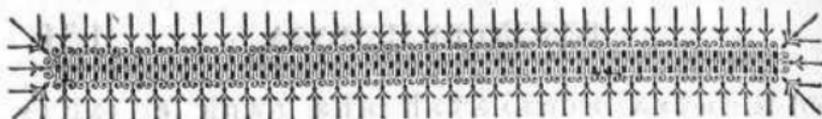
Entre tanto, los españoles habían penetrado en la Picardía, ocupando cuantas plazas hallaban en su camino, sin encontrar obstáculos de importancia que detuvieran su paso.

Ni aun las excelentes trincheras con que los franceses defendían el paso del Somme fueron bastante fuertes para resistir la marcha de los españoles, que vadearon este rio llegando hasta las inmediaciones del Oise.

Esperaban de un momento á otro los parisienses ver atacada su ciudad, pero los generales españoles decidieron en consejo no seguir adelante por el peligro que había en dejar á la espalda plazas enemigas y el ejército regresó á Flandes donde le llamaba la guerra que por aquellas provincias volvía á encender el príncipe de Orange.

Llegado á Flandes el ejército, fué destinado el *Tercio de Zamora* á guarnecer la ciudad de Brujas, teniendo que sufrir varios ataques y sitios del enemigo, que todos se estrellaron ante la tenacidad y constancia de los zamoranos.





CAPITULO XV.



Guerras de Flandes.—Batalla de Rocroy.

Penosa y adversa había sido para Francia la campaña de 1636.

Derrotados sus ejércitos en el Rhin, en los Países Bajos, en la Alsacia y en Italia; invadidos sus Estados por los ejércitos españoles é imperiales; amedrentada la población; exhausto el Erario y acusado públicamente Richelieu de ser el causante de todas las desgracias que pesaban sobre los franceses, pensó este primer ministro en la conveniencia de hacer la paz con los españoles para lo cual le dió pretexto la paternal y conciliadora intervención del Padre Santo.

Reuniéronse los comisionados en Colonia, pero las dificultades que hubo para admitir á los enviados de los rebeldes holandeses y de los príncipes protestantes de Alemania, frustraron las negociaciones y

la guerra volvió á encenderse con mas violencia en los Países Bajos.

En el año de 1637 volvió á campaña el *Tercio de Zamora* á las órdenes del Maestre de Campo, don Baltasar de Santander, quien había sustituido á don Luis de Benavides.

La campaña de este año empezaba con muy diferente aspecto á la del anterior.

A un mismo tiempo el conde de Harcourt se apoderaba de las islas de Lerins, y el príncipe de Orange sitiaba á Breda, y el cardenal de la Valette tomaba á Landrecy, La Chapelle, Iboir y Steray, y el mariscal de Chatillón entraba en el Luxemburgo, y el duque de Longueville hacía rápidas conquistas en el Franco Condado, y el de Weymar derrotaba á Carlos de Lorena; en fin, las armas españolas iban por todas partes de vencida, hasta el punto de tener que abandonar sin combate la Guiena, pero nuestra estrella aun no se había eclipsado. El *Tercio de Zamora* daba pruebas de virilidad y energía recogiendo laureles en el campo donde brotaban las derrotas, honrosas, sí, pero derrotas al fin.

Iniciada la campaña de este año, el *Tercio de Zamora* dirigióse á sitiar á Ruremunda en cuya plaza entró victorioso después de una enérgica resistencia de los sitiados.

Continuando su victoriosa campaña, el *Tercio* marchó sobre Venlón obligando á capitular á sus defensores.

Antes de estas acciones, Baltasar de Santander acudiendo solícito al llamamiento del Gobernador general, se había encontrado con que los rebeldes le cerraban el camino, parapetados en las fortificacio-

nes con que defendían el paso del Sambre, pero los zamoranos forzaron el paso y se incorporaron al grueso del ejército con lo que dió por terminada la campaña de aquel año, después de haber asistido á la acción de Stralem, y terminó también el mando del Maestre de Campo Baltasar de Santander, mando que solo duró unos cuantos meses, siendo nombrado para sucederle el Marqués de Celada.

Como si la victoria hubiese sido inseparable compañera de la *Enseña bermeja*, la suerte volvió la espalda á los franceses y holandeses que en el año siguiente, 1638, vieron perdidas todas las ventajas que hasta entonces habían alcanzado en los Países Bajos.

En el sitio de Saint Omer, el mariscal de Chatillon perdió dos regimientos franceses que fueron acuchillados por los españoles, sin salvarse ni un solo soldado, teniendo que levantar el sitio poco después.

Tampoco fué más afortunado en el sitio que intentó poner á la ciudad de Hesdin, ayudado por el mariscal de la Force, pues habiendo derrotado el infante D. Fernando al príncipe de Orange, tuvo el general francés que renunciar á su propósito y conformarse con tomar á Chatelet, cuya guarnición compuesta de 600 hombres, fué barbaramente pasada á cuchillo.

De poca importancia fué la campaña del 1639 en los Países Bajos, pues todo se redujo á la derrota y prisión del general francés, marqués de Feuquières por el conde de Piccolomini cerca de Thionville, y á la toma de Hesdin que entregó el gobernador conde de Hanapes á los franceses.

Apenas si merecen mención los demás hechos de

armas de este año, excepto la batalla de San Nicolás á la que concurrió el *Tercio*, contribuyendo á que no se fijara en ellos tanto la atención el que España además de los Países Bajos, tenía que sostener la guerra en Alemania, Italia, Francia, y aun dentro de la misma Península, que invadió el príncipe de Condé y donde dos príncipes de la Iglesia, el arzobispo de Burdeos y el de Burgos llegaron á luchar frente á frente.

Otro tanto podemos decir de la campaña del año siguiente, 1640, en el que la falta de auxilio que el príncipe de Orange debió haber prestado al mariscal de Chatillón inutilizó los esfuerzos de este, y el año transcurrió sin que en las provincias flamencas hubiera un serio encuentro entre los ejércitos beligerantes.

En este año el *Tercio* asistió á la sorpresa del fuerte de Santa Ana.

No podemos decir otro tanto del año 1641 en el que sufrió España el golpe más rudo que en aquellas circunstancias pudiera amenazarle. Tal fué la muerte del cardenal infante D. Fernando, Gobernador de los Países Bajos, general irremplazable, tanto por sus vastísimos conocimientos militares, como por su valor é incansable actividad. Una fiebre maligna que le acometió en el campamento, le obligó á retirarse á Bruselas, donde falleció el 9 de Noviembre, siendo «tan llorado del ejército—dice el historiador Lafuente—como nunca bastante sentido en España, para cuyo reino era una pérdida irreparable.»

Después de la muerte del infante D. Fernando, y mientras la Corte de Madrid le nombrara sucesor, encargóse del mando una junta compuesta del Arzo-

bispo de Malinas, Andrea Cantelmo, D. Francisco de Melo, el marqués de Velada y el conde de Fontaine.

Los dos primeros se hicieron cargo de la gobernación de las provincias mientras que los restantes se encargaban del ejército. Uno de estos, el marqués de Velada, fué nombrado, dos años después, Maestre de Campo del *Tercio de Zamora*.

La Corte de Madrid dispuso que se encargara del Gobierno general de los Países Bajos el noble portugués D. Francisco de Melo, conde de Azumar, interin se nombraba alguna persona de la familia real para sustituirle.

Afortunado estuvo el portugués al principio de su mando, pues reuniendo un ejército del que formaba parte el *Tercio de Zamora*, sitió y recobró á Ayre, tomó á Lens, La Basée y por último, terminó su gloriosa campaña con la batalla de Honnecourt, en la que derrotó á los generales franceses Harcourt y Grammont, cogiéndoles toda la artillería y municiones, con muchas banderas que hasta este siglo estuvieron colgadas en nuestros templos como recuerdo de tan brillante victoria.

Pero todas estas ventajas se perdieron de un golpe en la batalla de Rocroy.

Bien quisiéramos pasar por alto este sangriento episodio, en que por primera vez se vió vencida y humillada nuestra infantería, no sin que antes hubiera que batirla á cañonazos, como si fuese una fortaleza.

Alguien ha dicho que Rocroy es la tumba de la infantería española, pero, aunque así sea, es preciso tener en cuenta que aun más que la casa en que nacieron los héroes, aun más que los campos teatros de

sus portentosas hazañas, es querida y venerada la sepultura donde reposan sus cenizas; por eso la Infantería española recuerda siempre con orgullo los campos de Rocroy, porque para satisfacer al honor vale tanto una victoria leal como una derrota sin vilipendio.

Hablemos de esta sangrienta batalla, y como en ella hemos de hacer mención principal y casi exclusivamente de cuanto se refiera al *Tercio*, daremos un ligero detalle de la colocación de nuestras fuerzas en el campo de batalla, para que así pueda conjeturarse más fácilmente la parte que en ella cupo á nuestro *Tercio*, que en aquella memorable jornada estaba mandado por el marqués de Velada ó Veladia como le llaman algunos historiadores.

Formaba nuestro ejército en dos líneas. La vanguardia, de derecha á izquierda en esta forma.

| | 5 | 4 | 3 | 2 | 1 | |
|--------------------------------------|----------------------------|------------------------|--|---------------------|----------------|-----------------------------------|
| Caballería del duque de Alburquerque | Tercio del conde de Vialba | Tercio de Alburquerque | En dos batallones: Tercio del conde de Garcías | Tercio de Castellvi | Tercio de Cas- | Caballería del conde de Isembourg |

La segunda línea estaba formada del siguiente modo.

| 5 | 4 | 3 | 2 | 1 |
|-------------------|---|---|---|--------------------------------|
| Tercio de Veladia | Tercios italianos de Snozzi, Visconti y degli Ponti | | | Tercio borgoñón de Saint Amour |

Tomamos estos datos de un artículo publicado en la *Revista de España* por *Un Soldado de España*, quien añade:

Planteo, no resuelvo el problema; pero, dada esta distribución ó formación, se comprende, en mi sentir, que, rechazada la caballería del duque de Alburquerque, Fontaine tratara de hacer frente al duque de Anguien con los números 5 de la primera y de la segunda línea, que indudablemente eran los de Villalba y de Veladia; pues consta que estos dos maestros de campo cayeron al propio tiempo que Fontaine, y sino de resultas de la misma descarga, á consecuencia del mismo ataque, por lo menos.»

Comenzó la batalla con excelentes auspicios para nuestras armas. La caballería del conde de Isembourg atacó y deshizo el ala izquierda del enemigo. Otro tanto estuvo á punto de conseguir el duque de Alburquerque, pero reforzada el ala derecha de los franceses, se vió este precisado á retroceder.

Si la infantería hubiese apoyado al de Alburquerque, la victoria habría sido nuestra, pero la inacción en que aquella permaneció, dió la victoria á los franceses.

El conde de Fontaine, (á quien, dicho sea de paso, no pocos historiadores han confundido con el zamorano conde de Fuentes) enfermo y llevado en una silla de manos, iba á dar orden para que los Tercios de Villalba y Velada apoyasen á la caballería de Alburquerque, pero ya era tarde. Fontaine encontró la muerte al ir á dar esta orden; Enghien, *con evidente infracción de las leyes de la táctica*, cambió de frente, envolviendo el ala izquierda de nuestro ejército y llegando á batir por retaguardia la caballería de Isembourg que estaba ya entregada al saqueo; los batallones franceses destrozan á los alemanes y tudescos que estaban de reserva; los italianos huyen ó pe-

recen, y de todo el ejército de Melo, no quedan en pié más que los Tercios españoles.

Con la pica clavada en el suelo y el mosquete sobre la horquilla, aquellos valientes forman el cuadro resisten el empuje de la caballería y Enghien se ve precisado á batirlos á cañonazos para abrir portillo en aquella muralla formada por *leones que tenían la virtud de reparar sus brechas*, según la magnífica frase del inmortal Bossuet.

Grandes fueron las pérdidas de los españoles en esta batalla. En seis horas que duró el combate, perdió nuestro ejército 6000 muertos, 2000 prisioneros españoles y 3000 de las demás naciones, 18 piezas de batir y 100 banderas y estandartes.

Pero con ser tan enormes estas pérdidas, aun fué mayor la de la supremacía de la infantería española que hasta entonces no había encontrado rival.

Esta pérdida ¿implica realmente la muerte de la infantería española?

El ilustrado escritor brigadier Sr. Almirante afirma que á lo sumo podrá ser juzgado este desastre como «el *primer escalón descendente* en la gloria de las armas españolas», pero el optimismo de tan bizarro militar como erudito escritor no prueba otra cosa más que su acendrado cariño al arma de Infantería.

No queremos decir que esta quedara sepultada en los campos de Rocroy, pero es indudable que algo quedó allí quien sabe si para no resucitar jamás.

«Preguntado un prisionero—dice el ilustrado autor del *Museo Militar*—á cuantos ascendía el número de sus camaradas, dijo: *Contad los muertos*. ¿Como extrañar que el elocuente Bossuet, al evocar aquella

jornada memorable, junto á la tumba del gran Conde, diera á nuestros soldados el calificativo de *leones*?

No merecen en verdad otro dictado los que perecieron sin abandonar la fila, aquellos *Señores soldados* que después de haber asombrado á Flandes con sus épicas hazañas, despedíanse de la Historia fieles á la heroica tradición que simbolizaba su bandera. Y no es que pereciera allí de un golpe la fama de nuestra infantería; que una sola batalla no hubiera bastado á borrar su gloriosa historia, pero se dice que allí murieron los *viejos tercios*, porque este memorable acontecimiento marca visiblemente nuestra irremediable decadencia militar.»

Con razón pudo escribir el Sr. Cánovas que «en Lens, en las Dunas, en los reinados posteriores, tuvimos siempre tropas de á pié valerosas, y á veces bien organizadas, pero que no han vuelto á formar un tipo, una excepción, una especialidad en el mundo. El tercio viejo español, como la falange macedónica y la legión romana, pertenece desde el día de Rocroy á la historia.»

Felipe IV, de resultas de esta batalla, acordó el relevo de Melo y de otros cabos del ejército. El conde de Velada dejó el mando de su Tercio, para ir á encargarse del Gobierno de Milán, siendo nombrado para sucederle el Maestre de Campo, D. Jose de Saavedra.

Las armas francesas envalentonadas con su reciente victoria, entraron en Flandes apoderándose de cuantas plazas hallaban en su camino, sin que nuestras tropas fuesen suficientes á impedirlo.

En el mismo año de 1644 perdimos las plazas de

Gravelines y Saso de Gante, con algunos otros fuertes de menos importancia:

En 1645 los franceses se apoderaron de Wandreval, Cassel, Mardik, Link, Bourbourg, Menin, Armentieres y otras muchas, si bien algunas fueron después recuperadas por el general Lamboy y entre ellas Mardik, á cuya reconquista contribuyó muy eficazmente el *Tercio*.

En 1646 perdimos á Courtray, Mardik, otra vez, Dunquerque y Logwi, única ciudad que le quedaba en sus Estados al duque Carlos de Lorena.

El *Tercio* asistió en este año á la toma de Menin.

Tantas y tan continuadas derrotas obligaron á España á pedir el auxilio del Emperador de Alemania, quien se lo concedió con la condición de que se nombrara Gobernador general de los Países Bajos al Archiduque Leopoldo. No opuso dificultad alguna á este nombramiento la Corte de Madrid, quien ya había destituido con anterioridad á D. Francisco de Melo, por inepto y flojo, nombrando para sustituirle al conde de Piccolomini.

En su consecuencia, trasladóse el Archiduque á Bruselas y al momento dió las órdenes oportunas para comenzar la campaña de aquel año 1647.

No por esto cambió la suerte de nuestras armas, pues si bien las tropas del Archiduque, de las que formaba parte el *Tercio de Zamora*, recobraron á Armentieres, Landrecy, Dixmunde y otras poblaciones, en cambio, los franceses se apoderaban de la Basée, Esclusa y Lens.

Al siguiente año, comenzó el Archiduque por sitiar y tomar á Courtray, á cuya acción concurrió el *Tercio*.

Poco después auxiliado el Archiduque por el conde de Fuensaldaña, decidióse á tomar la ofensiva, y un ejército, del que formaba parte el *Tercio*, sitió y tomó á Fournes, sin que Condé pudiera impedirlo.

Pronto, sin embargo, los franceses tuvieron ocasión de desquitarse porque habiéndose trabado la batalla en las cercanías de Lens, los franceses derrotaron completamente á nuestro ejército. Mandábalo el Archiduque en persona con los generales Beck y príncipe de Ligne. El ejército francés estaba mandado por el príncipe de Condé y los mariscales Grammont y Chatillón. Al principio la victoria pareció decidirse por los españoles y alemanes que habían arrollado una gran parte del ejército francés; pero la precipitación del Archiduque y el desorden en las filas de nuestro ejército que ya creía segura la victoria, fueron circunstancias habilmente aprovechadas por Condé, quien ordenando un movimiento sobre el ala izquierda del ejército hispano-alemán, atácala reciamente y así fué derrotando izquierda, centro y derecha, viéndose el Archiduque precisado á huir para salvar las reliquias de sus destrozadas tropas.

Esta derrota nos costó la pérdida de 8000 hombres entre muertos y prisioneros, treinta y ocho cañones, muchas banderas y todo el bagaje.

Según el parte oficial de esta batalla, que existe en el archivo de Simancas, del *Tercio de Zamora* fallecieron los capitanes Miguel Bazan y Pedro de Luna, de quienes hace honrosísima mención, y quedó gravemente herido el Maestre de Campo del *Tercio* D. José Saavedra, quien por esta razón fué, al poco tiempo, relevado por el duque de Alburquerque.

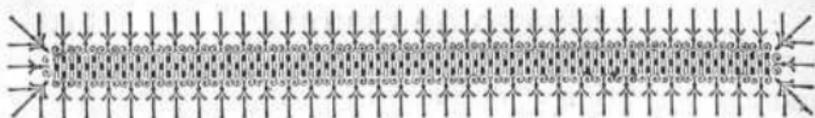
No puede determinarse la fecha en que empezó á

mandar el *Tercio* el duque de Alburquerque. Mientras algunos historiadores suponen que el año 1640 fué elevado al cargo de Maestre de Campo, otros no le mencionan como tal Maestre hasta el 1648. (1)

La paz de Westfalia vino á poner fin á esta campaña, aunque no á las guerras que sostenía nuestra Nación y que al año siguiente volvieron á emprenderse con más fuego.



(1) Nosotros hemos adoptado la cronología del regimiento, pero en los Apéndices podrán ver los lectores las razones alegadas por unos y otros historiadores en favor de su propia opinión.



CAPITULO XVI.



El duque de Alburquerque.—Guerras de Francia.

La política astuta y ambiciosa del cardenal Mazarino, primer ministro de Francia, había suscitado contra España, cuantos enemigos y obstáculos pudieran servir para derribar nuestro inmenso poderío, pero al mismo tiempo le estaba enajenando las simpatías del pueblo que se veía agoviado de tributos y de los nobles que no podían ver con buenos ojos la privanza de un extranjero aunque este fuera príncipe de la Iglesia y uno de los más hábiles políticos de su tiempo.

La *Fronde*, declarada enemiga del cardenal, suscitó la guerra civil, y la Francia se vió desgarrada y oprimida por las feroces y sangrientas luchas intestinas.

No pasaron desapercibidas estas favorables circunstancias para el Gobierno de Madrid ni para el

Archiduque Leopoldo, quien se propuso sacar el mejor partido posible.

Apenas comenzada la primavera del año 1649, el Archiduque levantó un fuerte ejército, del que formaba parte el *Tercio de Zamora*, y con él se trasladó á la frontera, amenazando, al mismo tiempo, invadir á nuestra orgullosa rival y amagando las plazas que los franceses poseían en los Países Bajos.

Mandaba por aquel entonces el *Tercio de Zamora*, como ya hemos dicho, el duque de Alburquerque, á quien su elevado nacimiento y sus relevantes dotes de valor y energía, le habían conquistado la estimación y el aprecio de todos sus compañeros y superiores. Otra circunstancia de la vida de este caudillo le había grangeado el respeto y la veneración de todos los soldados que tenían á grande honra servir bajo sus órdenes.

En la batalla de Rocroy recibió una estocada que le pasó el colete y el jubón, pero el arma homicida se paró embotándose en un escapulario de la Virgen del Carmen que el duque llevaba siempre consigo y de quien era devotísimo.

Fuera que el brazo que le hirió no tuviese fuerza para profundizar más la herida, fuera que realmente la Virgen demostrase de este modo la protección que dispensaba á su devoto, el caso es que el duque de Alburquerque era universalmente respetado y que no había soldado que vacilara en cumplir sus órdenes por peligroso y difícil que fuera el cumplimiento.

Estas circunstancias habían de influir poderosamente para que el *Tercio*, informándose, en cierto modo, en el caracter y modo de ser de su jefe, se

distinguiera de un modo especial entre todos los demás, porque con él solo eran posibles, ó grandes victorias ó grandes desastres. El *Tercio* supo, continuando su gloriosa historia, amoldarse al carácter de su Maestre, despreciando los términos medios y aspirando y consiguiendo el primer extremo.

Rotas las hostilidades, comenzaron nuestras tropas apoderándose de Saint-Venant, Iprés y la Motte-du-Boix.

El conde de Harcourt había puesto apretado sitio á la importante plaza de Cambray. La situación de sus defensores iba haciéndose muy apurada, pero el auxilio que les dieron los zamoranos vino á cambiarla por completo. Cuatro compañías del *Tercio de Zamora* al mando de sus capitanes Diego Molano Flores, Cristobal de Montanillas y Matallana, Andrés Rivera y Alejo Alonso González, que en junto compondrían nros 600 hombres, entraron en la plaza llevando consigo gran cantidad de víveres y municiones, con lo que el enemigo se vió forzado á levantar el sitio y retirarse.

Estas cuatro compañías quedaron por entonces de guarnición en Cambray, mientras las restantes del *Tercio* acompañaban al ejército del Archiduque en su gloriosa campaña que dió á las armas españolas una superioridad que hacía tiempo habían perdido.

Las revueltas interiores de la Francia y las intrigas palaciegas disgustaron de tal modo al vizconde de Turenna, el mejor general francés de aquel tiempo (excepto el príncipe de Condé) que decidió pasar á Flandes y poner su espada al servicio de España.

Alentado el Archiduque Leopoldo con tan pode-

roso auxiliar, se decidió á invadir la Francia, propósito que hacía tiempo abrigaba. Las tropas españolas llegaron á las cercanías de París, desistiendo de atacar esta ciudad por saberse que los encarnizados enemigos de Mazarino andaban en tratos de paz con este para estar unidos aunque solo fuera mientras el peligro comun les amenazaba. El único hecho notable de esta campaña fué la batalla de Rethel entre Turena y el mariscal Du Plessis en que ninguno ganó y ambos se proclamaron vencedores.

Antes de esta batalla, las compañías del *Tercio* que acompañaban al ejército del Archiduque, asistieron á la toma de Chareles, Rerbí, Mirley y otras plazas.

Sensible fué la pérdida que experimentó el *Tercio* al terminar este año. El duque de Alburquerque, Jefe tan querido de los zamoranos, dejó el mando del *Tercio*, sucediéndole Baltasar de Mercader.

Era este capitán del Tercio de Lombardía, á quien sus brillantes hechos le hicieron digno de ascender al cargo de Maestre de Campo, encomendándosele el mando del de *Zamora*.

Al tomar posesión del mando Mercader constaba su *Tercio* de 12 compañías con 1.300 hombres; hecho extraordinario si se tiene en cuenta que las continuas luchas y la dificultad de cubrir las bajas habían mermado de tal modo el contingente de los cuerpos, que por este tiempo hubo Maestre de Campo, como D. Baltasar de Urbina que llegó á mandar un Tercio compuesto de ¡¡cuatro hombres!!

Al siguiente año, 1651, el vizconde de Turena, arrepentido de su traición, se presentó á la reina ma-

dre de Luis XIV, decidido á defenderla contra las maquinaciones de Condé y Orleans.

No desanimó esta defección al Archiduque Leopoldo; al contrario, emprendió la campaña con más bríos y en aquel año quedó casi destruido el poderío francés en los Países Bajos. El *Tercio de Zamora* asistió á la conquista de las plazas de Berges, Saint Vinot y Lingne. Al año siguiente entra en Gravelines y Dunkerque y forma parte del ejército que invadió la Francia á las órdenes del Archiduque y del príncipe de Condé, que siguiendo el ejemplo de su rival, Turena, se había hecho súbdito del rey de España, renegando de la Francia. Felipe IV le nombró generalísimo de los ejércitos españoles.

¡Sarcasmos de la suerte! El mismo general que pocos años antes había humillado el poderío español á las puertas de Rocroy ahora le desagracia haciéndole dueño de esa misma plaza, y plantando en ella la bandera española que antes se había mancillado con el polvo del vencimiento.

Pero estas brillantes operaciones vinieron á paralizarse por las desavenencias entre el general español conde de Fuensaldaña y el príncipe de Condé, primero y entre este y el Archiduque después. También contribuyó mucho á esta suspensión de hostilidades la sospecha de que Carlos de Lorena andaba en tratos con los franceses, lo que obligó al Archiduque á prenderle en Bruselas, enviándole preso al castillo de Amberes y de allí al alcázar de Toledo.

Al fin, en 1654, los tres caudillos, el Archiduque Leopoldo, el príncipe de Condé y el conde de Fuensaldaña, determinaron poner sitio á la importante plaza de Arras, pero aunque llevaban un ejército de

12.000 infantes y 10.000 caballos, como no había unidad de pensamiento entre los jefes, la empresa hubo de ser desgraciada.

Al año siguiente, los generales franceses, Turena y la Ferté atacaron nuestro campo y forzando las filas, derrotaron nuestro ejército, huyendo el Archiduque á Donay, Condé á Cambray y Fuensaldaña á Valenciennes.

El *Tercio de Zamora*, se batió en primera fila en el campo, cubriendo después la retirada del ejército, pero de nada valió su heroísmo. Una de las pérdidas más sensibles que sufrió el *Tercio* en esta batalla, fué la del capitán Diego Molano Flores, de quien antes hemos hecho mención, que quedó malamente herido, aunque afortunadamente pronto se vió en disposición de continuar prestando servicio.

Vencido nuestro ejército, Turena emprendió y llevó á cabo la conquista de Quesnoy, Catelet, Landrecy y San Guillain.

Repuesto el *Tercio* del descalabro sufrido en el campo de Arras, llevóle Mercader al socorro de Landrecy, plaza la más importante de cuantas había atacado Turena. La imprudencia ó el irreflexivo valor de Mercader proporcionaron otro nuevo desastre al *Tercio*, pues habiendo querido este atacar las posiciones enemigas, fué rechazado con grandes pérdidas, entre ellas la del mismo Baltasar Mercader, que quedó prisionero.

Nombrado para sucederle el Marqués de Cerralbo, este nuevo Jefe, más prudente, sentó sus reales próximo á la plaza sitiada, esperando ocasión propicia para auxiliarla; pero en vano, porque al poco

tiempo, 13 de Julio de 1655, se rindió por capitulación.

Las rivalidades entre los caudillos españoles obligaron al Archiduque á presentar al rey la renuncia de su cargo, que le fué admitida, nombrando Felipe IV para sustituirle á su hijo natural D. Juan de Austria, quien al año siguiente, 1656, paso á Flandes á tomar posesión del mando. Su primer hecho de armas, fué acudir en socorro de Valenciennes que sitiaban La Ferté y Turena con un ejército de 30.000 hombres. Hallábanse estos colocados bordeando las dos márgenes del Escalda.

D. Juan de Austria llevó su ejército hasta el centro de las filas enemigas. Formaban la vanguardia los Tercios españoles, el centro lo componían los walo-nes y las tropas de Condé cubrían la retaguardia.

A las doce de la noche del 16 de julio, dió principio la batalla atacando los españoles las posiciones enemigas con tan irresistible empuje que los franceses se vieron impotentes para resistirlo. De los primeros en asaltar las trincheras enemigas, fueron los zamoranos que tocaban el extremo izquierdo de los contrarios. Declarada la victoria por los españoles, comenzó la persecución de los fugitivos, que se retiraban en buen orden, gracias al mariscal de la Ferté que con un cuerpo de 4000 hombres protegía la retirada, pero el marqués de Cerralbo dióse tal habilidad para hostigar con sus zamoranos al enemigo que consiguió rendir á la Ferté haciendo prisioneros á cuantos le acompañaban.

En este brillante hecho de armas, que costó á los franceses 7000 muertos y 4000 prisioneros, todos los Tercios cumplieron como buenos, pero la gloria

de la jornada correspondió indiscutiblemente al *de Zamora*, que combatió siempre en primera línea y que completó la victoria, apoderándose de la Ferté.

D. Juan de Austria, después de la victoria de Valenciennes, dirigió su ejército contra la plaza de Condé, cuya guarnición había sido reforzada con los restos de las tropas de Turena y la Ferté, pero nada fué bastante para impedir que nuestros soldados entraran en la ciudad el día 15 de Agosto, en cuyo hecho de armas tomó parte principalísima el *Tercio de Zamora*.

Tantos y tan continuados reveses obligaron á Luis XIV á enviar á Madrid á M. de Lionne, encargado de ofrecer la paz á España, pero no pudiendo por entonces realizarse las negociaciones, al siguiente año de 1657, volvió el *Tercio* á campaña, marchando al cerco de la plaza de San Gislain, que dirigió el mismo D. Juan en persona y que no tardó en caer en nuestro poder.

Después de esta victoria, el caudillo español dividió su ejército, marchando con una parte y el *Tercio de Zamora* á sitiar á Ardres, que no pudo tomar, y después con todo él al año siguiente á defender á Dunkerque, plaza que codiciaban los ingleses, ahora aliados de los franceses, y á la que había puesto sitio Turena.

El día 14 de Junio de 1658 se dió la célebre batalla de las Dunas, que tan fatales nos habían sido cincuenta años antes y que tan fatales habían de continuar siéndonos.

Un descuido indisculpable de los generales españoles que no supieron prevenir la circunstancia de que la caballería francesa atacara á nuestro ejército

por la espalda, y la falta de artillería fueron causas de la derrota que nos costó tres mil muertos y muchos más prisioneros.

Uno de los Tercios que más sufrieron en este desastre fué el *de Zamora*, pues además del considerable número de zamoranos muertos, todos en primera fila, quedó prisionera del enemigo la compañía que mandaba el varias veces nombrado capitán Diego Molano Flores, incluso este que quedó bastante mal herido.

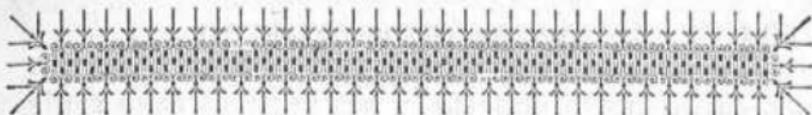
Pero la pérdida más sensible que sufrió el *Tercio* en esta derrota, fué la de su Maestre de Campo, el Marqués de Cerralbo quien quedó tan mal herido que tuvo necesidad de abandonar el servicio de las armas definitivamente.

La paz de los Pirineos vino á poner fin á esta sangrienta campaña, pero antes de que el tratado se firmara, ya se habia incorporado á su *Tercio* la compañía de Molano, que habia conseguido evadirse dal Depósito en que la tenían los franceses.

En los ocho años siguientes, espacio de tiempo que España estuvo en paz con Francia, el *Tercio* se ocupó en gnarnecer plazas, cambiando cuatro veces de Maestre de Campo. Al Marqués de Cerralbo, sucedió D. Pedro Zabala, que mandó el *Tercio* solo dos años. A este siguió D. Luis de Zúñiga y Carrillo quien al poco tiempo fué relevado por el Marqués de Monterrey, y finalmente en 1664 ocupó este empleo el Maestre de Campo D. Diego de Espinosa.

En este año 1664, se hace honrosa mención de Rodrigo Cuervo Benavides capitán de una de las compañías del *Tercio de Zamora*.





CAPITULO XVII.



Guerras de Flandes.— Paz de Aquisgran.

Contrastaba poderosamente la ambición de Luis XIV con la debilidad de Carlos II el *Hechizado*.

Por otra parte, ya no era la España de esta época la España de los Reyes Católicos y de Carlos I y Felipe II.

El último monarca español Felipe IV, había dejado esquilmo el país, exhaustas las arcas del Tesoro, despoblada la Nación, y, por añadidura, la guerra ardiendo en todas nuestras posesiones.

Para colmo de desgracia, un rey desventurado é incapaz y una regente inútil para empuñar las riendas del imperio más dilatado del mundo vinieron á sumir á España en la más crítica y desesperada situación porque hasta entonces había atravesado desde la guerra de la Reconquista. En cambio, Francia con el hábil gobierno de Luis XIV había visto aumentar

inmensamente su poderío, y sus arcas estaban repletas de oro y sus ejércitos eran los más numerosos.

No era difícil presagiar el éxito de la guerra si llegaba á encenderse entre estas dos irreconciliables naciones, lo cual no podía tardar en suceder, como así fué.

Con especiosos pretextos, Luis XIV juntó tres ejércitos y al frente de uno de ellos, fuerte de 35.000 hombres invadió las provincias flamencas.

Mandaba entonces en los Países Bajos, como gobernador general interino el Conde de Castel Rodrigo, que apesar de todos los esfuerzos que hizo no pudo reunir más de 6,000 hombres entre españoles, alemanes y tudescos, y para eso tuvo necesidad de guarnecer no pocas ciudades.

Imposible era con tan escasas fuerzas resistir la invasión francesa; sin embargo, nuestras tropas hicieron cuanto pudieron.

Guarnecían tres compañías del *Tercio de Zamora* la plaza de Charleroy, que fué la primera sitiada por los franceses.

Luis XIV se vió precisado á dejar salir á la guarnición libre y con los honores de guerra, si quiso entrar en la ciudad. No podía pedirse más á una guarnición tan exigüa que luchaba con un ejército tan formidable.

Incorporadas estas compañías y el *Tercio* al ejército, el marqués de Castel Rodrigo, quiso con él socorrer las plazas de Furnes, Oudenarde y el país de Lieja, pero era imposible hacer frente al francés y nuestras tropas tuvieron el desconsuelo de ver como caian una tras otra las plazas españolas en poder del enemigo, sin que fuera posible socorrerlas.

La paz de Aix la Chapelle vino á poner término á esta desastrosa campaña que terminó pasando á poder de Luis XIV todas las plazas que había conquistado y que desde entonces se llamaron la Flandes francesa

Durante esta suspensión de hostilidades fué nombrado para sustituir á D. Diego de Espinosa, en el mando del *Tercio de Zamora*, el Maestre de Campo D. Rodrigo Ordóñez de Lara.

La ambición de Luis XIV no quedó satisfecha con las últimas conquistas que había hecho, sinó que, queriendo dominar por completo en los Países Bajos declaró la guerra á la república de Holanda, la cual para resistir á tan poderoso enemigo, tuvo necesidad de pedir el auxilio de Austria y España.

En mala hora nuestra patria se mezcló otra vez en tan sangrienta lucha, pues de ella había de salir perdiendo su supremacía en aquellas regiones y conservando nada más que una sombra del poder que antes había allí ejercido.

En 1673, antes de que se declarara la guerra entre Francia y España, el conde de Monterrey, Maestre de Campo que había sido del *Tercio de Zamora* y Gobernador general á la sazón de los Países Bajos, ya había enviado á este en auxilio de los holandeses para socorrer á Maestrick cuya plaza sitiaban los franceses.

Por desgracia, el *Tercio* y las demás fuerzas españolas que le acompañaban, no llegaron á tiempo y la plaza tuvo que rendirse el día 20 de Junio de dicho año.

Frustrada esta empresa, las tropas españolas se dirigieron á sitiar á Charleroy, pero un fuerte ejérci-

to francés las hizo levantar el sitio, sin que pudieran alcanzar ventaja alguna.

Declarada la guerra entre Francia y España, el duque de Enghien, al frente de un ejército á quien á veces animaba el mismo Luis XIV con su presencia, puso sitio á la ciudad de Naarden que guarnecían tres compañías del *Tercio de Zamora*. La enorme desproporción de fuerzas hizo imposible la defensa y la ciudad fué tomada por los franceses, quedando prisionera de guerra la guarnición.

Es verdad que el conde de Monterrey, ayudado por los holandeses, recuperó inmediatamente esta plaza, pero las tres compañías de zamoranos habían sido ya internadas en Francia y nadie fué capaz de evitar que quedaran fuera de combate.

Grandemente sintió esta pérdida el de Monterrey pues tenía especial predilección por el *Tercio de Zamora*, por haberlo mandado en otro tiempo, pero tuvo que consolarse, vista la imposibilidad de poder salvarlos, aumentando su cariño hacia las restantes compañías del *Tercio* de quienes nunca se separó.

Desde la plaza de Naarden, dirigióse Monterrey con sus hispano-holandeses al cerco de Grave, si bien por entonces tuvo que desistir de esta empresa por haberse decidido el príncipe de Condé á presentar batalla á las fuerzas coaligadas.

Cerca de Seneff, provincia de Henao, y á unas tres leguas y media de Charleroy, se encontraron ambos ejércitos. Componíase el de Condé de 40.000 hombres y el de los aliados ascendía á 60.000 entre alemanes, holandeses y españoles. El día 11 de Agosto de 1674, tuvo lugar esta memorable batalla, en que se estuvo peleando desde la mañana hasta la

noche, sin que la victoria pudiera decirse por ninguna de las partes contendientes. El *Tercio de Zamora* salió de esta acción bastante maltrecho, pues en ella perdió la mayor parte de sus soldados, con más tres capitanes y dos alféreces, circunstancia que hubo de tenerse en cuenta para hacer de él muy honrosa mención en el parte de la batalla.

Al mes siguiente el príncipe de Orange marchó sobre Oudenarde llevando consigo los restos del *Tercio de Zamora*, pero por circunstancias que no son del caso referir, no supo apoderarse de esta plaza, lo cual ocasionó no pocas disputas entre los generales aliados, que terminaron buscando cada cual sus cuarteles de invierno, que los españoles encontraron en nuestras posesiones de Flandes.

Al año siguiente, 1675, fué el *Tercio* destinado á atajar los progresos del enemigo en el país de Lieja, pero la índole especial de esta campaña en que todo se reducía á marchas y contramarchas para desorientar al contrario y en observarse mutuamente sin llegar á las manos, hizo que fuera de poco ó ningún provecho para los españoles, aunque sí de grandes penalidades y trabajos.

Ya en este año se había iniciado por algunas potencias las negociaciones de paz; ya se habían reunido en Nimega los plenipotenciarios, pero como si tal reunión no existiera, Luis XIV, al año siguiente invadió la región flamenca con un ejército de 50.000 hombres. El *Tercio de Zamora* acudió al cerco de la disputada plaza de Maestrick que duró los meses de Julio y Agosto, y que al fin no pudo tomarse por haberse presentado el mariscal de Schomberg, que mandaba el ejército francés en ausencia de Luis XIV.

No fueron tampoco más afortunadas nuestras tropas en la campaña del año siguiente. En el mes de Abril, el duque de Orleans, hermano de Luis XIV, presentó batalla al príncipe de Orange que mandaba las fuerzas aliadas. Dióse la batalla en las inmediaciones de Cassel y en ella perdió el de Orange 5000 soldados entre muertos y prisioneros, con más toda la artillería, provisiones y muchos estandartes.

El *Tercio de Zamora* perdió en esta desdichada batalla 300 hombres, entre ellos 16 oficiales y el mismo Maestre de Campo, D. Rodrigo Ordóñez de Lara, que fué hecho prisionero.

Después de esta funesta derrota, el príncipe de Orange reunió todas sus tropas consiguiendo formar un ejército de 50.000 hombres, con el que amenazando á Maestrick cayó sobre Charleroy; pero la oportuna llegada de los mariscales de Luxemburg y de Humieres, le obligó á levantar el sitio.

Durante este tiempo, el *Tercio de Zamora* estuvo sin Maestre de Campo, pues hasta después de firmada la paz de Nimega lo cual tuvo lugar en el mes de Septiembre del siguiente año, 1678, no se proveyó este cargo.

En este comenzó la campaña Luis XIV poniendo cerco casi al mismo tiempo á cuatro ciudades, Ipres, Namur, Luxemburgo y Mons.

Guarnecía la primera ciudad el *Tercio de Zamora* quien se dispuso á hacer una desesperada resistencia, pero abierta brecha en la muralla y no llegando socorro alguno á la plaza, se rindió esta el 18 de Marzo, saliendo la guarnición con todos los honores de la guerra, después de firmada una capitulación honorosísima.

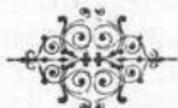
Por R. O. fué nombrado Maestre de Campo del *Tercio* en 1678 el Sargento Mayor, D. Juan Caro. Con los continuos reveses de las pasadas campañas había quedado tan quebrantado el *Tercio de Zamora* que su nuevo jefe tuvo necesidad de atender en primer lugar á su reorganización y á proporcionarle el indispensable descanso para que pudiera recuperar el vigor que había perdido.

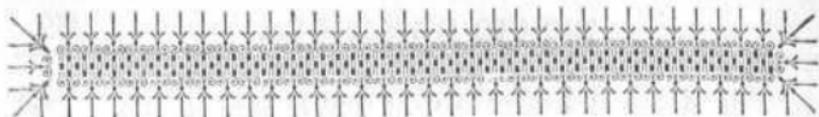
El *Tercio* fué destinado á cubrir las guarniciones de Mons y de Hall y en esta situación estuvo hasta el 1689, en que rota la paz de Nimega, volvió á encenderse la guerra entre España y Francia.

En este año asistió el *Tercio* al combate de Bossu.

Al año siguiente tomó parte en la célebre batalla de Fleurus, en la que los franceses mandados por el mariscal de Luxemburgo, derrotaron á los aliados que dirigía el príncipe de Waldeck. Esta batalla en la que los españoles se vieron acorralados, como en Rocroy y en Lens, nos costó 6000 muertos, 8 ó 9000 prisioneros, toda la artillería, banderas y bagajes.

Esta fué la única acción notable de la campaña de aquel año.





CAPITULO XVIII.



Guerras de Francia.—Paz de Riswick

Estaba considerada Mons como la plaza más fuerte de Europa, por eso se creía que era una locura pensar en atacarla.

No lo creyó así Luis XIV, quien después de haber con fútiles pretextos roto las hostilidades, la cercó con un ejército de 100.000 hombres.

Mandaba la guarnición, que se componía de unos 6.000 hombres, el príncipe de Berghes á quien perdió su excesiva confianza, pues apesar de los heroicos esfuerzos de los españoles, la plaza hubo de rendirse el día 8 de Abril de 1691, cuando el Gobernador empezaba á convencerse de que la cosa iba de veras.

Luis XIV entró en Mons después de firmada la capitulación por la que se concedía á las tropas españolas libertad para incorporarse al ejército aliado.

Por su parte, el mariscal de Luxemburg puso sitio á Hall, la otra plaza que guarnecía el *Tercio de Zamora* y entró en ella en Julio del mismo año quedando los zamoranos en libertad, á virtud de la honrosa capitulación que se firmó.

De todos estos desastres el principal responsable era el marqués de Gastañaga, Gobernador de Flandes hombre inepto y presuntuoso, cuya separación fué pedida al rey Carlos II por el mismo Guillermo de Orange, ya coronado rey de Inglaterra.

Incorporado el *Tercio* al cuartel general, reorganizóse de nuevo nombrándosele como Maestre de Campo á D. José de Moncada que sucedió á D. Juan Caro.

Abundante en sucesos desfavorables fué el siguiente año de 1692. Casi libre de enemigos el monarca francés en el continente y no teniendo otro rival que el rey español, á la sazón aliado de la Gran Bretaña, resolvió aquel dirigir sus fuerzas simultáneamente sobre Flandes y Cataluña.

No hace á nuestro propósito historiar la campaña del Principado, porque en ella no tomó parte el *Tercio de Zamora*.

La primera operación de importancia que acometió el monarca francés que en persona mandaba su ejército de Flandes, fué el sitio y toma de Namur, empresa en que empleó un mes próximamente (de Mayo á Junio) sin que ni el rey de Inglaterra, ni el elector de Baviera, jefes de las tropas aliadas, pudieran impedirselo.

Dos meses más tarde tuvo lugar la famosa batalla de Steinkerque (3 de Agosto) en la que después de haber perdido ocho ó diez mil hombres cada ejer-

cito combatiente, la victoria permaneció indecisa sin declararse por ninguno de los dos.

El *Tercio de Zamora* fué escogido para cubrir la retaguardia del ejército, cuando este se retiró del sangriento barranco de Steinkerque, donde ambos ejércitos dejaron de 15 á 16,000 hombres fuera de combate.

En el resto del año el *Tercio* asistió á la toma de Fournes y á la de Dixmuda, á las órdenes del monarca inglés.

Mas desfavorables aun que las de este año fueron las operaciones del siguiente 1693.

La batalla de Neerwinden decidió el éxito de la campaña en favor de los franceses y fué, al mismo tiempo, un golpe de muerte para el ejército de los aliados.

El día 29 de Julio encontráronse ambos ejércitos en las inmediaciones de Neerwinden. Eran los franceses una tercera parte superiores en número á los confederados y estaban mandados por el famoso mariscal de Luxemburg.

El ejército aliado estaba mandado por el príncipe de Orange y el rey de Inglaterra, que había colocado los tercios españoles en el ala derecha dejando la izquierda y el centro para las tropas de Hannover y Brandeburg.

Estos fueron los primeros que flaquearon, apenas comenzó la lucha, hasta que al poco tiempo, diéronse por vencidos ante la fiereza del ataque de los franceses. Solo faltaban por vencer los tercios españoles, pero no era esta empresa tan fácil de conseguir. «Los españoles, dice el Sr. Lafuente, maravillarón allí por la obstinación y la constancia con que sostuvieron por tres véces en el ala derecha otros

«tantos sangrientos combates contra los franceses
«ya victoriosos de los de Brandeburg y de Hannover.

Al fin, considerando lo difícil de esta situación, el príncipe de Orange ordenó la retirada, la cual fué hecha con tal orden y tan admirable precisión, que ella sola hubiera bastado para acreditarle como uno de los mejores generales de su tiempo.

La batalla de Neervinden costó al ejército confederado además de muchos millares de muertos y prisioneros, setenta y seis cañones, ocho morteros, nueve pontones y ochenta y dos estandartes. El *Tercio de Zamora* perdió en ella 150 soldados, dos capitanes, cinco alféreces é igual número de banderas.

A fines de este año quiso Luis XIV proponer la paz á las potencias aliadas, pero estas no la aceptaron desconfiando, y con razón, de la sinceridad de los propósitos del monarca francés.

Así pues, todos se prepararon para la campaña del 1694, que si bien fué poco fecunda en hechos de armas, en cambio fué notabilísima por la prudencia y habilidad que desplegaron los generales Guillermo de Orange y Luxemburgo, quienes, como dice el historiador antes citado, «admiraron á la Europa por la
«manera hábil de hacer las marchas y contramarchas,
«de elegir las posiciones y campamentos, de asegu-
«rar los convoyes, de revolverse, en fin, dos ejércitos
«de ochenta mil hombres cada uno, casi siempre á
«la vista uno de otro, en un país de tan poca exten-
«sión como lo era ya la Flandes española, sin dejar-
«se sorprender nunca y temiéndose y respetándose
«mútuamente.»

Las únicas adquisiciones que hicieron los aliados, este año, fueron las de las plazas de Hui y Dixmuda,

la primera de las cuales fué tomada por el *Tercio de Zamora*.

En el mes de Enero del año siguiente, falleció el mariscal de Luxemburgo, pérdida irreparable para los franceses y que, por un momento hizo que los abatidos españoles vislumbraran un rayo de esperanza.

En efecto, el mariscal Villeroy, que le sucedió, puso sitio á Bruselas; pero el príncipe de Orange le hizo levantar el cerco, después que había arrojado á la ciudad más de tres mil bombas y abrasado ó demolido templos, palacios y casas sin cuento.

A esta acción concurrió el *Tercio de Zamora*, marchando después á Namur, cuya plaza y castillo fueron tomados en los meses de Agosto y Septiembre de 1695. Los sitiados perdieron siete mil hombres, pero la victoria le costó al príncipe de Orange cerca de veinte mil.

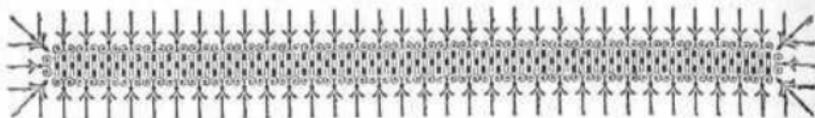
El año de 1696 pasóse sin que ni unos ni otros acometieran empresa alguna de importancia, porque ocupado Luis XIV en destronar al rey de Inglaterra, Guillermo de Orange, había ordenado á sus generales en los Países Bajos que escogieran fuertes posiciones y se mantuvieran á la defensiva.

Parecía ya imposible poder por más tiempo sostener la guerra, así es que en todas partes se recibió con alegría la noticia de que en Riswick, pueblo de la Holanda meridional, á una legua de la Haya, se habían reunido los plenipotenciarios de las naciones beligerantes para tratar la paz que, en efecto, fué firmada en 20 de Septiembre de 1697. Por este tratado Francia devolvía á España todas las plazas que ocupaba en Cataluña y las que había tomado en la

Flandes española á excepción de algunas que decía Luis XIV le habían sido cedidas en virtud de tratados anteriores.

En el mes de Agosto de este año fué relevado Moncada del cargo de Maestre de Campo del *Tercio de Zamora*, siendo sustituido por el conde de Peñarubia, pero no acomodando á este, ignórase porque causa, el mando de este *Tercio*, permutó con el Maestre de Campo del de Toledo, D. Juan Clarós Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia.





CAPITULO XIX.



Guerras de sucesión.

La circunstancia de no tener hijos el rey de España Carlos II y la fundada creencia de que era impotente para tenerlos, había excitado las ambiciones de las familias reales de Europa que se creían con derecho á la corona de España.

Aun no había muerto el rey y ya todos se disputaban su herencia con tanto ahinco que llegó á pensarse por algunas potencias en desmembrar á España y repartirse entre todas sus pedazos.

¡A tal extremo de degradación había llegado la que un siglo antes era la nación más poderosa del mundo é imponía su ley á todas las naciones!

Solo puede concebirse tan espantosa decadencia teniendo en cuenta que España ha sido y continúa siendo víctima escogida para sufrir malos Gobiernos que la han puesto constantemente al borde del abis-

mo en el que aun no ha caído por verdadero milagro.

Era primer ministro entonces el cardenal Portocarrero, el cual, si como Sacerdote era ejemplarísimo varón, como Ministro no llegaba á la categoría de los medianos.

Las intrigas promovidas por los partidos austriaco y francés para alcanzar la sucesión al trono de España ocupaban la atención de todos y nadie se cuidaba de otros asuntos.

La gobernación del reino estaba descuidada completamente ó entregada á manos torpes é inhábiles, asés que la desorganización y el desbarajuste que en esto se observaba, repercutía en todos los organismos del Estado.

Prueba de este desorden es que mientras el departamento de Guerra disponía por una orden la rápida organización de un Tercio para reforzar el ejército de Flandes, por otra se mandaba que salieran de aquellos Estados algunos Tercios viejos y se encaminaran á la Península.

X XX En la conciencia de todos estaba que la muerte del monarca español sería la señal para que descargara la tormenta que se cernía en el espacio y este suceso no podía tardar, dada la delicada salud de Carlos II. Para estar prevenidas, todas las naciones hacían sus aprestos para la guerra, guardando un hipócrita secreto y á esta circunstancia debió el *Tercio de Zamora* el volver á la Península al poco tiempo de haberse firmado la paz de Riswick.

La hábil política de Luis XIV triunfó al fin y Carlos II nombró por heredero y sucesor suyo al duque de Anjou, que después fué conocido con el

nombre de Felipe V, no sin que este nombramiento suscitara una nueva y sangrienta guerra, mas sangrienta aun, porque á la lucha exterior vinieron á unirse los horrores de la guerra civil.

El *Tercio de Zamora* pudo librarse de tener la desdicha de pelear contra hermanos porque al terminar el año 1701 y antes que comenzaran las campañas de la guerra de sucesión, volvió á Flandes en virtud de una orden que revocó la que había dictado el desbarajuste reinante en la administración de la cosa pública.

Antes de llegar el *Tercio* á Flandes, cambió por última vez de Maestre, siendo nombrado para este cargo D. Francisco Ibáñez.

El duque de Medinasidonia fué elegido para el Consejo de Estado y nombrado Caballerizo mayor por Felipe V. Poco después, cuando el rey pasó á Barcelona á esperar á la hija del duque de Saboya, con quien iba á contraer matrimonio, se llevó consigo al duque para el despacho de los negocios durante el viaje.

Ibáñez pasó con su *Tercio* á Flandes en ocasión que el Imperio auxiliado por Inglaterra y Holanda se disponía á declarar nulo, con la fuerza de las armas, el testamento de Carlos II, pretendiendo que la corona de España pasara á las sienes del Archiduque Carlos de Austria, quien después fué elegido Emperador, sin que por eso, renunciara á sus derechos al trono de España.

Iniciáronse las hostilidades en los Países Bajos, haciendo Luis XIV invadir los Estados de Holanda por un poderoso ejército. Los ingleses, por su parte, hicieron desembarcar un ejército de 60.000 hombres

al mando del general Marlborough, el famoso Mamburú de nuestras canciones populares.

Guarnecía el *Tercio de Zamora* la importante y disputada plaza de Namur, una de las primeras á que pusieron sitio los ingleses. Defendióse la guarnición obstinadamente, hasta el extremo de que los sitiadores llegaron á desesperar de que pudieran tomarla.

Algunos jefes ingleses, de acuerdo con unos cuantos traidores de dentro de la plaza, urdieron una trama para apoderarse ilegalmente de Namur, pero esta traición descubierta á tiempo por Felipe de Menezes, Alférez del *Tercio de Zamora*, sirvió para castigo de los traidores y para escarmentar á los ingleses que, al fin, tuvieron que levantar el sitio.

Con varia fortuna siguió la campaña de este año, (1702) sin que merezca notarse otro hecho en la historia del *Tercio* que el de haber asistido al sitio de Kikingt.

Las escuadras enemigas empezaban ya á infestar las costas españolas y amenazaban con un desembarco de tropas para defender los derechos del Archiduque Carlos, por lo que el rey se vió en la precisión de hacer considerables aprestos para rechazar la invasión que le amenazaba.

Uno de sus primeros cuidados fué la reforma del ejército dándole una nueva organización semejante á la que tenían los ejércitos franceses.

«Dió á los cuerpos diferente forma de la que tenían, dice un historiador; varió las ordenanzas, los grados y hasta los nombres de los jefes, que son, con leves diferencias, los mismos que en los tiempos modernos se han conservado; dió á la infantería el fusil con bayoneta, y sustituyó la espada corta á

»la larga que se había usado hasta entonces; abolió
»para la gente de guerra el incómodo y embarazado
»traje de golilla, invención de un holandés é intro-
»ducido por Felipe IV, haciéndoles vestir el unifor-
»me militar y dejando aquel para los ministros, con-
»sejeros y jueces.»

Otra de las reformas introducidas por Felipe V fué que junto con la escarapela encarnada que usaban los españoles pusieron la blanca de los franceses, y, por su parte estos también recibieron la orden de usar juntas las dos escarapelas, adoptando los primeros el color azul para los calzones y la casaca que constituían su vestuario.

Estas reformas no llegaron á Flandes ni fueron aceptadas por el *Tercio de Zamora* hasta el año 1705.

Entre tanto, el año 1703, aunque la guerra era menos viva en los Países Bajos que en Italia y Alemania, no faltaron, sin embargo, al *Tercio* ocasiones donde cosechar gloriosos laureles.

La plaza de Furnes abrió sus puertas al ejército franco-español, que desde allí se dirigió al socorro de Amberes, que sitiaban ingleses y holandeses. Rudo fué el choque, pero los prodigios de valor ejecutados por los Tercios españoles les concedieron la victoria, haciendo levantar el campo á los sitiadores.

Poco después marchó el *Tercio* en auxilio de Bona, pero llegó tarde para impedir que la plaza cayera en poder de los holandeses. Orgullosos estos de su victoria, salieron á esperar á las tropas franco-españolas dándose en las inmediaciones de esta ciudad una reñida batalla, donde los holandeses fueron duramente castigados y en la que se distinguió no-

tablemente el *Tercio de Zamora* que cubría el flanco derecho de la línea española.

Con esta batalla se dió por terminada la campaña de este año, pues el resto de él ambos ejércitos beligerantes estuvieron reducidos á mantenerse á la defensiva.

El único suceso de importancia de la campaña del año siguiente fué el socorro de Namur, sitiada por el ejército anglo holandés á cuya acción concurre el *Tercio de Zamora*.

No es extraño que la guerra languideciera tanto en Flandes. El pleito no se debatía allí, sino en la Península y como del resultado de esta lucha había de depender necesariamente la suerte futura de los Estados flamencos, por lo mismo ni unos ni otros extremaban el ataque ó la defensa y se conformaban con mantenerse á la defensiva.

El siguiente año llegó á Flandes el decreto de Felipe V reformando la milicia, de que ya hemos hecho mención.

Quedaron, pues, extinguidos los *Tercios* viejos y el *de Zamora*, á quien en adelante llamaremos ya *Regimiento*, recibió por primer Coronel á su último Maestre de Campo, D. Francisco Ibañez y fué inscrito en la lista de los Regimientos de Infantería de línea correspondiéndole el número siete. x x x





Relación completa de los Maestres de Campo del
Tercio de Zamora.

1580. D. Francisco Bobadilla.
1587. D. Manuel de Vega Cabeza de Vaca (en comisión.)
1589. El mismo (en propiedad.)
1592. D. Alonso de Mendoza.
1597. D. Luis del Villar.
1602. D. Diego Durango.
1605. D. Iñigo de Borja.
1608. D. Iñigo de Brizuela.
1610. D. Juan Clarós de Guzmán, marqués de Fuentes.
1635. D. Luis de Benavides.
1637. D. Baltasar de Santander.
El marqués de Celada.
1643. El marqués de Velada.
1644. D. José de Saavedra.
1648. El duque de Alburquerque.
1651. D. Baltasar Mercader.
1655. El marqués de Cerralbo.
1658. D. Pedro Zabala.
1660. D. Luis de Zúñiga y Carrillo.
1661. El conde de Monterrey.
1664. D. Diego de Espinosa.
1669. D. Rodrigo Ordóñez de Lara.
1678. D. Juan Caro.
1691. D. José de Moncada.
1697. El conde de Peñarrubia.
1698. D. Juan Clarós Pérez de Guzmán, duque de Medinasidonia.
1701. D. Francisco Ibáñez.





ADVERTENCIA

sobre el nombre y número

DEL

Tercio y Regimiento de Zamora

Quizás á muchos de los lectores habrá llamado la atención que constantemente demos el nombre de *Tercio de Zamora* al que estamos historiando, cuando en la Historia no se encuentra ni una sola vez denominado así.

Creado el Tercio en 1580 y levantado en Zamora, tuvo el nombre de su primer Maestre de Campo, *Tercio de Bobadilla*, aunque alguna vez se le conociera por el de la ciudad donde se había formado, del mismo modo que el Regimiento de Borbón, número 17, que también se formó en Zamora el año 1796 bajo la base de los batallones de Voluntarios de la Frontera y de la Reina.

Las diferentes campañas á que asistió el Tercio fueron dándole nombre también diferente. Terminada la conquista de Portugal y destinado á las Azores en 1582 diósele el nombre oficial de *Tercio de las Azores*, con cuyo nombre continuó hasta 1585, en

que, destinado á los Países Bajos, se le denominó *Tercio Departamental de Holanda*.

Apesar de este nombre oficial, el Tercio era conocido, como todos los demás, por el nombre de su Maestre, llamándose comunmente el Tercio de Vega, de Saavedra, de Veladia, de Alburquerque, etcétera, etc., según el nombre del Maestre que lo mandaba.

Pero como el dar en cada capítulo de esta Historia diferente nombre al *Tercio* hubiera sido motivo quizás á confusiones ó dudas, hemos preferido aunque con alguna impropiedad, dar siempre al *Tercio* el mismo nombre de *Zamora*, que es el que en la actualidad tiene.

X X X Este nombre no se le dió oficialmente al cuerpo hasta 1715, cuando de Tercio fué convertido en Regimiento, pero entonces no se le dió número, aunque le correspondía el 7.

En 1741 se numeraron los regimientos y correspondió á *Zamora* el número 8.

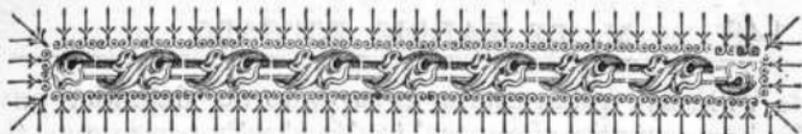
En 1824 perdió número y nombre, por haber sido fusionado con otro cuerpo, que se llamó Regimiento de Zaragoza, núm. 7.

Cuatro años más tarde recobra su primitivo nombre de Zamora conservando el número 7.

Y, por último, en 1833 se le dió definitivamente el número 8, que en la actualidad conserva. X X X



Regimiento de Zamora.



Regimiento de Zamora.



CAPITULO I.



Campaña de los Países Bajos.—Desastrosa
batalla de Ramilliers.—Regreso
á la Península.

En 1705 dejó el Tercio su forma antigua para convertirse en Regimiento, según la organización dada al Ejército español por Felipe V, quien en esto no hizo mas que copiar la que tenía el Ejército francés.

Convertido en Regimiento el Tercio de Zamora continuó con igual actividad la campaña de los Países Bajos, formando parte del ejército sitiador de Lieja, empresa que hubo de ser abandonada para asistir á la desastrosa batalla de Ramilliers, donde nuestras tropas sufrieron espantosa derrota y en cuyos campos quedó para siempre sepultada la soberanía de España en Flandes.

Mandaba las fuerzas franco-españolas el mariscal

de Villeroy, quien estaba encargado de defender el Brabante contra el general inglés Marlborough que, á la cabeza de cuantas fuerzas de Inglaterra, Holanda, Prusia y Wittemberg pudo reunir, avanzaba al encuentro del enemigo dispuesto á concluir de una vez con la soberanía de España en los Países Bajos.

Desgraciadamente, el general inglés consiguió su propósito quizás con más facilidad que hubiera esperado.

× × × En el mes de Mayo de 1705 encontráronse los dos ejércitos enemigos en las inmediaciones de Ramilliers, en el Brabante. El mariscal Villeroy, quizás por exajerado ardimiento, acaso por obediencia, no quiso ó no pudo esperar la llegada del mariscal de Marsin que pasaba á reunírsele con diez mil hombres y presentó la batalla.

El combate fué reñidísimo y la derrota de las tropas franco-españolas completa. Perdió nuestro ejército en aquella memorable jornada trece mil hombres, de ellos mil quinientos prisioneros, cincuenta piezas de cañón y ciento veinte banderas.

El Regimiento de Zamora fué uno de los más castigados. Costóle esta derrota la pérdida de 300 hombres, entre ellos siete oficiales de primera plana. La pérdida más sensible fué la de su coronel, don Francisco Ibáñez, que cayó prisionero.

Reemplazóle en el mando del Regimiento D. Pedro Andrés de Borunda y Laso.

La batalla de Ramilliers puso en manos de los aliados casi todo el Brabante y los Países Bajos españoles, sin que fuera posible oponerles resistencia.

Aun en aquel mismo año sufrió un nuevo descalabro el Regimiento de Zamora en Ostende, cuya

plaza batió y conquistó el enemigo en pocos días, haciendo su entrada en ella el día 6 de Julio.

Algo reanimó la lucha la llegada á aquella región del duque de Vendome, que había hecho la campaña de Italia, pero el golpe fatal de Ramilliers hizo perder por completo la importancia á nuestras tropas y la decadencia fué inevitable.

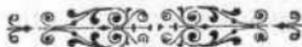
En 1707 operaba el Regimiento de Zamora en la Flandes Francesa. En un encuentro parcial que tuvo con las tropas de los aliados sufrió otro sensible descalabro, quedando prisionero su coronel Borunda y Laso, siendo nombrado para sustituirle don Felipe Freire.

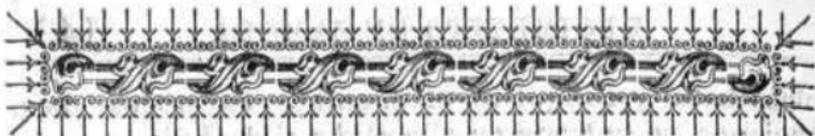
Este Jefe mandó el Regimiento hasta el año 1711 en que por haber sido agraciado por el rey con un ascenso, le sucedió D. Dionisio Martínez de la Vega.

Tuvo este Jefe la triste suerte de conducir á España con las banderas plegadas á un regimiento que tan honrosa y brillante historia había escrito en aquellos países que ahora se veía precisado á abandonar humillado y vencido después de haberlos paseado tantas veces triunfante y vencedor.

El Regimiento abandonó los Países Bajos el año 1713 en tan deplorable estado que, apesar de que aun ardía en la Península la guerra de sucesión, no pudo dársele otro destino que el de guarnecer plazas en el interior de la Península.

Por este tiempo, en 1706. envió este cuerpo sus Anales desde Liorna al Ministerio de la Guerra. XXY





CAPITULO II.



Campaña de los Pirineos.—Guerras contra Inglaterra y Portugal.—Campaña de Africa.

Desde el año 1714 al 1761 no consta servicio especial alguno prestado por el Regimiento, lo cual no quiere decir que en todo este lapso de tiempo permaneciera inactivo.

Las gestiones de Alberoni, primer ministro de Felipe V habían dado por resultado envolvernos en una nueva guerra con Inglaterra, Francia, Austria y Saboya y después con estas cuatro potencias y los holandeses.

En 1719 Francia declaró la guerra á España. El 21 de Abril un ejército francés fuerte de 20.000 hombres al mando del marqués de Tilly pasó los Pirineos y el Bidasoa por cerca de Vera, tomando

luego el castillo de Behovia que presidiaba el Regimiento de Zamora.

A los pocos días, el duque de Berwick, que ya había asumido el mando de las tropas francesas, dirigióse sobre Fuenterrabía que tomó ocasionando un nuevo descalabro al Regimiento.

Reunidas todas las fuerzas disponibles de este cuerpo en San Sebastián, fué esta plaza sitiada por el de Berwick en Agosto del mismo año, operación que tuvo el mismo próspero resultado para el francés que las anteriores.

Durante este tiempo el Regimiento había cambiado varias veces de Jefe. En 1717 fué nombrado su coronel D. Guillermo de Valois y Martínez, quien solo disfrutó el mando dos años al cabo de los cuales fué relevado por D. Juan de Arriaga quien estuvo al frente del Regimiento hasta el 1726. En este año le reemplazó D. Fernando Levan, teniente coronel que había sido del regimiento de Guadalajara.

En 1739 le sucedió por ascenso D. Agustín de Ahumada quien tuvo la suerte de hacer reverdecer los marchitos laureles del Regimiento en el combate naval de Tolón.

Las ambiciones de los que se creían con derecho á la corona de Austria y querían disputársela á la intrépida María Teresa, dieron lugar á un tratado de «alianza perpetua ofensiva y defensiva entre Francia y España» por una parte y á la de Inglaterra con Austria y Cerdeña por otra.

Rotas las hostilidades, el almirante inglés Matthews se dirigió con una fuerte escuadra á bloquear el puerto de Tolón. Allí fueron á buscarle las escuadras reunidas de España y Francia al mando de los

almirantes D. José Navarro y Mr. Court. Trabada la batalla, que fué una de las más reñidas, puesto que duró tres días sin interrupción, franceses y españoles lucharon con tanto brío y denuedo que, al fin, el almirante Mathews, que no pudo reunirse con su vicealmirante Lestock, hubo de ordenar la retirada de su maltrecha escuadra á Mahon.

Entre las tropas española cupo especial mención al Regimiento de Zamora.

Al año siguiente, 1745, fué nombrado coronel del cuerpo D. Francisco Fines y á principios del 1769 le sucedió D. Joaquín de Sarasa.

Durante este período de relativa calma, sufrió el Regimiento en sus formas orgánicas todas las alteraciones que el activo Monarca Felipe V reprodujo en el ejército en el transcurso de su largo reinado, alcanzando á fuerza de desvelos tanta perfección en la organización militar como no la había llegado á tener la milicia española desde el tiempo de los romanos.

Uno de los reinados menos brillantes acaso en la Historia, pero más admirados por los pensadores y estadistas y queridos por el pueblo, fué el de Fernando VI.

No fué este un rey conquistador ni aventurero, pero tuvo el don especial de permanecer neutral, de ser amigo de todas las potencias y esta sola circunstancia bastaría para inmortalizar su reinado.

Falta le hacía á España descansar después de tan rudas y continuadas luchas y no había de agradecer menos este descanso el Regimiento de Zamora que después de la desastrosa campaña de los Pirineos había quedado asaz maltrecho, aunque para tomar

parte en la guerra marítima contra Inglaterra hubiera rehecho algo sus harto mermadas fuerzas.

Nada encontramos, pues, digno de mención en la historia de este Regimiento durante el reinado de Fernando VI, por la inacción á que afortunadamente le redujo el obstinado deseo de aquel de conservar la paz.

Peró este venturoso estado no había de ser duradero. A la muerte de Ferrando VI, subió al trono Carlos III, y este monarca más guerrero ó peor aconsejado que su antecesor, no supo continuar la sabia política de este y de aquí surgieron las guerras que España hubo de sostener en virtud del *Pacto de familia*.

Firmóse este *Pacto* en Versalles, el 25 de Agosto de 1761 y por él se disponía que España y Francia se defenderían mutuamente sus Estados en todas las partes del mundo y que los intereses de ambas naciones se considerarían como si fuesen de una sola, aparte de otras varias cláusulas que contribuían á consolidar la unión entre las dos potencias.

Este *Pacto* en el que el ministro inglés Pitt creyó ver una amenaza á su nación, fué la causa del rompimiento entre Inglaterra y las dos naciones aliadas. Declarada la guerra quiso Carlos III atraer á su partido á Portugal fundándose en el parentesco de la reina portuguesa con la familia de los Borbones que ocupaban los tronos de Francia y España, pero el monarca portugués se negó á suscribir esta alianza y esta negativa fué la causa de la guerra entre las dos potencias.

Partió de Zamora un ejército, del que formaba parte nuestro Regimiento, á las órdenes del marqués

de Sarriá, dispuesto á invadir las provincias de Trassos-Montes y Entre Duero y Miño hasta llegar á Oporto.

El día 5 de Mayo de 1762 se verificó la invasión y en el breve espacio de tres semanas se rindieron á los generales españoles las plazas de Miranda, Braganza, Chaves y Moncorvo, pero la resistencia de los portugueses, que obstruían con árboles los caminos y se parapetaban en las montañas, obligó á los españoles á variar de rumbo retrocediendo las tropas de Zamora á Ciudad Rodrigo para invadir otra vez el territorio portugués atacando á Almeida.

Terco y porfiado fué este sitio, al que concurrió el Regimiento de Zamora. Defendían la plaza cuatro mil hombres y contaba esta además con excelentes fortificaciones, pero las bombas arrojadas con acierto á los cuatro ángulos de la ciudad la hicieron arder por todas partes y el Gobernador tuvo que pedir capitulación. Firmóse esta el 25 de Agosto de dicho año y en su virtud los españoles se hicieron dueños de una plaza que contenía ochenta y tres cañones, nueve morteros, setecientos quintales de pólvora y dos almacenes de provisiones de boca y guerra, además de quedar con esto abierto el camino para llegar hasta la capital del reino.

La rendición de Almeida fué seguida por las de Salvatierra y Segura, empresa fácil para las pujantes armas españolas y mucho más en aquella campaña en que los portugueses no contaban con ánimos suficientes para oponerse á la marcha triunfal de nuestro ejército, á pesar del eficaz auxilio que les prestaban los ingleses. A estas dos acciones concurrió también el Regimiento de Zamora.

La paz que se ajustó entre las dos potencias beligerantes hizo que aquel mismo año de 1762 evacuara á Portugal el Regimiento de Zamora siendo destinado á guarnecer las plazas del Mediodía de la Península hasta el año de 1773.

En el mismo año de 1762 relevó al coronel Sarasa el de igual graduación D. Juan Diaz Pimienta que mandó el Regimiento hasta el 1774 en que fué reemplazado por D. José de Avellaneda.

En 1773 el emperador de Marruecos dirigió una carta á Carlos III diciendo que marroquíes y argelinos estaban dispuestos á no tolerar que hubiese establecimientos cristianos desde Orán á Ceuta. La declaración de guerra no se hizo esperar y el rey español mandó tropas para fortificar los puntos amenazados.

El Regimiento de Zamora pasó á Africa distribuyendo sus batallones entre Melilla y el Peñón de Velez.

En Diciembre del año 1774 presentóse ante los muros de Melilla el emperador en persona acompañado de dos hijos al frente de un numeroso ejército.

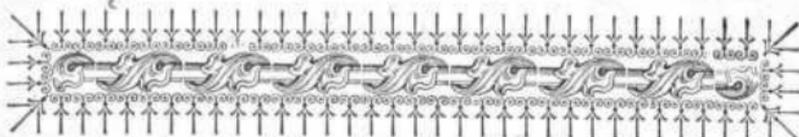
Intimada la rendición fué despreciada por el mariscal de campo D. Juan Sherlock, que era el comandante general de la plaza. Los moros comenzaron el bombardeo, llegando á arrojar á la plaza más de nueve mil bombas, pero la constancia de la guarnición y el acierto con que fué esta apoyada por la escuadra española, inutilizaron los esfuerzos de los marroquíes que al fin hubieron de levantar el sitio en Febrero del siguiente año de 1775.

No fueron más afortunados los sitios de Alhuce-

mas y el Peñón de Velez intentados por los moros, quienes convencidos de su inutilidad levantaron bandera de paz, firmándose esta mediado el año de 1775.

El Regimiento de Zamora continuó en las plazas africanas hasta el año 1777 que regresó á la Península para embarcar en Cádiz con rumbo á América.





CAPITULO III.



Rebelión en América.—Bloqueo de Gibraltar.
—Guerra contra Francia.

La insurrección de los Estados Unidos contra el dominio de Inglaterra y la decidida protección que á los insurrectos prestaron España y Francia, fué causa de otra nueva guerra entre las tres naciones, guerra que había de ser más costosa á España porque el ejemplo de independendia que dieron los Estados de la Unión no fué desatendido por nuestras numerosas colonias de América que, al fin, todas han venido á emanciparse de la Madre Patria.

X X X En previsión de futuros acontecimientos, salió de Cádiz una expedición al mando del general D. Pedro Ceballos, de la que formaba parte el Regimiento de Zamora, con rumbo á la Isla de Santa Catalina, teniendo la fortuna de llegar sin ningun contratiempo á la colonia del Sacramento.

Muy corta fué la permanencia del Regimiento de Zamora en aquellas regiones, puesto que el mismo año 1777 ya había regresado á la Península. Todo el año siguiente, lo pasó de guarnición en la plaza de Cádiz, pero el año 79 tuvo que abandonarla para asistir al bloqueo de Gibraltar en cuya empresa continuó hasta Noviembre de 1781, que regresó á Cádiz.

El año 1778 comenzó á mandarle el coronel don Blas Martín Romeo, antes de que fuera el Regimiento al bloqueo de Gibraltar.

Apenas repuesto de las fatigas del infructuoso asedio á esta plaza, embarcó *Zamora* en Cádiz con rumbo al Guarico para incorporarse en la isla de Santo Domingo á las restantes fuerzas de la expedición que había de ayudar al teniente general don Bernardo Galvez en su empresa de someter la Florida Oriental.

En esta campaña, el Regimiento tomó parte en la conquista de Roatán, en el establecimiento de Criba y demás puntos que allí se aseguraron y por último, en la batalla naval de Santo Domingo.

Posesionada España de toda la Florida y estipulada la paz entre esta nación é Inglaterra, el Regimiento de Zamora marchó, con otros cuerpos, á guarnecer las plazas de Nueva España.

El ejemplo de los Estados Unidos fué imitado por las colonias españolas y el grito de rebelión encontró eco entre aquellos indígenas á quienes la rapacidad y sórdida codicia de los corregidores, amén de otras varias causas hacían insoportable el dominio de aquellos despóticos reyezuelos y más apetecible la independencia.

Gravísimas fueron las insurrecciones de Buenos

Aires y el Perú afortunadamente sofocadas con éxito lisonjero. También entre los mexicanos prendió el fuego de la rebelión y el Regimiento de Zamora hubo de encargarse de castigar á los revoltosos. En 1787 se sublevó la provincia de Papantla (al Norte de Vera Cruz) y el Regimiento destacó cuatro compañías que facilmente batieron á los insurrectos, los cuales quedaron aniquilados por completo. También en la provincia de Acayulan, al Sur de Vera Cruz, se levantaron partidas que fueron destruidas por dos compañías del mismo Regimiento.

No fué difícil á *Zamora* dar feliz término á esta empresa, porque no había un impulso comun que moviese á los insurrectos ni tenían jefes de capacidad que les guiasen á los combates.

Batida la rebelión y restablecida la paz en aquella rica y floreciente colonia, el Regimiento volvió á España donde pronto la revolución francesa le dió ocasión de volver á pisar los campos de batalla.

Es demasiado conocido este sangriento episodio de la historia de Francia, para que nos detengamos en referirlo. La revolución francesa hizo tambalear todos los tronos de Europa y las cabezas de Luis XVI y Maria Antonieta al caer en el cesto de la guillotina hicieron temblar en sus solios á todas las testas coronadas.

La Europa entera se levantó contra estas bárbaras ejecuciones y Carlos IV no podía mostrarse indiferente ante este general movimiento de indignación y protesta contra aquella horda de salvajes que parecían no tener otro propósito que ahogar á la Francia en un torrente de sangre francesa.

Rotas las hostilidades, salió á campaña el Regi-

miento de *Zamora*, que, por primera vez, constaba de tres batallones, si bien el tercero, por ser de nueva creación, no pudo concurrir á la guerra tan pronto como los dos primeros.

Mandaba por esta época el Regimiento D. Agustín Mazorra, por fallecimiento de su antecesor ocurrido el año último, 1792.

Mazorra se encargó del mando poco tiempo antes de abrirse la campaña, y condujo su Regimiento á Navarra donde había sido destinado, formando parte del ejército que había de operar á las órdenes del general D. Ventura Caro.

Prósperos fueron los auspicios de la campaña, pero no tardó en eclipsarse la estrella de España ante los siniestros fulgores que despedía el astro de la revolución. Así que, aunque la defensa de Urdax fué heroica y gloriosa para nuestro Regimiento, en cambio en Verderiz sufrió un completo descalabro que estuvo á punto de dar fin al Regimiento.

Poco después de la defensa de Urdax se incorporó al Regimiento el tercer batallón, y los tres reunidos concurren á la quema de Banca y el ataque de Verderiz, en el que, después de haber perdido mucha gente, se encontraron los batallones solos, sin municiones y rodeados por tres columnas enemigas que casi en su totalidad les obligaron á rendirse prisioneros.

En esta desgraciada acción murió peleando heroicamente el Teniente Coronel D. Diego de Reinand, que tenía la graduación de Brigadier.

Después de este desastre, Mazorra se dedicó á reunir los dispersos restos del Regimiento para reorganizarlo y apenas conseguido su propósito, volvió

á campaña, ansioso de vengar la afrenta recibida en Verderiz, pero el caracter de los acontecimientos no se prestaba á dar satisfacci3n á tan virtuosos deseos. Las armas de la naciente rep3blica habían ganado muy considerablemente en organizaci3n, y el amor á su Patria y á las nuevas instituciones hacían invencibles á los soldados franceses.

Moncey seguía avanzando por el territorio español y el Regimiento de Zamora no consigui3 otra venganza que sufrir nuevos descalabros en la p3rdida del campamento de Alguinzu, en la retirada de Lecumberri, y en el ataque de Irurzun, siendo esta última acci3n donde mejor libradas salieron nuestras fuerzas.

Es de advertir que mientras las grandes masas españolas abandonaban progresiva y rápidamente la mayor parte del territorio confiado á su custodia, las compañías de Cazadores de este regimiento, unidas á varias de otros cuerpos sostenían con fortuna varia algunos ataques de consideraci3n en el valle de Baztán y sobre la parte de Vera.

Pero todo el esfuerzo de los cazadores fué inútil y Moncey se hizo dueñ3 de Vera, Irun y otras poblaciones, aunque á veces tuvo que comprar muy caro su triunfo; como en las gargantas de Arizc3n y en el peñ3n del Comisary.

Tales fueron los principales sucesos á que concurri3 el Regimiento de Zamora durante la guerra que sostuvimos contra la rep3blica francesa á fines del siglo XVIII.

Al coronel Mazorra substituy3 en 1794, D. Luis de la Carrera y mientras este se presentó estuvo al frente del Regimiento interinamente D. Manuel Herch.

En medio de las desgracias del Cuerpo, sus individuos se hicieron siempre dignos de las mayores recompensas, de tal manera que concluida ya esta guerra, se dió en él la especial circunstancia de estar mandado por primera vez por un Brigadier, como lo era La Carrera; haber tenido otro Brigadier por teniente coronel, que fué D. Diego Reinand, muerto gloriosamente en Verderiz, y tener, por último, un comandante también Brigadier, D. Juan Manuel Cagigal, que inmortalizó su nombre con la heroica defensa que hizo del peñón del Comisary al frente de las compañías de cazadores.

Désde las elevadas cumbres del Norte descendió el Regimiento á los llanos de Castilla, después de haber sucedido á su coronel, el de igual graduación D. Miguel de Salcedo, conde del Vado, en 1796, cuando el rey se ocupaba en recompensar los servicios de los que más se habían distinguido en la última campaña.

Por este tiempo, las simpatías que Inglaterra nos había mostrado en la guerra contra Francia, se cambiaron en abierta hostilidad apenas España firmó el tratado de alianza con la república. Declarada la guerra entre las dos potencias aliadas é Inglaterra, las costas de Galicia se vieron infestadas por los cruceros ingleses que con frecuencia hacian desembarcos en nuestro territorio.

Con este motivo, el Regimiento de Zamora fué trasladado á aquel antiguo reino para distribuirse en los campos volantes que allí se formaron.

A la sazón se dispuso un cuerpo auxiliar que la política de Napoleón supo alcanzar de nuestra corte y puesto á las órdenes del general D. Gonzalo

O'Farril, se embarcaron para Francia los batallones 1.º y 3.º de Zamora, mientras el 2.º se ocupaba guarneciendo la plaza de Tuy, destino que duró hasta el regreso de aquellos.

Tuvo lugar este regreso poco antes de declararse la guerra con Portugal, (27 de Febrero de 1801) y los dos batallones de Zamora desembarcaron en el Ferrol, yendo por Verín y Monterrey á reunirse al ejército invasor que se formó en Galicia sobre el Miño.

El 2.º batallón, entretanto, marchando en dirección opuesta, había tomado el camino del Ferrol para guarnecerla como plaza fuerte y primer departamento de nuestra Marina, circunstancias que la hacían ser presa muy codiciada de los ingleses, que se afanaban en ocuparla, aunque no fuese mas que por momentos con el reprobable objeto de destruir nuestras fábricas marítimas y nuestros bien surtidos arsenales. XXX

Al probar el desembarco el enemigo en 1800, el batallón contribuyó á la defensa del Ferrol, ocupando con patriótico entusiasmo los puntos que se le confiaron; los otros dos batallones, apesar de la distancia, acudieron al socorro, pero ya llegaron tarde, porque los ingleses se habían dado ya á la vela después de haber visto frustrado sus designios.

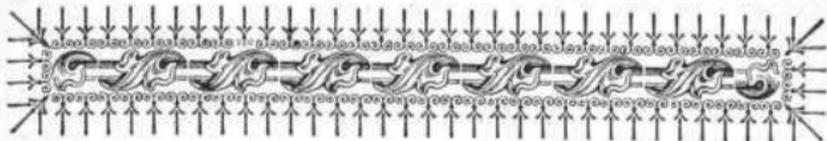
Después de haberse entretenido el Regimiento en defender algunos puntos de las costas de Galicia durante los primeros meses del año 1801, marchó al reino de Valencia á prestar igual servicio, teniendo frecuentes escaramuzas con los corsarios ingleses que no cesaban de amagar en sus desembarcos á los pueblos de la costa.



Así continuó el Regimiento con más ó menos necesaria actividad, hasta que, decretado un refuerzo de españoles para atender á la seguridad del reino de Etruria, que pertenecía á la sazón á una princesa de la casa de Carlos IV, se embarcó para Liorna.

Durante la travesía, algunos cruceros ingleses consiguieron dar caza y apoderarse del barco en que iban los equipajes y enseres del Regimiento, apriesionando además á los soldados que estaban encargados de su custodia, los cuales fueron conducidos á la Gran Bretaña, si bien no fué de larga duración su cautiverio.





CAPITULO IV.



Expedición al Norte.

Llegamos á la página más brillante de la historia de este Regimiento. Su fidelidad acendrada, su ardiente patriotismo fueron puestos á prueba, prueba tan dura que solo el indomable valor de aquellos soldados y el santo amor á la Patria que ardía en sus corazones y el sentimiento del honor immaculado que inflamaba las almas de los que peleaban á la sombra de la gloriosa *enseña bermeja*, pudo soportar sin desmayos y sin vacilaciones.

La próspera fortuna de Napoleón y la criminal debilidad de Godoy habían hecho de España, más que un aliado, un satélite del planeta Francia, que entonces llenaba el mundo con sus ejércitos y le hacía temblar con sus victorias.

Descoso Napoleón de allanar el camino que le

condujera á la fácil y pronta posesión de nuestra Península, pidió al gobierno español un cuerpo auxiliar de quince mil hombres para unirlo al ejército francés que debía guiar al Norte el mariscal Bernardotte.

Nada podía negar entonces España al *Capitán del siglo*; así que inmediatamente se dieron las órdenes para formar en la Península un cuerpo de diez mil hombres y sacar de la Toscana los cinco mil restantes que pedía Napoleón.

Dióse el mando de este ejército, que estaba formado de tropas escogidas, al marqués de la Romana. En Liorna embarcó el Regimiento de Zamora, dirigiéndose al Báltico, donde debía incorporarse al grueso de las fuerzas españolas.

Tal era el estado de este cuerpo cuando se declaró la España en abierta rebelión, primero contra el padre de Fernando VII y después contra la política que en ella iban arraigando los franceses.

Pero antes que los acontecimientos de la Península llegaran á ser conocidos en tan apartadas regiones, aquellas tropas españolas, peleando con admirable decisión y arrojo por extraños intereses, facilitaban con la rendición de Stralsund, en la Pomerania, el camino que había de conducir al mariscal Bernardotte hasta el trono de Suecia.

Terminada aquella conquista en medio de la grande admiración que por su constancia y sufrimientos despertaron los soldados españoles entre todos los de las demás naciones, se distribuyeron nuestros regimientos en las inmediaciones de Niborg, y en las islas de Langeland y Fionia.

El mariscal Bernardotte, para más honrar las virtudes de aquellos heróicos veteranos, se hacía

acompañar constantemente de una guardia de honor compuesta de soldados escogidos de los regimientos de la Princesa y Zamora, y, no solo estos, sino todos los soldados españoles, además de estar atendidos en sus necesidades con una exactitud apetecible, gozaban de un sobresueldo más que suficiente para excitar la codicia de otros soldados menos generosos y buenos patricios que aquellos heróicos veteranos.

La primera noticia que recibieron estos cuerpos de lo que ocurría en España, aunque no era tranquilizadora, no les permitía conocer en toda su extensión la gravedad del mal de que estaba siendo víctima su patria.

Los periódicos franceses que llegaban á sus manos, ocultaban la verdad ó la desfiguraban torpemente en provecho de sus intereses patrios.

Un despacho de Urquijo, ministro del rey intruso, mandando que las tropas españolas aclamaran á José Bonaparte vino á descorder algo el velo que hasta entonces les ocultaba por completo la verdad. El marqués de la Romana prestó juramento, pero con la reserva de que el nuevo rey hubiera sido aceptado sin oposición por el pueblo español.

Entretanto, en España se hacían activas gestiones para conseguir la liberación de aquel ejército que bien podía considerarse como prisionero.

Los comisionados españoles que estaban en Londres, hallaron forma de comunicarse con el ejército del Norte, y enterado este de la marcha de los sucesos, inflamados todos del santo amor á la Patria, caudillo, jefes y soldados, ya no pensaron en otra cosa que en volver á España, embarcándose en los buques de la escuadra inglesa que cruzaba el Báltico.

Dispuestos á llevar á cabo su propósito, apoderáronse de toda la isla los que estaban en Langeland y el marqués de la Romana se hizo dueño al mismo tiempo de Niborg, pero la traición de D. Juan de Kindelán, segundo del marqués, hizo que se desgraciara en parte el movimiento, pues Bernardotte tuvo tiempo de sorprender á los regimientos de Alarbe, Asturias y Guadalajara, con algunas partidas sueltas que en junto sumaban cinco mil ciento sesenta hombres, que hubieron de quedarse prisioneros en el Norte con el desconsuelo de no poder volver con sus hermanos al seno de la Madre Patria.

Los restantes españoles, en número de nueve mil se reunieron en Langeland, después de haber vencido no pocas dificultades.

No perdonó Bernardotte halagos, súplicas ni exhortaciones para vencer la constancia de aquellos leales, pero todo fué inútil. «Clavadas las banderas en el suelo, dice el Sr. Lafuente, y formando en derredor de ellas un círculo, hincados de rodillas y trasluciéndose en los semblantes la efusión que embargaba los corazones, allí juraron todos, ¡grandioso é interesante espectáculo! no abandonarlas sin con la vida, menospreciar seductoras ofertas, ser fieles á la Patria y hacer todo género de sacrificios para volver á ella.»

El día 13 de Agosto de 1808 se embarcaron para Gotemburgo, puerto de Suecia y el día 9 de Octubre llegaron á Santander después de una navegación trabajosa, siendo recibidos con indecible júbilo y con trasportes de entusiasmo por la Nación que antes lloraba el engaño y la falsía con que el gran salteador de tronos se los había arrebatado para

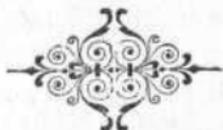
obligarles á defender extraños intereses en las heladas estepas del Norte.

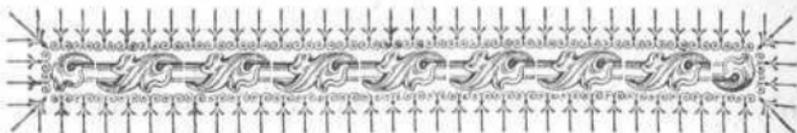
Así terminó aquella expedición que el historiador Toreno comparó con la retirada de los diez mil mandados por Jenofonte, y que tiene sobre esta además del mérito del heroísmo lo espontáneo del sacrificio que aceptaron en condiciones más desventajosas.

El rey, queriendo premiar tanto heroísmo, distribuyó mercedes entre los expedicionarios con mano abundante.

El coronel de Zamora fué ascendido á Mariscal de Campo y este Regimiento pudo llevar desde aquel día el sobrenombre de EL FIEL, con que es conocido y estampar en su bandera este glorioso lema: LA PATRIA ES MI NORTE Y LA FIDELIDAD MI DIVISA.

De los soldados que quedaron en el Norte, muchos lograron escapar reuniéndose en San Petersburgo, donde se organizó con ellos un regimiento que por esta causa es dominado *El Moscovita* y entre los cuerpos de Infantería española tiene el nombre de Luchana núm. 28.





CAPITULO V.



Guerra de la Independencia.

Apenas desembarcadas en Santander las tropas expedicionarias del Norte, formóse con ellas una División especial, que debía simbolizar su acrisolado patriotismo, la cual fué destinada al ejército de la izquierda que entonces estaba á las órdenes de Blacke, sobre las márgenes del alto Ebro.

Pero la aglomeración de tropas españolas sobre aquella parte de nuestro territorio, cuando al rey intruso no le quedaban para defender su causa más ejércitos que los maltrechos restos de Bailén y Zaragoza, no sirvió de nada por la impericia ó mala inteligencia de nuestros caudillos; y así fué que al poco tiempo aconteció la venida de Napoleón con su grande ejército, aunque todavía contaba en la Península con muy buenos puntos de apoyo y 50.000 hombres

siendo así que no debía tener acá de los Pirineos ni un solo soldado.

En tal concepto ya se deja conocer que el Regimiento de Zamora fué de los primeros en entrar en fuego contra el cuarto ejército francés y sino asistió á las batallas de Zornoza, el día 31 de Octubre, y de San Pedro de Gueñes, en cambio mas tarde en Espinosa de los Monteros fué el primer cuerpo que recibió la embestida de las tropas francesas.

El resultado de esta acción asi como de la de Panedogordo fué, que particularmente en la de Espinosa, el Regimiento de Zamora tuvo ocasión de distinguirse y se distinguió muy honrosamente, estando mandado por el marqués de San Román, como Jefe de la División del Norte la que sostuvo por espacio de dos horas el combate, hasta que cargada por fuerzas superiores, hubo de ceder el campo. En esta acción quedó herido el marqués de San Román.

Al día siguiente, 11 de Noviembre, renovóse la pelea, pero la división asturiana que ocupaba la vanguardia, al ver heridos á todos sus jefes, abandonó las posiciones, sembrando el desaliento entre los demás cuerpos. A duras penas pudo Blacke organizar la retirada á Reinosa, á donde llegó el Regimiento de Zamora fraccionado en pelotones.

Desde Reinosa siguió al ejército de Blacke en aquella gloriosa retirada hasta León, retirada que confirmó la reputación del modesto general y que admiró aun á los mismos franceses que no le escatimaron sus aplausos.

En León se hizo cargo del mando del ejército el marqués de la Romana y allí le sorprendió la llegada de Napoleón á las provincias de Castilla la Vieja.

Comenzó entonces una serie de marchas y contramarchas que hubieran terminado con un completo desastre por la cobardía del general inglés sir John Hope, á no haber sido por la constancia y el valor indomable de los españoles.

Obraban en combinación los dos generales, y juntos dispusieron batir las tropas del mariscal Soult antes que Napoleón entrara en Castilla la Vieja.

Salió la Romana de León con 8000 hombres, entre ellos el Regimiento de Zamora, dirigiéndose á Cea. De allí pasó á defender el puente de Mansilla por encargo del general inglés, operación dice un historiador, que «era equivalente á solicitar de los españoles que se dejaran hacer trizas por salvar las tropas inglesas»

Los franceses forzaron el paso, mataron algunos centenares de los nuestros, cogieron artillería hicieron mil prisioneros y llegaron hasta León, persiguiendo á la Romana, el cual se apresuró á evacuar la ciudad y á retirarse á Astorga, (1) que también fué abandonada el 31 de Diciembre del año dicho de 1808.

Hallábanse las tropas españolas escasas de todo, dice el mismo historiador, despeadas, andrajosas y medio desnudas. Obligadas á refugiarse en Galicia las fuerzas aliadas, los ingleses eligieron el camino de Lugo, dejando á los españoles el agrio y escabroso de Lluencebadon que estaba cubierto de nieve. La artillería tuvo que abandonarse en las montañas por no poder ser trasportada. En Turienzo de los Caballeros fué alcanzada y batida la división de que formaba

(1) Lafuente.—Historia general de España.

parte el Regimiento de Zamora, que en esta acción sufrió considerables pérdidas.

Después de este descalabro, la Romana dirigióse al valle de Valdeorras, fijando su cuartel general en Puebla de Tribes. Algunos días después el Regimiento siempre perseguido por los franceses corrió á refugiarse á Monterrey.

Para colmo de desgracias, un convoy de dinero y vestuario que iba destinado á la Romana cayó en poder de los ingleses que obraban mas como enemigos que como aliados, y lo que no pudieron llevar, lo arrojaron á un despeñadero.

En reemplazo del mariscal Soult que continuó la persecución de los ingleses hasta hacerlos embarcar y apoderarse de la Coruña, quedó el general Marchand persiguiendo á la Romana, quien abandonó á Puebla de Tribes, para refugiarse, primero en Orense, después en Monterrey y buscar, por último, apoyo en la frontera portuguesa.

Hallábase el Regimiento de Zamora en Verín y en las inmediaciones de esta villa libróse una acción contra las tropas del mariscal Soult, quien, obediendo las órdenes de Napoleón, se disponía á invadir el territorio de Portugal. El Regimiento de Zamora fué uno de los que más bajas sufrieron en esta acción.

Después de haber penetrado Soult en Portugal, pensó la Romana entrar en Castilla para dirigirse al principado de Asturias con objeto de atizar el fuego de la insurrección. Unióse en Luvian con el general Mahy y por las Portillas y las escabrosas montañas de Cabrerías marchó en dirección al Principado.

En una ermita inmediata á Pönferrada del Vierzo encontraron las tropas españolas un cañón de á doce

con su cureña y balas y este hallazgo les hizo pensar en acometer á Villafranca, como así lo verificaron, obligando á capitular á los mil franceses que la guardaban.

Después de esta victoria pasó la Romana á Asturias, de donde tuvo que salir, embarcándose en Gijón para tomar tierra en Rivadeo por librarse del ataque combinado de las tropas que conducían los mariscales Ney y Kéllerman. El Regimiento de Zamora en tanto, había quedado en Galicia, á las órdenes del general Mahy y con él asistió á la batalla y cerco de Lugo que habría terminado con una brillante victoria sin la oportuna llegada del mariscal de Soult que volvía de su desgraciada expedición á Portugal.

Mahy levantó el cerco y retiróse á Mondoñedo donde se unió con el marqués de la Romana el día 24 de Mayo de 1808.

Soult emprendió la persecución de las tropas españolas, pero estas ayudadas eficazmente por el paisanaje, cuyo espíritu se había reanimado con las recientes victorias, iban diezmando á los franceses, hasta el extremo que el mariscal francés tuvo que abandonar la persecución interr.ándose en Castilla.

Quedaba solo en Galicia el mariscal Ney, pero este, al verse abandonado por Soult, evacuó también el territorio gallego, entrando en Astorga, al mismo tiempo que Soult en Zamora.

Libre de enemigos el territorio gallego, pasó la Romana á Castilla, donde segun las órdenes de Napoleón, se había formado uno solo de los tres ejércitos mandados por los mariscales Soult, Ney y Mortier á las órdenes del primero.

Al poco tiempo fué reemplazado la Romana por el duque del Parque y á este general cupo la gloria de llevar nuestras tropas á victorias tan brillantes como las de Tamames y Salamanca.

El día 18 de Octubre encontráronse nuestras tropas en Tamames con las del francés general Marchand iguales proximamente en número pero superiores estas en artillería. Esta gloriosa batalla estuvo á punto de perderse por una falsa maniobra de la caballería, pero la decisión de los infantes y el arrojo del general en jefe hicieron flaquear á los franceses y declararse en fuga, pudiendo solo á favor de las sombras de la noche llegar sin mayor descalabro á Salamanca, después de haber perdido 1500 hombres. Las pérdidas nuestras fueron menos de la mitad. El día 25 del mismo mes entró el duque del Parque en Salamanca y allí pudieron nuestras tropas reponerse algo de las penalidades de la campaña merced al desprendimiento de los agradecidos salmantinos que con largueza las abastecieron y agasajaron.

Poco después sostuvieron nuestras tropas un encuentro cerca de Medina del Campo con un cuerpo de 10 ó 12.000 franceses. La derrota de Ocaña obligó al duque del Parque á volver al Carpio y de allí perseguido por Kellermann, á Alba de Tormes, en cuyas inmediaciones se marchitaron los laureles que poco tiempo antes había recojido en Tamames.

La inexplicable orden del duque de dividir las fuerzas entre las dos márgenes del rio y la actividad del general francés que acometió cuando los nuestros aun estaban racionándose facilitó la victoria que aquel día alcanzaron los franceses. Merece, sin embargo, notarse el admirable ejemplo de valor que

dieron algunos regimientos, y entre ellos el de Zamora con la formación de aquellos famosos cuadros que rechazaron por tres veces las acometidas de la caballería enemiga, hasta que llegada la noche, pasaron el puente y se desbandaron por los pueblos de Ciudad Rodrigo, Tamames y Miranda del Castañar.

A últimos de Diciembre tomó parte el Regimiento en la acción de San Martín de Trebejos, en cuyo pueblo había fijado su cuartel general el duque del Parque, después de la derrotade Alba de Tormes.

La invasión que verificaron los franceses con un ejército respetable en el Mediodía de España, cuando ya había empezado el año 10 del último siglo, hizo que de las tropas que mandaba el duque del Parque se desprendiera una pequeña división que debía reforzar el ejército de Extremadura, tocándole al Regimiento de Zamora ser uno de los que se pusieron inmediatamente bajo las órdenes del general O'donnell en las inmediaciones de Cáceres.

No había pasado mucho tiempo después de este cambio de situación, cuando tuvo lugar sobre el pueblo de la Roca un encuentro con las divisiones francesas de Soult y La Housaye, bien que no entraron en fuego mas que las compañías de Cazadores. Iban las de Zamora con las de Castilla, Navarra y voluntarios de Sevilla, completando un total de 1500 infantes con 80 caballos, formando brigada á las órdenes del que fué después conde de España, y habiéndose acantonado en dicho pueblo de la Roca el 20 de Abril, se vieron súbitamente acometidas por los generales enemigos á la cabeza de dos brigadas de caballería y dos divisiones de infantería con su respectiva dotación de artillería.

A la vista de peligro tan inminente como inesperado, los españoles se acobardaron en el primer momento, pero luego, recobrando todo su valor por instinto natural de propia conservación se resolvieron á pelear con todo el orden necesario, para no facilitar al enemigo un triunfo completo. Las primeras descargas que hicieron sobre las compañías de cazadores franceses que habían ocupado el camino de Alburquerque, les abrieron el paso para hacer por allí la retirada, de suerte que siéndoles después mucho más fácil conservar el orden, puesto que había ya un flanco seguro, sostuvieron dignamente la acción hasta que, entrada la noche, pudieron ponerse en salvo.

Entretanto no estaban ociosos los batallones á que pertenecían estas compañías de cazadores, porque habiéndose dirigido contra Cáceres con el general O'donell, tuvieron la suerte de atacar y batir á una división francesa que mandada por Foy, se había dirigido al mismo punto. Al ver sobre sí las fuerzas de O'donell, el enemigo emprendió en buen orden la retirada hacia Mérida, pero la distancia que le separaba de las primeras tropas que pudieran protegerle, era de nueve leguas, sufriendo por tanto una persecución activa de más de cinco horas, durante las cuales se vió forzado á formar cuadros muy respetables, con cuya serenidad logró salvarse de una completa derrota. Contentos los españoles con las ventajas que habían alcanzado sobre aquella fuerza, á la cual habían hecho gran número de muertos y prisioneros, cesaron su persecución en Aldea del Cano, desde cuyo punto retrocedieron hasta Cáceres y allí se les reunió la brigada de cazadores que tan valien-

temente se había defendido en La Roca á las órdenes de D. Carlos de España.

En este año todavía asistió el Regimiento á las acciones de Santa Engracia y Badajoz y formó parte del ejército que en las famosas líneas de Torres Vedras, en Portugal, hizo imperecedero el nombre del general inglés, duque de Welington.

Tuvieron lugar estos sucesos á consecuencia de la invasión de Portugal por el grande ejército de Massena y la concurrencia del marqués de la Romana á aquellas brillantísimas operaciones con 7.000 hombres de los que operaban en Extremadura. También aconteció poco antes el paso de los imperiales por Sierra Morena con menoscabo material y moral de las tropas reales que le defendían, y todas estas circunstancias se reunieron para aconsejar á la Junta Central la aglomeración de todos los restos que se hallaban diseminados en varios distritos para formar de nuevo el ejército que había de conservar, cuando menos, la seguridad del pueblo gaditano.

Al regimiento de Zamora le cupo en suerte, como hemos dicho, ser uno de los que se acantonaron en las citadas líneas de Torres Vedras y luego volviendo á España, cuando el enemigo no pudo sobrellevar por más tiempo sus padecimientos en el reino lusitano, tomó parte en las operaciones del sitio de Badajoz que terminaron de una manera harto lamentable para nosotros, apesar de los prodigios de valor ejecutados por nuestros soldados.

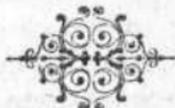
Afortunadamente pronto la fortuna les deparó la ocasión de desquitarse en la famosa batalla de Albuera, donde nuestros soldados, ayudados por los ingleses y portugueses alcanzaron aquella brillante victoria

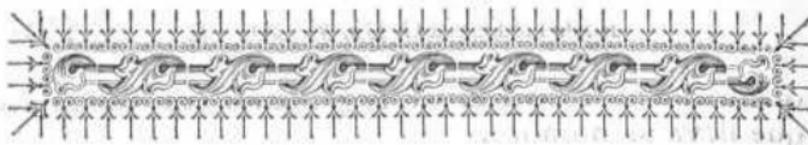
que aun hoy recuerda el regimiento de caballería que lleva su nombre.

Las Cortes decretaron una acción de gracias para todos los que en esta batallá habían tomado parte y el Regimiento de Zamora mereció con los demás del ejército vencedor ser proclamado benemérito de la Patria.

Al año siguiente, 1812, en los últimos días del mes de Agosto, tomó parte el Regimiento en la acción de Sevilla, en el barrio de Triana, contra la guarnición francesa que había dejado Soult, la cual fué arrojada de la ciudad, dejando en poder de nuestras tropas doscientos prisioneros y dos cañones.

Después de esta acción el Regimiento se dirigió á Burgos, retirándose antes de llegar á esta ciudad, al principado de Asturias y finalmente á Galicia donde mas graves atenciones le permitieron permanecer poco tiempo.





CAPITULO VI.



Campaña de América.—Realistas y liberales.

Fácil era prever el desenlace del sangriento drama que se representaba en la Península cuando la retirada del ejército francés en 1812 á las márgenes del Ebro, después de haber puesto en juego para dominarnos los recursos más poderosos, ponía de manifiesto la impotencia de estos contra un pueblo que quiere ser á todo trance independiente. Pero en medio de la seductora esperanza que iluminaba el porvenir de España muy graves cuidados agoviaban á su Gobierno, obligado en momentos tan críticos á sostener una lucha de opuesto caracter á la que sustentaba con tanta decisión y denuedo en España, cual era la que se suscitaba en la América Meridional por los descendientes de Pizarro que, imitando

á los Estados Unidos y abusando de la triste situación en que se hallaba la Metrópoli, en guerra con el coloso del siglo, aspiraban á la independencia.

En 1809 se declaró la insurrección, cabalmente cuando España estaba tan imposibilitada para sosegarla como para reforzar los auxilios que había enviado.

Pero apenas las atenciones de la guerra en la Península concedieron algo de respiro á la atribulada Nación, dispuso el Gobierno el inmediato envío de refuerzos á América siendo el Regimiento de Zamora uno de los elegidos para formar parte de la expedición.

Destinado Zamora á prestar servicio en Nueva España, desembarcó en Vera Cruz el 27 de Agosto de 1816, comenzando inmediatamente las operaciones contra los sublevados.

A la llegada del Regimiento, internáronse estos en la colonia y el Regimiento salió en seguimiento suyo encontrándoles en el Puente del Rey donde se dió un combate que duró una hora y costó al Regimiento bastante bajas. Aquel mismo año sostuvo también la acción de San Juan de los Llanos.

Pero estaba próxima á sonar la hora de la independencia mexicana, y aunque en los cinco años que el Regimiento permaneció en América, hizo una campaña brillantísima, sus esfuerzos fueron inútiles y, al fin, tuvo que volver á España con el desconsuelo de ver perdido para la Patria aquel riquísimo florón de su corona.

Basta recordar el nombre de las acciones en que tomó parte el Regimiento para comprender la actividad que imprimió á su campaña. Cerro Colorado, Chilchola, Cerro-Acopa, Barraca del Remate, San

Rafael y Cerro del Purgatorio, en 1817; Rancho de Salazar, acción famosa por el valor con que luchó el Regimiento, que tuvo que formar el cuadro, en 1818; Ardillas y Cerro del Alamo, en 1819 y las operaciones de la provincia de Durango en los dos años siguientes.

Mandaba por entonces el Regimiento D. José María Bonitelli y este coronel tuvo el sentimiento de repatriar á sus soldados después de haber firmado con las nuevas autoridades mexicanas una honrosa capitulación.

Reorganizado el Regimiento, fué destinado á Granada y después á Valencia, dando guarnición á la capital y la ciudadela. Agravadas las discordias intestinas por las continuas luchas entre realistas y liberales, levantáronse en toda España partidas que presagiaban la guerra civil que había de estallar en cuanto ocurriera la muerte del rey Fernando VII.

Comenzó las operaciones el Regimiento en el Maestrazgo y después en Cataluña batiendo las partidas realistas en Fraga y en Castellfullit, durante el año 1821. Al año siguiente fueron mas activas las operaciones, por lo mismo que los ánimos se iban enconando más y se iba haciendo más irreconciliable el odio que mutuamente se profesaban realistas y liberales.

En 1822, Cataluña fué teatro de una verdadera guerra civil por la abundancia de partidas que se levantaron y allí continuó el Regimiento las operaciones emprendidas el año anterior.

Romanillos, Romagosa, Eroles y el Trapense eran los principales jefes realistas; el celebre guerrillero de la campaña de la Independencia, Espoz y

Mina mandaba las tropas del Gobierno. Bajo su dirección, el Regimiento tomó parte en este año en las acciones de Seo de Urgel, ciudad que fué tomada á los realistas que tenían en ella el asiento de la Regencia, Mataró, Calaf, Amer, Molins del Rey, Puente Cabriana y defensa de Tarragona.

En este año entró á mandar el Regimiento el coronel D. Domingo Senespleda.

La intervención francesa hizo cambiar por completo la faz de las operaciones. Los cien mil hijos de San Luis iban invadiendo el territorio español y apoderándose de nuestras plazas fuertes con pasmosa rapidez.

El mariscal Moncey, duque de Conegliano, era el general en jefe del ejército francés y harto sabido es con que facilidad vió coronada por el éxito aquella campaña que en otras circunstancias y sin el auxilio que recibió de gran parte del pueblo catalán no hubiera podido ni aun empezar.

El día 15 de Noviembre de 1823 se firmaron las capitulaciones entre los representantes del ejército español y francés que fueron aprobadas al día siguiente por Moncey y Mina con lo que se dió por terminada la guerra.

Al año siguiente, 1824, se dió nueva organización al ejército, formándose una plantilla de regimientos en la que apareció el de Zamora con el nombre de *Zaragoza núm. 7*, nombrando á D. Antonio Sola para el cargo de coronel.

En 1826 fué ascendido este jefe á brigadier, sucediéndole en el mando D. José Segarra que no tomó posesión hasta cinco años después, en 1831.

En 1828 se reforzó el ejército con la creación de

nuevos regimientos y entonces vuelve el de *Zaragoza* á recobrar su primitivo nombre de *Zamora* que con tan varia fortuna, pero siempre con honra, había llevado.

De escasísimo interés fueron las operaciones del Regimiento hasta el año 1833 y nada hallamos en este lapso de tiempo que sea digno de especial mención, pues su misión estuvo reducida á guarnecer plazas en Cataluña.

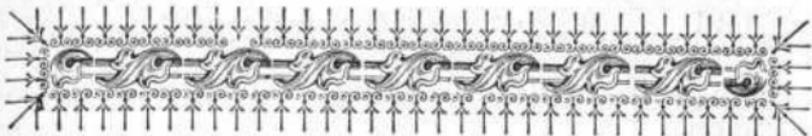
En Abril del año 32 fué nombrado coronel de este Regimiento D. Antonio Urbiztondo, que se hizo célebre cuando, militando en las filas de D. Carlos llegó al alto puesto de comandante general de las fuerzas carlistas en Cataluña.

Este jefe solo ejerció el mando del Regimiento hasta el mes de Enero del año 33, en que se separó del ejército para ir á Portugal á unirse con D. Carlos.

A Urbiztondo sucedió en el mando D. Luis de Salamanca, marqués de Villalcampo.

En este año cambió el Regimiento de número, pues á causa de la creación y preferencia del regimiento de la Princesa Maria Isabel Luisa, á quien se le dió el número 4, el de Zamora pasó á ocupar el número 8, que es el que en la actualidad conserva.





CAPITULO VII.



Primera guerra civil.

Con grandísima satisfacción correríamos un velo sobre esta página de la historia, no porque el Regimiento tenga que avergonzarse de ella, sino porque si es grato consignar hazañas y victorias conseguidas contra los enemigos de la Patria, en cambio es muy amargo y desconsolador tener que presentar el espectáculo de hermanos que pelean contra hermanos, de hijos de una misma Madre que luchan entre si por esa misma Madre á quien ambos pretenden hacer feliz, lucha en la que no puede halagar la victoria porque los vencedores tienen que sentir como les abrasa la frente el estigma ignominioso del réprobo Caín, y el vencido, además del sentimiento de la derrota, ha de sufrir la vergüenza de haber tomado en

vano la parte de Abel para la que no tenía vocación.

Todas las guerras son sensibles pero las civiles son además abominables. Pasemos sobre ellas como sobre ascuas y plegue á la Divina Providencia que no se vuelvan á repetir.

Son harto conocidos los antecedentes de la primera guerra civil para que nos detengamos á exponerlos. Nos concretaremos, pues, á la marcha de la campaña de Cataluña, por ser esta la región donde operaba el *Regimiento de Zamora*.

Al empezar la campaña, dividióse el Regimiento en tantas fracciones que se dedicaban á la persecución de las partidas carlistas, ó á guarnecer los pueblos, que es casi imposible seguir al detalle las operaciones del Regimiento que fué uno de los que más servicios prestaron en esta campaña.

Comenzó el *Regimiento* distinguiéndose de una manera brillantísima en la acción de Pinell Baix, en la que el teniente D. Luis Campos defendió bravamente un convoy hasta que habiendo recibido refuerzos pudo hacerlo llegar completo á su destino.

En el mes de Febrero el teniente de *Zamora* graduado de capitán D. Narciso Plantés, batió en Fonellosa á las fuerzas de Llander. Pocos días después el 16 volvió á batir el mismo Plantés á los carlistas en la casa de Santa Susana.

A partir de esta fecha, los combates y acciones se suceden con extraordinaria rapidez, y así en el decurso de este año y en el siguiente pudo el *Regimiento* tomar parte en las acciones de Vacas, Cap de Pla, San Miguel de Viladrá, Mesón de la Nadella, Malasang, San Just, San Mauricio, Portal, Frades de

Mallri, Solsona, Castel de Nuch, Tres-pons, Bonell Olot y Pobla del Segur.

En el mes de Junio del año 35 tres compañías del *Regimiento* batieron en la jurisdicción de Cardona á las fuerzas reunidas de Tristany, Llar de Copons y otros jefes carlistas.

En los primeros días del mes de Julio los jefes carlistas Muchacho, Boquica, Caballería y Ros de Eroles capitaneados por Samsó pusieron sitio á Pobla de Lillet, que estaba defendida por los urbanos y un destacamento del *Regimiento de Zamora*.

Atacada la población se defendieron los sitiados hasta que la llegada de socorros hizo levantar el sitio á los carlistas.

En esta acción quedó herido el subteniente de la tercera de granaderos de *Zamora*, D. Ramón Frias.

El día 8 de Agosto los carlistas fuertes en número de 2000 hombres se presentaron ante la villa de Torá que defendía Saboya, intimidando la rendición. Puesto cerco á la plaza, los sitiados resistieron cuanto les fué posible, pero su resistencia hubiera sido inútil sin la oportuna llegada del comandante 1.º de *Zamora*, D. Manuel Sebastián á cuya presencia los carlistas se retiraron perseguidos por las tropas de este *Regimiento*, después de haber sido desalojados de sus posiciones por los soldados de *Zamora* que cargaron á la bayoneta, causándoles 200 heridos y 70 muertos.

El 15 del mismo mes, el capitán de *Zamora* don Luis Pieltain y el alférez del mismo D. Antonio Pieltain al frente de 50 hombres batieron en Ladurs á triplicadas fuerzas arrojándolas de sus parapetos.

El 26, los tenientes Oiza y Palacios, destacados

en Orgañá, desarmaron á los urbanos de este pueblo con el auxilio de algunos mozos y con estos y los treinta y tres hombres de su destacamento, se presentaron al comandante general carlista de Cataluña, Guergué.

El citado comandante Sebastián, en unión de Calvet atacó en la mañana del 9 de Octubre al coronel carlista O'Donnell que formaba parte del ejército con que sitiaba Guergué á Olot. El éxito de esta acción fué tan completo, que los carlistas fueron desbaratados y su mismo jefe O'Donnell cayó prisionero de Sebastián.

Terminó el año 35 con el sitio del santuario de Nuestra Señora del Hort, sitio que hasta los primeros días del año siguiente no se resolvió constituyendo un triunfo para las tropas isabelinas y un timbre de gloria más para el *Regimiento de Zamora*.

Tomado por Mina San Lorenzo de Piteus, habitual refugio de los carlistas en aquella parte de la montaña, doscientos carlistas al mando de Miralles, se encerraron en el inmediato santuario del Hort, que estaba convertido en casa fuerte y abastecido con víveres y municiones para un mes.

Intimó Mina la rendición pero los carlistas se aprestaron á la defensa y tan bien supieron resistir, que Mina se vió precisado á pedir á Barcelona artillería y más refuerzos que llegaron el 23 de Enero del año 36.

«El Regimiento de Zamora, dice Pirala, llegó también al campamento y formó en batalla al son de patrióticos himnos.»

De los doscientos carlistas que defendían el santuario, solo pudieron salvarse tres, quedando los demás

muerdos ó prisioneros, incluso Miralles y su hijo. En este mismo mes dió Mina una nueva organización á las tropas de su mando, prescribiendo que los regimientos del ejército fueran constituidos desde luego en brigadas.

El *Regimiento de Zamora* fué puesto á las órdenes del bizarro coronel D. Antonio Azpiroz uno de los jefes que más se habían distinguido durante toda la campaña, y se le señaló para campo de operaciones toda la alta montaña.

Por los sucesos del mes siguiente en que las tropas carlistas al mando de Torres aniquilaron en las inmediaciones del Segre á dos compañías de Saboya fué preso y sumariado Azpiroz, que se hallaba tres leguas distante del lugar de aquella catástrofe, pero no resultando cargo alguno contra él, fué absuelto libremente, haciéndolo así saber en la orden general que se dió al ejército el día 4 de Septiembre de este mismo año.

El día 9 de Junio penetró Tristany en Salelles haciendo prisionera á la guarnición de soldados de *Zamora* y belgas, á todos los cuales mandó pasar por las armas. ¡Tristes y lamentables excesos que con tanta frecuencia manchan las páginas de la Historia de nuestras contiendas civiles!

En este año tomó parte el Regimiento en las acciones de Rectoría de Fals, Solsona, Gròs, San Feliu-la Serra, Col de Cap-sa-Costa, San Juan de las Abadesas y Manlleu. En esta última acción el comportamiento del primer batallón de Zamora fué tan brillante que mereció se le concediera el título de Benemérito de la Patria.

El 31 de Diciembre se despidió de los barcelo-

neses el general Serrano que desempeñaba á la sazón la capitania general de Cataluña, dejando al general Parreño entre otras instrucciones una nueva organización en el ejército.

Según esta, el ejército de Cataluña se formó de cuatro divisiones con sus correspondientes brigadas. El Regimiento de Zamora con el 5.º batallón franco de voluntarios de Cataluña formaba, al mando del coronel Azpiroz, la primera brigada de la segunda división que mandaba el mariscal de campo D. Manuel Gurrea, y se le señaló, como territorio donde debía operar, toda la provincia de Barcelona, menos el corregimiento de Vich con el Congost y su vertiente de Montseny, y el partido de Solsona, centro de las partidas mandadas por Tristany en la provincia de Lérida.

Desastrosa fué esta organización y fecuada en descalabros para las tropas cristinas, pero no nos incumbe examinar las causas y consecuencias de estos sucesos y solo nos concretaremos á reseñar las operaciones de nuestro *regimiento*.

Algo cambió el aspecto de la guerra al ser nombrado comandante general del corregimiento de Tarragona el brigadier carlista D. Matías del Vall, quien tuvo propósitos de implantar en Cataluña el tratado de Lord Elliot ya vigente en las Vascongadas y Navarra, con el objeto de humanizar la guerra y hacerla menos feroz y sanguinaria, y al efecto se dirigió al mariscal Gurrea, quien, animado de los mismos generosos sentimientos de su adversario, no tuvo reparo en castigar los excesos cometidos por los francos en Monreal, García y otros puntos.

El 14 de Febrero de 1837 atacaron los carlistas

á los nacionales de Gasol y Pobla de Lillet, pero apoyados estos y reforzados por algunas compañías del primer batallón de *Zamora* y lanceros de Berga, obligaron á retirarse á los carlistas hasta las escabrosas alturas de Valsebre, aunque siguiendo su marcha la columna liberal hasta Berga, vióse constantemente hostilizada y expuesta á caer en poder del enemigo, á no ser por su bien ordenada y enérgica resistencia y porque la noche les sorprendió al llegar al puente de Reventi.

Pocos días después, el jefe carlista Tristany sorprendió en Suria á un de tacimiento de quintos, que hizo prisioneros; Novella con el 2.º batallón de *Zamora* encuentra á Tristany en Fonellosa, pero la suerte es favorable al carlista y los de *Zamora* desordenados emprenden la huida, llegando dispersos á Manresa, donde ¡triste es confesarlo! cometieron punibles excesos y robos.

Otros que no pudieron llegar á Manresa, se refugiaron en la rectoría de Fals y todos hubieran caído en poder de Tristany sin la oportuna llegada del coronel del *Regimiento*, Azpiroz, quien salvó á sus soldados, ahuyentando á los carlistas.

En estos desgraciados sucesos cupo á Azpiroz la honra no solo de salvar á sus soldados, sino la de haber ejercido de afortunado pacificador con el pueblo de Manresa que indignado por el desastre de la Fonellosa, se amotinó pidiendo la cabeza de su gobernador militar D. Juan de Atmeller, quien para ponerse en salvo, tuvo que encerrarse en el fuerte de Santa Isabel.

«Con todos los jefes, dice Pirala, y casi todos los días, había encuentros y escaramuzas de más ó me-

nos importancia» y así no es de extrañar que la vida del *Regimiento*, como la de todos los cuerpos del Ejército, llegase al colmo de la actividad.

El 25 del mismo mes conducía el coronel Azpiroz un convoy de Manresa á Berga. Atacada la vanguardia por las fuerzas de Castell en las alturas del Hostal de Farriols, acuden en su ayuda D. Luis Piel-tain con sus granaderos y Azpiroz con el resto de *Zamora*. La infantería tuvo que resistir varias veces con las puntas de las bayonetas el empuje de los carlistas; la caballería cargó por dos veces y la artillería vomitó metralla sin cesar; al fin, después de considerables pérdidas sufridas por ambas partes, el convoy llegó íntegro á Berga «donde fué tan bien recibido como era ansiado.»

Más brillante fué todavía el comportamiento de *Zamora* en la liberación de Calaf que tenía sitiada y casi tomada Tristany. El capitán general del Principado, Serrano, dispuso que el coronel Azpiroz, con sus ayudantes de campo, el comandante de escuadrón D. Francisco Serrano y el teniente Correa con dos compañías de *Zamora*, apoyados por la caballería y algunos francos, cargasen al enemigo. El resultado de la acción fué obligar á Tristany á internarse en la montaña, quedando en salvo Calaf, aunque bastante quebrantada porque Tristany la entregó á las llamas. Sin embargo, este resultado no fué tan venturoso que dejaran de lamentar sensibles y numerosas pérdidas lo mismo carlistas que liberales.

Por estos días, los carlistas alcanzaron un señalado triunfo en sus operaciones sobre Solsona. La brigada de Azpiroz debía concurrir á estas operaciones pero fuera que recibiese tarde el parte, ó efecto de

una mala inteligencia, Azpiroz se aproximó á Torá donde juzgó su presencia necesaria y después á Surria, desde cuyo castillo el jefe le hacía señales para que se acercara, pero Azpiroz regresó á Cardona y después á Manresa, sin que nadie acertara á comprender el móvil de la conducta de tan bizarro jefe.

Pero pronto tuvo ocasión de desquitarse en la acción de San Quintin, donde el segundo batallón de *Zamora* pidió ir al asalto el primero, entrando en la población y desalojando de ella á los carlistas.

La expedición grande que mandada por el mismo D. Carlos había llegado á Cataluña hizo entrar á la guerra en una nueva fase. El barón de Meer que se había encargado de la capitania general, operaba teniendo á sus órdenes inmediatas al *Regimiento de Zamora*. En los primeros días de Julio pensó el barón en fortificar algunos puntos y salvar otros, pero convencido de la dificultad de conseguir su segundo propósito, los abandonó llevándose la guarnición y las personas comprometidas. Tal sucedió con Prast de Llausanés, de donde salió para dirigirse á San Feliú de Saserra y Manresa.

Al llegar cerca de San Feliú, su vanguardia fué atacada, pero la acción no se generalizó hasta que no salieron las tropas liberales de esta población. El ataque de los carlistas á la vanguardia y al centro fué rudísimo y porfiado. Una brillante carga á la bayoneta que dió el primero de *Zamora* apoyado por el segundo á las órdenes del coronel D. José Clemente, que por este tiempo había sucedido á Azpiroz en el mando del Regimiento, logró restablecer el orden, dispersando á los contrarios, pero todos sus esfuerzos hubieran resultado quizás inútiles si la desunión que

existía entre los jefes carlistas no hubiera hecho más asequible la victoria á las tropas liberales.

Azpiroz fué ascendido á brigadier y trasladado al ejército del Norte, de donde al poco tiempo volvió para continuar la guerra en Cataluña.

Durante este año el Regimiento tomó parte en más de treinta acciones y en infinidad de escaramuzas.

Comenzó el año 1838 con el asalto y toma de Solsona, que poseían los carlistas y que fué después causa de numerosas y sangrientas acciones en las alturas de Peracamps para abastecer á dicha ciudad.

Dispuesto el baron de Meer á apoderarse de esta plaza llevó su ejército ante sus muros, estableciendo el sitio que duró hasta bien mediado el año 38.

Al acercarse las tropas liberales, los sitiados enarbolaron bandera negra con el lema «victoria ó muerte». Después de batidos los muros, dispúsose el asalto, lanzándose á él dos compañías apoyadas por el segundo batallón de *Zamora*. Ruda y porfiada fué la defensa, pero, al fin, los carlistas tuvieron que ceder el terreno refugiándose en el palacio episcopal, de donde todos salieron hechos prisioneros.

Desde esta fecha empieza una serie de combates interminables en Peracamps que se reproducían en cuanto había necesidad de llevar algun convoy á Solsona.

El *Regimiento* tomó muchas veces parte en estos combates que duraron hasta la conclusión de la guerra en el año 40.

Posesionado el conde de España del mando en jefe del ejército carlista catalán, siguióse una larga tregua entre ambas partes contendientes, bien fuese

por cansancio, bien por mutuo respeto, ó por las especiales condiciones del nuevo jefe carlista que tenía más de organizador que de guerrero.

Sin embargo, no fué tan duradera esta tregua que no tuviera el *Regimiento* necesidad de salir á campaña y operar durante los últimos días del año contra las fuerzas reunidas de los generales carlistas de Borges y Porredón.

En este año fué nombrado coronel de este Regimiento D. José San Just.

El día primero de Mayo del año siguiente, el *Regimiento de Zamora* sufrió un serio descalabro del que sacó, sin embargo, tanta gloria, como ignominia los cuerpos auxiliares.

Había decidido el general Carbó auxiliar á Malleu que sitiaban los carlistas. Al encontrarse con estos, se empeña la acción, pero flaquea la caballería; el tercer batallón de *Zamora* es arrollado por fuerzas superiores y la división entera es puesta en desordenada fuga después de sufrir considerables bajas.

A consecuencia de este desastre, el general en jefe privó de sus empleos á todos los oficiales del 7.º de ligeros enviándoles á servir como soldados rasos á otros escuadrones y suspendió y encerró en un castillo á los del escuadrón franco de montaña. En cambio, al granadero del primer batallón de *Zamora* Mariano Conral, se le hizo, en nombre de Isabel II, caballero de primera clase de la orden militar de San Fernando, con cruz de plata como premio al heroísmo que había mostrado en tan sangrienta jornada.

Hemos dicho que el abastecimiento de Solsona era causa de numerosos encuentros entre carlistas y

liberales y ahora añadiremos que las escabrosidades de Peracamps fueron más de una vez funestas para los últimos.

Tal sucedió en la acción del 14 de Noviembre. Mandaba Valdés las fuerzas liberales y Brujó las de D. Carlos. No nos incumbe señalar las peripecias de tan sangriento combate, solo si, la parte que en él tomó el *Regimiento de Zamora* y para esto cedemos la palabra al historiador Pirala quien, con gran lujo de detalles reseña los pormenores de esta acción.

Después de decir que, comenzada la acción, apareció en las alturas de San Climent el 4.º batallón, Príncipe de Asturias, que era el cuerpo más brillante que tenían los carlistas y que á su frente se pusieron los brigadieres Brujó y Pons mandando este batallón y el 14, añade:

«Ya en la montaña, y apenas acabó de formar la primera compañía al borde del corto plano que domina la cúspide, asoma en el opuesto el 2.º batallón de Zamora, avanzando en masa al mando de su comandante Sánchez, protegido por su izquierda por los de Bailén á las órdenes de D. Jaime Moncada.

«Una ruda carga verificada por el primero arrojó á los carlistas de su posición; pero rehechos prontamente al abrigo de sus reservas, la recuperan. Rehecho aquel á su vez, retrocede de nuevo en columna cerrada; avanza imperturbable á pesar de las descargas mortíferas que sufría de frente y flanco, y se apodera nuevamente de la posición á bayonetazos. La noche, compañera siempre del vencido, llegaba en auxilio de los carlistas que armándose una vez más de valor, y despechado más que todos el 4.º batallón de tener que ceder á la vista de sus compañe-

ros, arremete por última vez también á la bayoneta. La posición de Zamora se había hecho gravemente crítica, porque durante aquellos vaivenes, una columna carlista, corriéndose por la izquierda y prolongándose en un perímetro inferior al en que se había trabado la pelea con tanto encarnizamiento, podía por un simple cambio de dirección, y subiendo algunos pasos, colocarse al mismo nivel que ocupaba el enemigo y envolverlo por su derecha; así que, su resistencia no fué todo lo que se debía esperar de sus obstinados ataques, y el batallón Príncipe de Asturias se enseñoreó definitivamente del campo.

.
 ; «un alarido inmenso se levantó en el campo carlista, y dos mil de estos habíanse lanzado impetuosos sobre otros tantos enemigos, que en completa decadencia huían á su frente en los campos de Peracamps, y derrumbábanse despavoridos al llegar al terreno quebrado debajo de la cara. El comandante Sánchez, que yendo á la cabeza de los que atacabanse encontró á la cola de los fugitivos, perdió su caballo muerto de un balazo y él quedó prisionero;...»

«Los campos estaban tan blandos á consecuencia de lluvias anteriores, que una porción de soldados, al retirarse un tanto desviados del camino, quedaron enclavados, y en esta posición fueron hechos prisioneros unos y algunos muertos á bayonetazos.»

De este desastre se culpó y no sin motivo al brigadier Clemente quien por egoísmo ó por rencillas con el general Buerens que mandaba aquella división no quiso prestar auxilio á los batallones de *Zamora* y *Bailén*, permitiendo con esto que los carlistas los desbarataran.



No quedó con esto terminada la acción, porque si los carlistas lograron ventajas en este ala del ejército, en cambio en el centro y en el extremo opuesto sostúvose la acción, teniendo al fin que abandonar aquel campo que había sido teatro de tanto heroísmo y de tan desesperado valor lo mismo por parte de carlistas que de liberales.

Duraron estas acciones tres días y terminaron por retirarse los liberales á Riosca y los carlistas á Sanahuja.

La causa carlista que tan fuerte y pujante se había mostrado en los primeros años de la guerra, iba decayendo ya visiblemente desde que Maroto, haciendo traición á su Señor, dió por terminada la campaña del Norte con el abrazo de Vergara. Fué este un golpe de muerte para la causa de D. Carlos; sin embargo, aun continuó la guerra con encarnizamiento en Aragón, Cataluña y Valencia, aunque ya la victoria sonreía por todas partes á los liberales.

Tenían estos, no obstante, un durísimo censo de sangre que pagar; el abastecimiento de Solsona. Los carlistas no perdían sus posiciones de Peracamps y desde allí hostilizaban los convoyes que se dirigían á la tan disputada plaza. En uno de estos encuentros y cuando la guerra estaba ya para terminar, año de 1840, tuvo ocasión de distinguirse el bizarro capitán D. Francisco de Paula Macías, quien al frente de su compañía hizo prodigios de valor dignos de la leyenda.

Con la toma de Berga por Espartero, dióse por terminada la guerra civil. Los carlistas se internaron en Francia y el ejército liberal pudo retirarse á descansar de las fatigas de tan larga y trabajosa campaña.

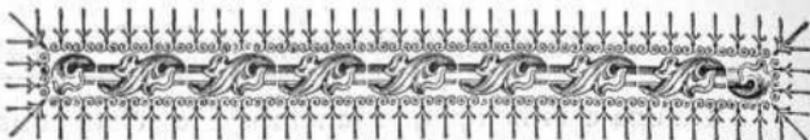
De una estadística que tenemos á la vista tomamos la siguiente nota de las bajas sufridas por este Regimiento durante los años de esta campaña:

CLASE DE TROPA

| | |
|--|-------|
| Muertes por enfermedad, en acción de guerra y por resultas de heridas. | 671 |
| Licenciados por cumplidos, por inútiles y retirados. | 788 |
| Confinados á presidio. | 40 |
| Pasados á otras armas, á otras carreras y á Ultramar. | 8 |
| Desertores, extraviados y dados de baja por no justificar. | 363 |
| Prisioneros que no han vuelto á incorporarse. | 283 |
| Promovidos á Oficiales. | 99 |
| | 2.252 |
| TOTAL, | 2.252 |

En este año fué nombrado coronel del Regimiento D. Antonio García de Haro.





CAPITULO VIII.



Motines y pronunciamientos.

Para terminar la guerra civil, Espartero dió una nueva organización al doble ejército, del Norte y Cataluña, pero como esta reforma se refería á la creación de una plantilla de divisiones y brigadas que en nada afectaba á la organización del Regimiento, no haremos mención de ella.

Terminada la guerra civil, fué *Zamora* destinado á Barcelona para descansar de las fatigas de la campaña.

Dos años pudo gozar del apetecido descanso, al cabo de los cuales, los barceloneses que ya muchas veces habían dado muestras de un caracter inquieto y bullicioso, se insurreccionaron contra el regente Espartero, pretendiendo entre otras cosas, que el

capitán general Van Halen demoliese la fortaleza de Montjuich que Felipe V había mandado construir para tener siempre á raya á los levantiscos habitantes de la capital catalana.

Antes de esto, en 1841, la insurrección de los generales emigrados contra Espartero había obligado á hacer algún traslado de tropas para atender á los puntos de más peligro. El *Regimiento de Zamora* fué destinado á las provincias, pero era este cuerpo el único de que disponía el general Zabala, principal obstáculo para el derribo de la ciudadela que pretendían los catalanes. Hubiera sido una locura dejar esta fortaleza á merced de los insurrectos y aunque llegó á derribarse la cortina exterior, *Zamora* no salió de Cataluña, teniendo así la triste suerte de tomar parte en los sangrientos sucesos de que fué teatro la populosa Barcelona en el año siguiente, 1842.

La insurrección barcelonesa venía manifestándose de varios modos, hasta que el 15 de Noviembre llegó el inevitable choque entre el ejército y el pueblo y la milicia.

En esta sangrienta jornada en que el pueblo barcelonés pudo creerse vencedor, el *Regimiento de Zamora* perdió dos oficiales y diez individuos de tropa muertos y heridos siete de los primeros y 55 de los segundos; sufrieron contusiones un jefe, seis oficiales y cuatro soldados.

A consecuencia de estos sucesos, gran parte de las tropas que mandaba Van Halen quedaron en poder de los insurrectos, unas por capitulación y otras por haber hecho causa comun con ellos.

El *Regimiento de Zamora* continuó fiel á Van Halen, y por esto y por su heroico comportamiento

mereció que Espartero en una alocución al ejército, le propusiera como modelo en unión del regimiento de Saboya, otro de los que más sufrieron en aquellos tristes sucesos.

Pacificada Barcelona, fueron relevadas las tropas que tomaron parte en el asedio de esta capital, siendo *Zamora* trasladado á otras guarniciones de Cataluña.

Los manejos de Córdoba, Narvaez, Azpiroz y otros generales que llegaron á sitiar á Madrid para derribar al regente, llevaron á la Corte al *Regimiento de Zamora* formando parte del ejército que mandaba Seoane, pero en Torrejón de Ardoz se pronunció este ejército en favor de Narvaez. Seoane fué preso y Espartero tuvo que huir de España, dando fin de este modo á su regencia.

Nombrado Argüelles regente, volvió *Zamora* á Cataluña, no para descansar sino para tomar parte en las continuas revueltas y pronunciamientos de que tan pródiga es la época á que nos referimos.

Barcelona se había insurreccionado y Prim la sitiaba, dispuesto á ganarse «la caja ó la faja», como valientemente había dicho á los amotinados.

Lo mismo Prim, que los centralistas tentaron varios medios de acomodamiento antes de llegar á los horrores del sitio de que estaba amenazada Barcelona. Uno de ellos fué la entrevista de Prim con Ametller que se había pronunciado por la Junta Central.

Salió Ametller de Lérida al frente de una columna, de la que formaba parte un batallón de *Zamora*, y avistándose con Prim en San Feliú de Llobregat sin poder llegar á un acuerdo, Prim volvió á Gracia y Ametller á Sans y Barcelona, pero el bata-

llón de *Zamora*, no queriendo formar causa común con los amotinados, se separó de Ametller, yendo á la ciudadela á unirse con las tropas del Gobierno.

El *Regimiento* se reunió en el llano de Barcelona y marchó con el general Prim contra la ciudad de Mataró que se había pronunciado y fué tomada por asalto por los regimientos de *Zamora*, Soria y Albuera.

Al mando de tan prestigioso jefe concurrió también el *Regimiento* á las pacificaciones de Reus, Besós y San Andrés del Palomar, que se habían pronunciado contra el Gobierno y en favor de la Junta Central.

La toma de San Andrés fué tan costosa, que, como dice Pirala, se hizo tanto uso del fuego como de la bayoneta, apesar de estar muy quebrantada la población por el bloqueo que contra ella estableció Prim.

Otro tanto puede decirse de la toma de Mataró, donde fué preciso ir conquistando casa por casa y, por último, los conventos donde se habían refugiado los amotinados.

Por fin, traquilizado el reino, y para descanso de las inmensas fatigas sufridas en el espacio de doce años, *Zamora* pasó de Cataluña á Galicia, al mando del coronel D. Francisco Ruiz, que en 1843 sucedió á D. Antonio García Haro.

Por este tiempo se dió una nueva organización al ejército. Consistía esta en disolver los regimientos de infantería, formando con ellos batallones sueltos á pretesto de que los coroneles no podían vigilar convenientemente los batallones que estaban á su mando. Dispúsose que la infantería se dividiera en 94 bata-



liones, pero esta reforma, como circunstancial y dictada por algo parecido al miedo, no prosperó.

Tampoco tuvo mejor suerte otra reforma que grandemente sería de desear verla implantada. El general D. Manuel de la Concha dispuso que en todos los regimientos hubiese una pequeña biblioteca, pero hubo de renunciarse á este oportunísimo proyecto, por falta de fondos.

Por espacio de dos años se ocupó el Regimiento en guarnecer plazas, al cabo de los cuales se disponía para venir á Valladolid, relevado por el regimiento de América, cuando se originó el pronunciamiento de Lugo, promovido precisamente por el segundo Batallón ya puesto en marcha.

Los progresistas no cejaban en su empeño de poner obstáculos á la marcha del Gobierno, y tomado ahora pretexto del matrimonio de Isabel II, se pronunciaron en Galicia, comprometiendo á la mayor parte de las fuerzas que guarnecían las cuatro provincias.

Los progresistas apoyaban la candidatura del infante de D. Enrique, pero éste, amedrentado por la energía del Gobierno, abandonó á sus partidarios trasladándose á Francia. Entre tanto los progresistas habían lanzado ya el grito de rebelión.

Componíase la guarnición de las provincias gallegas del *Regimiento de Zamora*, que á la sazón mandaba el brigadier D. José Macrohon. quien había sucedido á D. Francisco Ruiz, y los batallones provinciales de Zamora, Gijón, Oviedo, Segovia, Orense, Guadalajara y un escuadrón de Villaviciosa.

Desconfiaba el Gobierno del *Regimiento de Zamora* y no sin motivo, porque lo mismo este que to-

dos los demás cuerpos estaban comprometidos en mayor ó menor escala y además por haber sido uno de los regimientos comprometidos para secundar el pronunciamiento de Zurbano.

Decidióse, pues, que fuera relevado por el Regimiento de América, pasando *Zamora* á Valladolid. Quizás este relevo precipitó los acontecimientos, porque el jefe rebelde, Solís, que no quiso dar el grito en la Coruña, como se le había mandado, marchó á Lugo con el segundo batallón de *Zamora* que era el primero que había de ser relevado, pues el relevo se hacía por batallones y con él se declaró en abierta rebelión.

Friamente recibió la ciudad de Lugo esta noticia; fueron presas algunas autoridades y oficiales de *Zamora*, que no quisieron secundar el movimiento, tomó el mando del *batallón* el capitán D. Jacinto Dálean y se formó la Junta de defensa.

Solís al frente de los de *Zamora*, leyó en la plaza el programa del pronunciamiento.

Entre tanto, y al tener noticia en Santiago del pronunciamiento de Lugo, se armaron los paisanos, secundando la rebelión el provincial de Zamora. El coronel del *Regimiento* fué preso y custodiado en su casa.

Al tener noticia de estos alzamientos el capitán general de Galicia, Villalonga, organizó una columna para batir á los rebeldes. No podía confiarse demasiado en algunos, por no decir en todos los cuerpos pero el brigadier Macrohon trató de asegurar la disciplina de los batallones primero y tercero de *Zamora* y lo consiguió, aunque solo en parte, porque algunos oficiales manifestaron que no se batirían

contra sus compañeros. Macrohon dispuso que fueran arrestados después de recojerles las espadas.

Creyéndose Villalonga con fuerzas para tomar la ofensiva, ordenó á Puig Samper, que las mandaba, fuese en busca de los amotinados.

El día 8 de Abril de 1846 se encontraron unos y otros en Sigueira, pueblecillo distante dos leguas de Santiago, aprestándose ambos para la pelea.

El centro de los sublevados componíanlo el segundo batallón de *Zamora* y el provincial del mismo nombre, al mando de D. Sebastián Arias.

Dada la señal del combate, manda Puig Samper á Macrohon que con el primer batallón de *Zamora* ataque el centro del enemigo. Hácelo este con tal ímpetu que ya iban á cruzarse las bayonetas cuando observa que ambas huestes tremolan la misma enseña. Entonces Macrohon se mete por medio de los combatientes, los separa y volviéndose á los sublevados, les arenga denodado, recordándoles los deberes de la disciplina y de la ordenanza. Desgraciadamente, no eran sus antiguos subordinados los que escuchaban á Macrohon, eran los del provincial de *Zamora*, y estos, después de oírle impasibles, le contestaron que no abandonarían su bandera hasta vencer ó morir.

Entre tanto, ya se habían reunido el primero y segundo batallón de *Zamora*. Los soldados comienzan por saludarse y terminan por llamarse hermanos confundiéndose en estrecho a razo.

Macrohon, viéndose abandonado, corre á participar á Samper que toda la columna está perdida; este parlamenta con Arias, se firma un armisticio y á los dos días se separan unos y otros, sin que ninguno de

ellos llegara á manchar sus manos en la sangre de los hermanos, pero no tardaron en volver á encontrarse.

Reforzado Samper con las tropas que le llevó Cendrera, así como Solís con las de Buceta, volvió aquel á Sigueiro el día 12. Solís le salió al encuentro creyendo que se le uniría Samper, pero quedó grandemente sorprendido al ver que se le recibía con nutridas descargas de fusilería. Cuatro horas duró la acción, en que las pérdidas fueron iguales, retirándose Solís á Santiago, molestado por la lluvia y el frío.

Samper abandonó á Sigueiro dirigiéndose á la Coruña, donde no pudo entrar, porque Villalonga había mandado alzar los puentes y los artilleros esperaban con las mechas encendidas para disparar contra el primer y tercer batallón de *Zamora* si volvían á aquella ciudad antes de haber aniquilado á los rebeldes. ¡Bien cara pagaban aquellos leales batallones la desertión de su compañero!

Entre tanto la rebelión había cundido por toda Galicia, y fué necesario que el Gobierno enviara á aquella región á D. José de la Concha.

Este caudillo, con una rapidez inconcebible se dispuso á batir los dos cuerpos en que los pronunciados habían dividido sus fuerzas, uno al mando del Brigadier Rubín y otro al de Solís.

El primer encuentro de Concha con los sublevados fué cerca de Astorga. Conducía D. Martín Iriarte una cuerda de presos con una compañía de *Zamora* y otra del provincial de Pontevedra. Al llegar á León, tuvo noticia del pronunciamiento y entregando los presos á las autoridades, se pronunció él tam-

bién dirigiéndose con su pequeña columna á Astorga intimando la rendición á esta plaza.

Sabedor Concha de estos movimientos, dirigióse inmediatamente contra Iriarte, batiéndole tan por completo, que solo este y algunos ginetes pudieron escapar. Los demás quedaron en poder del vencedor quien contó 165 prisioneros, los cuales fueron trasladados á Benavente.

Divididas las fuerzas rebeldes en dos cuerpos, Solís, que llevaba consigo el segundo batallón de *Zamora*, supo que Macrohon se hallaba en el Carral con la columna batida en Sigueiro. A la una de la madrugada emprendió la marcha Solís y al llegar á Carral encontróse con que Macrohon se había retirado.

Siguió en su movimiento de avance Solís y continuó Macrohon rehuyendo el encuentro y marchando en dirección á la Coruña hasta llegar á los molinos de viento que rodean esta población, donde tuvo que detenerse, porque Villalonga insistía en negarle la entrada en la plaza. Solís ocupó el puente de Monelos, Macrohon colocó varias guerrillas en las alturas de Santa Margarita y así estuvieron observándose ambas fuerzas hasta las seis de la tarde, en cuya hora Solís se retiró para ir á pernoctar en Betanzos.

Después de la inútil tentativa de los sublevados para apoderarse de Orense, comenzó á decaer de tal modo el espíritu de la rebelión que bien podía considerarse como muy próximo su fin.

El día 23 se encontraba Solís en Cacheira; allí le fué á buscar Concha y en las primeras horas de la mañana se trabó la lucha que fué reñida y sangrienta. Solís se vió precisado á retirarse á Santiago y

aunque el segundo de *Zamora* hizo prodigios de valor batiéndose á diferentes frentes y á quema ropa para proteger la retirada, no pudo evitar que esta terminase en vergonzosa fuga; el segundo de *Zamora* continuó constantemente deteniendo al enemigo hasta llegar á las primeras casas de Santiago y al amparo de este batallón pudo Solís reorganizar algo sus fuerzas y hacer la retirada en buen orden.

Concha dividió su ejército en tres columnas y se posesionó de Santiago después de un porfiado y ru- dísimo combate en las calles. Refugiados los rebeldes en el palacio arzobispal, en el convento de San Martín y otras casas fuertes, hacían una resistencia desesperada, pero aquella situación era insostenible.

Solís rogó al Arzobispo que sirviera de mediador para las capitulaciones, encargo que el prelado aceptó gustosísimo. Concha exigió la entrega sin condiciones, perdonando solo á los soldados y clases.

Algunos oficiales consiguieron salvarse; Solís se entregó á Concha con 54 oficiales y 1400 soldados.

Las represalias fueron tremendas. Villalonga, que nada había hecho para sofocar la rebelión, se mostró muy celoso en castigar á los rebeldes. Después de tomar declaración á Solís, á Velasco y á los capitanes de *Zamora* y provinciales de Segovia y Gijón, el tribunal militar les condenó á ser pasados por las armas, ejecutándose la sentencia el día 23 de Abril.

Los soldados prisioneros fueron condenados al residio de Ceuta ó á Ultramar.

El segundo batallón de *Zamora* fué disuelto y su bandera cubierta con una gasa negra colocada en la iglesia de Atocha de Madrid para perpetuar el recuerdo del castigo impuesto á su falta. Poco después,

un cambio de ministerio vino á reemplazar el rigor por la clemencia; se moderó la pena impuesta al batallón volvió este á organizarse y le fué devuelta la bandera que tantos años había conservado con honra.

De Valladolid pasó el Regimiento á Pamplona y en 1847 sufrió las alteraciones impuestas á los demás regimientos con la salida de las tres compañías de cazadores para formar batallones sueltos de esta clase.

Las compañías de Zamora pasaron á Fuencarral, donde con las del regimiento de San Fernando formaron el batallón de Cazadores de Barbastro, número 4.

Sucedió en el mando del Regimiento á D. José Macrohon, D. José Macías.

Además el *Regimiento de Zamora* perdió el tercer batallón, mas una compañía de cada uno de los restantes que se le segregaron para contribuir á la formación de otros trece regimientos.

En los dos años siguientes con motivo de la guerra civil el Regimiento tuvo que intervenir en las acciones de Lizarraga, Espinal, San Gregorio y Peñas de Larrun.

El tercer batallón que se había segregado del *Regimiento de Zamora*, y que aun conservaba su nombre, fué destinado al ejército de Cataluña.

En la organización que á este ejército dió el general Concha el 18 de Diciembre de 1848, tocó al batallón de *Zamora* formar la primera columna de la quinta división con otro batallón del Regimiento de Castilla, 40 mozos de tercios catalanes y 80 caballos de Montesa.

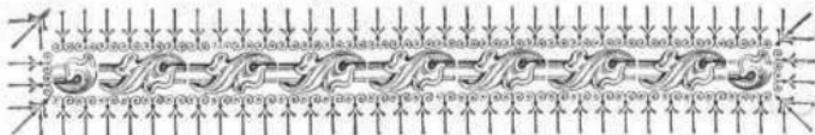
Mandaba esta columna el brigadier D. Lorenzo

Contreras y tenía como centro de operaciones á Tárrrega, en la provincia de Lérida.

Desde el año 1849 el Regimiento gozó del descanso que tanto necesitaba hasta que, diez años más tarde tuvo que pasar el Estrecho para tomar parte en la gloriosa campaña de Africa.

En 1851 se hizo cargo del mando de *Zamora* el brigadier D. Antonio Ozores y Varela conde de Priegues. Sucedióle en el mando el coronel D. Miguel Noguera en 1856 y en el mismo año fué este sustituido por el brigadier D. Antonio Diez Mogro-vejo, quien tuvo la honra de mandar el Regimiento de Zamora durante la gloriosa campaña de Africa.





CAPITULO IX.



Guerra de Africa.

La construcción de un fuerte en terreno neutral por el gobernador de Ceuta fué el origen de las disensiones entre españoles y moros, que provocaron la guerra.

Los moros destruían por la noche lo que los españoles edificaban durante el día y á tanto llegó su atrevimiento, que derribaron el escudo de armas colocado en la línea divisoria de ambos campos.

A tamaña provocación contestó el gobierno español, que entonces presidía O'donnell, con la declaración de guerra.

¿Fué esta justa? ¿Pudo evitarse? ¿Ha sido conveniente para los intereses patrios? Cuestiones son estas que no nos incumbe discutir. Escribimos la histo-

ria del *Regimiento de Zamora*, no la de España, pero séanos lícito consignar que si España tiene en cada soldado un héroe, en cambio sus políticos son todos detestables, y el mismo O'donnell, que declaró y dirigió la guerra, si como militar alcanzó una reputación envidiable, como político se hizo acreedor á múltiples y merecidas censuras.

Declarada la guerra, formáronse tres cuerpos de ejército y dos divisiones, la de reserva y la de caballería, asumiendo el mando en jefe de todas las fuerzas el general O'donnell.

Formaba parte el *Regimiento de Zamora* del tercer cuerpo de ejército que mandaba el general Ros de Olano, y que embarcó en Málaga el día 11 de Diciembre de 1859.

Al día siguiente desembarcaron las tropas expedicionarias en Ceuta.

El día 15 asiste por primera vez el Regimiento á una acción sin tomar parte en ella; el día 17 hacen su primer disparo los soldados de *Zamora*. La división que mandaba el general Prim protegía los trabajos para allanar el camino de Tetuán. Los moros, según su costumbre aguardaron á la noche para atacar las tropas españolas. Ros de Olano recibe la orden de destacar algunas fuerzas que protejan á las de Prim y el general Turón salió á presentar al enemigo cuatro batallones de *Zamora*, Baza, Ciudad Rodrigo, y Albuera, sosteniendo la acción hasta bien entrada la noche, que se retiró al campamento.

El género de guerra que hacían aquellos enemigos invisibles que surgían de las matas, ó se escondían entre los árboles ó se levantaban del seno mismo de la tierra; el furioso temporal en aquellos días

reinante; la escasez de alimentos y el cólera que se cebó despiadadamente en nuestras filas, azotes eran que hubiesen hecho vacilar á cualquiera que no fuese soldado español; pero siempre impertérrito, siempre jovial, siempre animoso, apenas se veía libre de alguna de estas plagas ya sentía los mismos ánimos, las mismas energías, los mismos deseos de avanzar que al principio. El soldado español siempre estaba dispuesto á empezar.

Así que apenas restablecidas nuestras tropas de las fatigas del temporal y sin temor al cólera que les causaba más bajas que las balas enemigas, continuó en su movimiento de avance en dirección á Tetuán, no sin que antes tuviese que luchar nuestro regimiento en la defensa de los altos de la Concepción atacados por los moros el mismo día primero de Pascua.

M-rece citarse el siguiente detalle. Al llegar el ejército español al campamento de la Concepción la falta de víveres fué tan absoluta que los soldados bautizaron aquel sitio con el gráfico nombre de «campamento del Hambre.»

El mal estado de la mar no permitía á los buques que traían los víveres, acercarse á tierra; solo dos, el francés *Gustavo Pastor* y el español *Rita* despreciando el peligro, botaron al agua sus lanchas y comenzaron á arrojar á tierra las cajas de provisiones, que recojían los soldados.

Las que contenían víveres fueron respetadas, pero una, que contenía tabaco, quedó vacía en menos tiempo del que se necesita para contarla.

Otro de los rasgos que caracterizan lo que es el soldado español, es el siguiente: Distribuidas las pocas raciones que se pudieron desembarcar, se quiso

saber á cuantas tocaba cada soldado. Estos contestaron: «Decid á nuestro general que solo tenemos raciones para un día, pero con ellas comeremos dos, y pudiendo permanecer otros dos sin sustento, pues por tan poco nadie se muere, que nos cuente racionados para cuatro.»

Estos mismos altos de la Concepción fueron el día 29 teatro de una nueva victoria conseguida por nuestras tropas. Los marroquíes habían atacado nuestro campamento, pero después de porfiada lucha, huyen á la desbandada para reanudar, aunque en vano, sus ataques al llegar la noche.

Siguiendo el movimiento de avance sobre el camino de Tetuán el tercer cuerpo de ejército, con el *Regimiento de Zamora*, abandonó el campamento de la Concepción para ir á plantar sus tiendas en las alturas de la Condesa. Los moros quisieron impedir esta operación pero el fuego de los soldados de *Zamora* y otros batallones y unos cuantos cañonazos bastaron para ahuyentarlos.

El paso del Cabo Negro es considerado como uno de los más brillantes hechos de aquella campaña y á nuestro juicio con sobra de razón, porque en él quedó demostrado una vez más el axioma que puesto en acción por el Gran Capitán, *Ingenium superat vires*, ha venido á ser el principio fundamental de la estrategia.

Una elevada cordillera en que los moros habían acumulado todos los medios de defensa, se levantaba para estorbar el paso de nuestras tropas á Tetuán. Era preciso estrellarse contra aquellas inaccesibles montañas ó pasarlas. El ojo perspicaz de nuestros jefes de Estado Mayor descubrió un estrechísimo pa-

so entre la montaña y el mar, y este paso sirvió para que por él se lanzara todo nuestro ejército salvando aquella, al parecer, infranqueable barrera, sin perder un solo hombre.

De este triunfo de la estrategia corresponde mucha parte de gloria al tercer cuerpo del ejército, y por consiguiente, al *Regimiento de Zamora*, que fué el encargado de proteger el paso del ejército por aquel desfiladero, amagando continuamente las posiciones enemigas, á fin de que no las abandonaran y entorpecieran la marcha de los cuerpos restantes.

La operación se verificó con éxito increíble, por lo lisongero, y el prestigio de nuestras tropas creció en el ánimo de todos hasta de nuestros enemigos, en tal grado, que desde entonces ya no hubo lugar á duda respecto al resultado de la campaña.

Otro combate de importancia hubo el día 23 de Enero, en el que tomó parte el *Regimiento*, aun que fuerza es confesar que la gloria de esta acción fué para el batallón de Cantabria, que habiéndose dejado llevar demasiado del entusiasmo en la persecución del enemigo, se vió separado y envuelto por la caballería mora, pero formando el cuadro no solo se sostuvo, sino que rechazó al contrario hasta que la llegada del general Ros de Olano con sus tropas ahuyentó á los contrarios consiguiendo una completa victoria.

Mas sangrienta fué la batalla del día 31 de Enero que tenía por objeto, por parte de los moros, apoderarse de nuestro campamento, y terminó porque nuestras tropas desalojaron á los enemigos de sus posiciones de Sierra Bermeja, después de escarmentarles duramente y causarles muchas bajas.

Llegó, por último, el día en que de una vez había de quedar consagrada la superioridad de nuestras tropas sobre las hordas marroquíes. Nos referimos al 4 de Febrero, día de la famosa batalla de Tetuán. ¿Como describirla? Renunciamos á ello en la imposibilidad de poder encontrar colores para cuadro tan brillante

El célebre crónica de la guerra de Africa, don Pedro A. de Alarcón, ha descrito con maravillosa poesía estos grandiosos hechos que están grabados en páginas de oro en la historia de nuestras glorias militares. A él remitimos á los que más extensamente quieran enterarse de estos sucesos. Séanos lícito, sin embargo, copiar un solo párrafo de su brillante y conmovedora descripción.

Llegamos al punto culminante de la batalla; la toma del campamento marroquí.

«El regimiento de Albuera, dice Alarcón, mandado por el intrépido Alaminos; Ciudad Rodrigo, mi ilustre batallón; el de Zamora y el primero de Asturias, entran los primeros en aquel laberinto infernal, en aquel caos de gloria y de matanza.»

¿A quien correspondió la gloria? ¿Como discernir si todos rivalizaron en valor, en arrojo, en heroísmo! Todos han hecho iguales prodigios. «Y mientras se toma de este modo el frente de la trinchera—dice el ilustrado autor del *Museo Militar*,—el cuerpo de ejército del general Ros de Olano penetra como un torbellino por el flanco izquierdo del campamento moro. ¡Honor á los batallones de Ciudad Rodrigo, Zamora, Asturias y Albuera! ¡Gloria eterna á los que allí sucumbieron peleando!

Esta gloriosa victoria decidió definitivamente del

éxito de la campaña. Intimidada la rendición á Tetuán, se abrieron á nuestro ejército las puertas de la plaza y los moros entablaron negociaciones de paz. Rotas estas, al poco tiempo de iniciadas, comenzaron de nuevo las hostilidades, dando con esto motivo á que nuestro Regimiento añadiera nuevos laureles á su corona, conquistados con la punta de la bayoneta en el campo de Wad Rás. Fué esta la última y la más brillante de las batallas de aquella campaña, porque los moros acumularon todas sus fuerzas, decididos á jugar la última carta. Al día siguiente se firmó el tratado preliminar de paz.

El 26 de Marzo retrocedió el ejército español á Tetuán y poco después comenzó el regreso de todas las tropas á España.

Para terminar copiamos á continuación los nombres de los jefes y oficiales que militaban en las filas de este Regimiento.

PLANA MAYOR

Brigadier, D. Antonio Diez Mogrovejo,

Coronel, D. Severiano de Cobián y Marquina.

Primer comandante, D. Francisco de Armijo de Ibáñez.

Idem, D. José de Salcedo y González.

Segundo comandante, D. Juan de Torres y García.

Idem, D. Manuel González y Carpintero

Idem, D. Victor Lorenzo Marcaya.

Capitán, D. José Pareda y González.

Ayudante, D. Bernardo Vallejo y Capilla.

Idem, D. Miguel Cobian.

Abanderado, D. Pascual García y Rubio

Capitanes, D. José Ferrer y Vidal, D. Calixto

Heredia y Martínez, D. Eduardo Basterra y García, D. Matías Rancel y Pintado, D. José Calvo y Sajas, D. Fernando Peñarrubia y Baena, D. Demetrio Conejo y Moyano, D. José Domínguez y Navas, D. José Muñoz y González, D. Pascual Ruiz y Socías, D. Federico Parera y González.

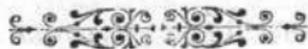
Tenientes, D. Joaquín Muñiz y Obaya, D. Antonio Peralejo y Neyla, D. Sandalio Pastor y Poveda, D. Antonio Cernadas y Rosadas, D. Gustavo Tuses é Ituice, D. Alejandro Lafuente y del Río, D. Pedro Calvo y Martínez, D. Rafael Ramis y Gamundi, don Máximo Sánchez y Delgado, D. Rafael Serrano y Macados, D. Vicente García Rubio, D. Mariano Osoreno, D. Pablo Capios Esardi, D. Ildefonso Martínez y Calvo, D. Bernardo Villareal y Sánchez, D. José Juvani Francas, D. Nicolás Estevanes y Muychy, D. Mateo San Juan y Posada, don Esteban Cuartero y Calario.

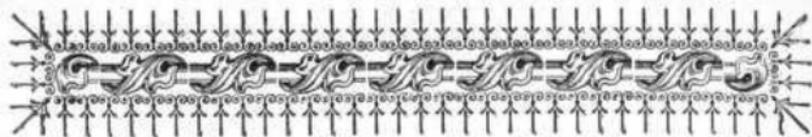
Subtenientes, D. Federico Colomer y Duelos, don Baltasar Marquieta y Gano, D. Joaquín Mateos y González, D. Juan Ibarra y Amézua.

Supernumerarios. Capitanes, D. Juan Basace y Garcés, D. José Manzanares y Gamuz, D. Jacobo Tequio y Vizconti, D. Antonio Aguado y Balsua.

Tenientes, D. José Fort y Escrivá, D. Eusebio Rodríguez y Mangas y D. Hilario Gibra.

El *Regimiento de Zamora*, en el ejército expedicionario al Africa, que pertenecía al tercer cuerpo de ejército, formaba la primera media brigada de la primera división que estaba al mando del mariscal de campo, D. José Turón y Prast.





CAPITULO X.



Los cantonales.—Tercera guerra civil.

Terminada la guerra de Africa y vuelto á la Península el *Regimiento de Zamora*, fué destinado este á guarnecer plazas en Andalucía.

En esta situación pasó trece años absteniéndose de tomar parte en las continuas revueltas y pronunciamientos que por aquel tiempo agitaban á la Nación.

En 1862 sucedió en el mando del *Regimiento* al brigadier Mogrovejo el coronel D. José Chacón. Este fué sustituido por el de la misma clase D. Agustín Marés y Jaquetot, á quien en 1866 sucedió D. Carlos María de Nicolau é Iglesias. Dos años después fué nombrado coronel del *Regimiento* D. Cleto Angulo

Jacobo y al año siguiente, 1869, lo fué D. Francisco de la Guardia y Ortega.

Bajo el mando de este coronel intervino el *Regimiento* en las operaciones contra los cantonales el año 1873.

Enviado el general Pavía para sofocar esta rebelión, no podía contar con más de 2780 hombres de infantería, 16 piezas y cuatro escuadrones, pero importándole mucho aparentar que disponía de mayores fuerzas, dió á su reducido ejército una organización por la que le dividía en tres brigadas más la columna de vanguardia. El *Regimiento de Zamora*, fuerte de 900 hombres, con un batallón de carabineros, cuatro piezas del regimiento montado y una sección de caballería de la guardia civil componían la primera brigada cuyo mando se encomendó al brigadier Salcedo.

Con estas fuerzas salió Pavía para Córdoba el día 26 de Agosto, precediéndole algunas horas la vanguardia y la primera brigada.

El día 27, desde Lora, cambió el itinerario dirigiéndose resueltamente á Sevilla. Decidido á atacar esta ciudad dispuso su plan, ordenando que la primera y segunda brigada tomaran posición en la estación del ferrocarril de Cádiz, pensando en llamar la atención de los cantonales por aquella parte.

Al día siguiente comenzó el ataque por estas dos brigadas. La comprometida situación en que quedó la segunda, que era blanco de la artillería cantonal, obligó á Salcedo á empeñar la lucha, haciéndose dueño de la fundición de cañones, de la pirotecnia, del cuartel de caballería, del matadero y del barrio de San Bernardo. Faltaba por tomar la fuerte barricada de la Puerta de la Carne que los cantonales habían

reforzado con artillería; Salcedo envió al *Regimiento de Zamora*, el cual no solo se hizo dueño de la barricada sino que además se posesionó de diferentes casas de aquella calle.

Faltaban municiones de boca y guerra á la brigada Salcedo y Pavía, juzgando cuan importantes eran las posiciones ocupadas por esta brigada, trasladóse allí con todas sus fuerzas, para continuar el ataque al día siguiente.

El día 30, apesar del horroroso fuego que hacían los cantonales, entraron las tropas de Pavía en la plaza. Fué tan asombrosa aquella acción, que el mismo general en jefe no vaciló en calificarla de *calaverada militar* que no estaba dispuesto á repetir. La *calaverada* era mayor teniendo en cuenta que de todas sus fuerzas, solo los guardias civiles y algunos carabineros habían oido tronar el cañón; los demás eran gente bisoña que recibía en aquella acción su bautismo de sangre.

El día 1.º de Agosto entró Pavía en Sevilla después de haber elogiado en la orden del día la bravura de sus tropas, y muy especialmente de los carabineros, ingenieros y *Regimiento de Zamora*. De allí dirigióse á Cádiz, entró en esta ciudad, sin gastar un solo cartucho, y el día 7 salió para Granada y Málaga llevando solo consigo al *Regimiento de Zamora*, cuatro compañías de ingenieros, cuatro escuadrones y la artillería. El día 12 entró en Granada y se preparó para ir á Málaga pero á esto se opuso el Gobierno influido por el ministro Sr. Palanca. Pavía puso la dimisión de su cargo que no le fué admitida y regresó á Córdoba donde permaneció hasta mediados de Septiembre.

Con la subida al poder de Castelar creyó Pavía llegado el momento de atacar á Málaga, pero cuando ya estaba en camino recibió despachos del Gobierno por los que se le nombraba capitán general de Madrid, cargo que renunció, y se disponía la disolución de su ejército.

Sin embargo, no se había sofocado la insurrección cantonal, al contrario, estaba más pujante que nunca. El *Regimiento* continuó tomando parte en estas operaciones de escasísimo interés, hasta que las necesidades de la guerra civil en el Norte le obligaron á abandonar las provincias andaluzas.

El desastre de Somorrostro obligó al general Moriones á enviar al Gobierno aquel telegrama, modelo rarísimo de sinceridad: «Es urgentísimo vengan refuerzos y otro general á encargarse del mando.» El Gobierno dispuso el inmediato envío de nuevas tropas encargándose del mando del ejército el general duque de la Torre.

El *Regimiento de Zamora* fué destinado al Norte al mando del coronel D. José Serrano Dávila que en este año de 1874 sucedió al de igual graduación Ortega.

Las líneas de Somorrostro que los carlistas defendían para evitar que fuera socorrida Bilbao, fueron teatro de frecuentes y encarnizados combates. Destinado el *Regimiento* á operar en estas líneas, tomó parte en los combates de San Pedro Abanto, Galdames, Montañó y Murrieta que no nos detenemos á reseñar por ser harto conocidos.

La ferocidad con que carlistas y liberales luchaban no era obstáculo para que terminada la lucha, unos y otros fraternizaran recordando que eran todos

españoles é hijos de la misma Madre. En la noche del 27 de Marzo—dice Pirala—los liberales que se hallaban al pié del Montañó invitaron á sus enemigos á recoger dos heridos alaveses que tenían; permitiólo el coronel Segura, que bajó con los gastadores á recogerlos, recibéndole cortesmente un capitán de Zamora y otro de ingenieros que atrinchera-ba la posición conquistada; se condolieron mutua-mente de no tener cosa que ofrecerse; hablaron de la guerra y de la causa más ó menos digna que cada uno defendía, y se despidieron deseándose buena suerte.

Los carlistas, por su parte, permitieron á los liberales que recogieran sus heridos y con este pre-texto comenzáronse conferencias que dieron por resultado una tregua efectiva, aunque no se conviniera con las formalidades de rúbrica.

La llegada de Concha al Norte dió nuevo impulso á las operaciones, obligando á los carlistas á levantar el sitio de Bilbao, después de haber defendido hé-róicamente las Muñecaz y San Pedro de Galdames.

No menos importantes fueron las operaciones emprendidas por el general Concha para tomar á Estella y que tan desastrosas fueron para el ejército liberal y tan funestas para el ilustre caudillo que en ellas perdió la vida.

El *Regimiento de Zamora* tomó parte en las ac-ciones y ataques de Montejurra, Santa Bárbara de Oteiza, Aranchigoyen y Monte Muru.

Nombrado Zavala para sustituir á Concha, orde-nó á Moriones que con el primer cuerpo de ejército, del que formaba parte el *Regimiento de Zamora*, to-mara á Oteiza, cuya operación fué felizmente llevada

á cabo el día 11 de Agosto, por el descuido del general carlista que teniendo á su disposición cinco batallones de reserva, no movió ni un solo hombre pudiendo haber conseguido aquel día una gran victoria sobre los liberales.

Poco después tomó parte el *Regimiento* en los combates de la línea del Carrascal librados con motivo de tener que aprovisionar los liberales la bloqueada plaza de Pamplona.

Al año siguiente, 1875, volvieron los liberales á expugnar las líneas del Carrascal, pero antes el general en jefe, La Serna, de acuerdo con el Gobierno había dado una nueva organización al ejército. Dividióse en tres cuerpos; el primero en tres divisiones; la segunda, que mandaba el mariscal de campo, Catalán, se subdividió en dos brigadas, la segunda de las cuales, al mando del brigadier Cortijo, estaba compuesta por los regimientos de *Zamora* y *Zaragoza*. (1) Este primer cuerpo de ejército debía operar en Navarra á las inmediatas órdenes de Moriones.

El día 23 de Enero se reunieron en los llanos de Peralta el primero y el segundo cuerpos de ejército, para ser revistados por D. Alfonso, que acababa de ser proclamado rey de España. Después el Jefe de E. M. G. Ruiz Dana leyó las instrucciones que habían de observarse para las operaciones contra las líneas carlistas del Carrascal. Tenía el primer cuerpo la misión de envolver la sierra de Alaix para caer sobre la retaguardia carlista.

(1) El batallón provincial de Zamora formaba parte de la primera brigada de la división de Vizcaya, tercer cuerpo de ejército.

El día 30 de Enero emprendió la marcha Moriones, pernóctando Catalán con su división en Caseda; al día siguiente practicó esta división un reconocimiento en los montes de Avinzano, Olaz é Izco, retirándose á pernóctar en Sada. El día 1.º de Febrero dispuso Moriones que las fuerzas de Catalán, que ocupaban la extrema izquierda del primer cuerpo, ejecutasen un movimiento de flanco hacia los montes de Sabaiza para convencer al enemigo que su propósito era atacar la sierra de Alaix. Al día siguiente llegó Moriones á la bifurcación de las carreteras de Monreal á Pamplona y Tafalla, quedando la división de Catalán á retaguardia observada por dos batallones carlistas.

Moriones en vez de ir á Astrain el día 2, como se le había mandado, dirigióse á Pamplona, circunstancia esta que después tuvo funestas consecuencias para las tropas liberales.

El día 3 marchó Moriones á Astrain que habían abandonado los carlistas y de allí á Puente la Reina, ordenando á Catalán que con la brigada Cortijo forzara el paso del puente. Asegurado este, el coronel comandante de E. M. Rodríguez Bruzón, con las compañías de *Zamora*, y apoyado por todo el Regimiento practicó un reconocimiento sobre las posiciones de Santa Bárbara; Pirala acoje el rumor de que una compañía de *Zamora* pudo haber llegado á la ermita con lo que se hubiera facilitado en gran parte la batalla del día siguiente, pero no lo hizo. Rodríguez Bruzón, después de acercarse hasta un tiro corto de las trincheras, se conformó con observar que estas estaban bien defendidas por los carlistas y así se lo participó á Moriones.

El desastre de Lacar inutilizó las operaciones que con tanto estudio y esmero se habían preparado. La guerra estuvo á punto de terminarse con la prisión de D. Alfonso, si los carlistas hubieran aprovechado la ocasión. Pero, al fin, este desastre, por culpa de unos ó de otros, no pasó de ser uno de tantos reveses como se sufren en cualquiera campaña.

El primer cuerpo de ejército continuó conservando sus posiciones y en ellas le encontramos al terminar el mes de Julio, en cuyos últimos días, el general Catalán con su división efectuó un reconocimiento sobre Sesma, rompiéndose después un vivísimo cañoneo que no tenía otro objeto más que hacer sentir los rigores de la guerra en el territorio carlista.

Entre tanto, la campaña del Norte iba consumiendo generales y el general Quesada fué nombrado para mandar el ejército liberal, en reemplazo de La Serna.

En el mes de Septiembre concurrió el *Regimiento* á la acción de Lumbier, que fué un desastre para el general Reina y le costó ser destituido del mando. Esto no fué obstáculo para que los carlistas abandonasen sus posiciones dos meses después ante el creciente aumento del ejército liberal y la disminución de sus fuerzas que ya le imposibilitaban de mantener líneas extensas, lo cual no impidió que fortificaran la de Alzuza á San Cristóbal, que los liberales expugnaron los días 22, 23 y 24 de Noviembre.

El día 23 entró en Villaba el general Catalán con el *Regimiento de Zamora* y las demás fuerzas de su división, pasando inmediatamente á ocupar los altos de Ezcaba apesar de la vivísima resistencia de los carlistas. Estas operaciones dieron por resultado el

levantamiento del bloqueo de Pamplona, que tanto tiempo había estado oprimida por las tropas carlistas que la sitiaban.

Pacificada Cataluña, pasó Martínez Campos al Norte, acumulando en aquel ejército todas las fuerzas disponibles de la Nación, hasta llegar á reunir un efectivo de 14.026 jefes y oficiales, 304.937 de tropa, 18.444 caballos y 288 piezas de artillería. Ante un ejército tan formidable fácil era presumir que no resistirían mucho tiempo los carlistas, sin embargo, es preciso confesar que procuraron salvar el honor de las armas no haciendo nunca traición al legendario heroísmo de los españoles.

El ejército liberal sufrió una nueva organización, dividiéndose en dos cuerpos de ejército, en lugar de tres, que antes tenía. El *Regimiento de Zamora* fué destinado al primer cuerpo á las órdenes de Quesada.

En el mes de Febrero de 1876, último año de la guerra, el *Regimiento* tomó parte en las operaciones que dieron por resultado la ocupación de Zornoza, abriendo así á Quesada la puerta para entrar en Guipúzcoa y en Vizcaya.

La última operación en que tomó parte el *Regimiento*, fué en la batalla de Elgueta. Al triunfar los liberales en esta batalla no solo quedaba en su poder toda la provincia de Vizcaya, sino que podía darse por terminada la guerra civil.

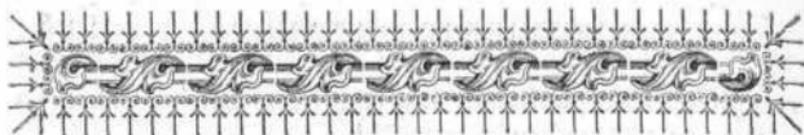
Los carlistas fueron abandonando sus líneas; de los soldados muchos desertaban y otros, por fin, con D. Carlos al frente emigraron á Francia.

El 27 de Febrero pisó D. Carlos el suelo francés y el primero de Marzo dirigió alocuciones á los españoles y á sus soldados, y se terminó aquella gue-

rra que por espacio de cuatro años había cubierto de sangre el territorio español.

Terminada la guerra, fué nombrado coronel del *Regimiento de Zamora*, D. Benigno Alvarez Bugallal.





CAPITULO XI.



C a m p a ñ a d e C u b a .

Largo espacio de tiempo gozó España de la paz que tanto necesitaba.

Destinado el *Regimiento* á guarnecer plazas de Galicia, no encontramos en este intermedio, dato alguno digno de mencionarse, más que el cambio de jefes, que se hizo con frecuencia.

Al coronel Bugallal ascendido á brigadier sucedió en 1878 D. José Claumarchirant y Juan; en 1880 fué nombrado coronel del *Regimiento* D. Alejandro Aguirre y Pérez-Dávila; al año siguiente D. Federico Gobart y Martínez; en 1890 D. José Izquierdo y Osorio y en 1895 el de igual graduación D. Joaquín Rodríguez y Rodríguez, que mandaba ya el regimiento de Isabel II.

Veinte años de tranquilidad y sosiego hubieran podido levantar al abatido pueblo español de su prostración y decaimiento, si Dios no nos hubiera castigado con la plaga de los malos gobiernos, pero las torpezas de estos, la espantosa inmoralidad de la administración y otras varias causas no tardaron en acarreararnos la última y la más horrorosa de las catástrofes.

Está muy reciente aun este desastre para que nos detengamos en utópicas consideraciones. Cuando la herida mana sangre, lo más urgente es cicatrizarla; después hay tiempo de pensar en como fué abierta.

Aquella «perla de la corona de Dios escondida tras el dorado horizonte de los mares» como con sublime frase llamó un eminente tribuno español á la mayor de las Antillas, se había declarado en abierta rebelión. Mucho tardó en reconocer el Gobierno español el estado de aquella Isla, y esto lo sabe por experiencia propia el autor de esta obra que allí perdió á un hermano, una de las primeras víctimas de aquella indigna rebelión.

Había pasado un año desde que se dió el grito de rebelión cuando se preocupó el Gobierno de enviar socorros á aquella colonia. El día 8 de Junio de 1895 se firmó la Real orden mandando pasar á Cuba al primer batallón del *Regimiento de Zamora*.

De su constante movilidad da idea el siguiente resumen de operaciones que publica el ilustrado y bizarro teniente coronel del segundo batallón don Enrique Amado Ibáñez en su *Historial del Regimiento*.

En 26 de Julio, dice, entró por primera vez en

fuego en la Loma de las Nueces y el 27 en la Concordia.

El 7 de Agosto en la Loma del Obispo y cafetal Paraiso, el 12 en Taguasco, el 17 en Blanco-Llorente, el 22 y 24 en Güira é Higuanejo y el 29 en Quemado Grande.

El 8 de Septiembre en Guayos, el 14 en el Potrero Macaguabo, el 18 en el ingenio Tunicun, del 19 al 22 en Cabaiguan y San Ambrosio, el 23 en Manacas; Varas y Majagua.

El 4 de Octubre en Manacas y Lebori, el 7 en el camino de Taguasco y el 8 en Rio Zaza.

El 21 de Noviembre en el destacamento de Tayabacoa, el 15 de Diciembre en Manacas, el 17 en el Potrero de Vista-Hermosa, el 28 en Quemado de Taguasco, el 22 y 23 en Alonso Sánchez y Taguasco, del 25 al 27 en Taguasco é Ignara y el 28 en Rosa de García.

En 19 de Enero del año 1896 en el Asiento de Ponce, el 26 en Serrano y Zabaleta, el 6 de Febrero en Candelaria, el 7 en Rio Hondo, el 8 en Candelaria, el 12 en Jovin, el 18 en El Navío, el 19 en el ingenio Moralitos; el 26 en Santiago y el 29 en Juruco y la Unión.

Del 18 al 31 de Marzo en Agua Mandinga; Siganca y río Agabania.

En 1.º de Abril en el ingenio Cantabria, el 11 en Potrerillo y la Piedra, el 18 en Salida de Placetas, en 21 y 22 en el Potrero Rosa Torres.

El 6 de Mayo en Cruces, el 7 en Casas de Zinc y Cienaguita, del 9 al 21 en Loma de Santa Rosa, Ciego Romero y otros, el 23 en Santa Clara y Ranchue-

10, el 25 en el camino de Micaragua, el 26 en Loma Julia y el 29 en el ingenio Teresa.

El 10 de Junio en Río Jicotea y Royolas Castillo, el 15 en Santiago del Valle, del 18 al 20 en Buracaldo y Santo Domingo, el 22 en el ingenio Carmita, el 23 en San Marcos, el 28 en Soledad de Cartagena y el 29 en el ingenio Trinidad.

El 3 de Julio en San Juan de las Yeras, el 4 de Pastora á San Cristóbal, el 5 en Guaracoa, el 13 y 14 en Peralejo, el 16 en las Joyas y el 26 y 27 en Cuentas Claras.

El 4 de Agosto en Calisito y el 22, 23, 24 y 25 de Octubre en la acción de Soroa.

El 1.º de Noviembre en la loma Este de Soroa, el 3 en Brazo Nogal, el 10 en la Merced, el 11 en Oleaga, el 14 en el cafetal de Soroa y el 17 en Turrena.

Del 1.º al 10 de Diciembre en Palacios, el 25 en Cabezada del Río Hondo y el 26 en Bravo Nogal y Brujito.

Las acciones de guerra del año 1897 fueron: del 1.º al 15 de Enero en Brujo y Furiña, del 15 al 31 en Santa Clara.

El 5 de Febrero en Potrero Cartagena, el 19 en el de Reforma «Rechazo».

El 1.º de Marzo en Guarecabuilla, el 3 en Palo-Prieto, el 11 en Potrerillo y Pastora y el 15 en La Movida.

Del 1.º al 15 de Abril en Caimito y Mataguas.

En el mes de Mayo en el camino del ingenio Cardoso.

En Junio en Estero Real, Campamento de Palma Suarez y Mayajigua en Julio.

En Agosto en Guásimas de Don Matías, del 10 al 24 en las Guásimas y el 31 en Bacuino.

El 7 de Octubre en Rio Piedras, el 8 en Limones, del 10 al 15 en Manacas, y Monte Abajo, el 24 en Pajonel y Doña Juana Madrigal, el 25 en Quemado Muñoz y Limones, el 26 en Arroyo Berraco y el 27 en Junco.

El 11 de Noviembre en Pozas y Cacagua, el 12 en la Yaya, el 18 en Macagua, el 19 en Monte de la Viga, el 23 en Potrero Pino y el 24 en Terneras.

El día 2 de Diciembre en la acción de Verada Palma y Sabiñal, el 16 en San Francisco y el 20 en Sabana de Barrancas.

En el año de 1898 tuvieron los siguientes hechos de armas: en 4 de Enero en Río-Buey, el 5 en Caimito, el 8 en Cautillo, el 12 en Peralejo, el 28 en la Mula, el 30 en Sao de la Mina y Camasan y el 31 en Don Pedro, Doña Juana y Baguano.

El 1.º de Febrero en Horqueta y Rejondon, el 2 en Potrero de Baguano, el 3 y 4 en San Juan de las Puercas y Sao-Arriba, el 7 en Paso de Camesan, el 8 en la Horqueta y Tacamora, el 10 en Mejía, el 11 en Cayo-Rey, el 12 en Sabana Miranda, el 13 en Troncones, el 27 en Loma Piedra y el 28 en la punta Sur de Loma Piedra.

El 1.º de Marzo en Estancias, el 2 en Santa Cruz de Yaroy, el 3 en Loma Piedra, el 13 en Salada y Acantilado, el 14 en los Negros, el 15 en Loma Paulina, el 16 en Tinajas, el 17 en Cruces, el 22 en Rías-Bajas, el 24 en Potrero Vicente, el 25 en Don Matías y Baracoa y el 26 en Asaltadero.

El 4 de Abril en San Andrés, el 5 en Santa Inés, el 6 en Manteca, el 8 en el ingenio Manuel, el 14 en

Manibon, el 18 y 19 en el paso de la Mula y en Rebinay, el 22 en Río Castillo, el 23 en camino de Loma Piedra, el 24 en Bayamo y el 28 en las Mangas.

El día 1.º de Mayo en el ingenio Soffa y, por último, el día 19 del mismo mes en el Varadero de Cárdenas.

Como detalle curioso merece consignarse el siguiente. Era tanto el cariño que el general Segura tenía al batallón de *Zamora* y tan intenso el de los soldados de *Zamora* á Segura que estos no pudiendo expresarlo de otro modo apelaron á la poesía cantando versos que si están desprovistos de galas literarias y aun reñidos con los mas rudimentarios preceptos de la Poética, en cambio revelan los purísimos afectos del corazón donde ni hay reglas que manden ni preceptos que constriñan, sino la ley universal del amor que nivela clases y condiciones, sujetándolas todas á su dulcísimo yugo.

Vuelto á España el Batallón continuó guarneciendo á La Coruña, entre cuyos habitantes han sabido conquistarse los de *Zamora* merecida consideración y cariño sin límites.

El año 1900 ascendió á general de brigada el coronel Rodríguez á quien hoy tenemos en *Zamora* como gobernador militar de la plaza, habiéndose captado las simpatías y el cariño de todos los zamoranos, como bizarro militar, como perfecto caballero y, por último, como hijo de esta bendita tierra.

En dicho año fué nombrado coronel del *Regimiento* D. Joaquín Castillo y López y en 1901 D. José Ruiz Cebollino, que en la actualidad desempeña este cargo, tan respetado por cuantos le conocen como querido de todos sus suborlinados.



Pocos días antes de terminarse la impresión de esta obra, el ministro de la guerra, general Linares, dispuso que el efectivo de todos los regimientos se agregara á los primeros batallones de los mismos, para nutrirlos, quedando solo de los segundos la plantilla de Jefes y Oficiales.

Esta disposición atiende á preveer los acontecimientos que en la actualidad se desarrollan en el imperio de Marruecos y que pudieran constituir un peligro para nuestras posesiones de África.

También dispuso el general Linares un cambio de guarniciones, pasando el Regimiento de Zamora desde La Coruña al Ferrol, donde en la actualidad se encuentra menos la 1.^a y 2.^a Compañías que están destinadas en Lugo.

He aquí, para terminar, la *Relación* de los señores jefes y oficiales que tiene el Regimiento en la actualidad con expresión de los destinos y cargos de confianza que desempeña cada uno.

PLANA MAYOR

Coronel, D. José Ruiz Cebollino.

Comandante mayor, D. Mariano Arahuetes de Juan.

Capitán auxiliar, D. Alejandro Carnerero Díaz.

Capitán cajero, D. Angel Carnerero Díaz.

Capitán almacén, D. Manuel Vila Fernández.

Músico mayor, D. Aureliano San José.

Primer batallón.

Teniente coronel, D. Julio Cirlot Butler.

Comandante, D. Manuel Gallego Calvo.

Capitán ayudante, D. Hipólito Cortizas González.

Teniente abanderado, D. Antonio Gomez Iglesias.
Médico 1.º, D. Alfredo Pérez Viondi.

Primera compañía.

Capitán, D. Angel Puga Matos.
Primer teniente, D. José Pérez García Argüelles
(Habilitado).

Otro, D. Eduardo Ruiz Gómez.
2.º teniente, D. Gabriel Vázquez Maquieira.
Otro, D. Juan Fernández Martínez.

Segunda compañía.

Capitán, D. Teodoro Martínez López.
Primer teniente, D. Enrique Paz Elena.
Otro, D. Leoncio Chamorro.

Tercera compañía.

Capitán, D. Antonio Cajarville Tonceda.
Primer teniente, D. José Barreiro.
Otro, D. Miguel Lens Alonso.
Segundo teniente, D. Segundo Armesto Guerra.

Cuarta compañía.

Capitán, D. Aquilino Puga Matos.
Primer teniente, D. Manuel Sanjurjo Pedreira.
Otro, D. Luis Varela Saenz.
2.º teniente, D. Carlos Pardo Molina.
Otro, D. Federico Barbeito.

Segundo batallón.

Teniente coronel, D. Enrique Amado Ibáñez.
Comandante, D. Marcelino Estevas Santos.
Capitán ayudante, D. Manuel Gutiérrez del
Arroyo.

Teniente abanderado, D. Enrique Mariñas Gallego.

Médico 2.º, D. Aurelio Belsolt Oria.

Primera compañía.

Capitán, D. Enrique Armesto López.

Primer teniente, D. Arturo Pérez Loureiro.

Otro, D. Angel González Vázquez.

2.º Teniente, D. Juan Montemayor Azpiazo.

Segunda compañía.

Capitán, D. Nivardo Sostrada Gómez Colón.

Primer teniente, D. Angel Martínez Peñalver,
(Juez instructor de este Regimiento)

Otro, D. Florencio Guntin Salvo.

2.º teniente, D. Ramón Novoa.

Tercera compañía

Capitán, D. Manuel Marquina Illá.

Primer teniente, D. Juan Franco Fernández.

Otro, D. José Cossío Magdalena.

2.º teniente, D. José Rodríguez Abella.

Otro, D. Julián Terán Zarazolas.

Cuarta compañía.

Capitán, D. Joaquín Vidal Cristóbal.

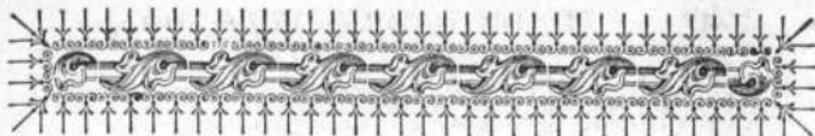
2.º teniente, D. Luis Tovar Figueras.

Otro, D. Joaquin Vidal Munárriz.

Otro, D. Laureano Sarria Robert.

Secretario del Sr. Coronel, D Victoriano M. Mariño.

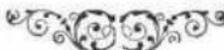


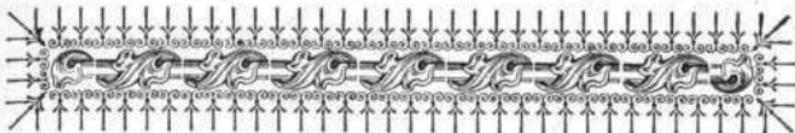


RELACION de los señores jefes principales que
ha tenido el Regimiento de Zamora desde el
año 1705 hasta la fecha.

- 1705 Coronel, último Maestre de Campo, D. Francisco Ibáñez.
1706 Coronel D. Pedro Andrés de Bermúdez y Castro.
1707 Idem D. Felipe Freire.
1711 Idem D. Dionisio Martínez de la Vega.
1717 Idem D. Guillermo de Valois y Martínez.
1719 Idem D. Juan de Arriaga.
1726 Idem D. Fernando Lebán.
1739 Idem D. Agustín Ahumada.
1745 Idem D. Francisco Fines.
1760 Idem D. Joaquín de Sarasa.
1762 Idem D. Juan Díaz Pimienta.
1774 Idem D. José de Avellaneda.
1778 Idem D. Blas Atacín Rousco.
1788 Idem D. Agustín Mazorra.
1794 Brigadier D. Luis de la Carrera.
1795 Interino D. Manuel Hech.
1796 Coronel D. Miguel de Salado conde del Vado
Idem D. José María Bonitelli.
1822 Idem D. Domingo Senespleda.
1824 Idem D. Antonio Solá.

- 1831 Idem D. José Segarra.
1832 Idem D. Antonio Urbiztondo.
1833 Idem D. Luis de Salamanca, Marqués de Villacampo.
1836 Idem D. Antonio Azpiróz.
Idem D. José Clemente.
1838 Idem D. José S. Just.
1840 Idem D. Antonio García de Haro.
1843 Idem D. Francisco Ruiz.
Idem D. José Macrohon.
Idem D. José Macías.
1851 Idem Brigadier D. Antonio Ozores y Varela, Conde de Priegues.
1856 Coronel D. Miguel Noguera.
1856 Brigadier Coronel D. Antonio Díaz Mogrovejo.
1862 Coronel D. José Chacón.
Idem D. Agustín Marcó y Jaquetot.
1866 Idem D. Carlos María de Nicolau é Iglesias.
1868 Idem D. Cleto Angulo y Jacobo.
1869 Idem D. Francisco de la Guardia y Ortega.
1874 Idem D. José Serrano Dávila
1876 Idem D. Benigno Alvarez Bugallal.
1878 Idem D. José Claumarchirant y Juan.
1880 Idem D. Alejandro Aguirre y Pérez-Dávila.
1881 Idem D. Federico Gobart y Martínez.
1890 Idem D. José Izquierdo y Ossorio.
1895 Idem D. Joaquín Rodríguez y Rodríguez.
1900 Idem D. Joaquín Castillo López.
1901 Idem D. José Ruiz Cebollino.





APÈNDICES



I.

Aunque ya en el primer capítulo de esta obra adelantamos algunos detalles sobre la formación de los Tercios y personal de que estaban dotados, parecenos conveniente ampliarlos con otros que por lo curiosos han de ser con gusto leídos por cuantos se interesen en estos estudios.

Mosquetes y arcabuces.

Sabido es que los Tercios se componían de pique-rcs y arcabuceros ó mosqueteros.

Entonces que las armas de fuego se hallaban en estado embrionario, cambiaban los modelos con mucha frecuencia, merced á los adelantos que cada día se hacían en estas materias.

Las primeras armas de fuego eran pesadísimas. El duque de Alba dotó á los mosqueteros de horquillas de madera de siete palmos de longitud que servían para apoyar sobre ella el mosquete y disparar con más comodidad.

En 1561, según una contrata celebrada con Juan de Churruca, debían fabricarse los mosquetes de modo que pesasen 21 libras y 4 onzas de Castilla y largos de 5 palmos, *antes más que menos*. Debían arrojar pelotas de onza y media de plomo y su precio sería de 42 reales de plata cada uno.

No obstante, el precio corriente del mosquete con todos sus aderezos era de 46 rs. y 5 mrs.

Más barato costaba el arcabuz puesto que su precio era de 25 rs. y 14 mrs.

En relación del precio disminuía también el peso. En 1592 había varios modelos cuyo peso oscilaba entre 10 libras y 4 onzas y 12 libras y 5 onzas.

Después estas armas se fueron perfeccionando de la manera que ya hemos hecho notar en el capítulo citado.

Uniformes.

Hemos advertido ya que no había uniformidad en los trages de los soldados. Por regla general usaba la infantería medias calzas con ligas, calzas acuchilladas y jubón, capotillo y gorra.

Los arcabuceros usaban calzas, botas altas ó grevas y jubón.

Felipe II ordenó que todos sus soldados llevaran sobre sus armas una banda roja y los que no usaran coselete, una cruz roja grande que había de coserse al vestido en sitio siempre visible, so pena de ser considerados como enemigos los que no usaran este distintivo.

De las poblaciones de España eran Burgos y Medina las que con más frecuencia abastecían de trajes al Ejército.

En 1588 un traje completo, incluso zapatos y sombrero, costaba en Burgos 105 reales 81 mrs. y en Medina 113 reales 77 mrs.

Poco á poco fué estableciéndose la uniformidad en los trajes y aunque estos cambiaban ó por el imperio de la moda ó según los gustos de las diferentes épocas, fué, sin embargo, fácil en lo sucesivo conocer á que cuerpo pertenecía cada soldado por el traje que vestía.

En 1652 se uniformó á la infantería peninsular y en 1693 se aprobó en junta de Tenientes generales el modelo de vestuario para la tropa.

Igual disconformidad había respecto al color de las banderas. Cada capitán elegía el que más le agradaba y solo tenían de común todas ellas que su adorno imprescindible era la cruz de Borgoña.

Estas banderas no eran conducidas por los alféreces, sino por los abanderados. Los alféreces solo las tomaban al entrar en batalla, al pasar delante del Rey ó del capitán general ó cuando iban con el capitán delante de las compañías ó á las guardias.

Reclutas.

Ya hemos dicho que las reclutas se hacían dando á los reclutadores *conductas* para hacer las levas.

El reclutador á quien se concedía el grado de capitán al reunir una compañía, estaba obligado á responder de los daños y perjuicios que ocasionasen los soldados en los pueblos por donde pasasen; debía además llevar el alta y baja de todos sus soldados, prohibir que entre ellos hubiera rufianes con mujeres, ni renegadores, ni de mala vida y, por último entenderse con el pagador para que se abonasen los sueldos á cada cual.

Los individuos de las compañías disfrutaban al mes los siguientes sueldos:

| | |
|--|--------------|
| El Capitán | 4166 2½ mrs. |
| El Alférez | 1800 |
| Cada cabo de escuadra | 1800 |
| El pífano y dos atambores, cada uno | 1800 |
| El piquero | 900 |
| El escopetero | 950 |
| El arcabucero | 1000 |

Con estos sueldos tenían que costearse las armas, las municiones y el vestuario.

Esto, sin embargo, tuvo muchas modificaciones. El Maestre de Campo p. e. en 1602 tenía consignada la paga de 80 escudos mensuales. En 1644, 116. En 1648, 160 En 1694, 773 1½ reales en plata.

Reunido suficiente número de compañías, se formaba un Tercio que se ponía á las órdenes de un Maestre de Campo.

En los alojamientos podían pedir, el Capitán una libra de carnero para comer, otra para cenar y un cuartal de pan, y los oficiales y soldados, libra y media de carnero para comer y cenar, medio azumbre de vino del país y un cuartal de pan. La multitud y gravedad de los abusos que cometían lo mismo capitanes que soldados, fué causa de que el modo de hacer la recluta se fuese modificando poco á poco, hasta venir á desaparecer por completo.

Instrucción.

Los tratadistas militares nos han dejado curiosos detalles de como se instruía la infantería, aunque hoy que se tiende á simplificarlo todo en cuanto sea posible, esos tratados de instrucción más bien parecen tratados de filosofía alemana.

Ejercitábanse los infantes en hacer y deshacer escuadrones. La principal enseñanza de los arcabuceros era la del tiro al blanco.

En las formaciones guardaban el siguiente orden: en el centro los piqueros en masa. Las primeras filas componíanlas los *coseletes*, llamados así porque usaban esta clase de defensa que les permitía resistir con más facilidad el empuje de la caballería. Las filas restantes se componían de las picas secas, ó sea, los piqueros que no usaban el coselete. A los cuatro lados de esta masa central iban los mosqueteros ó arcabuceros, mangas, que formaban en varias filas teniendo presente que todos ellos habían de estar protegidos por las picas contra la caballería, de modo que estas filas no debían extenderse más allá de lo que alcanzaba el largo de las picas.

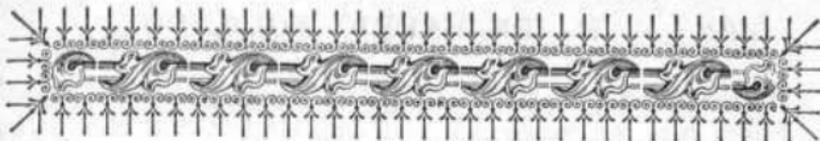
No se crea, sin embargo, que esta formación era tan sencilla, aunque lo parece. Consultando las obras de los tratadistas militares se justifica el dictado de tratados de filosofía alemana que hemos dado á sus instrucciones.

Para saber el número de filas, distancia, etc. etcétera, en que ha de formar una compañía ó un escuadrón, Valdés da las siguientes reglas; multiplíquese el número 49 por si mismo y el producto por la cifra de soldados que han de componer el escuadrón; divídase este producto por mil y sáquese su raíz cuadrada; este será el número de soldados que entren por hilera; partiendo la cantidad de que ha de hacerse el escuadrón por esta raíz, resultará el número de hileras.

Lechuga da á conocer una proporción que denomina *tripla-super-particular-sesquiáltera*, para enseñar á combinar picas y arcabuces.

Afortunadamente los progresos de la balística y de la estrategia han hecho inútiles aquellas portentosas combinaciones que tanto nombre dieron á sus autores.





APENDICE II.



Alonso Vázquez.

(Véase pag.^a 33)

Un insigne soldado y no menos erudito escritor fué Alonso Vázquez, salido de las filas del *Tercio de Zamora*.

Hále dado gran celebridad su obra titulada «Los sucesos de Flandes y Francia, del tiempo de Alejandro Farnese, por el capitán Alonso Vázquez, Sargento mayor de la milicia de Jaén y su distrito, escrita en diez y seis libros.» Esta obra que comienza en 1577 y termina en 1595 está escrita con gran desenfado y es sobre todo muy veraz y minuciosa.

En ella inserta al final el autor su propia biografía.

«El capitán Alonso Vázquez, dice, natural de la ciudad de Toledo, fué hechura de Alejandro, porque le hizo Sargento Mayor de una compañía que estaba

sin Capitán, ni Alférez, y tuvo el gobierno de ella hasta que se reformó con las demás del tercio del Maestre de Campo D. Sancho Martínez de Leiva, y estimó en más ser Sargento por su mano, que Capitán por la de otro cualquier general. Después fué Alférez y sirvió en las guerras de Flandes y Francia, á costa de mucha sangre derramada, sin desamparar su bandera, y há qué sirve treinta y nueve años continuos. Fué capitán de picas en la provincia de Bretaña y de arcabuceros en la Armada real del mar Océano, Cabo y Gobernador de todas las compañías que había en ellas de guarnición, teniéndola á cargo D. Diego Brochero de Anaya. Fué entretenido cerca de la persona del virey de Aragón, y con orden del Rey nuestro Señor gobernó el castillo de Jaca, por ausencia del Maestro de Campo D. Fernando Girón, y después la milicia de la ciudad de Jaen y su provincia. *No escribiré los servicios señalados y particulares que ha hecho en el del Rey católico por .er parte.*» Quanto á la época en que escribió su obra, dice en la Introducción: «Muchas veces estuve tentado de no hacerlo por el poco lugar que he tenido en cuarenta años continuos que há que sirvo en la guerra al Rey, nuestro Señor, sin haberme apartado un punto de ella, ni tampoco tuve intento de ocuparme de esto, aunque me sobrara tiempo, hasta que el año 1610, teniendo el gobierno de la Casa real de la Aljfería de Zaragoza y la gente de guerra que hay en ella, viéndome algunos ratos desocupados, leí los comentarios de la rebelión de Flandes, y otros libros que tratan de aquellas guerras, como el de Rolando, Fratin, Meriteo, Antonio Herrera, en su *Historia general* y el doctor Luis de Barcia en la tercera parte

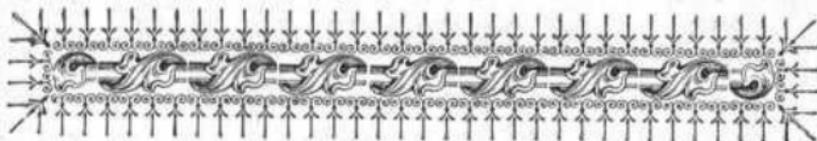
de su *Historia pontifical*; y después acá, en la cuarta del padre Fray Mateo de Guadalajara y Xabierre, en el año primero della, que fué el de 1592, que es el en que yo acabo, escribió tan corto (aunque bien) lo sucedido en mi tiempo, como los demás que van tan de paso en sus escritos, sin hacer memoria de tan famosos sucesos como hubo en aquellas guerras, que me dió ánimo á recoger en la mía, todo lo que ví en Flandes y Francia y sucedió en diez y seis, y de lo que no pude tener noticia he procurado informarme de los amigos de mi tiempo, y valiéndome de algunos papeles de personas fidedignas, pues (como he referido) no pude estar presente á todo, y lo comencé á escribir; más duróme tan poco el hacerlo, porque el Key, nuestro Señor, me hizo merced de mandarme le viniese á servir de Sargento mayor de la milicia del reino de Jaén y su provincia, donde para establecerla se me han ofrecido tantas dificultades y ocupaciones, que apenas he podido salir con mi deseo por faltarme el tiempo; y el poco que he tenido, que ha sido en algunos ratos de noche, he escrito estos sucesos, bien temeroso de que no se han de librar de la envidia, que haciendo su oficio con la emulación, enemiga de la virtud, han de dar puerta franca á varios gustos y á diversos pareceres...»

Esto es cuanto hoy sabemos del Capitán Alonso Vázquez; soldado primero de las compañías de Hortigosa y Martínez de Leiva, Sargento con oficios de Capitán después. Alférez, Capitán de picas y arcabuceros, gobernador de un castillo y Casa real, y por último Sargento Mayor de la milicia de Jaén y su distrito. Los *Sucesos* comenzados á escribirse en 1610, fueron dedicados al Rey Don Felipe IV en 1624

pues aunque la fecha de la dedicatoria sea el 1614, aun no ocupaba éste el trono y tampoco da lugar á duda la circunstancia de hablar el autor al monarca de su abuelo Felipe II el *Prudente*. Empleó, pues, Vázquez á lo que parece algunos años en escribir estos anales; y si hemos de juzgar por el inmenso trabajo que ellos representan, no nos parecerán excesivos los catorce años que median entre aquellas dos fechas. Lo que si nos admira es los detalles en que abundan y el esmero que puso el autor al componerlos. (1)

(1) *Museo Militar.*





APENDICE III.



Cristóbal Lechuga.

(Véase pag.^o 55)

El ilustrado autor del *Museo Militar* publica los siguientes datos biográficos del valiente soldado de *Tercio de Zamora*.

«Nació este tratadista militar en la ciudad de Baeza el año 1557. Mozo aun, pues solo contaba 17 años, obtuvo una carta de recomendación para el famoso Sancho Dávila, y dirigióse á Flandes, en ocasión en que andaban bastantes revueltas las cosas de los Países, pues el comendador Requesens, acababa de hacerse cargo del mando, y la guerra ardía con violencia en el Norte y en las Islas. Más falta que nunca hacían entonces los hombres de ánimo resuelto é inteligencia despierta, ya que la lucha prometía ser larga y ruda; y por lo mismo acogió Dávila con afabilidad á su recomendado; quedó muy complacido de

su despejo y predijo que andando el tiempo ocuparía un alto puesto en el ejército.

Sentó Lechuga plaza de simple soldado en la artillería; pero no se limitó á cumplir los deberes que su profesión y arma le imponían; quiso conocer una y otra más á fondo; y dióse á estudiar con ardor los escritos de Collado; lo que, unido á la buena instrucción que recibían nuestros artilleros, en breve tiempo permitióle figurar muy honrosamente entre los más entendidos en este ramo.

Los grandes servicios que prestó en la expugnación de Maestrick y Tournay, en la construcción del famoso puente del Escalda, y por último en los sitios de Huy, Chatelet, Ardres, Hults, Dorlans, Calais, Cambray, Amiens y otros no menos importantes, fueron recompensados con sucesivos ascensos. En 1590 le vemos figurar en Frisia como sargento mayor del tercio de Manuel de Vega, y luego como general de la artillería que se empleó en los últimos sitios citados, bien es cierto que este cargo lo desempeñó interinamente. Vázquez dice que fué capitán de caballos en el Estado de Milán.

No se concretó Lechuga á servir á su patria como buen soldado, pues contribuyó al perfeccionamiento de su arma, ya por medio de inventos, ya con un excelente tratado de artillería.

«Inventó las cureñas de plaza, dice el general Salas, más pequeñas que para sitio y por consiguiente de menos objeto para ser desmontadas; y para servir las ideó las cañoneras. Inventó é introdujo en los Estados de Milán el uso de la cabria de tres piés, casi igual á la que hoy usamos, á excepción de no tener guía, sino que las dos piernas eran pies dere-

chos que se unían con cerquillos de hierro y ligaduras, pero cuyo manejo era más sencillo que el *bancazo*, etc. Reformó en Flandes el gran gasto y malversación de pólvora que resultaba de abonar á los mayordomos, hasta 28 libras por tiro, habiendo echado la cuenta de que no se consumían arriba de 20. Trabajó en el arreglo y reducción de los calibres de las piezas, y fué un agente muy principal del decreto de 1609, por el que se redujeron á cuatro las diversas especies de cañones (1) » Este mismo autor nos da cuenta de que Lechuga inventó las *baterías enterradas*, empleándolas por primera vez en la expugnación de Cambray, y de que en la de Dorlans utilizó también por vez primera la artillería de sitio en batalla campal, recurso á que se debió la victoria.

Como tratadista es conocido por las siguientes notables obras: *El maestre de campo general*, publicada en Milán en 1603, y el *Discurso de la artillería y de todo lo necesario á ella, con un Tratado de fortificación*, dado á la estampa en la misma ciudad en 1611. Cuando apareció el segundo contaba el autor treinta y siete años de servicios en artillería, y como resultado de largas observaciones y estudios, mereció grandes elogios: y fué traducida al italiano é impresa como suya por Jorge del Basto. «En varias bibliografías, dice el distinguido bibliógrafo coronel D. Adolfo Carrasco, he visto también un *Discurso al rey*, impreso en Milán en 1609, que no sé si será una confusión con el libro anterior que estaba dedicado á Felipe III, aunque en la advertencia del *Discurso de artillería* dice que, lo mismo que en todas sus

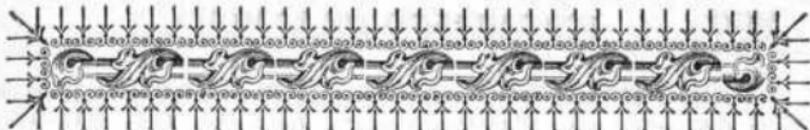
(1) *Memorial hist. de la Art. española.*

obras, no será prolijo. Mas aunque nadie le negó sus merecimientos ni contradijo sus relevantes prendas, no llegó á alcanzar proporcionada recompensa, pues no pasó del grado de sargento mayor, antes bien, su celo le acarreó, como suele acontecer, desazones y compromisos por parte de los mal avenidos con el orden y la justicia. Ignóranse hasta ahora la época y el lugar de su muerte (1).»

El diligente Alonso Vázquez, en sus biografías de maestros de campo, consejeros, gobernadores de castillos y otros soldados particulares, inserta también la de Lechuga, de quien dice, entre otras cosas: «Es soldado de experiencia, de buenas partes y muy necesario al servicio del Rey, nuestro señor, por la práctica y teoría que tiene en el arte militar; fué capitán de caballos españoles en el Estado de Milán, y en el interin queno hubogeneral de la artillería sirvió este cargo, y antes había sido sargento mayor en los Estados de Flandes y teniente de capitán general de la artillería; sirvió y peleó en aquellas guerras animosamente, y en las facciones de ellas asistió y trabajó con mucha puntualidad y cuidado; escribió un libro del oficio del maestro de campo general y de otros discursos militares de mucha importancia, con otro de no menos, tocante á la artillería y pertrechos della, de fortificación y de otros ingenios menesterosos en la guerra, es soldado de opinión, bien reputado y de muchos merecimientos (2).»

(1) *Bibliografía artillera de España en el siglo XVII*, por el coronel D. Adolfo Carrasco, inserta en el *Memorial de Artillería*. Año XXXVII, Serie tercera. Tomo III.

(2) *Sucesos de Flandes y Francia*. Lib. XVI.



APENDICE IV.



Hernán Tello de Portocarrero.

(Véase pag.^a 73)

Poco podemos añadir á lo que acerca de este heróico soldado dijimos en el cap. XI de la Primera Parte.

Nacido el año 1557 en la ciudad de Toro, su natural inclinación llevóle al ejercicio de las armas, que abrazó apenas tuvo edad para ello.

Al llegar á Flandes unióse á sus paisanos los del *Tercio de Zamora*, no tardando en ser nombrado capitán.

De su gobierno de Doullens y de la sorpresa de Amiens hemos dicho ya bastante en el capítulo citado.

El erudito historiador militar Coloma ofrece de este ilustre guerrero la siguiente biografía:

«Era Hernán Tello, natural de la ciudad de Toros hijo de Jerónimo Puertocarrero, uno de los hidalgo, más calificados de aquella ciudad, y él por su persona digno de estima. Llególe la muerte á los cuarenta años de edad, y en tiempo que podía justísimamente esperar muy grandes acrecentamientos en la milicia, Fué hombre de muy pequeña estatura, barbirubio seco y enjuto, bien hablado, cortés y harto virtuoso para soldado. Tuvo dicha, si así puede decirse, en haber muerto antes de perder una ciudad que había ganado con industria, valor y felicidad, por ventura sin ejemplo, y defendióla con tolerancia y resolución poco menos rara.»

La fecha de su fallecimiento fué el día 2 de Septiembre de 1597.





APENDICE V.



El conde de Fuentes, el marquès de Fuentes y el conde de Fontaine.

(Véase pag.^a 108)

La semejanza de los títulos que usaban estos tres ilustres guerreros ha sido causa de que no pocas veces se les haya confundido, atribuyendo á unos los hechos de otros.

Aunque hoy, después de los eruditos trabajos de los señores Gayangos, Cánovas del Castillo, Weyl y Fernández Duro, no haya motivo á estas confusiones, para complemento de nuestra obra nos parece oportuno publicar algunos datos biográficos de estos tres ilustres personajes.

El conde de Fuentes.

Don Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes, fué hijo del cuarto conde de Alba de Liste, Don Diego Enríquez de Guzmán y Doña Catalina de Toledo y Pimentel y nació el año 1536.

Hizo sus primeras armas en Italia á las órdenes del duque de Alba y á los 20 años de edad fué nombrado capitán de caballos.

En el socorro de Civitella cayó prisionero de los franceses. Pasó después á Flandes y á su regreso á la Península. Felipe II le hizo merced del título de conde de Fuentes de Val de Opero.

En 1588 fué nombrado general de la caballería de Milán. Al año siguiente hizo la campaña de Portugal y en 1592 pasó á Flandes llevando los despachos en que se relevaba al príncipe de Parma del mando de las armas.

Encargado del mando supremo hizo la campaña contra la Francia, consiguiendo notabilísimos triunfos con las tomas de Doullens y Cambray.

Vuelto á España, Felipe II le nombró capitán general de España, título hasta entonces desconocido.

En 1599 pasó á Italia y en poco tiempo humilló á los venecianos, venció á los grisonos y puso á raya á los rebeldes.

En Mayo de 1620 enfermó y el 22 de Julio entregó su alma á Dios con gran sentimiento del pueblo de Milán, donde residía, y de toda España.

El conde de Fuentes quiso ser enterrado en la iglesia de San Pedro y San Ildefonso de Zamora, pero la oposición del regimiento de esta ciudad, como patrono de la citada iglesia, le hizo desistir de su

propósito. Hoy se ignora el lugar donde reposan las cenizas de aquel ínclito zamorano.

El conde de Fontaine.

Nació este ilustre personaje en el Franco Condado y era, por consiguiente, súbdito español, aunque el título que usase fuera francés.

Sirvió en el ejército español como piquero, aunque pronto fué ascendido á capitán.

En 1616 era maestre de campo de un tercio de walones.

En 1625 era superintendente de la gente de armas de Flandes; en 1628 le otorgó Felipe IV merced del título de conde de Fontaine.

Fué nombrado gobernador de la ciudad y el Franco de Brujas en 1629 y en 1638 general de la artillería. Por este tiempo tuvo á sus órdenes al *Tercio de Zamora* y con él hizo la campaña que tuvo por objeto librar al país de Waes de la irrupción holandesa. El marqués de Fuentes, maestre de campo del *Tercio* estaba al frente del ejército de defensa del litoral y en este cargo le sucedió el conde de Fontaine.

En 1640 fué nombrado gobernador de las armas de la frontera de Holanda; al año siguiente individuo de la junta de Gobierno por muerte del Cardenal Infante y en los dos años sucesivos maestre de campo general del ejército.

El día 19 de Mayo de 1643 murió gloriosamente en los campos de Rocroy.

El marqués de Fuentes.

Muy pocos datos podemos ofrecer de este personaje.

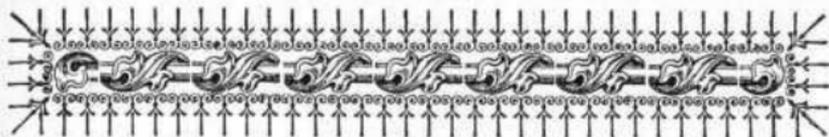
D. Juan Clarós de Guzmán, marqués de Fuentes, fué nombrado maestre de campo del *Tercio de Zamora* en 1610.

Ya hemos explicado en los capítulos XIII y XIV las operaciones del *Tercio* durante la época del mando de este maestre.

En 1635 cedió el mando del *Tercio* á D. Luis de Benavides y el del ejército de defensa del litoral de que también estaba encargado al conde de Fontaine.

No hay, pues, motivo para confundir á estos tres personajes. Refiriéndonos á la batalla de Rocroy, resulta que en esta fecha, el conde de Fontaine era maestre de campo general del ejército; el conde de Fuentes había fallecido hacía 23 años, y el *Tercio de Zamora* estaba mandado por el marqués de Velada.





APENDICE VI.



El duque de Alburquerque.

(Véase pag.^a 114.)

Tan indiscutible como es la fama de experto capitán y valerosísimo soldado de que gozó D. Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque, son discutidas las fechas en que ejerció mandos en el ejército español.

Nos hemos esforzado en concordar unas con otras las distintas opiniones, y confesamos nuestra impotencia, no hemos podido conseguirlo.

Así que, aunque en el texto, hayamos adoptado como cierta y segura una cronología, aquí exponemos nuestras dudas, dejando para otro lugar y me-

por ocasión el intentar resolverlas, si es que nos encontramos con fuerzas para ello.

Dicen los señores Weyl y Fernández Duro (á quien nos complacemos en testimoniar nuestro agradecimiento por las inmerecidas bondades que con nosotros ha usado) que el duque de Alburquerque «empezó á servir en Flandes como soldado, con una pica, y por sus pasos ascendió al puesto de *maestre de campo de un tercio de infantería española, que vistió á su costa*. A la cabeza de ese tercio subió á pecho descubierto por las trincheras de Chatelet, rompió los regimientos de Bresse y del Piamonte y tomó siete piezas de artillería. Fué esto á 26 de Mayo de 1642, y el Rey le escribió carta de gracias fecha á 2 de Julio, elogiando su valor y nombrándole duque de Alburquerque, etc., *maestre de campo de un tercio de infantería española en mis Estados de Flandes*.

En el parte enviado al Rey por el capitán general de aquel ejército, D. Francisco de Melo, se dice que cuando se empezó el ataque avanzaron por el costado derecho los dos tercios de D. Alfonso de Arriba y duque de Alburquerque. Este último hallóse después en tres sitios de plazas ganadas, dos por ataques y una por asedio; defendió la ribera de Sasso y rechazó al príncipe de Orange, que empezaba á pasar por los esguazos de Selsat.

En 1643 fué nombrado general de la caballería de Milán por ser el mas antiguo de los maestros de campo.

Me parece de todo punto errónea la cronología adoptada por el Regimiento de Zamora, pues desde 1643 siguió ascendiendo Alburquerque y no tu-

vo cargos de infantería, sino en caballería y marina. Su mando del tercio debió de ser en 1641 y 1642» (1).

Por el contrario, de los datos que obran en el archivo del *Regimiento de Zamora* resulta «que después de la batalla de Rocroy, (1643), se encargó de la dirección militar de los Países Bajos el archiduque Leopoldo y bajo su mando en pos de haber conseguido nuestras fuerzas algunas ventajas aunque siempre conservando su carácter defensivo, tuvo lugar la sangrienta batalla de Lens donde las tropas que peleaban por Felipe IV dejaron tendidos 8000 soldados sobre el campo. En dicha batalla consta de un modo oficial la asistencia del tercio, puesto que en el parte original que existe en el archivo de Simancas se cuentan entre los que murieron con mas valor á los capitanes D. Miguel Bazán, y Pedro de Luna, del tercio de D. José Saavedra, siendo uno de los heridos este maestro de campo por cuya razón fué más tarde relevado de su cargo por el de igual clase duque de Alburquerque.

Abierta la campaña en el año de 1649 el mencionado tercio penetró con el archiduque por las fronteras de Francia y mientras el príncipe de Condé se esforzaba en rendir la plaza de Courtray, las tropas españolas se apoderaban de S. Venant, Ipre y La-Motte-Reux-Boex, corriendo al socorro de la primera cuando ya se hallaba en el más apurado trance. Al llegar á las inmediaciones de la plaza con su ejército el archiduque, los defensores de Courtray se aumentaron con cuatro compañías del tercio á que aludo,

(1) Carta del Sr. Fernández Duro al autor.

mandadas por sus respectivos capitanes D. Diego Molano Flores, D. Cristóbal de Montanillas y Matallana, Andrés Ribera y D. Alejo Alonso González; con cuyo refuerzo que no bajaba de 600 hombres y las municiones de todas clases que se introdujeron á la par, el enemigo se vió forzado á levantar un sitio donde ya había consumido muy importantes recursos y gastado un tiempo sumamente precioso para el resultado general de sus operaciones. El año 1650 también se emplearon en operaciones las compañías que quedaron en el ejército del archiduque, asistiendo á la toma de Chareler, Rerbí, Mirley y otras y á la batalla con que se terminaron las conquistas de dicho año. Por último al terminarse exactamente la mitad del siglo XVII, dejó el mando del tercio el maestro de campo D. Francisco de la Cueva, duque de Alburquerque habiéndole sustituido D. Baltasar Mercader, que servía una plaza de capitán en el tercio de Lombardía.

Como V. observará no puede precisarse con exactitud la fecha en que fué nombrado para desempeñar el mando del tercio, pero si aproximadamente.

Algunos historiadores no están muy acordes con los destinos que desempeñó el duque de Alburquerque pues mientras los que V. cita dicen que el duque llegó á los Países Bajos en 1640 y que á los pocos meses fué nombrado maestro de campo del tercio de Saavedra, otros en cambio aseguran, que en 1643, batalla de Rocroy, mandaba la caballería y después pasó á España siendo en el año 1648 general de la caballería, en el ejército Catalán.

Todo hace suponer que á fines del año 1648 ó principio de 1649 fué cuando se hizo cargo del man-

do del tercio, pero sin que pueda fijarse exactamente la fecha de su nombramiento, en cambio la de su cese ya se deja consignada anteriormente» (1).

Como si esto fuera poco, aumenta más la confusión el siguiente detalle. El duque de Alburquerque en la batalla de Rocroy mandó la caballería, y no consta que hubiera sido general de la caballería antes que maestro del Tercio.

En la misma batalla, el Tercio estaba mandado por el marqués de Veada y entre el mando de este y el de Alburquerque hay un intermedio de cinco años que ocupa el maestro de campo D. José Saavedra, á quien todos están conformes en afirmar que sucedió el duque de Alburquerque.

Trátase, pues, de una diferencia de ocho años, dificultad que, por ahora, no nos atrevemos á resolver. Quizás más adelante, con más tiempo y medios de información que ahora, volvamos sobre este asunto que con harto sentimiento tenemos que dejar sin solución definitiva.



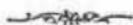
(1) Carta del Sr. Mariño, secretario del coronel del Regimiento, al autor.



APENDICE VII.



Para completar la historia del Regimiento durante el último siglo publicamos á continuación un extracto del Diario de operaciones.



Año 1847 —El segundo y tercer batallón de guarnición en Pamplona y cubriendo los destacamentos de Estella, Puente la Reina, Tafalla, Tudela, Elizondo, Urdax y Echalar, Vera y otros puntos.

Por R. O. de 17 de Marzo el primer batallón que se hallaba en Burgos, siguió á Pamplona.

El general coronel del Regimiento fué baja en el mismo en la revista de Mayo, en virtud de R. O. de 10 de Abril, sustituyéndole en el mando el coronel D. José Macías, destinado por R. O. de 23 de Mayo.

Año 1848.—Públicos se hicieron ya los manejos del partido carlista representado por el conde de Montemolín, en quien su padre D. Carlos delegara

los pretendidos derechos á la corona de Castilla. En Cataluña hacía tiempo que habían encendido nuevamente la guerra civil y sus intentos eran promoverla también en el hermoso suelo vasco-navarro. La vigilancia de las autoridades y de las tropas se redoblabá á proporción que el peligro crecía, y se acercaba, y era ya difícil que la intentona Montemolinista causara sorpresa.

En el mes de Junio parte de este Regimiento se hallaba destacado en Estella, Tafalla y Puente la Reina. En la noche del 23 indicios graves dieron á conocer á la guarnición de este último punto que se trataba de alterar el orden público y al momento fueron llamados al cuartel los oficiales en donde ya dormían hacía tiempo. No tardó mucho en recibirse aviso de que los mozos del pueblo en número de unos 90 se hallaban reunidos para marchar á unirse á las partidas Montemolinistas que habían aparecido.

El jefe de la fuerza en su vista, resolvió ocupar todas las principales salidas y al efecto se destacaron dos compañías fraccionadas al mando de oficiales en los sitios que se les designó á cada uno.

El resultado de esta precaución fué cojer sobre unos treinta mozos que quedaron presos y á disposición del consejo permanente constituido en Pamplona.

Al día siguiente se recibieron partes de las justicias de todos los pueblos inmediatos á Puente dando conocimiento de que se había alterado el orden en la noche anterior y remitiendo nota de los mozos que habían abandonado sus hogares para engrosar la nascente facción; cuyo número ascendió á los dos días subsiguientes á 400 hombres próximamente.

El mismo día 30 el comandante D. Carlos de Barutell, salió con toda la fuerza disponible en persecución de los revoltosos, pero visto que nada lograba regresó á Puente á esperar órdenes.

Puede asegurarse que raro era el pueblo de Navarra que no tuviera algun individuo en la faccion, y así debió comprenderlo también el Excmo. Sr. Capitán general del distrito conociendo la gravedad de las circunstancias y apeló como único medio de conjurar la tormenta, á poner en juego todas las fuerzas para el pronto exterminio de los rebeldes. Al efecto comunicó sus órdenes y fué tal la actividad que se desplegó que el primero de Julio se hallaba todo el ejército de Navarra en movimiento.

La mayor parte de este Regimiento salió con su coronel para la ciudad de Estella y á su paso se llevó el destacamento de Puente la Reina exceptuando una Compañía que quedó guardando el cuartel. El brigadier comandante general de aquella ciudad, mandaba esta columna que operó sin descanso siempre al alcance de la facción, hasta que el día 5 del citado Julio dió con ella en la Sierra de Andia, cogiéndoles seis oficiales prisioneros, que fueron pasados por las armas en Estella.

Con tan activa persecución la facción no tenía descanso, y como por otra parte careciera del jefe y organización, los mozos que algunos días antes se filieron en las banderas Montemolinistas, abandonaron ya las filas, regresando unos á sus hogares y presentándose otros á las autoridades legítimas.

Los jefes y oficiales carlistas que vinieron de Francia á perturbar el orden, trataban de abando-

nar el suelo español que tan poco propicio se les mostrara.

Una columna compuesta de la primera compañía y cazadores del primer batallón de este Regimiento y algunos carabineros mandada por el coronel de dicho instituto D. Rafael Iñarte vigilaba y recorría la frontera, cuando el 12 de Julio fué de improviso atacada esta columna en las inmediaciones del pueblo de Espinal por los facciosos reunidos, que se retiraban á Francia; pero sin embargo de lo brusco del ataque nuestros soldados lo resistieron vigorosamente, y á su vez cargan sobre el enemigo á la bayoneta, obligándoles á pasar la frontera é internarse en el vecino Reino, llevándose algunos heridos y dejando 10 muertos en el campo. Nuestra compañía de cazadores tuvo solo dos heridos de consideración resultando uno inútil para el servicio.

Al finar el mes de Julio el país estaba ya tranquilo sin que existiese un solo enemigo á quien tuviera que perseguir el ejército leal, que volvió á sus respectivas guarniciones. Pero á consecuencia de algunas partidas republicanas que recorrían el alto Aragón y amenazaban internarse en Navarra por la parte de Sangüesa, el segundo batallón mandado por su primer comandante D. Carlos de Barutel marchó á dicha línea á vigilar los movimientos del enemigo, á quien persiguieron muy de cerca, con cuyo motivo el citado batallón penetró en Aragón el 10 de Octubre continuando siempre en operaciones.

En virtud de orden del Excmo. Sr. Capitán general del distrito, salieron de Pamplona el primero y tercer batallón de este Regimiento en fin de Octubre para la ciudad de Vitoria, en la cual pasó la

revista de comisario de Noviembre y á mediados del mismo marchó á Burgos el tercer batallón y tan pronto como hubo llegado á dicha plaza se le comunicó la orden de pasar á Cataluña á combatir los enemigos de nuestra reina.

El segundo batallón se incorporó al Regimiento en Vitoria el día 7 del citado Noviembre y á fines del mismo el primer batallón marchó á guarnecer la villa de Bilbao.

Año 1849.—Nuevas partidas montemolinistas volvieron á alarmar y recorrer los pacíficos pueblos de Alava, y para perseguirlas y exterminarlas se nombró al coronel de la Guardia civil D. Rafael Serrano, que con algunos individuos de este instituto y las compañías de granaderos 2.^a y 4.^a del 2.^o batallón de este Regimiento salió á cumplir su cometido, logrando alcanzar al enemigo el 30 de Enero en San Gregorio, dispersándolo completamente y haciéndole prisioneros tres oficiales y 14 individuos de tropa que fueron después pasados por las armas en Estella.

Con tan terrible descalabro la pequeña facción trató de ganar la frontera, y al efecto, se dirigió á ella, mas fueron alcanzados por nuestra segunda compañía de cazadores en Piedra de Larrun que les obligó á internarse precipitadamente en Francia.

El país quedó nuevamente tranquilo sin que semejantes intentonas produjeran otro resultado que un desengaño para el conde Montemolin.

El tercer batallón se hallaba ya en Cataluña en continuas operaciones contra los enemigos de nuestra Reina.

En Abril se trasladó la plana mayor del Regimiento con el segundo batallón á la ciudad de San

Sebastián y el primer batallón fué relevado de Bilbao pasando á Tolosa en donde quedaron con el primer comandante sus compañías y los restantes fueron á guarnecer los puntos de Irun, Guetaria y Hernani.

En el mes de Octubre, el general D. Salvador Fuentes Pita, pasó al Regimiento la revista de inspección anunciada.

Año 1850.—En virtud de lo dispuesto en Real decreto de 22 de Octubre de 1849, el tercer batallón de este Regimiento quedó constituido en reserva en la ciudad de Barcelona en primero de Enero.

En el mes de Mayo regresó el Regimiento á Pamplona, y el segundo batallón pasó á Elizondo á cubrir los destacamentos de Urdax, Hechalar y Santisteban.

Año 1851.—En Pamplona en servicio ordinario hallándose ya reunido el Regimiento en dicha plaza.

En fin de Mayo fué baja el coronel Macías, por R. O. de 27 de Abril, y por la misma alta en su reemplazo el coronel D. Antonio Ozores y Varela, conde de Priegue.

El Excmo. Sr. Director general del Arma llegó á Pamplona en los primeros días de Septiembre y al momento anunció que pasaría revista al Regimiento lo que efectuó, y tanto en la de cuartel como en la personal quedó complacido. El día 19 presencié S. E. algunos movimientos del manejo del arma y varias evoluciones de nuestra táctica de cuya ejecución quedó altamente satisfecho, y así lo manifestó en persona en el mismo campo á todos los jefes y oficiales del cuerpo.

Por R. O. de 28 de Octubre se trasladó el Regi-

miento á la capital de Aragón para donde emprendió la marcha el primer batallón el día 3 de Diciembre, el cual pasó á cubrir los destacamentos de Calatayud, Teruel, Mequinenza y Caspe y el segundo batallón que salió de Pamplona el 24 de Diciembre, llegó á Zaragoza en fin del mismo.

El 16 del citado Diciembre notici6se por partes confidenciales al capitán de la cuarta compañía del primero destacada en Calatayud que se trataba de pasar por las inmediaciones del pueblo un considerable contrabando, dispuso que el teniente de la misma D. Luis Barrenechea saliese con 20 soldados y un sargento á apostarse en el camino designado.

En la noche de este día llegó esta pequeña fuerza al término de Alusubrega encontrándose con los contrabandistas en número de 30, los cuales hicieron una descarga sobre nuestros soldados que felizmente no tuvo consecuencias. El expresado oficial sin dar tiempo á que los contrabandistas cargasen sus armas mandó hacer fuego y armando la bayoneta los atacó con tal decisión que aterrados los contrabandistas huyeron en distintas direcciones dejando un muerto en el campo. El resultado de esta acción, fue coger dos prisioneros, 40 cargas de contrabando y 43 cañalleras.

A consecuencia de las gracias otorgadas por el feliz natalicio de S. A. la Princesa de Asturias, fué promovido al empleo de brigadier el coronel de este Regimiento.

Año 1852.—En Zaragoza y dando los destacamentos de Huesca, Jaca, Sos y Caspe.

En el mes de Junio salieron la primera y segunda de cazadores con otras fuerzas de la guarnición

para Calatayud á consecuencia de haberse alterado el orden aquella población y de hallarse la compañía allí destacada encerrada en el fuerte.

Después se restableció el orden regresando á Zaragoza.

En Agosto se formó en dicha plaza una columna de cazadores de todos los cuerpos de la guarnición, que marchó á operar por la parte de Teruel y Daroca.

La primera de cazadores estuvo en persecución de contrabandistas en el mes de Septiembre quedando luego destacado en Farnés.

Por R. O. de 30 de Diciembre fué destinado este Regimiento al distrito de Cataluña.

Año 1853.—En cumplimiento de la anterior orden, el 12 de Febrero emprendió el Regimiento la marcha para Lérida, reuniéndose en Fraga todo el segundo batallón.

El 1.º que se hallaba en Jaca en ró antes en Cataluña, pasando á guarnecer la Villa de Tremp. El 22 del mismo la Plana Mayor del Regimiento con el 2.º Batallón en la Plaza de Lérida, en la que permaneció hasta el 17 de Marzo, que por disposición superior pasó á la ciudad de Cervera, cubriendo los destacamentos de Tremp, Viella, Besost, Ager, Post, Solsona, Biosca, Panadella y Telégrafos Militares inmediatos; habiendo dado anteriormente los de Balaguér y Tarrega.

En los mismos destacamentos hasta fin del año actual.

Año 1854.—Continua cubriendo los mismos destacamentos citados y en el mes de Febrero concurrió al somatén general que tuvo lugar en la pro-



vincia de Lérida á consecuencia de haber aparecido una partida de latro facciosos en cuya persecución salió la 2.^a de Cazadores.

A consecuencia de los sucesos políticos ocurridos en Zaragoza en 20 de Febrero recibió la orden el Coronel de este Regimiento comunicada en Porta en la noche del 22 para que con la fuerza disponible en Cervera se trasladase á la ciudad de Lérida á recibir órdenes lo que efectuó entrando en dicha plaza en la mañana del 24.

En Marzo y Abril de guarnición en la plaza de Lérida Cervera y Tremp y en el mes de Mayo fué relevada toda la fuerza destacada del Regimiento, reuniéndose en Lérida en donde permaneció todo Junio.

En 1.^o de Julio y en virtud de orden superior salió de Lérida este Regimiento dirigiéndose á marchas forzadas á la capital de Aragón, por consecuencia de los sucesos políticos de la Nación. Al llegar á la Puebla, pequeño pueblo inmediato á Zaragoza, recibió el Brigadier Coronel orden para descansar un dia y al siguiente 5 llegó á esta ciudad alojándose en su arrabal y después se acuarteló en el castillo de la Aljafería.

El 13 del mismo mes de Julio se adhirió toda la guarnición de Zaragoza al alzamiento nacional iniciado por el general D. Leopoldo O'donell.

En Agosto salió todo el 2.^o Batallón destacado y en Septiembre lo efectuaron cuatro Compañías del primer Batallón, cubriendo los destacamentos de Teruel, Daroca, Villafeliche, Calatayud, Egea de los Caballeros, Huesca y Castillo de Monzón, donde continúan por fin de año.

Año 1855.—En los mismos destacamentos.

En Marzo la segunda de granaderos y cazadores formó parte de una columna móvil para operar en la línea de Navarra y en dicho mes la tercera del primero y primera del segundo constituyeron otra columna que operaba en el bajo Aragón. En cuyo servicio cesó la primera columna en fin de mes.

En 23 de Marzo comenzó la revista de inspección mandada pasar á los cuerpos del ejército por R. O. de 30 de Enero y terminó el 29 del mismo.

En Abril continúan las operaciones de la segunda columna citada y toda la demás fuerza del Regimiento en sus respectivos y citados destacamentos.

Año 1853.—Por fin de Septiembre fué baja el brigadier coronel D. Antonio Ozores, reemplazándole en el mando del Regimiento el coronel D. Miguel Noruega, el cual fué baja en fin de Octubre y nombrado para sucederle el brigadier coronel don Antonio Diez Mogrovejo.

Años 1857 y 1858.—Ninguna novedad digna de mencionarse ocurrió durante estos dos años, habiendo continuado el Regimiento prestando el servicio de guarnición en los distritos de Aragón y Cataluña.

(Sigue la relación de la campaña de Africa que ya hemos expuesto en el capítulo IX.)

Año 1861.—De guarnición en Zaragoza sin que ocurriera novedad particular.

Año 1862.—En fin de Marzo fué baja el Brigadier D. Antonio Diaz Mogrovejo por pase de Gobernador Militar á la provincia de Oviedo, sucediéndole en el mando el Coronel D. José Chacón y en la revista de Mayo siguiente fué reemplazado este por

el de igual clase D. Agustín Marcó y Jaquetot, habiendo continuado el Regimiento en Zaragoza, Lérida y Barcelona.

Año 1863.—De igual servicio en Barcelona donde pasó en el mes de Octubre revista de inspección por el Excmo. Sr. General D. Vicente de Talledo.

Año 1864.—En la misma situación en Lérida.

Año 1865.—En igual situación y en el mes de Abril pasó el Regimiento á Reus y Tortosa provincia de Tarragona y en el mes de Octubre fué baja el coronel D. Agustín Marcó por haber obtenido su retiro

Año 1836.—Por R. O. de 14 de Enero fué promovido á coronel de este Regimiento el teniente coronel del mismo D. Carlos María de Nicolau é Iglesias, habiendo formado parte el segundo batallón de la columna de operaciones que á mediados de Enero se organizó á las órdenes del Excmo. Sr. Mariscal de campo D. Antonio Peláez en persecución de los sublevados de la expresada provincia, hasta el 13 de Febrero que fué disuelta dicha columna, continuando en Reus, Montblanc y Valls hasta fin de Julio que fué trasladado el Regimiento á la plaza de Barcelona donde llegó el 5 de Agosto, acuartelándose en la Ciudadela.

Año 1867.—De guarnición en dicha fortaleza y el 25 de Febrero se celebró con toda solemnidad y con las formalidades de ordenanza la bendición de las nuevas banderas. Por R. O. de 3 de Junio fué destinado el Regimiento al distrito de Valencia á cuya capital llegó el 7 de Julio continuando de guarnición en dicha plaza todo el resto del año.

El 23 de Agosto y al mando del teniente coronel del primer batallón salieron las compañías tercera y cuarta del mismo en columna de operaciones por varios puntos del distrito en persecución de varias partidas levantadas en armas en el mismo. El 28 y bajo las órdenes del brigadier D. José de Vera lo verificaron las compañías primera del segundo, segunda del primero y 21 hombres de la segunda del segundo batallón embarcando en el vapor de guerra *Vigilante*, desembarcando el 29 en Denia y el 30 después de una penosísima jornada consiguió la columna alcanzar á la facción del cabecilla Sendra en Alcalá de la Jovada, siendo batida y dispersada completamente, continuando con actividad su persecución por las sierras de Alicante hasta que se presentó á indulto la expresada facción El 9 de Septiembre se incorporaron al Regimiento las compañías tercera y cuarta del primer batallón que, bajo las órdenes de su teniente coronel D. Justo Tablares, se hallaban operando por el distrito y el 11 lo verificaron las que se hallaban á las órdenes del brigadier Vera.

Año 1868.—Continuó el Regimiento de guarnición en Valencia, en cuya plaza y en el mes de Abril se recibió el Memorial de Infantería número 14, fecha 13 del citado mes y año, en el cual y por circular número 137 de 10 del mismo se traslada la comunicación de 30 de Marzo anterior del Excelentísimo é Ilmo. Sr. Vicario General Castrense por la que se consigna el Santo patrono de los cuerpos de Infantería y se confirman los de otros por dicho Excmo. é Ilmo. Sr. confirmándose por patrona de este Regimiento á la Purísima Concepción, patrona

de España. El día 25 de Septiembre y al mando del comandante D. Jacobo Tejeiro salieron de operaciones las compañías primera y quinta del primer batallón, las que regresaron el 27 en cuyo día volvieron á salir al mando del citado jefe la primera y sexta las que regresaron el 29.

En este día se adhirió este Regimiento al alzamiento nacional iniciado en Cádiz que dió por resultado el destronamiento de Doña Isabel II y el establecimiento de un Gobierno provisional presidido por el duque de la Torre.

El día 11 de Octubre salieron las compañías segunda, tercera y cuarta del primer batallón á guarnecer la plaza de Alicante y el 12 lo verificaron la primera para Castellón, la quinta para Peñíscola y la sexta para Morella en cuya situación permanecieron el resto del año, habiendo regresado á Valencia la quinta compañía el 31 de Diciembre.

Habiendo cesado en el mando del Regimiento el Coronel D. Carlos María de Nicolau, se hizo cargo del mismo el 11 de Noviembre el de igual clase don Cleto de Angulo y Jacobo.

Año 1869.—Permaneció el Regimiento en los puntos ya mencionados en el año anterior y plaza de Tarragona y Povilla.

Levantadas en armas por el Maestrazgo algunas partidas carlistas, salieron de operaciones el día 13 de Mayo las compañías tercera, cuarta y quinta del primer batallón mandadas por su teniente coronel D. Manuel Fernández Montesinos, verificándolo el 15 las tres compañías restantes bajo las órdenes del comandante segundo jefe D. José Serrano Dávila, reuniéndose todo el batallón en Morella el 5 de Junio.

El día 20 del citado Junio todos los señores jefes y oficiales é individuos de tropa de este Regimiento juraron con toda solemnidad y con las formalidades debidas la Contitución de la Monarquía sancionada y promulgada en este año.

El día 17 de Julio y á las órdenes del Brigadier Comandante general del Maestrazgo D. José García Velarde salieron de operaciones las compañías primera, tercera, quinta y sexta del primer batallón las que regresaron á Morella el 31.

Habiéndose organizado algunas partidas carlistas en los pueblos de Almansa, Fuente la Higuera y otros, las compañías segunda, cuarta, quinta y sexta del segundo batallón que se hallaban en Alicante, salieron de operaciones por los citados puntos el día 6 de Agosto al mando del primer jefe del batallón D. José Morales de los Rios, marchando el día 10 la cuarta y sexta con el segundo Jefe D. Cándido de la Aldea y Gamero para Fuente la Higuera y la segunda y quinta con el primero continuaron las operaciones, atacando el 14 á los insurrectos carlistas en el sitio denominado Sierra de Balarma, término de Ollerias, provincia de Valencia, batiéndolos y dispersándolos en todas direcciones, haciéndoles seis prisioneros y cogiéndoles varios pertrechos de guerra, cuyos prisioneros fueron conducidos á Valencia el 16.

También el primer batallón destinó, según orden superior y bajo las de su teniente coronel D. Manuel Fernández Montesinos las compañías primera, tercera y cuarta de operaciones por el Maestrazgo. A estas compañías se unieron un alférez de carabineros con 15 individuos de tropa y siete guardias civiles y un cabo.

Esta columna se dirigió el día 15 á Venlooch en cuyas inmediaciones desplegando algunas guerrillas y al paso ligero desalojó á la facción que se componía de 26 á 30 hombres, de la altura denominada «Corral de los Forgues» á la que persigió algunos kilómetros, batiendo en este día otra pequeña facción en la sierra «Engarceran» á la que causó dos muertos, algunos heridos y un prisionero, recogiendo efectos de escaso valor.

El día 19, dicha columna en el pueblo de Benasal, batió y desalojó á otra facción que se hizo fuerte en las casas del pueblo, la que causó á la fuerza de este Regimiento tres heridos de los que fallecieron dos.

Asegurada la columna de la dirección de la facción emprendió la marcha para Catí, en cuyas inmediaciones volvió á batirla el 21 causándola 10 muertos y un prisionero; el 22 capturó á un carlista que conducía caballos y el 25 regresó á Morella desde donde pasó todo el batallón á Castellón de la Plana y posteriormente á Tarragona habiendo cesado en el mando de este primer batallón el teniente coronel Sr. Fernández Montesinos y héchose cargo el de igual clase D. Nicolás Tomás de Pastor.

El 3 de Octubre formando parte de la brigada mandada por el brigadier Palacios y bajo las superiores órdenes del general D. Gabriel Baldric salió de operaciones por la provincia de Tarragona hasta el 10 que regresó á dicha plaza y el 3 de Noviembre salió en tren especial con dirección á Sevilla.

El segundo batallón se había incorporado á la plana mayor del Regimiento en Valencia en cuya población que contaba con seis batallones de Voluntarios de la libertad se hallaban sobrecitados los áni-

mos en alto grado con motivo del reciente desarme de las fuerzas ciudadanas de Cataluña. Por esta causa se publicó el 6 de Octubre el bando declarando la plaza y provincia en estado excepcional y se adoptaron por la autoridad militar las precauciones de rigor en estos casos. Al amanecer el día 8 salió el batallón del cuartel de San Francisco, ocupó la primera compañía el teatro principal y el resto formó en el Parterre donde se hallaba el capitán general del distrito D. Rafael Primo de Rivera con otras fuerzas de la guarnición.

A las seis salió el piquete de ordenanza á publicar el bando de desarme de voluntarios, fijando un plazo de dos horas para entregar las armas.

Transcurrido este plazo sin haber entregado arma alguna, penetraron en el interior de la ciudad las primeras columnas de ataque que fueron detenidas por la tenaz resistencia que desde las barricadas y casas oponían los insurrectos. A las ocho y media salió la segunda compañía y consiguió ocupar la plaza redonda. Las cuatro compañías mandadas por el coronel del Regimiento D. Cleto de Angulo salieron del Parterre á las doce con orden de tomar la plaza de Cajeros, calle de Calabazas, calle de Fernando y plaza del Mercado. Al llegar la cabeza de la columna á la primera de dichas plazas fué recibida con un nutrido fuego que ocasionó sensibles pérdidas; se entabló la lucha con vigor y se consiguió al cabo de una hora el ocupar la plaza de Cajeros sin peligro y apagar los fuegos de la calle de Calabazas.

Continuó el ataque y al hallarse el coronel en mitad de la boca calle de Fernando, ordenando las fuerzas recibió un balazo en la frente; el capitán D. Car-

melo Palanca que acudió á recogerlo recibió dos, uno en el pecho y otro en el bajo vientre y la pieza de artillería que se colocó en la misma boca calle para batir la barricada que había al otro extremo no pudo hacer mas que un disparo porque en pocos momentos fueron muertos ó heridos el oficial y todos los sirvientes.

La lucha en la calle resultó imposible tanto por no contar con el apoyo de la artillería cuanto porque el Regimiento estaba armado con fusil liso como en la primera guerra civil.

Otra tropa de menos espíritu militar que el que siempre ha resplandecido en este Regimiento, ante la perspectiva de ser sacrificada inutilmente, se hubiera retirado, pero nadie inició semejante idea sino que convencidos todos de que la lucha en la calle equivalía á morir sin gloria, se entabló en las casas. Tampoco esta prometía mejor éxito porque se carecía del auxilio de los ingenieros y de útiles de zapador para poderse comunicar de unas á otras.

Cuatro horas duró el combate en un espacio de unos ciento cincuenta metros hasta las cinco de la tarde que un puñado de los mas bravos lograron apoderarse de las primeras casas de la plaza del Mercado, pero considerándose insostenible esta posición por no haber fuerzas para continuar el ataque y por las muchas enemigas que ocupaban el resto del Mercado, al anoecer se tocó retirada y las cuatro compañías de esta columna y la segunda que desde la mañana ocupaba la plaza Redonda se replegaron á la de San Francisco.

Aquella misma noche ocuparon los insurrectos toda la calle de Fernando y recogieron nuestros

muertos y heridos y algun prisionero que no había oido el toque de retirada.

A todos les dieron buen trato y les prestaron los auxilios que segun su estado necesitaban. Se mantuvo el batallón á la defensiva en la plaza de San Francisco y sus avenidas hasta el 16 del referido Octubre que con los refuerzos llegados de distintos puntos se ordenó el bombardeo y ataque general que el batallón efectuó en la bajada de San Francisco y plaza de Cajeros, hasta las cuatro de la tarde que se retiraron los insurrectos y quedó pacificada la ciudad.

El 22 de Octubre salió el segundo batallón para Sevilla á donde llegó el primero el 6 de Noviembre y quedó el Regimiento hasta fin de año.

Por ascenso de coronel á brigadier, de D. Cleto de Angulo, tomó el mando del Regimiento el 8 de Noviembre el coronel D. Francisco de la Guardia y Ortega. En el mes de Diciembre se entregó al Regimiento el fusil Berdan reformado á cargar por la recámara.

Año 1870.—En el mes de Marzo pasó el Regimiento de guarnición á Málaga y en Mayo embarcó para Melilla y presidios menores de Africa.

Año 1871.—Relevado este Regimiento en los primeros días de Enero regresó á Málaga en cuya plaza y el día 29 del citado mes prestó juramento de obediencia y fidelidad á S. M. el Rey D. Amadeo I proclamado tal por los cuerpos colegisladores.

Año 1872.—De servicio ordinario en Málaga y sus destacamentos hasta el mes de Octubre que pasó á Sevilla y de guarnición finó el año.

(Continúa la descripción de las operaciones em-

prendidas contra los cantonales y de la campaña del Norte. Véase cap. X.)

Terminada la guerra civil el Regimiento quedó ocupando las provincias vascongadas y cantones de Burgos hasta Febrero de 1887 que fué destinado al distrito de Galicia.

En 1.º de Julio de 1888 se unificó la administración y contabilidad del Regimiento, cuya separación tuvo lugar en el año 1864 y á partir del reemplazo de 1899, se asignó á este cuerpo la Zona de Reclutamiento de Coruña, en vez de las de Talavera y Ocaña de que antes recibía sus reclutas.

En 1.º de Julio de dicho año pasó á ser tercer batallón de este Regimiento el que lo era de Depósito de Coruña.

De guarnición en la plaza de Coruña hasta Junio de 1895 que por R. O. de 8 del mismo fué destinado el primer batallón de este Regimiento á formar parte del ejército de la Isla de Cuba.

Para cumplimentar dicha soberana disposición se organizó el expedicionario con seis compañías mandadas por el coronel D. José Izquierdo Osorio, teniente coronel D. Isidoro Guerra de la Quebrada, comandantes D. Tomás de Aquino San Alberto y D. Jenaro Alonso Raposo, capitán ayudante D. Gustavo Izquierdo Osorio, capitán cajero D. Hipólito Cortizas González, primer teniente habilitado D. Carlos Blanco Barreiro, segundo teniente abanderado D. Juan Tomás Medina, capellán segundo D. Alfonso Rueda Díaz, médico primero D. José López Castro, otro segundo D. Juan del Rio Balaguer, armero Basilio Arizaga García, sargento cornetas José Fra-guelas Casals, cabo cornetas Marcelino Alvarez Cantor.

(Continúa la descripción de las operaciones en la campaña de Cuba. Véase cap. XI.)

Desde el 2 de Enero de 1899 al 11 del mismo mes, permaneció el batallón en Matanzas en expectación de embarque lo que efectuó dicho día en el vapor español *Covadonga*, formando el batallón dos jefes, 41 oficiales y 676 individuos de tropa, zarpando para la Península con rumbo al puerto de la Coruña en el que desembarcó el 25 del mismo mes; todo á las órdenes del bizarro teniente coronel D. Darío Díez de Vicario.

Lo que manifestado queda confirma que el primer batallón de este brillante Regimiento ha sabido dejar á incommensurable altura el nombre del «siempre fiel Regimiento de Zamora.»

En 1.º de Marzo de 1899 se organizó el Regimiento con sus dos batallones; el primero á las órdenes del teniente coronel D. Julio Cirlot Butler y el segundo batallón á las órdenes del de igual clase don Enrique Amado Ibáñez, siendo su jefe principal el ilustrado y bizarro coronel D. Joaquín Rodríguez y Rodríguez.

Quedó el Regimiento de guarnición en La Coruña y cubriendo un destacamento en Orense la cuarta compañía del segundo batallón, hasta el 30 de Agosto que de orden del Gobierno de S. M. salió el primer batallón con dirección á la frontera portuguesa para formar parte del cordón sanitario constituido para impedir la propagación de la peste bubónica desarrollada en el vecino reino.

El 30 de Noviembre regresó la fuerza del cordón continuando de guarnición en La Coruña.

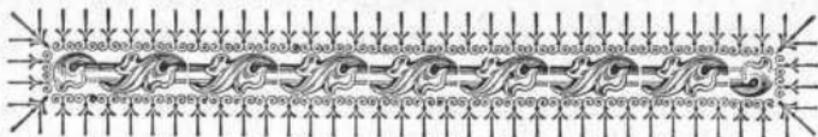
El día 30 de Mayo de 1901 con motivo de los

tristes y graves sucesos ocurridos en La Coruña á consecuencia de la huelga general de obreros, tuvo el Regimiento en unión de otras fuerzas de la guarnición, que ocupar militarmente la plaza, á las órdenes del bravo coronel D. Joaquín Castillo López, cuyo sitio duró tres días y siendo felicitado el Regimiento por la primera autoridad de la región debido á la prudencia, tacto y celo con que los jefes y oficiales desempeñaron tan difícil misión hasta conseguir llevar el orden al vecindario de la ciudad.

Continuó el Regimiento en orden normal hasta la revista de Marzo de 1903 que en virtud de órdenes superiores se concentró toda la fuerza del Regimiento bajo la base del primer batallón y el segundo lo forman los reclutas incorporados ultimamente.

El día 20 de Marzo de 1903 salieron para Lugo la primera y segunda compañía del primer batallón á cubrir el destacamento de aquella plaza segun orden del Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, y el mismo día y siguiente el resto del Regimiento para El Ferrol con su Plana Mayor donde quedó de guarnición y continua en la actualidad, á las órdenes de su distinguido y bizarro coronel D. José Ruiz Cebollino.





APENDICE VIII.



D. Juan Prim y Prast.

Episodios de la guerra civil.

Toma de Solsona, 21 de Julio 1838.

Distinguióse en el asalto el Regimiento de Zamora, y con la segunda compañía del segundo batallón (llamada de cazadores), su capitán D. Juan Prim quien fué el primero que escaló el tambor del recinto del hospital, en cuya empresa fué herido (era ya la cuarta herida que recibía en esta guerra) continuando sin embargo el combate hasta apoderarse de una puerta que antes había intentado quemar y por la cual penetró en la población, arrollando á los defensores, que tuvieron que refugiarse en la catedral y en el palacio del obispo. El barón de Meer le concedió sobre el campo de batalla el grado de comandante.

Acción de Torregrosa, 21 Octubre 1838.

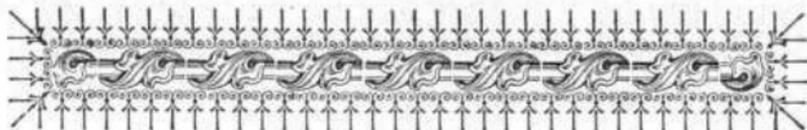
Intentando el conde de España apoderarse del

castillo de Viella (Cataluña) cuya guarnición liberal se había sublevado, moviéndose el barón de Meer hacia dicho punto para impedirlo y restablecer la disciplina, empeñándose con tal motivo el 21 de Octubre las reñidas acciones de Torregrosa. En este punto, encargado el capitán de Zamora D. Juan Prim de tomar al enemigo los atrincheramientos más fuertes, lo verificó asaltando inexpugnables alturas defendidas por mayor número de fuerzas, en cuyo glorioso hecho perdió 24 hombres de los 40 que llevaba, saliendo él mismo herido.

Esto no fué obstáculo para que volviese á distinguirse, sosteniendo la retirada de la columna á solitud propia, y á pesar de los dolores que le ocasionaba la herida, en el sitio de mayor peligro, desde donde cargó con la escolta del brigadier Pavía, persiguiendo al enemigo casi solo, hasta que le mataron el caballo que montaba.

Mas tarde, en la acción de Peracamps, y perteneciendo también al Regimiento de Zamora, fué herido otras dos veces este valeroso oficial, y por su heroico comportamiento se le premió sobre el campo de batalla con el grado de coronel y la 2.^a Cruz de San Fernando. En esta acción se distinguieron notablemente el capitán D. Francisco de Paula y cayó prisionero el comandante Sánchez, y las fuerzas del Regimiento que tomaron parte en el combate merecieron los elogios del general en jefe, haciendo público por medio de una orden general el heroico comportamiento del Regimiento de Zamora.





HIMNO

DEL

REGIMIENTO INFANTERIA DE ZAMORA, NUM. 8



Letra del comandante

Música de

D. Jacobo Sanmartín. D. José Brañas Muiños.

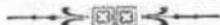
Si algún día en un trance apurado
Las banderas del OCHO se ven,
Que sus glorias recuerde el soldado
Y en su mente grabadas estén.

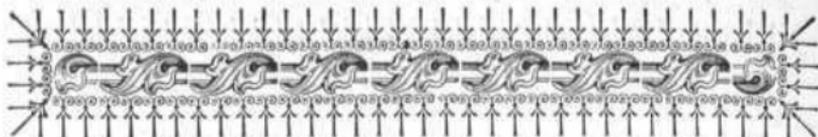
Juremos ser leales
Y siempre defender,
La insignia de la Patria
A la voz del deber.

Y si viene contraria la suerte
Y victoria no alcanza el valor,
Arrostremos serenos la muerte
Y será nuestra gloria mayor.

¡Soldados de Zamora
Juremos defender
Por siempre esta divisa
O morir ó vencer!

La patria nos lo exige,
Y es prueba de valor
Sellar con nuestra sangre
De ZAMORA el honor.





APENDICE IX.



D. José Ruiz Cebollino.

El bizarro coronel que en la actualidad se halla al frente del Regimiento de Zamora, es uno de los jefes de más larga y brillante historia militar entre los muchos que tan honrosamente forman en las filas del Ejército español.

Nació el Sr. Ruiz Cebollino en Toledo el 25 de Marzo de 1850 siendo su padre el teniente coronel de la Guardia civil D. Ildefonso Ruiz Aguilar.

A los trece años ingresó en el regimiento infantería de América en clase de cadete, haciendo sus estudios en este cuerpo y después en el regimiento infantería de León de guarnición en Cataluña y más tarde en las Baleares.

En Mahón fué elegido jefe de las conferencias por oposición, cargo que desempeñó hasta el mes de Febrero de 1866 en cuya fecha pasó á Tarragona para

hacer su primera campaña, formando parte de la columna que mandaba el coronel D. Bernardo Taulert, encargado de perseguir las partidas revolucionarias.

En Enero del siguiente año fué ascendido á alférez por antigüedad y destinado al batallón provincial de Ronda hasta fin de Febrero que marchó á Málaga por haber sido destinado al regimiento infantería de Albuera, en cuyo cuerpo sirvió la plaza de Habilitado.

En el mes de Febrero de 1868 marchó á Tarragona y de allí á Madrid, incorporado al regimiento infantería del Príncipe. Con este regimiento salió en Septiembre del mismo año á operar por Andalucía á las órdenes del general marqués de Novaliches asistiendo á la célebre batalla de Alcolea, por cuyo hecho de armas fué agraciado con el grado de teniente. Continuó de operaciones por Andalucía y hallándose en Antequera con su compañía y otra del batallón, se le sublevaron al grito de ¡viva la República! El Sr. Ruiz Cebollino contuvo la rebelión disparando tres tiros de revolver sobre el sargento cabeza de motín, é hiriendo con su espada á dos cabos. Esta enérgica acción impuso temor á los amotinados, consiguiendo el bravo oficial reducir á prisión á las demás clases de la compañía y obligar á los soldados á deponer su levantisca actitud.

Por estos hechos se formó sumaria y el dictamen del señor Auditor de guerra aprobado por el capitán general de Granada fué honrosísimo para el Sr. Ruiz Cebollino, aprobando en todas sus partes su conducta y reconociendo que á su resolución y á la energía que manifestó era debido que se hubiese sofocado la rebelión.

En 1869 fué destinado al batallón cazadores de Madrid de guarnición en la Corte, y con él salió de operaciones por la provincia de Cuenca primero y después por Andalucía y Valencia. En este año asistió á las acciones de las alturas de Ozganos, Navas de Tolosa, Alcira y bombardeo y toma de Valencia por el general Alaminos. Por este último hecho de armas fué agraciado con la cruz de primera clase del Mérito Militar.

En 1870 tomó parte en la acción de las alturas de Orvieta, en las Vascongadas y al año siguiente fué trasladado al ejército de Cuba y destinado al regimiento infantería del Rey.

En la campaña de Cuba asistió á las acciones de la Zanja de Camaniguana, Sabana Burro y otras, por lo que fué agraciado con el grado de capitán y destinado al batallón de Ingenieros.

En 1873 se halló en todas las acciones y encuentros de la trocha militar del Este en el asalto del campamento de Vicente Grande y en la sorpresa de San Miguel de Nuevitas.

Ascendido á capitán y destinado al regimiento de la Libertad continuó de operaciones hasta Julio de 1874 en que vuelto á la Península y destinado al regimiento infantería de León pasó á las Vascongadas, donde asistió á las acciones de Allo y Dicastillo, Baigorri, Monte Esquinza, toma de la ermita de San Formerio y batalla de Treviño, por la que se le concedió el grado de comandante, acciones de Arratia, Villarreal, Arlaban, Subijana de Morillos, Peñacerrada, altura de los Poyos y toma del fuerte de San León, en 1875. Al año siguiente se halló en la toma de Villarreal, acción en las alturas de Arlaban, por

cuyo hecho de armas fué agraciado con la cruz roja de primera clase del Mérito Militar, toma del fuerte de San Antonio de Urquiola y batalla de Elgueta, concediéndosele la medalla de Alfonso XII pasadores de Treviño, Elgueta y Oria.

Terminada la campaña fué declarado Benemérito de la Patria y continuó formando parte del ejército de ocupación del Norte hasta el año 1880 que fué destinado á Valladolid. Por el casamiento de don Alfonso XII en 1878 se le concedió la cruz blanca de primera clase del Mérito Militar y por la campaña de Cuba la cruz de Carlos III.

En 1881 fué nombrado ayudante de su batallón, profesor de las academias de sargentos y encargado de las conferencias de señores oficiales, hasta fin de Septiembre que fué destinado al batallón disciplinario de Melilla, continuando en dicha plaza hasta el año 1886.

Entretanto el 83 le fué concedida la cruz de San Hermenegildo; el 84 fué nombrado cajero de su batallón; el 85 ayudante del mismo y encargado de la academia de sargentos. En el mismo año se le concedió otra cruz blanca de primera clase del Mérito Militar.

Ascendido á comandante, fué destinado al batallón reserva de Motril y á los pocos días pasó de gobernador al castillo de Galegas de Cartagena hasta Octubre del mismo año, 1886, que fué nombrado gobernador del Peñón de la Gomera.

Vuelto otra vez dos años después al batallón disciplinario de Melilla fué nombrado jefe de las academias y escuelas del mismo y encargado de la de señores oficiales. En esta plaza se hallaba cuando es-

tuvo á punto de estallar la guerra con los moros y que se terminó de la manera vergonzosa que recuerda la presente generación.

El 1891 fué nombrado secretario del gobierno militar de Granada y ascendido al año siguiente á teniente coronel, el gobernador militar de dicha plaza general Seijas Patiño le eligió para su ayudante de campo.

Declarada Cuba en abierta rebelión, fué destinado á aquella colonia el Sr. Ruiz Cebollino á las inmediatas órdenes del general Pando. A los pocos días de llegar á Cuba se encargó del mando en comisión del primer batallón del regimiento de la Constitución con el que salió de operaciones formando parte de la columna que mandaba el coronel Tejada.

Comenzó la campaña, hallándose en los combates librados el mes de Diciembre contra la retaguardia de José Maceo en las «Cuchillas» y «Yerba Guinea», el 25 asistió á la acción sostenida en el «Ramon de las Yaguas» contra el mismo cabecilla al mando de 2000 insurrectos tomando con su batallón las posiciones enemigas. Trabado nuevo combate con la misma partida el 26, volvió á dispersarla con su tropa. Por estos hechos fué significado para recompensa como distinguido continuando en operaciones hasta fin de año.

En los primeros días de Enero de 1896 asistió mandando su batallón á los combates de Majaguabo, Manacal y Lacuria, contra las partidas de Maceo, El Inglés y Çebreco, así como á los de los Colorados y la Isabelita, contra el Marrero, el 13 y 14 formando parte por las fuerzas dirigidas por el comandante en

jefe del primer cuerpo concurrió con su batallón á las operaciones sobre «Palma Soriano» el 2 de Febrero tomó parte muy principal al mando de su batallón en la reñidísima é importante acción del Zarzal y Maybio realizada por el coronel Tegeda con 700 hombres contra 6400 que reunió el enemigo á las órdenes de Maceo, Rabí y Periquito Pérez, Cebreco, Bone y otros cabecillas; en este combate y al frente de la primera y segunda compañías de su batallón, tomó á la bayoneta las alturas de la derecha del Zarzal, desalojando al enemigo que había rebasado el flanco derecho de la columna; rehecho este y reforzado por el regimiento insurrecto de Moncada atacó las posiciones perdidas siendo rechazado y disperso por el violento fuego por descargas hecho á la voz de este jefe por la fuerza de su mando y tres guerrillas de Tegeda con las que fué reforzado.

Por su distinguido comportamiento se hizo en el parte oficial especialísima mención de este jefe que fué propuesto en juicio de votación para el empleo de coronel, otorgándole la cruz de segunda clase pensionada del Mérito Militar con distintivo rojo.

El día 5 del mismo mes de Febrero formando parte de la columna del general Lachambre asistió á los combates de la Salvadera y May-bio y el 18 mandando una columna compuesta de su batallón, el de guerrillas del primer distrito y escuadrón del Rey en reconocimientos por los montes de San Joaquín, Santa Rosa, Ceiba, Miguel Sánchez, Perú y lomas de Tempu, batió á los insurrectos en Santa Rita, San Felipe y Burenes. El 1.º de Marzo al mando de los batallones de Constitución y guerrillas del primer distrito y formando parte de la columna Lachambre,

asistió á las operaciones dirigidas por este general en los montes de Jaragüeca, La Lombriz y loma de la Calroba, sosteniendo pequeños combates.

Dividida de nuevo la columna en dos partes se separó nuevamente de ella al frente de su batallón y el de guerrillas con cuya fuerza emprendió la marcha por la Loma de los Ciegos encontrando al enemigo en Santa Maria de Loreto, donde lo batió y dispersó incorporándose el mismo día á su división en el Ramón de las Yaguas; el día 7 tomó parte con la fuerza de su mando en la acción sostenida contra José Maceo en las lomas de Ampurias destruyéndole un campamento, hospital y farmacia.

Nuevamente destacado de su división al mando de su media brigada, emprendió la marcha el día 8 por las lomas de Ampurias al Cafetal Fraternidad, punto de cita, destruyendo en las inmediaciones de Santa Sofía un campamento enemigo. Restituido en San Luis el día 11 salió el 12 conduciendo convoyes á Palma Soriano y protegiendo los trabajos de la torre Constitución hasta el 22 que regresó nuevamente á San Luis de donde salió el 23 formando parte de la columna Tegeda y en reconocimiento por los montes de Banabacoa y Majaguabo de Abajo sostuvo en este último punto combate contra el enemigo al que tomó con la fuerza de su mando las lomas de la Vigia.

El día 3 de Abril y formando parte de la misma columna asistió al combate de Dama Antonia contra las partidas de Cebreco y Góngora; el 5 por los Cafetales de Santa Rita y Tempu sostuvo nuevo combate con el enemigo persiguiéndole por los montes del Quemado hasta Santa Rosa continuando todo el

mes en operaciones de campaña hasta el 15 de Mayo que marchó á Santiago de Cuba embarcando para la Habana y de allí el 20 para la Península.

Al volver á España fué destinado al regimiento reserva de Huelva primero, después á la Zona de Madrid y en esta plaza fué nombrado ayudante de campo del general de división D. Felipe Martínez Gutiérrez.

Al salir de Huelva, la comisión mixta de reclutamiento á que había pertenecido, acordó levantar acta haciendo constar lo satisfecha que quedó de la puntualidad, celo é inteligencia conque este jefe había desempeñado su cometido.

En Septiembre de 1897 fué con el general Martínez á Cuba y destinado este á la trocha de Júcaro á San Fernando allí permaneció el Sr. Ruiz hasta que vuelto á España el general Martínez por enfermo, fué nombrado en Diciembre de dicho año ayudante del general Pando. Incorporado á la columna del general Tegeda concurrió el 11 al levantamiento del sitio del Guamo así como á todos los reconocimientos practicados en la Rivera del Cauto y combates de Cayamas, Aguas verdes y confluencia del Cauto y Salado, los días 27, 29 y 31. Por estas operaciones y combates fué propuesto concediéndosele la cruz roja de segunda clase del Mérito Militar.

En Enero de 1898 hecho cargo del mando del primer batallón de León en comisión pasó el mes flanqueando los convoyes fluviales del Cauto y protegiendo los trabajos de fortificación de este rio.

En el mes de Febrero asistió con su batallón á los combates del Paso del Salado, Cauto, el Paso y Yara los días 7, 11 y 25. El día 1.º de Marzo llegada

su brigada á la Sabana de los Tibes se abistó al enemigo posesionado del monte y entradas de la Siera, destacado por orden del jefe de la columna tomó el mando de los batallones de León y las Navas más la guerrilla de Cuba y á la ligera sin caballos rompiendo monte y á rumbo penetró por los Tirbes y la Barbaza arrollando grupos enemigos hasta el rio Gua que pasó á viva fuerza, envolviendo las trincheras de piedra de la orilla opuesta de 70 metros de longitud con cubre cabezas y siguiendo el avance cayó por retaguardia y flancos sobre las alturas atrincheradas del Chino, las que tomó á la bayoneta con el batallón de León sostenido por el de las Navas, siendo las fuerzas de su mando las primeras que penetraron en este campamento, destruyendo herrería y talleres; por este hecho de armas fué felicitado él y su fuerza por el general Tegeda jefe de la columna y propuesto en juicio de votación para el empleo de coronel, concediéndosele la cruz de segunda clase de María Cristina. El resto del mes continuó de operaciones asistiendo á los combates de Guirabo, Acantilado, Candonga y Jaquey los días 17, 24 y 25.

En Abril continuó en operaciones, asistiendo el 4 al combate de Sabana Muñoz y el 12 á la sangrienta acción de Macio donde el enemigo atrincherado fué desalojado por la fuerza de su mando no obstante la línea de petardos con que defendían sus trincheras y las sensibles bajas ocasionadas por su explosión; por este hecho de armas fué propuesto por tercera vez en esta campaña para el empleo de coronel; al día siguiente de este hecho de armas, 13 de Abril, y de vanguardia de la brigada asistió á la acción de Paso Malo y el 17 á la de Mula y Babiney

continuando en operaciones de campaña el resto del mes. En Mayo trasladada su brigada á la provincia de la Habana permaneci6 en ella en operaciones de campaña y custodia de la vía férrea de Bataban6 hasta el 31 de Agosto que embarc6 para la Península en el puerto de la Habana á bordo del *Notre Dame de Salut* desembarcando en el puerto de la Coruña el 24 de Septiembre continuando á Madrid donde qued6 á las 6rdenes de su general siendo baja á fin de mes por pase á situaci6n de excedente donde fin6 el a6o.

Nombrado comandante militar de Medina del Campo, desempe6 este cargo hasta el mes de Agosto de 1901 en que fu6 destinado á la Coruña á mandar el Regimiento Infantería de Zamora, cargo que en la actualidad desempe6a.

El Sr. Ruiz Cebollino es adem6s de militar, literato y hombre de ciencia, teniendo sobradamente merecida la calificaci6n de *Mucha* que en el concepto de instrucci6n figura en su hoja de servicios. Entre otras cosas ha publicado una obra titulada «Apuntes de Aritm6tica, Geometría y Fortificaci6n» por la que le fu6 concedida Menció Honorífica.

En 20 de Febrero del a6o actual sali6 con su Regimiento para el Ferrol donde permanece, abandonando á la Coruña, donde adem6s había desempe6ado el cargo de vocal de la junta provincial de Sanidad.

Tal es, en resumen, la brillante hoja de servicios del bizarro jefe que hoy manda con singular acierto el glorioso Regimiento de Zamora, cuya historia

concluimos haciendo ferventísimos votos porque vuelvan pronto á reverdecer sus laureles que hoy están marchitos por azares de la suerte, ó por decadencia de la raza, ó lo que es más creible y aun indudable, por falta de gobiernos que nos sepan levantar del estado de postración en que vivimos.



INDICE



Prólogo. I

PRIMERA PARTE.

| <u>Capítulos.</u> | | <u>Páginas.</u> |
|-------------------|--|-----------------|
| I.. . . . | La infantería española. | I |
| II. | Preliminares.—Fundación del Tercio. | 7 |
| III. | Guerras de Portugal. | 14 |
| IV. | Campañas marítimas del Tercio. | 18 |
| V. | Pasa el Tercio á Italia.—Guerras de Flandes.. . . . | 23 |
| VI.. . . . | Prosigue el mismo asunto. | 30 |
| VII. | Continúa el anterior.—Guerras en Colonia. | 34 |
| VIII.. . . . | La armada invencible. | 42 |
| IX.. . . . | Guerras de Francia.—Insurrección del Tercio de Zamora. | 52 |
| X. | Guerras de Francia.—Muerte de Alejandro Farnesio. | 64 |
| XI. | Toma de Amiens.—Sitio de Ostende. | 71 |
| XII. | El marqués de Espínola. | 84 |
| XIII.. . . . | Guerras de Italia. | 90 |
| XIV. | Guerras de Flandes, Italia y Alemania. | 95 |

| | | |
|------------|---|-----|
| XV. . . . | Guerras de Flandes. — Batalla de Rocroy. | 102 |
| XVI. . . | El duque de Alburquerque.— Guerras de Francia. . . . | 114 |
| XVII. . . | Guerras de Flandes.—Paz de Aquisgran. | 123 |
| XVIII. . . | Guerras de Francia.—Paz de Riswick. | 130 |
| XIX. . . . | Guerras de sucesión. | 136 |
| | Relación completa de los maestros de campo del Tercio de Zamora. | 142 |
| | Advertencia sobre el nombre y número del Tercio y Regimiento de Zamora. | 144 |

SEGUNDA PARTE.

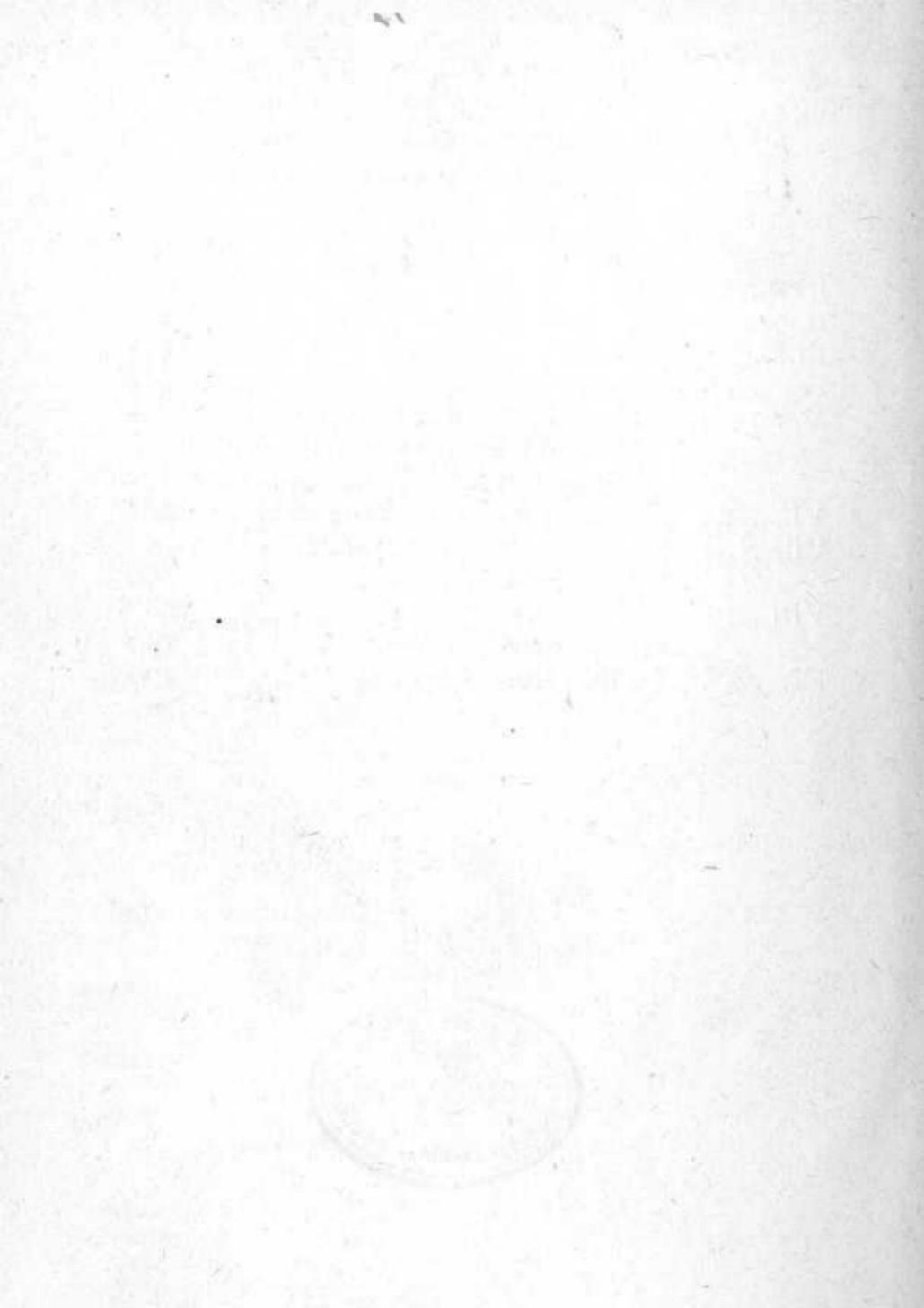
| | | |
|---------------|--|-----|
| I. | Campaña de los Países Bajos. . | 147 |
| II. | Campaña de los Pirineos.— Guerras con'ra Inglaterra y Portugal.—Campaña de Africa. | 150 |
| III. | Rebelión en América. — Bloqueo de Gibraltar.—Guerra tra Francia. | 157 |
| IV. | Expedición al Norte. | 165 |
| V. | Guerra de la Independencia. . | 170 |
| VI. | Campaña de América.—Realistas y liberales. | 180 |
| VII. | Primera guerra civil. | 185 |
| VIII. | Motines y pronunciamientos. . | 200 |
| IX. | Guerra de Africa. | 212 |
| X. | Los cantonales.—Tercera guerra civil. | 220 |
| XI. | Campaña de Cuba. | 230 |

| | |
|--|-----|
| Relación de los jefes principales que ha tenido el Regimiento de Zamora desde el año 1875 hasta la fecha. | 239 |
|--|-----|

APÉNDICES

| | | |
|---|-------------------------------|-----|
| I. | 241 | |
| II. Alonso Vázquez. | 247 | |
| III. Cristóbal Lechuga. | 251 | |
| IV. Hernan Tello de Portocarrero.. | 255 | |
| V. El conde de Fuentes, el mar- qués de Fuentes y el conde de Fontaine. | 257 | |
| VI. El duque de Albuquerque. . . . | 261 | |
| VII. Diario de operaciones del Re- gimiento. | 266 | |
| VIII. . . . D. Juan Prim y Prast.. . . . | 287 | |
| | Himno del Regimiento. | 289 |
| IX. D. José Ruiz Cebollino. | 290 | |

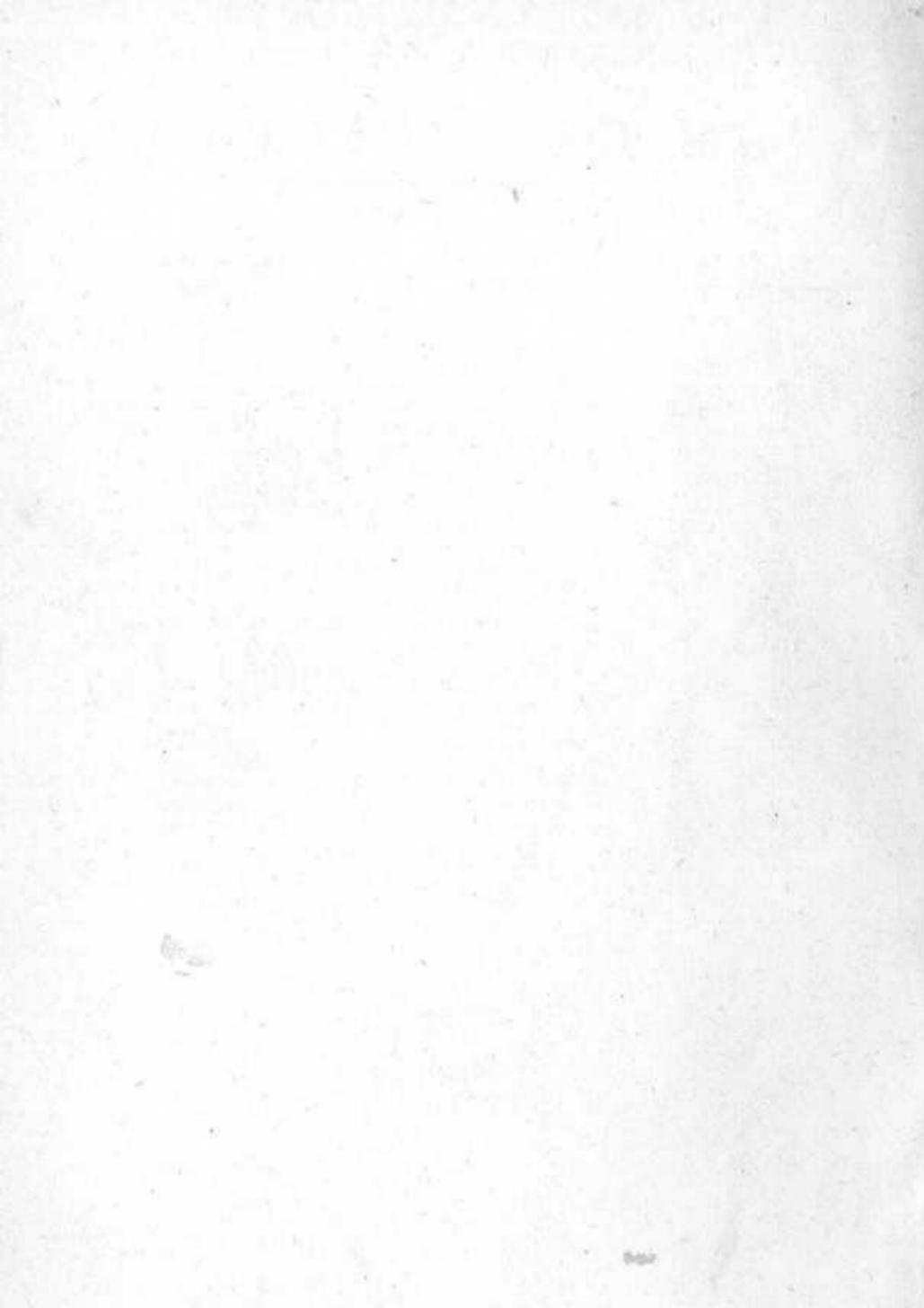




FE DE ERRATAS

| PAG. | LINEA | DICE | LEASE |
|------|-------|---|--|
| VIII | 3 | y la | y al |
| 9 | 29 | enviada | enviaba |
| 10 | 24 | inmarcesi- | inmarcesi- |
| 13 | 2 y 3 | ción; <i>Príncipe, Saboya</i> y <i>Corona</i> , creados en 1587, el de <i>Africa</i> que lo fueron en 1559 | ción, data del año 1634; los de la <i>Reina</i> , 1808; <i>Príncipe</i> , 1537; <i>Prince-</i> <i>sa</i> , 1765; <i>Infante</i> , 1808; <i>Saboya</i> , 1633, y <i>Africa</i> que fué creado en 1535. |
| 13 | 25 | caecación | creación |
| 27 | 5 | imagun | imagen |
| 27 | 6 | enviabo | enviaba |
| 28 | 20 | Bois de Duc | Bois le Duc |
| 53 | 11 | eara | era |
| 106 | 20 | hasta este siglo | hasta el último siglo |
| 115 | 1 | sacar el me- | sacar de ellas el me- |
| 124 | 15 | guarnecer | desguarnecer |
| 163 | 26 | frustrado | frustrados |
| 186 | 32 | Nadella | Badella |
| 189 | 27 | Gr s | Gra |
| 203 | 23 | tra quilizado | tranquilizado |
| 205 | 12 | btallones | batallones |
| 205 | 23 | provi cial | provincial |
| 220 | 3 | Andalucía | Aragón |
| 236 | 15 | destadas | destacadas |
| 256 | 1 | Toros | Toro |
| 256 | 2 | hidalgo, | hidalgos |

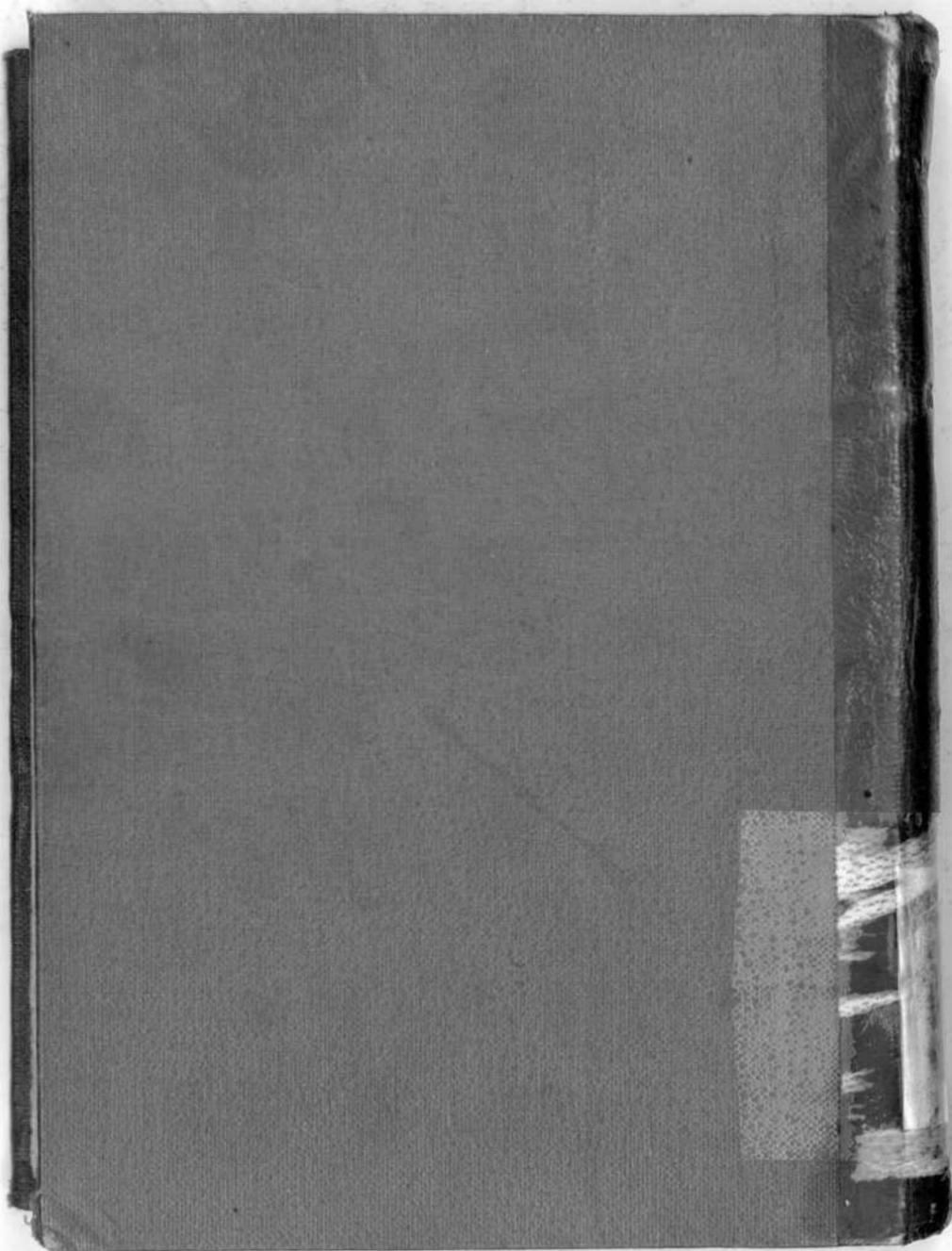








de 7c



FOLGADO

HISTORIA
DEL TERCIO
DE ZAMBORA

ZA
210